

CÍRCULO MILITAR & BIBLIOTECA DEL OFICIAL  
PREMIADA CON MEDALLA Y DIPLOMA DE HONOR EN LA EXPOSICIÓN  
DE RÍO DE JANEIRO (1923)



# BIBLIOTECA NACIONAL MILITAR LA NACIÓN EN ARMAS

UN LIBRO SOBRE ORGANIZACIÓN DE EJÉRCITOS Y CONDUCCIÓN  
DE GUERRA EN NUESTROS TIEMPOS

POR  
COLMAR BARON VON DER GOLTZ  
MARISCAL DEL REINO DE PRUSIA - MÜSCHIR DEL IMPERIO DE TURQUÍA

SEXTA EDICIÓN DE LA OBRA ANTIGUA Y SIMULTÁNEAMENTE PRIMERA EDICIÓN DE LA NUEVA  
REDACCIÓN, EN BASE A LAS EXPERIENCIAS DE LA GUERRA MUNDIAL

POR  
FEDERICO BARON VON DER GOLTZ  
CORONEL RETIRADO

CON UN RETRATO DEL MARISCAL Y UN ESTUDIO DE SU PERSONALIDAD  
POR EL  
General de Infantería retirado VON MUDRA

TOMO I

TRADUCCIÓN DE LA "BIBLIOTECA DEL OFICIAL"

ZAF

BUENOS AIRES  
TALLER GRÁFICO DE LUIS BERNARD  
BILLINGHURST 623  
1927



*Queda hecho el depósito que  
marca la ley N.º 7092.*

## BIBLIOTECA DEL OFICIAL

Publicación fundada por iniciativa del Coronel Rodolfo Martínez Pita  
y editada bajo el patrocinio del Círculo Militar

### COMISION DE LA BIBLIOTECA

Presidente .....	Coronel Guillermo Valotta.
Vocales .....	Teniente Coronel Carlos D. Márquez. Teniente Coronel Abraham Schweizer. Mayor Carlos von der Becke. Mayor Héctor Pélesson. Mayor Julio A. Sarmiento.
Secretario .....	Capitán (R.) Adolfo de la Riestra.

## FE DE ERRATAS

Pág.	Línea	Donde dice	Debe decir
46	6. <sup>a</sup> desde abajo	consideraba	considera
52	17. <sup>a</sup>	con ella los	con ella, los
52	3. <sup>a</sup> desde abajo	Esto	Esta
53	3. <sup>a</sup> » »	Samsonew	Samsonow
68	21. <sup>a</sup>	América	Norte América
71	2. <sup>a</sup> desde abajo	existentes	existente
73	11. <sup>a</sup>	medida	suma
74	3. <sup>a</sup>	son numerosas	son menos numerosas
74	4. <sup>a</sup> desde abajo	más difíciles	más difícil
95	2. <sup>a</sup> » »	Tehataldscha	Tehataldscha
102	14. <sup>a</sup> » »	agregaba	agregara
115	1. <sup>a</sup>	a tracción	a tracción animal
115	8. <sup>a</sup> desde abajo	reducido para formar cuerpos de ejército se componía	reducidos para formar cuerpos de ejército, se componían
116	7. <sup>a</sup> » »	del frente	del frente
117	9. <sup>a</sup>	«carrera del mar»	«carrera al mar»
117	20. <sup>a</sup>	han pasado	ha pasado
122	18. <sup>a</sup>	la distancia	las distancias
129	13. <sup>a</sup>	de ellas	de ellos
129	6. <sup>a</sup> desde abajo	trásante	trazante
130	6. <sup>a</sup>	trásante	trazante
130	13. <sup>a</sup>	acompañan	acompañá
134	4. <sup>a</sup> desde abajo	Los ejércitos formarán	Los ejércitos modernos formarán
144	17. <sup>a</sup>	las unidades, no pertenecientes	las unidades no pertenecientes
146	8. <sup>a</sup> desde abajo	pasan	pasa
150	15. <sup>a</sup>	su conclusión	la conclusión
150	23. <sup>a</sup>	pueden	puedan
153	11. <sup>a</sup>	consecuencias	características
168	12. <sup>a</sup>	recurrir forzosamente a	reunir forzosamente
169	1. <sup>a</sup>	cuartelar y	cuartelar generales y
169	7. <sup>a</sup> desde abajo	en sí, apropiada	en sí apropiada,
174	3. <sup>a</sup> » »	genera lelevado	general elevado
177	15. <sup>a</sup>	grado de antigüedad	grado y antigüedad
186	11. <sup>a</sup> desde abajo	1. <sup>a</sup>	1. <sup>a</sup>
192	16. <sup>a</sup>	el oficial	al oficial
196	3. <sup>a</sup>	generales	especiales
205	3. <sup>a</sup> desde abajo	hubieran sido	habrían

Pág.	Línea	Donde dice	Debe decir
209	18.*	en tal sentido	sobre esta cuestión
214	3.* desde abajo	del servicio (suprimir estas	dos palabras)
216	10.* » »	cuyo auxilia	cuyo auxilio
219	3.*	los partes	las partes
232	13.* desde abajo	fué	fueron
233	2.*	había	habría
235	19.*	abiertamente	abiertamente,
242	18.*	corresponde	responda
243	2.*	palabras de	palabras
255	9.*	posible	posible,
273	15.*	contra	hacia

Página

11

45

## INDICE

EL MARISCAL COLMAR BARÓN VON DER GOLTZ, por el general de infantería retirado von Mudra .....	11
PRÓLOGO .....	45

### INTRODUCCIÓN

Opiniones sobre la guerra en el Ejército alemán en 1914.—«Cannae» por el conde Schlieffen.—Moltke y Clausewitz.—La guerra ha vuelto a cambiar de forma.—Se tratará únicamente de la guerra moderna.—Inesperadas proporciones de la Guerra Mundial.—Ésta ha roto con fuerza poderosa el anterior marco de la estrategia europea.—La fortificación y el perfeccionamiento de las armas.—La falta de grandes decisiones.—Estrategia de desgaste.—La situación desfavorable de Alemania.—A pesar de todos los fenómenos modernos, la gran idea estratégica de Aníbal ha sido decisiva.—Alemania no ha querido ni ha preparado la Guerra Mundial.—La política de paz, a todo trance, del Emperador Guillermo II.—Desarrollo incompleto de su potencialidad militar en comparación con la de los estados de la Entente.—Austria-Hungría.—La fortificación permanente .....

51

### I.—LOS EJÉRCITOS DEL PRESENTE

1. *Justificación de los ejércitos nacionales modernos.*—El pacifismo y las leyes de la naturaleza.—Ningún tratado de paz es de duración eterna.—Cuanto mayor es la cultura, tanto más puede perder una nación en caso de guerra.—Necesidad de defender los bienes culturales.—Las naciones son, más que nunca, las portadoras de la acción bélica.—El socialismo internacional no puede destruir la idea nacionalista.—Su incapacidad para procurar la paz y obtener mejores condiciones para Alemania.—La guerra obedece a sus propias leyes.—Sólo está asegurada una nación que sabe defender su independencia con las armas.—Inutilidad de las proposiciones de desarme.—Estados Unidos de Norteamérica a la cabeza de las naciones que se arman.—La impotencia de Alemania.—Conducción de guerra y humanidad.—El poderoso Ejército alemán fué un baluarte de paz .....
2. *Dependencia de la conducción de guerra y de la organización militar de las condiciones generales de cultura.*—Parte histórica.—La Guerra Mundial fué efectuada por ejércitos de masas, con empleo desconsiderado de la fuerza.—La Revolución Francesa como origen del con-

67

- cepto moderno de la guerra.—La idea nacionalista y el ejército nacional.—Modificación consiguiente de la táctica.—Federico el Grande y Napoleón.—Cómo se formaron los ejércitos de 1914.—Limitaciones del poder militar alemán.—Cambios en la situación político-militar de Europa.—Significado del servicio militar obligatorio.—Enseñanzas de la historia.—Alemania ha retrocedido 100 años en su organización militar. 74
3. *Elementos constitutivos de los ejércitos.*—Ejército de campaña formado por personal joven.—Veteranos.—La edad en el cuerpo de oficiales.—Tropas de reserva, guardia nacional y territorial.—Su empleo en la Guerra Mundial.—Unidades administrativas.—Necesidades del interior, en tropas y contingentes de trabajo.—Servicio militar auxiliar.—Regimientos de voluntarios de guerra.—Unidades de depósito.—Necesidad de economizar en la guerra el personal, especialmente el de jefes.... 86
4. *La División Regional Militar.*—Importancia de una división apropiada.—Adaptación de la división militar a la división política.—Evolución histórica.—La ley orgánica militar francesa de 1923.—Ejército, grupo de ejércitos, ejército.—El Ejército Occidental de 1914.—Composición de un ejército.—Cuerpo de ejército.—División.—Evolución histórica.—Modificación en la organización durante la Guerra Mundial.—La división como la mayor unidad táctica.—La división según conceptos modernos.—La división de caballería.—La caballería en la Guerra Mundial.—Tropas de cuerpo de ejército y de ejército.—Las unidades menores de tropa.—Formaciones especiales..... 98
5. *El Cuerpo de Oficiales.*—«El espíritu del Ejército prusiano radica en sus oficiales.»—Necesidad de sacar los oficiales de las mejores clases de la nación.—Un rasgo de idealismo debe ser la característica del oficial.—Pérdidas del cuerpo de oficiales en la Guerra Mundial.—Influencia del oficial sobre sus soldados.—La situación del oficial en el Estado.—La disposición del pueblo contra los oficiales durante la revolución.—Reconstitución del cuerpo de oficiales.—Espíritu de cuerpo.—Necesidad de una posición desahogada.—Capacidad física.—La profesión de oficial se ha vuelto más difícil.—Oficiales de reserva en la Guerra Mundial.—La frase de Rüchel tiene valor para la actualidad. 135

## II.—DE LA CONDUCCIÓN DE EJÉRCITOS

1. *El conductor de ejército.*—Influencia de grandes conductores.—Qualidades que debe reunir: Voluntad, confianza en sí mismo, valor de la res- ponsabilidad, nobleza de alma, nobleza de sentimientos, ambición, amor de gloria, grandeza de alma, conocimiento de hombres, imaginación, buena memoria, espíritu creador, necesidad de acción, salud, situación económica desahogada, valor.—Defectos naturales: Dureza, fatalismo, egoísmo. Consideración hacia los capaces..... 149
2. *Cuartel general y órganos de comando.*—Importancia de su buena composición.—El Cuartel General austriaco de 1859.—El Cuartel General prusiano de 1806.—Manifestación de Clausewitz.—Gran Cuartel General, cuarteles generales.—Comandante en Jefe y jefe de estado mayor.—El rey Guillermo y Moltke.—Cuartelmaestre general; cuartel-

- maestre superior.—Experiencias de 1806 y 1813.—El Gran Cuartel General en 1914.—Su error de organización.—Moltke el Menor.—Falkenhayn.—Hindenburg y Ludendorff.—Un comando de ejército del frente Oeste en una gran lucha.—Servicio de retaguardia y aprovechamiento de los recursos de la región.—Autoridades de retaguardia.—Oficial de oficina.—Perjuicio de los que afectan importancia.—Actividad de los servicios de ejército.—Comandos de cuerpo de ejército.—Estados mayores de división.—Plana mayor de regimiento ..... 169
3. *De las órdenes.*—La impartición correcta es difícil.—Diferencias según las condiciones de los ejércitos.—Las «Instrucciones» de 1870 y los comandos alemanes en la segunda mitad de la Guerra Mundial.—El maestro en la impartición de órdenes modernas.—Directivas.—Orden de operaciones.—Sucesión de las disposiciones.—Necesidad de la sencillez.—Órdenes parciales.—«Disposiciones especiales» agregadas a la orden de operaciones.—Orden del día.—Medios técnicos del comando.—Ventajas y desventajas.—Influencia de la distancia.—Descripción de Clausewitz de las zonas que rodean el foco de combate.—Lugar del jefe.—El Comando en Jefe del Ejército en septiembre de 1914.—La conducción en las unidades menores ..

## III.—LAS CONDICIONES DEL ÉXITO EN LA GUERRA

- Únicamente las más importantes se pueden indicar.—Política.—Prusia en 1805, Francia en 1870, Alemania en 1914.—Las guerras sólo son posibles por *grandes intereses políticos*.—La política, no la economía política, es hoy el destino.—La política determina las circunstancias en que un Estado entra en la guerra.—Ella determina el momento de asentar el golpe.—La política pasa a segundo plano durante las hostilidades.—La guerra sirve a la política, de la mejor manera, por el aniquilamiento del adversario.—Estrategia y táctica nacionales.—Estado interno del Ejército.—Voluntad de vencer.—Efectivo; armamento.—Fórmulas de combate.—Riqueza.—Influencia de la marina.—Provisión de materia prima.—Las fuerzas éticas son las decisivas .. 229

## IV.—MOVIMIENTO Y COMBATE

1. *Generalidades.*—Las opiniones reinantes en Alemania sobre el transcurso de la guerra.—Condiciones mucho más desfavorables que en 1870.—Efectivo de los ejércitos.—Fortificaciones artificiales del terreno.—Empleo de grandes cantidades de material.—Eliminación del elemento operativo.—Nuevos factores en la concentración.—Reglamentos tácticos franceses.—Material o moral ..
2. *Importancia de la disciplina para los movimientos y combates.*—La disciplina hace móviles a los ejércitos.—Importancia del servicio mecánico y de la educación humana.—Sentimiento de la comunidad.—Aspectos exteriores.—Hay que evitar los esfuerzos y pérdidas inútiles.—Conservar las unidades de paz.—Disciplina intelectual.—Rango igual en el cuerpo de oficiales es condición previa para la acción uniforme ... 256

3. *Movilización y concentración.*—Una movilización sin rozamientos y rápida es condición previa para una apertura ventajosa de la campaña.  
—Movilización de las unidades existentes y de las de nueva formación.  
—Comandos.—Experiencias de 1914.—Concentración.—Protección de las fronteras.—Cooperación de las fuerzas.—Rigidez de la concentración por ferrocarriles.—Dispositivo de las fuerzas combatientes.—Zona de concentración.—Misión de los aviadores y de las piezas de tiro lejano .....
4. *El plan de guerra.*—Lo que pensaba Napoleón sobre esto.—Lo que dice la obra del Estado Mayor General de 1870.—Plan de guerra del duque de Brunswik de 1805.—El plan de guerra de Moltke de 1868-69.—Ningún plan de guerra puede prever con alguna seguridad después del primer choque con la fuerza principal del enemigo.—Ambas partes buscan, en circunstancias normales, la batalla decisiva.—El Ejército principal del enemigo, primer objetivo.—Peligro de una guerra en dos frentes para Alemania.—Cómo pensaban proceder Moltke, Waldersee y Schlieffen en ese caso.—El plan de Schlieffen presuponía una política que decidiera el momento de asistir el golpe.—Condiciones del éxito.—Rápida victoria en el Oeste.—Bloqueo.—Un problema mundial no puede ser resuelto con medios de estrategia continental.—Negociaciones políticas durante la movilización y la concentración.—Inglaterra preparó magistralmente la Guerra Mundial.—En Alemania no existía unidad entre la política y la conducción de la guerra.—Posibilidad de otra iniciación de la campaña.—Errores en la concentración difícilmente pueden repararse en el transcurso de toda la guerra.—Ejemplos de lo contrario (Mollwitz) ya son de tiempo remoto.—La pérdida de la batalla del Marne no es necesariamente la consecuencia de la primera concentración alemana.—El plan debe tener por base el caso más probable.—Cooperación de la escuadra.—El proyecto de operaciones no se hace en un día.—L unilateralidad necesaria .....

264

279

*Únicamente las virtudes viriles, la capacidad de emplear las armas y la decisión consciente proporcionan a las naciones seguridad y reconocimiento de sus derechos.*

COLMAR BARÓN VON DER GOLTZ.

(Historia Militar de Alemania en el siglo XIX).

## EL MARISCAL COLMAR BARÓN VON DER GOLTZ

« Vivimos sobre esta tierra sólo durante un corto tiempo  
» tenemos el deber de aprovecharlo para bien de la comunidad  
» en que Dios nos ha colocado.»

Estas palabras puso el mariscal Colmar barón von der Goltz a la cabeza del reglamento que debía regir la Liga de Juventud Alemana, fundada por él en noviembre de 1911.

Y si alguna vez algún mortal adoptó ese principio, siempre y en todas partes como norma de sus pensamientos y actos, ha sido, por cierto, el mismo inolvidable mariscal.

¡Toda su vida estuvo dedicada al servicio y al trabajo por la Patria!

Egresado del cuerpo de cadetes, fué destinado como oficial al Regimiento 41 de Infantería, de la Prusia Oriental; en 1866 marchó Goltz a la guerra contra Austria. En el combate de Trautenau fué herido por una bala de fusil—tiro en el hombro izquierdo,—lo que puso un término provisional a su permanencia en el frente.

Concluida la campaña, continuó Goltz sus estudios en la Academia de Guerra (1), interrumpidos por la movilización, siendo, a continuación, destinado a la División Topográfica del Estado Mayor General del Ejército.

Al estallar la guerra de 1870, Goltz, que tenía entonces 24 años de edad, fué destinado como oficial de estado mayor al Comando del II Ejército. Aquí el joven oficial, de clara inteligencia y de amplias vistas, halló oportunidad de formarse desde un alto observatorio un cuadro completo sobre la conducción de

(1) Corresponde a nuestra Escuela Superior de Guerra.—(N. del T.)

un ejército y de colaborar con infatigable celo en los éxitos extraordinarios que cupieron precisamente a este ejército.

Hombres notables se habían reunido en ese Comando Superior. Al lado del experimentado comandante en jefe, príncipe Federico Carlos, estaba como jefe de estado mayor el coronel v. Stiehle, de carácter firme y de inteligencia superior; luego estaba, como primer oficial de estado mayor, el mayor conde Haeseler, que ya había servido en el Estado Mayor del príncipe en las campañas de 1864 y 1866, ese soldado incansable y tenaz de una sola pieza, quien más tarde adquirió gran prestigio aun más allá de las fronteras de su propia patria como comandante del XVI Cuerpo de Ejército, de guarnición en la frontera occidental de Alemania, en Metz. La extraordinaria capacidad que el entonces teniente 1.<sup>o</sup> barón v. der Goltz demostró, tanto intelectual como físicamente, junto con una invariable discreción y modestia, atrajo en seguida la atención de sus superiores hacia su persona. Así llegó pronto a una relación más estrecha con aquellos hombres. Especialmente con el conde v. Haeseler, v. der Goltz mantuvo una amistad íntima durante toda su vida.

En este ambiente, observando los acontecimientos con vista clara y corazón ardiente, empeñando sin miramientos toda su persona en bien de la causa con pasión de soldado, fijándose siempre en lo esencial, presenció las batallas decisivas de Mars-la-Tour y Gravelotte-St. Privat. Tomó parte en el cerco del ejército de Bazaine en Metz y estuvo presente cuando fué tomado prisionero en la capitulación de esta fortaleza.

Después de la caída de Metz, el ejército del príncipe Federico Carlos inició el avance hacia el Loira. Ahora observó Goltz, con asombro y respeto, cómo el dictador enemigo Gambetta, quien no se dejó doblegar por los golpes inauditos de Metz y de Sedán, ni por el aniquilamiento del antiguo ejército imperial, organizó nuevos ejércitos, oponiéndose con inquebrantable voluntad guerrera a las tropas alemanas. Aun cuando al final esas masas populares armadas fuesen siempre vencidas, a un

hombre como Goltz no podían dejar de impresionar las grandes dificultades que un pueblo de orgullo racial, resuelto a luchar hasta el último extremo, era capaz de causar bajo una dirección consciente aun a un adversario acostumbrado a la victoria. La guerra se prolongó por meses. Los efectivos de las tropas propias disminuyeron cada vez más, especialmente en infantería. Había finalmente en diciembre de 1870 cuerpos de ejército alemanes que no contaban con más de 5.000 a 6.000 hombres de infantería. Se presentaba así, por sí sola, al espíritu observador del joven oficial de estado mayor la pregunta de: ¿cómo se hubieran desarrollado los acontecimientos si la organización e instrucción de los ejércitos de Gambetta hubiesen sido mejor preparadas?

En la primera parte de la guerra, el genio superior del general Moltke imprimió a toda la conducción alemana aquella seguridad arrojada y resuelta, con la cual pasó siempre al ataque, sobreponiéndose a todas las consideraciones, imponiendo así la ley al enemigo. Pero, por brillantes que fueron los éxitos, la vista del joven Goltz no se detuvo ofuscada en ellos. Él más bien dedicó su atención con igual intensidad a los fenómenos peculiares de la guerra nacional de la segunda parte de la campaña. La elasticidad de su espíritu unida a su incansable laboriosidad, le permitieron analizar a fondo los acontecimientos y sacar de ellos consecuencias prácticas.

Cuando Goltz, después de la terminación de la guerra, pasó a la División Histórica del Estado Mayor General, principió un período de trabajo sumamente intenso. Las numerosas experiencias y reflexiones surgidas de la guerra debían ser estudiadas y aprovechadas. Su vista entonces no se limitaba al pasado, sino que se dirigía al presente, que era tan promisor. Trataba de concebir y establecer el desarrollo ulterior probable de su Patria y las necesidades militares resultantes de dicho desarrollo.

La seguridad de lo ganado fué lo que preocupó más intensamente a Goltz durante este trabajo. Bien sabía él que no

sólo en la guerra el porvenir tiene más derechos que el pasado. Al porvenir, pues, se dirigían todas sus reflexiones y sus pensamientos. Constantemente tenía en vista el bien del conjunto. ¡Aquí terminaban para él todas las consideraciones secundarias! Siempre miraba únicamente la causa. Poco le importaba que su defensa de un objetivo reconocido por él como acertado condujese a disputas con los que opinaban de otra manera, aunque fuesen los mas altos superiores.

Con tal disposición de ánimo, fué inevitable que Goltz tuviera que ir a menudo en contra de prácticas queridas y de opiniones arraigadas. Entonces las personas que no podían seguir el vuelo de sus ideas, lo consideraban un reformador modesto.

Así formuló Goltz, en el año 1877, en su libro *León Gambetta y sus ejércitos*, en que resume sus experiencias de la guerra, su demanda del cumplimiento absoluto del servicio obligatorio general. Como esto no parecía posible, en vista de las finanzas del Estado, con el servicio de tres años entonces establecido, abogó enérgicamente por una reducción del tiempo a dos años. También recomendaba con insistencia la preparación previa de la juventud para su deber de servir a la Patria con las armas.

En el fondo de estas demandas estaba la gran idea de que para el deber de defender a la Patria no debían existir otros límites que los impuestos por la naturaleza a la capacidad humana. El dictador francés apareció en la exposición de Goltz como el maestro para el pueblo alemán.

Estas ideas hallaron en la patria poca comprensión y poca simpatía.

Para poder explicarse este hecho extraño, no se deben olvidar las graves luchas internas que tuvo que sufrir el gobierno de Prusia para obtener de los representantes del pueblo el aumento del ejército, el único medio por el cual las guerras por la formación de la unidad alemana se podrían llevar a cabo victoriOSamente. Y para ello se había recalcado constante-

mente que, a fin de alcanzar una instrucción completa del soldado, el servicio de tres años era absolutamente necesario. Con el Ejército rigurosamente adiestrado durante ese tiempo de servicio, se habían realizado las campañas de 1864 y 1866, como también la guerra contra Francia, con éxitos inauditos. Y ahora venía un joven capitán de 34 años, que se atrevía a conmover la organización que diera tan excelentes resultados.

Sí; este oficial hasta se permitió, para justificar irrefutablemente sus opiniones, formular algunos augurios de muy lúganas vistas sobre una guerra mundial. Dichos augurios recababan la necesidad de que Alemania debía ser capaz de afrostrar, tarde o temprano, una guerra en varios frentes. «¡Quién» empero, podrá afirmar—así escribió en su *León Gambetta*— «que ya estamos al final de la gran crisis histórica que se iniciado con el renacimiento de Alemania...?» «La nueva Alemania está sola en esta lucha. Sus adversarios se han presentado hasta ahora aisladamente. Ellos pueden en porvenir, en su desconfianza común contra el imperio que acaba de surgir, olvidar sus propias diferencias y someterse a las más duras pruebas la virilidad de nuestra nación. ¡Si engañan todas las deducciones de las épocas históricas pasadas, es en alto grado probable que en el porvenir, nosotras, algún día, nos veremos obligados a defender nuestras más cientes conquistas en varias fronteras simultáneamente! Luego jaremos sin analizar si con la forma actual de la conducción de guerra Alemania sería capaz o no de resistir a un ataque de varias grandes potencias, tal como sucedió en la época Federico el Grande. Pero lo fundamental es desde ya que para mantener su existencia, no está aún, de manera alguna, en condiciones de emplear organizadamente todas sus fuerzas.»

Esta profecía se ha cumplido al pie de la letra. Es preciso tener presente que esas reflexiones han sido escritas pocos años después de la guerra de 1870-71, cuando el Imperio Alemán hallaba recién en el principio de su desarrollo. Así podía la

blar únicamente un hombre dotado no sólo del más ardiente amor a la Patria, sino también de un profundo conocimiento de las relaciones en la evolución estadal y de las condiciones políticas y militares en el desarrollo de los pueblos, es decir, un hombre que dominara con vista penetrante las fuerzas motrices de la historia de la Humanidad.

Después de las tristes experiencias de la guerra mundial, las ideas de Goltz nos parecen por cierto evidentes; pero aquellos hombres que habían sostenido la lucha por el servicio de tres años al lado de Guillermo I y que creían debían mantenerlo más que nunca después de Königgrätz y Sedán, vieron en la actitud del capitán v. d. Goltz una falta de disciplina y una presunción altanera. Esto exigió un castigo y así Goltz fué separado del Estado Mayor.

Un hombre, sin embargo, miraba más lejos que la masa. Él juzgaba con más acierto las opiniones de Goltz para el porvenir de la patria. Él reconoció, asimismo, las condiciones superiores de toda la personalidad de ese genial joven oficial, quien defendía sus convicciones sin temor.

Este hombre fué nada menos que el entonces mariscal Moltke.

El capitán v. der Goltz aceptó, por lo demás, su destino con aquel equilibrio espiritual que manifestó en todas las situaciones de la vida. Le bastaba la conciencia de haber cumplido con su deber al expresar su convicción para el bien de la Patria.

Por lo demás, la influencia de Moltke hizo que Goltz fuera pasado nuevamente al Estado Mayor. Aquí desplegó, además de la labor en su división, una actividad extraordinariamente provechosa como profesor en la Academia de Guerra. Convinciente y elocuente en sus exposiciones, supo entusiasmar a sus oyentes sin excepción. Cada uno sentía que hablaba un hombre notable, un soldado de corazón, que tomaba a su carrera por el lado más noble.

En la primavera de 1883 se produjo un cambio importante en la vida de Goltz, ascendido mientras tanto a mayor. Fué su

pase al servicio de Turquía, que al principio se había convenido por tres años, y que finalmente se extendió a casi trece. Aunque era de lamentar que la capacidad de tan sobresaliente oficial se perdiera por tanto tiempo para el Ejército Alemán, ella se empleó en beneficio de los fines políticos que Alemania entonces perseguía. Bismarck se había decidido definitivamente por la alianza con Austria-Hungría. La solidez de la posición de este aliado era, por lo tanto, también una conveniencia alemana. Para esto fué necesario que se pusiera una traba al avance de la influencia rusa en la Península Balcánica, a fin de que Austria-Hungría no se viera expuesta también de ese lado a serios peligros en caso de una guerra. A fin de conseguir este objeto no había mejor medio que una mejora en las fuerzas militares de Turquía, la cual, por su rivalidad tradicional con el Imperio Ruso, ya de por sí era empujada a plegarse a las potencias centrales. Si por el momento se había pensado en una Turquía fuerte y amiga como un baluarte contra la expansión de Rusia en el Oriente, ella adquirió una importancia aun mayor cuando, en el período post-bismarckiano, se realizó la íntima unión de Rusia con Francia, que el viejo canciller había sabido impedir por tanto tiempo. Ahora le incumbía a Turquía, en caso de una guerra europea, desempeñar también el papel de guardiana de los Dardanelos. Mientras ella los cerraba, la alianza franco-rusa nunca podía alcanzar su valor completo. Estas circunstancias, fundadas en la situación geográfico-política de la Europa entera, que han aparecido bien claramente en la guerra mundial, las había reconocido Bismarck con su amplia visión. El envío de una misión militar a Turquía fué la consecuencia. A ella perteneció Goltz, al principio como miembro encargado de la organización de los institutos militares. Después de la muerte del general Kaehler, él ocupó el puesto de director. Como su gran modelo, el mariscal Moltke, así halló también Goltz en el Oriente la oportunidad de ampliar su horizonte y de probar su capacidad.

Poco antes de su partida de Alemania entregó a la publi-

ciudad su libro: *La nación en armas*, que hoy se ofrece en esta nueva forma a la nación alemana como legado de uno de sus mejores y más leales hijos. Todo lo que él, que entonces tenía cuarenta años, tenía que expresar en cuanto a conocimientos y como resultado de sus experiencias recogidas en la guerra y en la paz, después de serios trabajos, está reunido en esta obra, tal vez la más importante de todas las suyas. El amor y la preocupación que ardían en su alma por la existencia, el progreso y el honor de su Patria, lo impulsaron sin cesar a la admonición de que el factor decisivo era la virilidad elevada por la educación a su más alta potencia. «Únicamente cuando el desarrollo del espíritu guerrero de las naciones marcha a la par de la cultura general, tienen éstas una situación segura en la historia.» A lo que se puede llegar, cuando esto no sucede, lo ha indicado Goltz con palabras previsoras. Entonces surgirá algún día «un nuevo Alejandro, quien con una pequeña tropa de hombres bien armados y adiestrados, arreará delante de sí a las masas sin energía, cuando éstas, en el empeño de crecer constantemente, pasan los límites apropiados, pierden la capacidad interna y se convierten, como el ejército chino de bandera verde, en una multitud infinita pero pacífica de milicianos».

La tarea ante la cual Goltz se vió al principio, en Turquía, fué la instrucción del cuerpo de oficiales en el sentido moderno. En el Colegio Militar de Pancaldi principió su actividad. El modo cómo supo infundir nueva vida a la enseñanza formulista y anticuada, cómo supo despertar en el Ejército y en el pueblo el verdadero concepto de la situación del oficial en el Estado, cómo lo supo educar en la comprensión de sus deberes militares y patrióticos, todo esto fué reconocido siempre con entusiasmo por los mejores hijos de Turquía. El hecho de haber conseguido, como primer acto suyo en el servicio turco, la abolición del castigo corporal para oficiales subalternos, haciendo depender su permanencia al servicio del Sultán de este pedido, le ganó en seguida los corazones, especialmente de to-

dos los elementos jóvenes del cuerpo de oficiales. La autoridad que pronto adquirió el bajá alemán hizo que el Sultán lo utilizara en medida siempre creciente, también en otros servicios. Al último, ya no había en Turquía cuestión militar o política en la que no se pidiera la opinión de Goltz. Mencionaremos aquí solamente la reorganización del Estado Mayor del Ejército y de las escuelas militares, la ley orgánica y la división regional militar, por las cuales se organizó la fuerza viva turca para la guerra según el modelo alemán, considerando debidamente las diferencias de raza y de religión, así como las condiciones locales. Es esa su obra más genuina. Lo propio sucede con la dotación de un armamento nuevo del Ejército, con armas de tiro rápido. Esto importaba muchos encargos para la industria alemana, que ascendían a cientos de millones, mientras que hasta entonces el suministro de armas para Turquía había sido un monopolio anglo-francés. También a la escuadra, completamente atrasada, y a la importante fortificación de los estrechos, Goltz dirigió su atención. Así fueron fabricados en astilleros alemanes y en fábricas alemanas nuevos buques de guerra y cañones pesados para la Turquía.

Hasta la enseñanza científica de la población civil encargó el Sultán a Goltz. A causa de esto se vió al bajá alemán en los patios de las mezquitas de Constantinopla, bajo frondosos plátanos, en compañía de «hodschas» de turbante blanco, discutiendo con celo el plan de estudios de las escuelas para varones y niñas mahometanas. Así, pues, no solamente en el Ejército, sino también más allá, en el pueblo turco, se hizo sentir la influencia de su personalidad. Esto sólo fué posible a causa de que él, que poseía un talento notable para idiomas, dominaba perfectamente el turco, tanto en forma oral como escrita.

En todo esto hay que tener presente que Goltz ocupaba únicamente un puesto de asesor en la enseñanza, dificultado por miles de rozamientos y contrariedades, pero sin tener una situación independiente. Él no podía resolver y ordenar, sino

únicamente proponer y aconsejar. La desconfianza del Sultán no admitía en aquellos tiempos, de manera alguna, los ejercicios prácticos de las tropas. La pésima administración de todas las ramas del Estado, la falta crónica de dinero y las intrigas, dificultaron la actividad del oficial alemán de un modo inconcebible. Y, sin embargo, adelantó paso a paso. Únicamente un hombre de fuertes nervios, inteligente y vivaz, que además poseyera la rara facultad de comprender la idiosincrasia y los sentimientos de un pueblo extraño, era capaz de vencer ese cúmulo de tenaces resistencias.

Lo que llegó a ser el Ejército turco, completamente desorganizado después de la guerra ruso-turca de 1877-78, bajo la larga influencia de Goltz, se manifestó claramente en la guerra contra los griegos en 1897. En ella el curvo sable otomano logró toda una serie de brillantes éxitos, y fueron exclusivamente los discípulos de Goltz los que ocupaban los puestos de estado mayor.

Un desarrollo distinto tuvo, por cierto, la guerra balcánica de 1912. Esta vez sufrió la Turquía una derrota completa, inesperada por todos. Aunque entonces ya hacía 17 años que Goltz había dejado de prestar servicios en Turquía, la opinión mundial, sin embargo, lo señaló como el verdadero responsable de ese hecho. Los enemigos de Alemania vieron en las victorias de los búlgaros, serbios y griegos, derrotas alemanas. La diplomacia germana, que había contado con una victoria turca, sufrió una amarga decepción. Por consiguiente, no faltaron tampoco en la patria voces que manifestaban que la importancia de Goltz había sido apreciada exageradamente desde un principio. Enemigos personales y envidiosos supieron aprovechar esta atmósfera. Él mismo aclaró entonces en un folleto: «La derrota de la joven Turquía y la posibilidad de su resurgimiento», las circunstancias especiales que explicaban lo acontecido, expresando, además, su confianza de que el daño quedaría pronto reparado.

Goltz tuvo razón en esta profecía. Lo que la Turquía hizo

en la guerra mundial, bajo las condiciones más difíciles imaginables, supera en mucho a lo que razonablemente se podía esperar de ella. Sin pretender disminuir en lo más mínimo el mérito de las misiones militares alemanas ulteriores, es preciso decir que la causa profunda de estos éxitos se debe buscar en la actividad de Goltz en la Turquía desde 1883 a 1895. También el espíritu que animó a Mustafá Kemal bajá y a sus fieles cuando volvieron a levantar su derrumbada patria, y mediante una acción audaz, recuperaron el honor perdido de las armas, espíritu al que se debe que hoy exista nuevamente una Turquía libre y respetada, emana de la misma fuente. El traslado de la capital a Angora correspondía a una opinión sostenida por Goltz ya en la octava década del siglo pasado.

El cuerpo de oficiales de Turquía fué el que realizó el movimiento que derrocó al atrasado sultanato corrompido, poniendo en su lugar a la Turquía nacional, libre y progresista. Durante trece años miles de oficiales turcos habían pasado por la escuela de Goltz. La influencia que sobre sus discípulos ejerció su personalidad, animada por un ardiente patriotismo, por un alto concepto del honor y del deber, fué profunda y duradera. Ha dado sus frutos en los períodos de las más difíciles penurias de la patria. Por lo tanto, Goltz-bajá forma en primera línea entre los hombres a quienes se pueden considerar los creadores de la joven Turquía.

Si ahora, mirando retrospectivamente, nos preguntamos si la influencia de esta gran personalidad tuvo y tendrá su mayor efecto; tanto en amplitud como en profundidad, en el Oriente o en su Patria, la contestación será probablemente el Oriente. Raras veces un extraño ha tenido una influencia tan profunda sobre los destinos de un pueblo como Goltz. El poder de su personalidad resalta tanto más cuanto que tenía que entenderse con el mundo cultural del Islam, tan fundamentalmente distinto de nuestra idiosincrasia, de nuestras opiniones e ideales septentrionales.

Se sobrentiende que también desde ese destino en el ex-

tranjero, Goltz siguiera atentamente los acontecimientos en su Patria, especialmente del Ejército. Frecuentemente, no teniendo otro medio disponible, intervenía desde Constantinopla en cuestiones de actualidad por medio de artículos en diarios y revistas importantes. Una satisfacción especial habrá sentido, seguramente, cuando sus ideas sobre el completamiento de la potencia militar alemana, desarrolladas en su libro «León Gambetta», fueron por fin aceptadas por el Gobierno. La gran reforma del Ejército, bajo el cancillerato de Caprivi, correspondía aproximadamente a lo que él había pedido hacía 10 años. También esta vez puso su pluma a disposición de esta idea, a fin de conseguir la victoria del pensamiento del servicio obligatorio general. Sus artículos, escritos brillantemente, contribuyeron no poco a eliminar las resistencias que se levantaron en los representantes del pueblo y en la opinión pública contra los proyectos del Gobierno. Desde Turquía Goltz se trasladó también varias veces a Alemania para presenciar las maniobras del ejército. De esta manera, cuando a su regreso a la patria, a principios de 1896, le fué confiado el comando de la 5.<sup>a</sup> División de Infantería en Frankfurt s/Oder, pronto se familiarizó de nuevo con el servicio prusiano, aunque el salto de comandante de compañía, su último destino de tropa, al de comandante de una división, era, por cierto, bien grande. Con intenso entusiasmo y con los más halagüeños éxitos se dedicó Goltz en este nuevo puesto a la instrucción de sus tropas para la guerra. Pero también halló tiempo para ofrecer al Ejército alemán, con su libro «Conducción de la guerra y conducción de ejército», un estudio sobre la actividad del ejército en campaña. Pero, con el más vivo pesar del general, su período de comandante de división fué breve, pues ya en la primavera de 1898 el Emperador lo designó para otro puesto de más importancia. Goltz fué nombrado comandante del Cuerpo de Ingenieros y Zapadores-pontoneros e Inspector General de Fortalezas.

En este puesto, por vez primera, el general se encontró

frente a una tarea grande; en el cumplimiento de ella podía proceder con espíritu creador, impartiendo independiente mente órdenes e instrucciones terminantes, responsable únicamente ante sí mismo y ante el Emperador, el Comandante en Jefe Supremo, es decir, en una forma distinta a sus actividades anteriores en las que sólo influía como asesor.

Tuve la suerte de entrár en relación con este hombre excepcional, en aquel tiempo, como su jefe de estado mayor. Yo sé que todos los camaradas del entonces cuerpo de ingenieros y zapadores-pontoneros recuerdan llenos de entusiasta gratitud, cómo con su llegada entró una nueva vida inesperada, y un ambiente de empuje militar en las filas de los «cuello negro», como consecuencia de su vigorosa personalidad.

El Cuerpo de Ingenieros y Zapadores-pontoneros llevaba hasta entonces en el Ejército una existencia aislada, poco provechosa para el desarrollo completo de sus numerosas y excelentes capacidades. Los ascensos se efectuaban dentro de los límites estrechos del cuerpo. Una gran parte de los oficiales había estado en las unidades de tropas únicamente en su juventud. Para muchos, el puesto de comandante de compañía significaba la terminación de la vida estimulante de mando de tropa. El servicio en las oficinas y la atención de cuestiones administrativas constituyan desde entonces la actividad militar principal hasta el pasaje al retiro. Podía suceder que un coronel nombrado inspector de ingenieros (1) o de zapadores-pontoneros permaneciera en el mismo puesto ascendiendo a general de brigada y de división. Muy pocos de esos oficiales superiores de ingenieros tenían la suerte de ser probados en las maniobras como conductores de tropa, mediante un comando accidental. Se iban alejando así cada vez más de la vida del Ejército y vegetaban en su servicio especial. De esta manera con frecuencia disminuía cada vez más el anhelo de salir de ese marco relativamente estrecho, aun en jefes de relevantes condiciones y

(1) Es decir, de fortalezas.—(N. del T.)

de gran espíritu militar, a fin de actuar en uno más amplio y como conductores de tropas en el ejército.

No es de asombrarse que, en tales condiciones, muchas veces han sido nombrados inspectores generales de esta importante arma técnica generales de división o generales comandantes de cuerpo de ejército que habían hecho su carrera en otra arma.

Hasta las cuestiones de la defensa del territorio no hallaron en el Cuerpo de Ingenieros de entonces la dirección central que les correspondía.

El Ministerio de Guerra, desde hacía mucho tiempo, decidía en las cuestiones de fortificación y vigilaba celosamente que esta misión le quedara reservada. El Cuerpo de Ingenieros tenía que contentarse con opiniones parciales y, principalmente, ocuparse de los detalles de fortificación. Estas últimas tareas ocupaban casi exclusivamente el primer plano de las tareas del Cuerpo de Ingenieros, pasando demasiado a un segundo las cuestiones fundamentales de la fortificación del territorio resultantes de las condiciones generales políticas y militares, lo que, indudablemente, ha sido perjudicial para el conjunto.

En un tiempo sorprendentemente breve Goltz comprendió este error fundamental de la organización en vigor y de la situación del cuerpo de ingenieros y de zapadores-pontoneros. No titubeó en transformar, con amplias vistas, en hechos las consecuencias que un soldado genial podía deducir de este estado de cosas.

Se inició bajo su dirección una actividad como jamás había ocurrido en tiempos de paz, en un cuerpo tan ramificado en todo el imperio. En todas partes hizo sentir su vivificante influencia.

Los zapadores-pontoneros, después de sus brillantes hechos en la guerra contra Dinamarca y a causa del rápido transcurso de las campañas posteriores, habían tenido poca oportunidad de actuar como tropa técnica. Había, por lo tanto, comandos en Alemania que no sabían apreciar la importancia de dicha arma. Para remover ese concepto equivocado, Goltz era el hom-

bre a propósito. No se le ocultaba que, debido al desarrollo rápido de todos los medios técnicos de guerra en los últimos tiempos, el arma de zapadores-pontoneros debía ganar cada vez más en importancia. Con clara visión reconoció la creciente importancia de la técnica en la conducción de la guerra.

Trató, por lo pronto, de realizar, según amplios puntos de vista, la defensa territorial en las fronteras, de manera que, en general, las primeras operaciones probables propias encontrase en ella una ayuda eficaz. Su espíritu incansable, orientado a lo práctico, lo ayudó en hallar arbitrios de toda clase. Se mantuvo libre de todo esquema. Días enteros recorrió a caballo con nosotros, sus acompañantes, el terreno que interesaba, analizando las posibilidades militares y técnicas, para crear pronto algo útil, por exiguos que fuesen los medios acordados para las obras de fortificación. Con este motivo citaba frecuentemente el ejemplo de los turcos en Plewna, que probaba irrefutadamente la importancia de la fortificación de campaña en las guerras modernas.

Especialmente interesantes e instructivas fueron en este sentido las excursiones a caballo con el inspector general por las zonas de lagos y bosques de la Prusia Oriental. Su objeto fué resolver el problema de cómo por la construcción de débiles fortificaciones en los desfiladeros de los lagos se podía impedir o encauzar en determinadas direcciones el avance ruso, a fin de dar a las fuerzas alemanas, de mayor movilidad y bien dirigidas, la posibilidad de infligir una catástrofe a partes del enemigo. El sistema genialmente ideado de fortificaciones, que luego surgió bajo la dirección de Goltz, dió resultados excelentes al principio de la guerra. Ha contribuido a la división de las fuerzas enemigas en dos grupos, que entonces pudieron ser batidos aisladamente y que, al dar a las formaciones de guardia nacional y territorial la oportunidad de sostenerse y de resistir, ha impedido que la invasión rusa se extendiera más. La Prusia Oriental debe mucho a v. der Goltz, quien tenía un amor apasionado por su provincia natal.

También la manera en que pensaba efectuar la fortificación de la frontera occidental alemana lleva el sello de su personalidad previsora y creadora. Al lado del completamiento oportuno de las plazas fuertes existentes debía emplearse la línea fortificada. Nadie antes que Goltz ha reconocido el valor que tales construcciones, empleando únicamente los medios de guerra de campaña, tienen para el defensor cuando están bien adaptadas al terreno. Nadie antes que él ha señalado las ventajas que tiene la línea fortificada en comparación a la fortaleza de cintura, por todos lados cerrada, usada exclusivamente hasta entonces. Las formas de combate que se presentaron quince años después de la guerra mundial están previstas en los proyectos de Goltz. Fué un daño incalculable para la causa de la patria que estos proyectos no se realizaran. Si se hubiesen seguido los consejos de Goltz, si en el año 1914 hubiera existido la línea fortificada de Didenhofen - Metz - Estrasburgo - Alto Rhin, se hubiera facilitado considerablemente al Alto Comando la única resolución acertada: la de mantenerse aquí con fuerzas débiles en la defensiva, a fin de hacer, en cambio, lo más fuerte posible el ala derecha, que debía proceder ofensivamente. Tal procedimiento hubiera respondido completamente al modo de pensar de Goltz, pues él no fué, de manera alguna, partidario de la conducción de una guerra defensiva. Para él toda fortificación tenía como único objeto economizar fuerzas en una parte para poder asestar en otra el golpe con más vigor.

En las excursiones de reconocimiento mencionadas, el General, a pesar de sus 55 años, demostró también físicamente una resistencia que nos avergonzaba a nosotros los más jóvenes. Después de haber estado a caballo, también en invierno, desde la madrugada hasta el obscurecer, Goltz, después de una breve cena, trabajaba hasta las horas más avanzadas de la noche. Al día siguiente ya tenía listos los proyectos y órdenes, que seguramente habían exigido también un tra-

bajo detenido al amanecer. A pesar de esto, se manifestaba con toda naturalidad, siempre fresco y de buen humor, de modo que sus acompañantes no podían sino mirar, con franca admiración, esa naturaleza de conductor nato. Frecuentemente duraban esos viajes ocho o diez días seguidos. Durante ellos o inmediatamente después se realizaban generalmente inspecciones de batallones de zapadores-pontoneros, ejercicios de tendido de puentes, franqueo de obstáculos de toda clase o ataques a obras de fortaleza. Con cada esfuerzo Goltz se volvía de mayor rendimiento. Arrastraba a todos consigo. Todo oficial y soldado hallaba gusto en las inspecciones del respetado inspector general, quien, por cierto, establecía elevadas exigencias, queriendo ver la tropa sólidamente instruída, pero que se imponía las mayores exigencias a sí mismo. Siempre instruyendo en forma tranquila y convincente, el General evitaba en sus críticas toda dureza innecesaria.

Los fondos que Goltz pidió para la organización del cuerpo de ingenieros y zapadores-pontoneros, para el aumento de las tropas de zapadores-pontoneros y para nuevas obras de defensa del territorio fueron concedidos al principio. Pero, a medida que transcurrió el tiempo, ellos fueron cada vez más limitados, a causa del desgraciado sistema que regía entonces en Alemania de hacer economías en asuntos donde no debían hacerse. Por tal causa, como Goltz mantuvo inquebrantablemente sus exigencias, las que objetivamente no podían discutirse, se llegó al expediente de renunciar totalmente a la realización de sus amplios planes.

En 1902 Goltz fué nombrado comandante del I Cuerpo de Ejército.

De este modo, una gran parte de las reformas por él iniciadas quedó trunca y no para bien de la patria. Pero el espíritu que él había inculcado a sus zapadores se conservó y dió abundantes frutos en los campos de batalla de la guerra mundial. Los zapadores-pontoneros demostraron ser quizás la tropa de campaña más rigurosamente instruída y las for-

tificaciones de la Prusia Oriental posibilitaron la acción genial de Tannenberg.

En su puesto anterior, Goltz había tenido que ocuparse de las grandes cuestiones orgánicas y de los problemas de la defensa del territorio, así como de la conducción de ejércitos; su zona de acción se extendía a todo el territorio nacional, desde Memel hasta Colmar. En cambio, como comandante de cuerpo de ejército su acción oficial estaba circunscripta ahora a una provincia y abarcaba, en primera línea, la instrucción de las tropas. A esta tarea se dedicó Goltz con su energía habitual. Ella imponía precisamente en la Prusia Oriental grandes exigencias a la capacidad del comandante del cuerpo de ejército, pues el 1 Cuerpo de Ejército estaba compuesto, no de dos divisiones como la generalidad, sino de tres divisiones de infantería y una de caballería. La cantidad de unidades de tropa cuya instrucción había que vigilar e inspeccionar era, así, bien considerable. Durante los meses de verano se hallaba Goltz casi sin interrupción en viaje de una unidad de tropa a la otra. Sus inspecciones principiaban con la salida del sol y raras veces concluían antes de entrar la noche. En todas partes intervenía, estimulando, instruyendo y entusiasmando. En esa actividad, ni lo más grande le era demasiado elevado, ni lo más pequeño, de insignificante valor. Del mismo modo como sabía, una vez terminado el ejercicio, hacer su crítica desde un alto punto de vista, animándola con citas de la historia de guerra o de acontecimientos de ejércitos extranjeros, también cuando inspeccionaba el llamado pequeño servicio o los cuarteles, no se le escapaba el más mínimo detalle. Siempre ponía en primer término la necesidad de proceder de acuerdo con las exigencias de la guerra, aunque no desconocía de manera alguna el valor de la rigurosa instrucción de orden cerrado para levantar y afirmar la disciplina. El norte de su empeño fué formar oficiales y soldados de iniciativa y de acción independiente, de carácter y amantes de la responsabilidad, a fin de que fuesen capaces de responder

en todo sentido a las exigencias e impresiones del campo de batalla. Y lo ha conseguido. La capacidad guerrera del I Cuerpo de Ejército fué llevada a una altura difícilmente superable.

A pesar de las altas exigencias que el general v. d. Goltz imponía, pronto conquistó también aquí, como en puestos anteriores, los corazones de sus subordinados. Pero también la población civil de la Prusia Oriental le brindaba en el más alto grado su confianza y veneración. En todas partes se tenía la convicción de que mientras Goltz comandara el cuerpo patrio la provincia estaría asegurada contra todos los peligros. En toda Alemania se sentía la satisfacción de ver el confín Este en manos de Goltz, mientras el bien conocido conde v. Haeseler se encargaba de la guardia de la frontera Oeste.

Por grande que fuera el recargo de trabajo que su zona de acción le imponía, v. d. Goltz aprovechó todas las oportunidades que se le presentaron para hacerse útil también fuera de la misma. Especialmente cuando esperaba ver algo nuevo en el sentido militar, acudía en seguida para darse cuenta personalmente. Así se presentó en el invierno de 1908 y de 1909 en Colmar para presenciar los ejercicios de la 39<sup>a</sup> División en los Vosgos. Tomó parte en ellos, con una nieve de un metro de espesor y con un frío glacial, a una altura de 900 a 1.000 metros, desde el principio hasta el fin, aunque duraron varios días. Y siempre acompañaba a las unidades de tropas. Sin perder tiempo, después de la crítica, la misma noche o a la mañana siguiente volvía a la guarnición. Doquier se presentara, sobrepasaba en frescura, tenacidad y capacidad de resistencia a todos los demás participantes. Así le gustaba, después de inspecciones de caballería de varias horas, correr para «descanso» una prolongada cacería con el cuerpo de oficiales. Y aun después de haber cumplido los 70 años se podía admirar al General, de casaca colorada, detrás de los perros.

En 1907 el general v. d. Goltz fué nombrado inspector general de la 6.<sup>a</sup> Inspección de Ejército (1), con asiento en Berlín. Esto significaba la despedida de la provincia natal y del cuerpo de ejército, como también de la tan amada actividad del servicio práctico de tropa.

Según el reglamento establecido para los servicios de los inspectores de ejército, éstos tenían exclusivamente la misión de presenciar de vez en cuando las maniobras de los cuerpos pertenecientes a su inspección e informar sobre lo visto al Emperador. No les incumbía una intervención directa en las tropas y en sus jefes. El puesto era una especie de puesto de descanso para generales antiguos meritorios, los que, sin embargo, en caso de guerra, tendrían que hacerse cargo de la conducción de un ejército. Por eso figuraban todos los años en las maniobras imperiales dos inspectores de ejército como jefes de partido. Goltz consideró de su deber hacer presente a la superioridad los graves inconvenientes que creaba esta situación para el que estaba destinado a ser, en caso de guerra, comandante de un ejército. Manifestó que un general a quien en la guerra se imponían las más altas exigencias de responsabilidad, capacidad, resistencia y conocimientos, debía estar también en tiempo de paz en medio de la vida práctica de las tropas, dándosele más oportunidad de ejercitarse en la alta conducción de tropas. Miseras consideraciones de presupuesto se oponían a la realización de esas iniciativas, de modo que muy poco se llevó a cabo de lo que Goltz había propuesto para la elevación del puesto de inspector de ejército.

En las maniobras imperiales de 1911 fué designado comandante de una agrupación de ejército. Aquí consiguió, en contra de las intenciones de la dirección de maniobras, obtener con fuerzas inferiores un señalado éxito por un doble envolvimiento. En la Orden de Gabinete que el Emperador diri-

(1) En Alemania, al estallar la guerra, existían 8 inspecciones de ejército, al frente de las cuales se hallaban coroneles generales.—(N. del T.)

gió con este motivo al Mariscal, se expresa: «Los hechos sobresalientes del partido azul bajo su comando han demostrado con qué éxitos puede contar una agrupación de ejército en la que la influencia vivificante del conductor de ejército se transmite sobre oficiales y tropa de una manera tan hermosa como en las maniobras pasadas.»

Por lo demás, Goltz empleó el descanso involuntario para cultivar, en una medida mayor de lo que le fué posible en los últimos años, el lado científico de su profesión. Su obra *Rossbach y Jena*, publicada ya en años anteriores, cuyo objeto era una investigación sobre la catástrofe de Prusia en el año 1806, apareció ahora en una forma nueva y más profundizada bajo el título *De Rossbach a Jena y Auerstadt*. Esta tuvo una continuación en la obra *De Jena a Preussisch-Eylau*, que investiga los orígenes del espíritu que siete años después de la derrota produjo el resurgimiento de la patria. Especialmente hay que mencionar la *Historia militar de Alemania en el siglo XIX*, que también apareció en aquel tiempo.

Renovando los empeños de los años de la juventud, Goltz se dedicó de nuevo al pensamiento de fomentar el poder militar de nuestra nación. Lo hizo con una devoción sagrada. Ya en 1883 había expresado en *La Nación en Armas* que «una última lucha por la existencia y grandeza de Alemania no era una fantasía de ilusos ambiciosos, sino que sobrevendrá inevitablemente algún día con plena violencia, con la gravedad que trae consigo toda lucha decisiva de los pueblos mientras no exista el reconocimiento sin reservas de una nueva conformación de estados». En esa convicción lo había confirmado el desarrollo político que había tenido lugar desde entonces; y como antes sostenía la idea de que el pueblo alemán respondería a la gran prueba únicamente cuando física, intelectual y moralmente se preparara para ella. En innumerables discursos, conferencias, artículos en la prensa, Goltz ha tratado de despertar los espíritus en los años anteriores a la guerra mundial. Infatigablemente levantaba su

voz de admonición, indicando los caminos por los que se podía alcanzar el gran objetivo.

Goltz trataba especialmente de interesar con sus ideas a la juventud, cuyos corazones supo, como ningún otro, incitar a un entusiasmo ardiente por el honor y la libertad de la patria.

En el año 1911 consiguió reunir todas las diferentes asociaciones nacionales de la juventud en la Liga de la Juventud Alemana, a cuya cabeza se puso él mismo, el año 1913, cuando, después de ascendido a mariscal de campo, le fué accordado el retiro, después de 52 años de servicio.

Cuando estalló la Guerra Mundial el Mariscal estaba por cumplir setenta y un años de edad. Tenía, pues, un año más que Moltke al principio de la guerra de 1870 y un año menos que Blücher en Belle-Alliance (Waterloo) o Schwerin en Praga. Físicamente se mostraba tan vigoroso como difícilmente ocurría con algún otro de los generales movilizados en el frente del ejército alemán. A esto se agregaba que, sin duda, era el oficial más intelectual del país.

Su intenso deseo de recibir un destino de guerra no se cumplió. En cambio, le fué confiada a fines de agosto de 1914 la Gobernación General de Bélgica. Las circunstancias eran allí en esa época muy difíciles. El general v. Beseler dirigía independientemente el sitio de Amberes. La seguridad de la costa contra desembarcos ingleses estaba a cargo de la Gobernación General, la que, empero, no tenía tropas. Un comando común no existía.

En tales condiciones, Goltz pasó en su puesto de Bruselas momentos muy críticos. A veces se hallaba con sólo tres y medio batallones de guardia nacional, en la ciudad de un millón de habitantes, hostil a los alemanes. En los días críticos, después de la batalla del Marne, cuando tuvieron lugar

las grandes salidas del ejército belga desde Amberes, cuando se sentía el trueno de los cañones y el fuego de fusilería en las calles de Bruselas, cuando todas las noches se repetían las más alarmantes noticias sobre inminentes noches de San Bartolomé y sobre la llegada de franceses e ingleses desde Ostende, fué la serenidad y la inquebrantable fe del Mariscal lo que dominó la situación. Andaba de día y de noche solo y sin armas por las calles. De sus tropas de guarnición él enviaaba constantemente fuerzas al frente, puesto que, según su claro juicio de soldado, eran allí más necesarias que en Bruselas. Atrás bastaba el poder de su personalidad dominadora. Goltz participó, además, con sus tropas destacadas al frente en 23 combates sangrientos, en parte en primera línea. Él era de opinión que sus guardias territoriales, que habían sido convocados en realidad sólo para el servicio de guarnición, y que ahora eran ocupados en primera línea por el apremio de las circunstancias, tenían derecho al ejemplo personal de sus más altos superiores. Por consiguiente, exponía su persona del modo más desconsiderado al fuego enemigo, lo que la tropa reconocía con entusiasmo. En Bercelaere fué herido en la mejilla por un tiro de refilón.

A medida que la situación de la guerra se fué aclarando, las tareas propias de la Gobernación General requirieron cada vez más la atención del Mariscal. La organización de la administración de Bélgica de modo que respondiera al punto de vista especial del aprovechamiento del país para los fines de la conducción de la guerra, evitando lo más posible las penurias a la población, fué una empresa difícil. Pero también aquí su acción fué sobresaliente. Sin embargo, el tiempo que le fué accordado en este puesto difícil debió ser corto. Diferencias de opinión con el Alto Comando sobre el tratamiento de la población belga, ataques de la prensa alemana contra su actividad, efectuados por ignorancia, contribuyeron a quitarle el gusto por su puesto. En tales condiciones, aceptó sin ti-

tubear la oportunidad que se le presentó de pasar a otro centro de acción.

Turquía había entrado en la guerra del lado de los Imperios Centrales. En vista de las condiciones extremadamente difíciles en que se encontraba, parecía indicado poner a su disposición un consejero especialmente versado en todos los asuntos relacionados con la guerra. El Mariscal fué relevado, por lo tanto, de su puesto en Bélgica y adscripto a la persona del Sultán en Constantinopla.

Aunque este empleo, eminentemente cortesano, parecía un modo velado de apartarlo, el Mariscal halló, sin embargo, pronta oportunidad de hacerse valer también en asuntos militares. Reinaba a su llegada a Constantinopla una situación bien crítica. El papel que Turquía tenía que desempeñar en la gran lucha, la fuerza de resistencia que pudiese desarrollar, dependía enteramente de si Alemania conseguía proveerle los medios de guerra necesarios que ella misma no podía fabricar. En la confianza de que el camino al Cercano Oriente quedaría pronto libre, con lo que Turquía podría dar la mano a sus aliados, ella se había resuelto a entrar en la guerra. Pero la tentativa de Austria, emprendida en diciembre de 1914, de derrotar a Servia, que cerraba este camino, fracasó por completo. La esperanza de pronto auxilio se desvaneció para Turquía. Parecía imposible que fuese capaz de resistir con éxito a la tentativa franco-inglesa en los Dardanelos y de defender su capital de ese lado, máxime que parecía también amenazada por los rusos desde el Mar Negro. En estas circunstancias no faltaron voces en Constantinopla que impulsaran a la Sublime Puerta a la conclusión de una paz inmediata. Por lo menos parecía necesario que el sultán y el gobierno abandonasen Constantinopla, poniéndose en seguridad en el Asia Menor. Goltz vió entonces claramente su misión: por un lado, debía incitar a Turquía a una resistencia valiente y, por otro, interponer toda su influencia para que la tentativa de abrir la Península Balcánica se repitiera con fuerzas mayores. Él se

convenció personalmente en los Dardanelos del estado de las obras, y manifestó su convicción de que aun con los pocos medios existentes se conseguiría mantener el dominio de los estrechos. Después se fué personalmente al Cuartel General austriaco y alemán, para intervenir allí en favor de Turquía. Su apreciación de la situación resultó ser acertada. Los ataques contra los Dardanelos fueron rechazados. El sultán resolvió quedarse en Constantinopla. Se evitó un pánico.

En la primavera de 1915, el Mariscal se hizo cargo del comando del I Ejército turco, que combatía con una parte de sus fuerzas en Gallípoli, y con el resto se encargó de la seguridad de Constantinopla contra un ataque ruso. El ejército se hallaba recién en formación. Sin descanso el Mariscal estaba siempre fuera de la capital, tan pronto en los Dardanelos como en el Bósforo o en las líneas de Tschataldscha. En todas partes inspeccionaba las tropas y ordenaba ejercicios para aumentar la capacidad guerrera de las nuevas unidades. Inició también la construcción de amplias fortificaciones para la protección de la capital.

Mientras tanto, los ingleses habían desembarcado tropas en el golfo de Persia, invadiendo la Mesopotamia por Basra, a lo largo del Tigris, aguas arriba. Bagdad, la antigua ciudad de los califas, cuya pérdida hubiera sido un golpe irreparable para el prestigio de Turquía en todo el mundo mahometano, estaba en peligro.

También en Persia había principiado la lucha de las potencias beligerantes. Se trataba de llegar por negociaciones en Teheran a una alianza de los tres estados mahometanos, la Turquía, Persia y Afganistán, a fin de obtener la adhesión de este grupo de potencias a Alemania y Austria.

A fin de dirigir uniformemente esta acción en aquellos lejanos territorios, se necesitaba un hombre de la autoridad del Mariscal, que no solamente dominara las condiciones políticas, sino que también fuera militarmente capaz de responder a las difíciles condiciones operativas y tácticas de aquellos terri-

rios. Goltz fué así nombrado comandante del VI Ejército turco en el Irak. «Lo que mi Patria me ha negado, me lo ha dado un país extranjero. Eternamente le quedaré agradecido por ello», escribió en su diario.

El 16 de noviembre de 1915 marchó el Mariscal de Constantinopla a Mesopotamia. Del camino de más o menos 2.500 kilómetros de largo, sólo la mitad aproximadamente era vía férrea. El resto había que salvarlo en automóvil, en vehículo de campo o a caballo. A principios de diciembre llegó Goltz a Bagdad, desde donde partió en seguida para el frente. Aquí lo informó el general turco Nureddin, el 12 de diciembre, que había rechazado al general inglés Townsend hacia Kut-el-Amara y que éste se hallaba en retirada con las fuerzas principales a lo largo del Tigris aguas abajo y que únicamente restos habían quedado en la población fortificada de Kut-el-Amara.

El Mariscal reconoció, entonces, personalmente el frente enemigo y se enteró que, por el contrario, casi todas las fuerzas del general inglés se habían quedado en Kut-el-Amara, y que solamente una pequeña parte se había retirado al sur. Ordenó, en consecuencia, un dispositivo distinto de las fuerzas de cerco turcas, regresando después a Bagdad. Aquí estuvo, por lo pronto, completamente ocupado en la instalación de las comunicaciones de retaguardia de su ejército. Tenía que atender, además, los asuntos de Persia. En los últimos días de diciembre se trasladó para su orientación personal a Kermanschah, en la Persia Occidental, distante unos 200 kilómetros.

Aquí pronto lo alcanzaron informes del frente de Kut-el-Amara, que presentaban la situación como crítica. El mariscal no tardó en volver. El viaje fué penoso, y cuando en la segunda semana de enero de 1916 alcanzó Bakúba, a 60 kilómetros de Bagdad, se rompió el automóvil. Resuelto a todo, Goltz marchó a caballo en una noche de una lluvia torrencial por malos caminos a Bagdad, que alcanzó a la mañana. De aquí siguió sin demora a Kut-el-Amara, a donde llegó a tiempo para tomar parte decisiva en los acontecimientos.

Por su intervención personal, detuvo en recios combates la marcha de avance de un cuerpo de socorro inglés. El cerco de los ingleses se mantuvo, a pesar de que las fuerzas cercadas eran por sí solas más numerosas que todas las que el Mariscal tenía a su disposición. El cuerpo de socorro tenía, además, una comunicación excelente con el mar por el Tigris navegable, mientras la larga línea de etapas del VI Ejército turco era de muy escaso rendimiento.

A estas dificultades militares se agregaban las muchas de la política interior, que el Mariscal tuvo que vencer, como ser el antagonismo entre turcos y árabes, la intervención en los asuntos persas e hindúes, además de las divergencias en cuestiones políticas y militares entre las autoridades turcas y alemanas.

En medio de este completo maremagnus, rodeado por un cúmulo de contrariedades, el Mariscal, a pesar de sus 72 años, se mantuvo incombustible y con inquebrantable clara visión. Había sido enviado al desierto de Mesopotamia sin estado mayor suficiente, sin el indispensable personal de intérpretes, sin servicio de retaguardia alguno asegurado, sin dinero, a un clima mortífero! Sus rendimientos en esta situación fueron gigantescos. La lectura de las anotaciones de los oficiales que tenían la suerte de estar cerca de él, produce la impresión de un himno heroico.

El 8 de marzo de 1916 se iniciaron ataques especialmente violentos de los ingleses para el socorro de Kut-el-Amara. Inmediatamente partió el Mariscal, a fin de asumir personalmente la dirección de la batalla. Los combates fueron sangrientos en alto grado; terminando con la victoria completa de los turcos. Una vez bien afianzada la situación en el frente, el mariscal volvió a Bagdad el 31 de marzo. Aprovechó para ello un vapor excesivamente repleto de enfermos y de heridos, sin reclamar para su persona un alojamiento especial. Esta modestia debía serle fatal, pues en este último viaje recibió por contagio el germen de la muerte.

El 9 de abril el Mariscal se sintió mal; el 12 el médico diag-

nosticó, sin lugar a dudas, tifus exantemático. El 19 sucumbió este héroe del deber a esa gran peste del Oriente.

Cuando el 21 de abril de 1916 los cañones lanzaban sus salvadas de despedida al guardarse los restos del Mariscal, faltó un plazo brevísimo para que las operaciones dirigidas por él finalizaran con una grave derrota de su adversario inglés.

El 29 de abril cayó Townsend con 20.000 ingleses e hindúes en la capitulación de Kut-el-Amara, en manos del Ejército turco del Irak.

Como un trueno retumbó esta noticia en el Oriente.

Lo que perdió el ejército turco lo expresó el general Halil, comandante del frente del Irak, con estas palabras: «El Mariscal ha dedicado la mitad de su vida militar a la tarea de perfeccionar nuestro Ejército. En el momento en que iba a tener la dicha de ver el fruto de sus esfuerzos en las gloriosas victorias que nuestras tropas ganaron bajo su dirección, una enfermedad traicionera lo arrebató en el país que amaba como a su propia patria. El cerró los ojos mientras aquí afuera en el frente se iluminaba nuestra situación por victorias, que harán regocijar al espíritu del fallecido.»

Cuán general fué la veneración que la población turca y árabe sentía hacia el Mariscal, lo demuestra el siguiente ejemplo: «La noche siguiente a la caída de Kut-el-Amara una larga manifestación de turcos y árabes se dirigió, a la luz de antorchas, por las calles de Bagdad, al alto bastión sobre el Tigris, donde pocos días antes había sido sepultado el jefe igualmente amado por todos. A la cabeza marcha el jefe militar turco de la ciudad. Él quería llevar al difunto la noticia de la caída de Kut-el-Amara, que fué su propia obra. Claramente se oyen en el profundo y solemne silencio de la noche oriental las palabras de este parte militar al alma de un difunto. Un cuadro commovedor e inolvidable para todos los presentes.»

Para la acción del Irak, ya no se halló jefe alguno que ni siquiera aproximadamente pudiese reemplazar al Mariscal.

Pero, ¿qué perdió la patria alemana y su Emperador con esta muerte, que, como dice un combatiente del Asia, era la del «tal vez más noble entre los cientos de miles de muertos de la gran guerra»?

Con la muerte del mariscal barón v. d. Goltz desapareció de las filas del Ejército alemán la cabeza más relevante, el conductor nato de un pueblo en situación de apremio. ¡Qué no podía haber hecho él, que en su larga y laboriosa vida había resuelto con mano segura todos los problemas que se le habían presentado, si hubiese llegado a ocupar un puesto en la guerra mundial, que se encontrara en el foco de la decisión general!

Cuando el genial conde Schlieffen pidió el 1º de enero de 1906, casi a los setenta y tres años de edad, su retiro después de una actividad de quince años como jefe del Estado Mayor General, la elección de su sucesor fué una cuestión de destino para el pueblo alemán, una cuestión grave y difícil, como cuando se trató de llenar el vacío que había dejado la despedida de Bismarck. Que el sucesor de Schlieffen debía dominar los elementos de la conducción de la gran guerra, que debía saber operar con ejércitos de millones, era una necesidad que se sobrentendía. Pero los tiempos aparecían ya entonces tan amenazadores, que esto solo no hubiese sido suficiente. Ya demasiada claridad se sentían aquellos rumores subterráneos que anuncianan la proximidad de la gran catástrofe europea. Los únicos que no oían o no querían oír, creyendo poder conjurar la desgracia inminente con pobres arbitrios diplomáticos y con resoluciones de mayoría parlamentaria, fueron el Gobierno y el Reichstag.

En semejante situación, la esperanza de la Patria descansaba únicamente en los hombres colocados a la cabeza de las autoridades militares, en primer lugar en aquel que en caso de guerra estaba llamado a dirigir la nación en armas, el Jefe del Estado Mayor General. Él debía, en caso de que los poderes legislativos del Imperio no supieran elevarse para tomar una resolución grande, que el Ministro de Guerra fracasara y

la diplomacia amenazara hundirse en pequeñeces, ser el faro por el cual la nave del Estado alemán debía orientar su curso. Imperturbable ante las vacilaciones en las relaciones de los pueblos y los lamentos de la democracia, debía el jefe del Estado Mayor General efectuar todos los preparativos para que, en la hora del peligro, todas las fuerzas del pueblo alemán «pudieran emplearse organizadamente» para la salvación de la Patria.

Ya en los últimos años de la actuación del conde Schlieffen había principiado la decadencia del poder militar de Alemania. Con cada año se alejaba más del ideal del servicio obligatorio general. Cada vez menos correspondía la fuerza del ejército a la cantidad de habitantes en rápido aumento. Schlieffen trató de compensar esta falla ante todo con la profundización espiritual del arte de la guerra. Esto fué mucho; pero no todo lo que se podía hacer. Es verdad que la tentativa de conseguir más hubiese conducido a graves luchas internas. Una nueva época de conflictos, análoga a la que Guillermo I y Bismarck tuvieron que vencer, habría venido sin la menor duda. A fin de llevarla a cabo victoriamente en el sentido de los verdaderos intereses patrios, se hubiese necesitado un hombre, que, además de un conocimiento profundo indiscutible de su profesión, dispusiera de la máxima inteligencia, habilidad, elocuencia, de la más tenaz resistencia y de un corazón ardiente. Para tal misión no poseía Alemania otra persona más apropiada que el general v. d. Goltz. En cualquier puesto en que el destino lo colocara—como reformador del ejército en la Turquía, como comandante del cuerpo de ingenieros y de zapadores-pontoneros, como comandante de cuerpo de ejército e inspector de ejército,—siempre había encarado su misión desde grandes puntos de vista en el marco del conjunto, dedicándose con inquebrantable energía y convicción a la realización de lo que había reconocido por necesario.

Así hubiera Goltz obrado también como jefe del Estado Mayor General! Él fué, en el más amplio sentido de la pa-

bra, un luchador y hubiera puesto en movimiento al cielo y a la tierra para dar a la patria la armadura que necesitaba para poder resistir a la tempestad inminente. Este objetivo correspondía también al mismo rumbo de los empeños que Goltz ya había defendido como joven oficial, que jamás había perdido de vista y que formaban la verdadera esencia de su vida. Excluido de la colaboración oficial en su realización, no le quedó otro remedio que fomentarlas, en la medida de lo posible, en informes a Su Majestad o influyendo la opinión pública. En igual sentido trataba de transmitir sus preocupaciones entre los que lo rodeaban. Cuando una vez se frustró uno de los mayores proyectos militares por la pretendida necesidad de hacer economías, nos dijo: «Temo que esta economía resultará el peor de los derroches y costará algún día a la Patria mucho, mucho dinero. Todos los que tienen algún sentimiento de responsabilidad por el conjunto, deberán forzar desconsideradamente la realización del proyecto».

Si Goltz, quien entonces tenía 62 años, hubiese sucedido al conde Schlieffen, en Alemania no hubiesen quedado en sus casas en el año 1914 cientos de miles de hombres aptos, a causa de no haber recibido instrucción militar. Ellos hubiesen aparecido, al contrario, en la palestra en forma de media docena de cuerpos de ejército aguerridos o aun más, y hubiesen producido la decisión en el Marne en favor de nuestra causa. Ver-salles y el 9 de noviembre habrían sido evitados para el pueblo alemán.

Por lo tanto se puede afirmar: «Ha sido una desgracia nacional que Goltz no fuese llamado a suceder a Schlieffen.» En el pueblo y en el ejército se sentía instintivamente algo de esto, pues siempre, cuando en los puestos superiores del Imperio se esperaba un cambio, sonaba su nombre en el público, tan pronto para el puesto de canciller del Imperio como para ministro de guerra o jefe del Estado Mayor General. En cualquiera de estos tres puestos hubieran podido desarrollarse plenamente sus cualidades para el bien de la Patria. Pero la sa-

biduría oficial resolvió cada vez de otra manera, privando así al pueblo alemán y a la patria de su más fuerte columna.

En qué forma hubiera procedido Goltz, si en el año 1914 él hubiese sido el jefe del Estado Mayor General, se puede deducir de varias de sus expresiones. También él quería emplear en seguida, en una guerra de dos frentes, la fuerza principal para un vigoroso ataque contra el enemigo más fuerte: Francia. Por cierto se dió cuenta que el éxito de ese plan dependía de condiciones que no había que descuidar impunemente: la superioridad numérica y la elección del momento de dar el golpe. Más tarde expresó una vez que él veía la causa principal del fracaso de la ofensiva alemana en el frente occidental del año 1914, en la tentativa de querer obtener la derrota de Francia con medios insuficientes y de un solo envío.

«¡Hacedme fuerte el ala derecha!», había exclamado el moribundo Schlieffen en sus últimos delirios. El mariscal v. d. Goltz hubiera seguramente hallado los medios de poner en práctica este testamento en la dura realidad de la guerra. Él era también el hombre a propósito para dirigir uniformemente las luchas del ala derecha del Ejército durante la marcha de avance por el nordeste de Francia y la batalla del Marne. Bajo el comando de Goltz, el Cuartel General no hubiera quedado, de manera alguna, en Luxemburgo en aquellos días críticos. A lo menos, con un escalón del mismo, en cuanto yo lo conozco, se habría aproximado al frente, para tener en el sitio de la decisión los hilos en su mano firme. Seguramente no se le habría ocurrido la idea de avanzar con el I Ejército al este de París, en dirección sur, sin asegurarse con escalones de retaguardia, que avanzaran también por el oeste del campamento fortificado al otro lado del Sena.

No es esta la oportunidad de entrar a analizar los acontecimientos, por el momento acabados, ni de investigar cómo se podrían haber producido si un conductor de ejército realmente superior hubiese dirigido las operaciones del ejército occidental alemán. Diremos únicamente que la Providencia

guardaba en la persona del mariscal v. d. Goltz, para el pueblo alemán, a un hombre que reunía en sí todas las cualidades para dominar la terrible situación en que se encontraba la Nación.

Si un encadenamiento especial de circunstancias y de influencias subterráneas pudo conseguir que semejante fuerza no se emplease en el punto decisivo, sino que tuvo que consumirse en las arenas del desierto de Mesopotamia en un puesto perdido, se commueve nuestro corazón ante tan trágico destino. ¡Al que el Señor quiere perder lo enceguece!

Que sea a lo menos en el porvenir provechoso para el pueblo alemán, y especialmente para la nueva generación, el ejemplo de este hombre, verdaderamente alemán, quien había dedicado toda una vida llena de penurias y de sacrificios exclusivamente al honor y a la grandeza de la Patria, a la que, por último, en el más fiel cumplimiento del deber, le rindió la vida.

V. MUDRA.

General de Infantería retirado.

## PRÓLOGO

El año 1883, el entonces mayor en el Estado Mayor del Ejército Prusiano, Colmar barón v. d. Goltz, publicó un *Libro sobre organización de Ejércitos y Conducción de Guerra en nuestros tiempos*, titulado *La Nación en Armas*.

Ya anteriormente el autor había atraído sobre sí la atención de vastos círculos por diferentes libros y escritos sobre cuestiones militares y estudios de historia de guerra.

Con *La Nación en Armas* se colocó en la primera fila de los autores militares. El libro tuvo un éxito manifiesto, no sólo en Alemania sino también en el extranjero. Fué traducido a no menos de diez idiomas. En el año 1899 apareció la quinta edición. Mucho antes de la guerra mundial ya estaba agotada. Pero el tan atareado autor, que, mientras tanto, había ido ocupando los más altos puestos en el ejército alemán, se vió, debido a otros trabajos, imposibilitado de atender la aparición ulterior de la obra. Esto lo reservaba para más adelante, una vez que se hubiera retirado del servicio activo.

Pero este propósito ya no pudo realizarse. Retirado en 1913, el Mariscal fué empleado nuevamente, pocas semanas después de establecer la guerra mundial, en el servicio de la Patria.

Los diversos destinos lo tuvieron tan ocupado, que le quedaba poco tiempo libre para una actividad de escritor. El 19 de abril de 1916, en Bagdad, cayó para siempre la pluma de su incansable mano.

Desde entonces han ocurrido acontecimientos formidables en Alemania. El desgraciado fin de la guerra y la revolución han destrozado el Imperio y su magnífico ejército, el sostén más poderoso de la unidad alemana. Con la abolición del servicio obligatorio general, impuesta por el tratado de Versalles, se derribó la columna vital de

la situación de gran potencia de Alemania y de su importancia mundial.

El pueblo alemán ya no es hoy una «nación en armas» y, por la voluntad de nuestros ex enemigos y de numerosos compatriotas, no debe volver a serlo.

De este modo han cambiado fundamentalmente las condiciones bajo las cuales apareció por primera vez *La Nación en armas*.

Antes de emprender la reedición de la obra, tuve, por lo tanto, que formularme la pregunta de si ella se justifica o no.

No lo estaría si se dirigiera especialmente al pueblo alemán del presente y si considerara la guerra mundial en otra forma que un episodio, del cual se quisieran deducir conclusiones de carácter táctico, estratégico, técnico y económico. Ambas cosas no podían estar dentro de mi intención. Era, asimismo, incompatible con el carácter puramente científico del trabajo hacer de él ahora una obra más sobre esa guerra. Debía, en cambio, mantenerme dentro del concepto puramente objetivo que ha caracterizado siempre a *La Nación en armas*, y que fué la causa por la que se difundió en todos los estados militares. Su propósito es contribuir al conocimiento de las verdades científico-militares expresadas de modo que sean fáciles de entender aun para los que no sean profesionales.

El libro en su nueva forma está dedicado ante todo a los manos del autor, llamado al Gran Ejército, como también a la gloriosa memoria del antiguo ejército alemán, uno de cuyos mejores representantes fué el mariscal Colmar barón v. d. Goltz. Debe también, y no en último término, evocar un orgulloso recuerdo de la gloriosa y brillante dinastía de los Hohenzollern, que creó y perfeccionó al antiguo ejército, y que siempre fué cooperadora y guía del desarrollo cultural, intelectual y moral del pueblo alemán.

Este libro consideraba a la guerra meramente como un fenómeno en la vida de los pueblos, sin tener más que relaciones generales con las condiciones políticas y militares en que actualmente se encuentra el mundo.

He partido de la opinión de que el mundo cultural actual no puede todavía prescindir del conocimiento de ese fenómeno.

Que la guerra mundial haya sido realmente la última de su clase, que la época del desarme general y de la paz mundial, a iniciarse por el desarme de Alemania, haya venido ya, ¿quién pudiera decirlo hoy con seguridad? Pero no deben dejar de escucharse las advertencias que desde lo profundo de la historia llegan a nuestros oídos, y que Osvaldo Spengler (1), refiriéndose a la comunidad de intereses de todos los pueblos civilizados, resume en las siguientes palabras:

«El resultado práctico de las teorías reformadoras del mundo es regularmente una *masa sin forma* y, por lo tanto, *sin historia*. Todos los reformadores y ciudadanos mundiales sostienen, consciente o inconscientemente, ideales de fellah (2). Su éxito significaría la renuncia de las Naciones dentro de la historia, no en beneficio de la paz eterna, sino en beneficio de otras. La paz mundial es todas las veces una resolución unilateral. La «pax romana» tiene para los Emperadores-soldados posteriores y para los reyes militares germanos este único significado político: hacer de una población amorfada de cien millones el objeto de la poderosa voluntad de pequeños grupos de guerreros. Esta paz costó los sacrificios pacíficos, contra los cuales los de la batalla de Cannas son casi nulos. Los mundos de Babilonia, China, India y Egipto pasaron de una mano conquistadora a otra y pagaron la lucha con su propia sangre. ¡Esta fué su paz! Cuando los mongoles conquistaron la Mesopotamia en 1041 erigieron con cien mil cráneos de la población de Bagdad, que no se había defendido, un monumento para recordar su victoria. «Más bien muerto que esclavo», es un dicho antiguo de los campesinos de Frisia. Lo contrario es el lema de toda civilización tardía y cada cual ha tenido que sentir lo que cuesta.»

Si con eso un espíritu superior nos enseña a dónde llevan con absoluta certidumbre las ideas extravagantes del pacifismo, el otro pe-

(1) Osvaldo Spengler. *La decadencia del Occidente*, II tomo, primera y décima quinta edición, 1922, pág. 224. (C. H. Beck, Oscar Beck, editores, Munich.)

(2) Fellah o Fellach, un pueblo antinacional, agricultor del Egipto, que desde la conquista del Egipto por los árabes abandonó paulatinamente su lengua (el copto), adoptando junto con la religión (el islam) la lengua de su amo (el árabe).

ligro que hoy amenaza a los pueblos civilizados, sean vencedores o vencidos de la guerra mundial, se manifiesta aún con más claridad.

Procede del bolshevikismo, que al principio se tomaba por un fenómeno, si bien aterrador, pero de índole pasajera, y que, mientras tanto, se ha manifestado como una concepción mundial que cada vez se extiende más.

Se halla en oposición consciente de todo lo que significa cultura y progreso en la vida de los pueblos. El bolshevikismo es el «imperio de un carácter primario despótico», que apoyado en una soldadesca desenfrenada y terrorista, pretende extender su poderío sobre toda la tierra habitada.

Ya ha tendido sus manos descarnadas hasta los pueblos semicivilizados del Asia, propagando sus doctrinas también entre los hijos de la raza negra y del mundo nuevo. En todas partes donde puede anidarse entre la gente de color, se dirige contra la posición prominente del hombre blanco.

Pero no solamente en las *Colonias* se ven hoy los pueblos civilizados amenazados por el bolshevikismo; más aun, no existe ninguno de ellos que en su propia casa estuviese seguro contra la influencia de estas fuerzas de descomposición.

En tal situación, un Estado con un Ejército Nacional que realmente represente una «nación en armas», está capacitado en mucho mayor grado para defender sus bienes culturales, que otro que carece de este fortísimo apoyo del orden cívico. Este último puede hundirse más fácilmente en la corriente roja y constituir un foco de contagio para sus vecinos.

Quizás no esté muy distante la hora en que por todas partes se abra camino el reconocimiento de la comunidad de intereses de todos los pueblos de la actual civilización y que se ponga de manifiesto que ya es imposible prescindir de la cooperación de Alemania cuando se trata de defender los bienes más sagrados de la humanidad.

A S. E. el señor general de infantería v. Mudra expreso en este lugar mi más sentido agradecimiento por el juicio sobre la personalidad del Mariscal, que encabeza este libro.

Al señor teniente coronel Hüttmann debo la corrección del manuscrito y varias valiosas indicaciones. El señor capitán de fragata retirado Hildebrand me ayudó con la gentil indicación de detalles para el capítulo referente a empresas de ultramar.

Bad Sachsa en el Harz, enero de 1925.

FEDERICO BARÓN V. D. GOLTZ.

Coronel retirado.

## INTRODUCCIÓN

Los conceptos sobre la guerra con los cuales el Ejército Alemán partió a la lucha en 1914, tienen su expresión más clara en el estudio de historia militar *Cannae* del conde Alfredo Schlieffen, quien desde 1893 hasta 1906 fué Jefe del Estado Mayor General del Ejército Prusiano. El veía la culminación del arte del conductor de ejército en la acción de Aníbal, quien, en el año 216 antes de Jesucristo, en la llanura de Apulia, derrotó completamente a los romanos por medio de una batalla de cerco, una acción que después del gran cartaginense únicamente lograron realizar, más de dos mil años más tarde, Moltke en Sedan y Hindenburg en Tannenberg.

Schlieffen se basó en Moltke. Él profundizó las enseñanzas de la guerra, que Moltke había impartido en palabras y hechos, ampliándolas para aplicarlas a los ejércitos de masa modernos.

Moltke, a su vez, fué un discípulo de Clausewitz, en cuyas obras legadas a la posteridad se encuentra todo lo esencial que se puede decir de la naturaleza de la guerra.

Clausewitz ha sido un maestro para todos los pensadores militares de las últimas generaciones.

Pero él escribió su libro «De la guerra» en una época tan distinta a la nuestra, que forzosamente las formas de los fenómenos de la guerra del presente tienen que ser diferentes a las que él concebía. Ni al genio perspicaz de Schlieffen le fué posible formarse un cuadro claro de los acontecimientos que, poco después de haber él cerrado los ojos, se desarrollaron en los campos de batalla de la guerra mundial.

Si se observa el pasado, parece que la historia de guerra desde 1792 hasta 1914, exclusive, forma un conjunto uniforme, al que imprime su sello el concepto del Ejército formado por la Nación entera

y la conducción de guerra que busca la decisión por *acciones rápidas y potentes*, tal como Napoleón las realizó por primera vez, pero que con la guerra mundial hemos entrado en un *nuevo* período de evolución, cuyos primeros asomos ya aparecen en la guerra ruso-japonesa.

Únicamente a este nuevo período de evolución, es decir, a la guerra moderna, está dedicado el siguiente libro.

Pero antes de entrar de lleno, nos interesa investigar las razones por las que la guerra ha cambiado su faz una vez más tan fundamentalmente. ¡A qué causas se debe que en esta última gran lucha de naciones no decidieron la victoria o la derrota los hechos del genio privilegiado de algún Gran Capitán, sino una serie de otras fuerzas a las que en la enseñanza de la guerra se daba hasta ahora, al lado de la batalla, únicamente una importancia secundaria?

Lo que a primera vista distingue la guerra mundial de todas sus predecesoras son sus *proporciones*. ¡Qué significan, en el sentido militar, comparadas con ella los acontecimientos como las luchas producidas por la migración de los pueblos que derrumbaron el Imperio Romano, las expediciones de Gengis Khan, que se extendieron desde la Mongolia hasta el sur de Rusia, las de Alejandro y Napoleón? En ninguno de esos acontecimientos, que conmovieron al mundo, el número de los hombres, puestos en movimiento con fines militares, no fué ni remotamente tan grande como en la guerra mundial! ¡Jamás hasta entonces había tantas naciones opuestas una a la otra en la lucha! ¡Jamás hasta entonces tuvo una guerra tan enorme extensión! ¡Jamás hasta entonces se han propagado sus efectos sobre todo el globo terrestre!

Todas esas fueron consecuencias de la evolución de la humanidad en la segunda mitad del siglo XIX. Ella ha creado los grandes estados, en que las naciones asumían por sí mismas la dirección de sus destinos, o ha fortificado y ampliado los estados ya existentes.

Esto fué la razón por qué los gobiernos en la guerra mundial pudieron apoyarse en sus empresas, más que en cualquier otra época, en la *suma de las fuerzas*, existentes en sus pueblos. De allí sacó, a

su vez, la acción guerrera áquel empuje inaudito que con asombro hemos observado durante más de cuatro largos años.

Pero aquel período anterior a 1914 no sólo ha creado en el terreno político las condiciones previas para la producción de nuevos fenómenos en la naturaleza de la guerra, sino que ha obrado también en igual forma en el sentido cultural, social y económico.

El portentoso progreso de la técnica e industria, con el consiguiente aumento del bienestar y de la población en numerosos países del viejo y nuevo mundo, la necesidad de obtener víveres en el extranjero; en cambio de los productos industriales, para los millones de habitantes que de otro modo sufrirían hambre, ha creado aquella densa red que el comercio y el tráfico mundial habían tejido alrededor del globo terráqueo. De este modo se entrelazaron entre sí los destinos de las naciones de una manera hasta entonces no sospechada.

Una perturbación en este complejo organismo debía hacer sufrir de un modo más o menos profundo a todos los pueblos que forman parte de la civilización del presente o que, por lo menos, están cerca de ella. Eso explica la participación de toda la humanidad, en un grado desconocido hasta entonces, en el mismo acontecimiento bélico. Era una afluencia de millones de guerreros de todas partes del mundo y de todos los colores en los focos de lucha contra Alemania, tal como la más atrevida fantasía jamás lo hubiera soñado hasta entonces.

Así, la guerra mundial ha roto con fuerza terrible el marco anticuado de la estrategia continental europea. Si ésta establecía el principio de que para obtener una paz gloriosa sólo era necesario batir decisivamente la fuerza principal enemiga, este paladio de victoria tenía que fallar frente a los ejércitos de masa de nuestros días. Muy bien podía Aníbal encerrar y hacer prisioneros a 86.000 romanos en Cannae, Moltke a 90.000 franceses en Sedan; aun a un ejército de 250.000 hombres, como el de Samsonew, podía una brillante estrategia y una capacidad superior de la tropa producir un destino análogo; pero inutilizar con un solo gran golpe de igual manera a los tres y

medio millones de soldados que Rusia había movilizado, hubiera sido imposible ya por razones de espacio.

Por cierto, alguna idea de esto tenía el conde Schlieffen, cuando proyectó su plan de campaña contra Francia. Haciendo avanzar al Ejército alemán por Bélgica, con el ala derecha fuertemente escalonada a vanguardia, efectuando después una conversión hacia el sur con el eje en Metz, esperó obligar a los franceses concentrados en Lorena a dar batalla con frente invertido y empujarlos si fuera posible contra el Rhin Superior o contra la frontera suiza, produciéndoles así un enorme «Cannae».

La tentativa de convertir esta idea en hecho fracasó. Por desgracia, tal vez nunca se podrá aclarar si la culpa fué de la conducción alemana o de imposibilidades propias del plan.

Pero aun si el pensamiento de Schlieffen se hubiera realizado tal como fué su intención, las potencias anglo-sajonas no hubieran dado ni remotamente su juego por perdido. El aniquilamiento del ejército francés no hubiera sido un remedio contra el bloqueo de hambre, al cual Alemania, a pesar de los más brillantes éxitos en el campo de batalla, sucumbió finalmente.

Es que la guerra mundial, que abarcó continentes y océanos, originó nuevos fenómenos y nuevos conceptos en la conducción de la guerra. Había que emplear también nuevos medios para responder a sus exigencias.

Además de las proporciones ya citadas, fueron, ante todo, las fortalezas y los perfeccionamientos y novedades en el terreno de la técnica de las armas las que motivaron que las luchas se desarrollasen de una manera tan distinta a lo que generalmente se creía. Ambas circunstancias produjeron, en lugar de un rápido desarrollo de los acontecimientos, aquella lucha de largos años que se designa con el nombre de «guerra de posición».

Es cierto que debido a las vías férreas, construidas tan favorablemente, con la ventaja del lado de la Entente de disponer además de una gran capacidad de transporte marítimo, ambos partidos pudieron reunir en poco tiempo muy considerables masas de ejércitos, moviéndolas, de acuerdo con las necesidades, de un lugar a otro; los

progresos en la elaboración de conservas permitieron, también, tener esas masas reunidas por algún tiempo; pero, tan pronto se llegaba al contacto de combate con el enemigo, el movimiento se paralizaba inmediatamente. Aun el empleo de una poderosa superioridad, si bien causaba inmensos sacrificios de hombres, no lograba que la acción se pusiera nuevamente en movimiento.

Únicamente las primeras semanas en el frente occidental, cuando todo el pueblo alemán acompañaba con júbilo la rápida marcha victoriosa del Ejército por Bélgica y Francia septentrional, correspondían aproximadamente a la idea que en todas partes se había hecho del transcurso de una guerra. También de las operaciones que condujeron a la batalla de Tannenberg se puede decir lo mismo, puesto que nos producen la impresión completa de un tema planteado por Schlieffen. Pero en Francia, desde mediados de septiembre de 1914, las líneas de combate se volvieron rígidas entre alambres y trincheras. Y así continuó, a pesar de todas las tentativas de recuperar la libertad de movimiento, a pesar de numerosos desplazamientos, hasta el momento del derrumbe interno en Alemania. También en el este las acciones terminaron finalmente en una larga línea fortificada, que alcanzó desde Riga hasta el Mar Negro.

Francia había empezado ya poco después de su derrota en la guerra de 1870-71 a organizar metódicamente la parte nordeste de su territorio para una defensa a efectuar de acuerdo con determinados puntos de vista. Dado que la fuerza de los alemanes se hallaba evidentemente en la guerra de movimiento, es decir, en el rápido y seguro manejo de grandes masas y de su cooperación en los puntos decisivos, se quería conseguir por un sistema fortificado construido en gran escala que fuese restringida en lo posible la libertad operativa del Ejército alemán si cruzaba la frontera. Por consiguiente, se dejaron ciertos claros en la línea de las grandes fortalezas francesas que se construyó entre las fronteras belga y suiza. A través de estos claros debía entrar el enemigo, para luego ser atacado desde todos lados, en un campo ya preparado, y aniquilado completamente. Además se quería proteger contra un ataque por sorpresa. A este objeto servían los fuertes de intercepción, que cerraban todos los caminos

nos de mayor importancia y todas las vías férreas que conducían a Francia.

Cuando más tarde los franceses consideraron que ya no estaban obligados a la defensa, por estimarse suficientemente fuertes para proceder ellos mismos ofensivamente, contaban, sin embargo, en alto grado con las fortalezas de Bélgica, de cuya alianza estaban seguros. Mientras el ala derecha alemana debía paralizarse delante de Lieja, los franceses pensaban avanzar con las fuerzas principales entre el Mosela y la línea Sambre - Mosa, y con fuerzas menores invadir también a Alsacia - Lorena. Es sabido que este plan fracasó ya en agosto de 1914 en los primeros pasos de su realización. Si Lieja hubiese realizado las esperanzas de la entente, se habría llegado en el teatro de guerra occidental desde un principio a la guerra de posición. Únicamente la sorprendente rápida caída de esta fortaleza, considerada muy fuerte por amigos y enemigos, seguida por la de las otras plazas fuertes (Namur, Maubeuge y Amberes), dió al ala derecha alemana la posibilidad de avanzar por Bélgica, iniciándose así, desde el punto de vista militar, la campaña de una manera muy favorable para Alemania.

Pero en el transcurso ulterior se manifestó de nuevo el apoyo que las fortificaciones permanentes pueden dar a los ejércitos en sus operaciones. Por su hábil aprovechamiento, Joffre consiguió restablecer la situación desventajosa. Cuando hubo llevado su ejército, sin haber sufrido derrotas decisivas, hacia atrás, a la línea Verdún - París, apoyado en ambas alas en poderosas fortificaciones, y esperó el ataque alemán, la crisis ya había sido salvada. Fué también a causa de las fortalezas francesas en el frente de Lorena, en lo que influyeron también errores de los alemanes, que faltasen fuerzas fuertes en el Marne. Es sabido que el Alto Comando alemán había abandonado el pensamiento original de Schlieffen, substituyéndolo por el de un doble envolvimiento del Ejército Franco-Inglés, al que en vista de los éxitos antes obtenidos consideraba más quebrantado de lo que realmente estaba. Para tal fin era necesario que el ala izquierda alemana, los Ejércitos VI y VII, rompieran la barrera de las fortalezas de Lorena. Si esto se hubiera logrado y si numerosas fuerzas alemanas

hubiesen tomado a los franceses en la batalla del Marne por el flanco derecho y por la espalda, la victoria alemana no hubiera sido dudosa. Pero, en realidad, esos dos ejércitos fueron detenidos por una inferioridad apoyada en las fortificaciones. Mientras se empeñaban en vano por abrirse paso, allá lejos se produjo la decisión, que para Alemania debía ser equivalente a la pérdida de la guerra.

Surge, evidentemente, que las grandes sumas invertidas en la fortificación del territorio francés se han recompensado espléndidamente. También del lado alemán pudo haber ocurrido algo semejante. Si se hubiera mantenido el ala izquierda estrictamente a la defensa, apoyada en fortificaciones permanentes y en obras de campaña construidas durante la movilización en la línea Diedenhofen - Metz - Estrasburgo - Alto Rhin, habrían quedado libres fuerzas considerables. Ellas hubieran servido para reforzar el ala derecha decisiva, que entonces quedaría en condiciones de cumplir la misión que se le había asignado.

Aun si los franceses obtenían algún éxito sobre el ala izquierda defensiva de los alemanes y avanzaran hacia Frankfurt o pasando el Alto Rhin, no hubieran conseguido gran ventaja. Con tanta más seguridad habrían sido objeto de un abrazo mortal.

Es verdad que tal proceder hubiera obligado a Alemania a abandonar pasajeramente algunas regiones de la Alsacia - Lorena. Pero a semejante resolución desgraciadamente no se decidió. El Alto Comando alemán no se animó, a pesar de todas las teorías, de que tal cosa no debe temerse cuando se quiere ser fuerte en el punto decisivo. Más bien renunció a sacar provecho alguno de sus fortalezas.

Así como en el Oeste, Alemania vió también en sus fronteras orientales, en Polonia y Lituania, surgir en las últimas décadas antes de la guerra mundial un campo fortificado de la mayor extensión. Las numerosas plazas fuertes construidas en las líneas del Narew, Bug y Vístula, como también las vías férreas, que desde el interior del Imperio del Zar conducían a ellas, demostraron el empeño del Alto Comando ruso, de procurar para sus ejércitos zonas aseguradas de concentración, tanto contra Alemania como contra Austria - Hungría.

También esta medida dió buenos resultados. La difícil y la relativamente lenta concentración de las fuerzas combatientes rusas pudo realizarse en 1914 sin perturbaciones. Más tarde, las fortalezas fueron aprovechadas con habilidad por el gran duque Nicolás. Ellas le favorecieron varias de sus operaciones, colocando a sus adversarios frente a difíciles tareas.

En el transcurso ulterior de la guerra ya no ocupaban el primer plano las fortificaciones permanentes, con excepción de Verdún, sino las líneas construidas con medios de circunstancias, es decir, la fortificación de campaña.

Fué, ante todo, la ametralladora lo que obligó a ambos adversarios a plegarse al suelo. Donde ella vomitaba sus haces de trayectorias, el avance se hacía imposible, aun contando con una gran superioridad numérica. Una sola ametralladora pudo detener batallones enteros. Era necesario inutilizarla antes de poder continuar el avance.

En lugar del ataque impetuoso, tal como se había practicado, hasta encarnarse, en el Ejército alemán, había que efectuar ahora el infinitamente penoso trabajo de aproximación con la pala y al chocar con el enemigo combatir cuerpo a cuerpo, con granadas de mano, lanzallamas y el cuchillo de trinchera.

Cuanto más se enterraba el adversario, tanto más necesario fué disponer de piezas capaces de batir los blancos detrás de cubiertas. Así fué que en el ejército de campaña se asignaba cada vez más importancia a los morteros y a los obuses pesados, que hasta entonces se habían llevado en pequeño número para misiones especiales, y que en realidad estaban destinados para la guerra de sitio.

Pero su eficacia hizo que el enemigo se enterrara cada vez más. Las trincheras ideadas al principio como protección contra los cascos de granadas livianas se convirtieron finalmente en verdaderos cuarteles, ubicados a 8 o 10 metros debajo del suelo. Donde la naturaleza del terreno no permitía tales construcciones, semejantes a minas, como en Flandes, a causa de que el agua subterránea estaba a poca profundidad, surgieron construcciones de hierro y de cemento-armado, que casi podían competir con las fortificaciones permanentes. Ante tales cubiertas, el atacante buscó a su vez nuevos medios

para batirlas. Se hallaron en el aumento de los calibres y en la adopción de ciertas clases de proyectiles especialmente eficaces. A las trincheras en que a pesar del violento bombardeo la guarnición aun se mantenía en condiciones de combatir, se trataba de eliminarlas mediante granadas que, lanzadas con trayectoria bien curva, se enterraban profundamente en el suelo antes de explotar, desmoronando los abrigos. Especialmente los lanzabombas del tipo más pesado eran apropiados para tal bombardeo. Las construcciones de cemento armado fueron destruidas por el fuego de precisión de morteros y obuses con la ayuda de observación aérea.

También el empleo de gases venenosos, primero por el procedimiento del soprido, más tarde con el proyectil de artillería y la bomba, nació del anhelo de dañar al enemigo situado detrás de cubiertas. Contra este peligroso medio de guerra servían únicamente las máscaras, que protegían los ojos y los pulmones. Inventadas éstas, el adversario no descansaba hasta que descubriera un nuevo gas que atravesara el filtro de la máscara. Esto requirió una mayor perfección del filtro, lo que finalmente se logró.

Cuanto más profundas las trincheras, tanto más tiempo necesitaba la guarnición para llegar al parapeto en caso de un asalto enemigo. Había que contar, por lo tanto, con sorpresas. Para esto, delante y detrás de las trincheras, se colocaron anchos obstáculos formados por alambres de púas; además, la posición estaba organizada en profundidad, con varias trincheras paralelas.

Frente a estos obstáculos todo el ataque tenía que paralizarse. A la idea de llevarlo adelante a pesar de todo, debe su origen el tanque. Él debía aplastar las alambradas, cruzar las trincheras y, por las brechas que abría, permitir el avance de la infantería. También ayudaba eficazmente a ésta en el combate contra los nidos de ametralladoras. Pero el técnico de armas inventó, a su vez, un medio contra el tanque, un fusil de gran calibre, cuyo proyectil perforaba la cota de la blindad.

Así se hallaban en constante lucha los medios de que se valían el ataque y la defensa. Un invento seguía a otro. Continuamente cambiaba, por consiguiente, la manera de combatir en sus detalles tácticos.

ticos. Sin embargo, el carácter general de los combates hasta el final permaneció siendo el de la guerra de posición.

Lo que distinguió a esta guerra de todas las anteriores fué la *falta de grandes decisiones*. No había ya, en los años de la guerra de posición, cambio alguno entre movimiento y combate; no se producían operaciones que con el avance a regiones desconocidas produjeran en el soldado nuevas impresiones vivificantes; nada de culminaciones en la acción guerrera, como la victoria que debía dar a la Patria una paz gloriosa y segura; únicamente había la pequeña guerra llevada con increíble encarnizamiento, en el campo de cráteres, desierto y fangoso.

Ambas partes intentaban, como es natural, poner fin a este estado de cosas, tratando de recuperar la libertad de movimiento. Se acumularon entonces, en una preparación que a veces duraba varios meses, enormes masas de hombres, de munición y otros materiales de guerra en el sector elegido. Pero aunque al propio ataque precedía un fuego de redoble de miles de bocas contra las posiciones enemigas, frecuentemente de varios días, aunque simultáneamente las escuadrillas de bombardeo y las piezas de tiro lejano llevaban los horrores de la guerra bien atrás en el país enemigo, aunque la intervención de fuerzas combatientes sobrepasaba en cantidad a todo lo conocido hasta entonces, jamás y en ninguna parte se consiguió una ruptura tan completa del frente enemigo como para que fuese posible una reanudación de la guerra de movimiento.

El desarrollo era siempre el mismo. Aunque se lograba destruir completamente las obras de resistencia del enemigo, de modo que la infantería, acompañada de grandes cantidades de tanques y de aviadores, pudiera posesionarse sin mayores esfuerzos de la posición asaltada, el éxito final quedaba siempre detrás de las esperanzas. A retaguardia de la primera posición se hallaba generalmente otra segunda. Tomada ésta, el atacante se hallaba frente a una tercera y cuarta. Cuanto más terreno ganaba, tanto más difícil era llevar a las tropas las enormes cantidades de munición, material de construcción, víveres, etc., a través del revuelto e intransitable campo de batalla, de modo que finalmente se hacía sentir la escasez. Por otra

parte, el defensor se aproximaba a las fuentes de su fuerza. No hallaba dificultades para hacer concurrir nuevas divisiones y baterías, utilizando al efecto el ferrocarril o columnas de camiones. De este modo crecía la fuerza de la defensa en la misma medida en que el ataque, por razones naturales, perdía su potencia. Finalmente se establecía el equilibrio y el movimiento quedaba paralizado.

De esta manera no se pudo obtener, a pesar de los mayores sacrificios, un cambio fundamental de la situación estratégica.

Esto ya resultaba imposible, porque tal ataque nunca encontraba a la fuerza principal enemiga. ¿Dónde debía buscarla Alemania, por ejemplo, durante la mayor parte de la guerra mundial? Seguramente en el Oeste, es decir, en la totalidad de las fuerzas combatientes franco-inglesas, colocadas entre el Canal y los Alpes. Pero aun el más amplio ataque alemán no podía abarcar sino una parte relativamente pequeña de tan extenso frente. Y lo era tanto más pequeño cuanto que el enemigo, al igual que nosotros, se empeñaba en efectuar la defensa con el menor número posible de combatientes, empleando, en cambio, la mayor cantidad posible de máquinas de guerra.

Así surgió en reemplazo del dogma estratégico anterior, que ahora resultaba irrealizable, un pensamiento distinto.

Lo que no se podía conseguir por un solo golpe se buscaba conseguir por medio de golpes más pequeños. Por fuertes ataques constantemente repetidos se debían acrecentar las bajas del enemigo hasta lo insopportable y aumentar su gasto de material hasta que se hiciera imposible su reposición. La *estrategia del aniquilamiento* fué substituida por la *estrategia del desgaste*.

Esta nueva forma de llevar la guerra ofrecía mejores perspectivas de victoria, suponiendo iguales condiciones de moral, a aquél que dispusiera de más hombres y de más material de guerra.

*La situación de Alemania fué en este sentido desde un principio extraordinariamente desfavorable.* Estaba sola contra un mundo de enemigos, contando solamente con el débil aliado austriaco. Ni la adhesión de Turquía y de Bulgaria a la alianza de las potencias centrales pudo mejorar considerablemente la situación. Aun entonces quedó Alemania cortada por mar y por tierra de toda comunicación.

ción con el mundo exterior, siendo así una gran fortaleza sitiada. Estaba reducida únicamente a lo que ella misma producía. De esto vivían en parte también sus aliados. De esta manera era inevitable que, en la época de las batallas de material, la balanza se inclinara, finalmente, a favor de sus enemigos.

Decisivo fué, al último, *el hambre*. El socavó la fuerza de resistencia de la Nación Alemana. No por la victoria sobre el Ejército de Campaña, sino por la presión sobre la población, producida por el bloqueo, ganaron los enemigos de Alemania su juego.

Por esta razón es imposible designar con un solo nombre que indicara algún campo de batalla el derrumbe del Imperio Alemán, del mismo modo que Leipzig señala el fin del dominio de Napoleón sobre Europa, Jena el derrumbe de la monarquía federicia, Sedán el del Segundo Imperio Francés.

Y, sin embargo, Alemania ha sucumbido a la gran idea estratégica de Aníbal. Por una superioridad hasta entonces nunca vista, le fué preparado un *Cannae*, un cerco que estranguló estratégica, política, económica y moralmente, no solamente al Ejército, sino junto con él a toda la Nación.

De aquí podemos reconocer que—por más que cambien las formas—*las leyes fundamentales de la guerra son eternas*.

Completamente errónea es la opinión, existente también en algunas clases del pueblo alemán, que el militarismo y la política del Imperio orientada a conquistas fueron los que causaron la guerra mundial de 1914-18.

Esto se puede probar sin dificultad.

Si Alemania hubiera abrigado realmente los siniestros planes que se le atribuyen, difícilmente se hubiera lanzado a la acción en un momento tan desfavorable como en agosto de 1914. Seguramente hubiera elegido una mejor oportunidad para ello. En el año 1905, con motivo de la crisis de Marruecos, parecía que todas las circunstancias exteriores favorecían el arreglo definitivo, algún día inevitable,

de su cuenta con Francia. Rusia estaba entonces impedida de hacer cualquier manifestación de poder hacia afuera a causa de la revolución que estalló después de la guerra perdida contra el Japón; el pueblo inglés, que recién acababa de terminar su guerra contra los boers, hubiese tenido pocos deseos de desenوارinar nuevamente la espada. Francia hubiera entonces quedado sola contra Alemania. La victoria de ésta hubiera sido de una seguridad matemática.

Pero el gobierno de Guillermo II renunció a aprovechar el favor de las circunstancias. También más tarde repudió tal actitud por principio, puesto que vió en la conservación de la paz mundial su misión principal. ¡Sucumbió por su política de «paix-a-outrance»!

El pensó tan poco en la posibilidad de conflictos bélicos, que ni siquiera completó la preparación militar del pueblo alemán en la medida que hubiera sido necesario y factible.

En cambio, dejó a Francia una delantera notable en la rivalidad armamentista que, más o menos, desde principios del siglo XX pesaba gravemente sobre la mayoría de los pueblos europeos. El simple hecho de que Francia con sus 40 millones de habitantes mantenía al estallar la guerra mundial un ejército de igual fuerza que el Imperio Alemán, de 67 millones de habitantes, prueba de qué lado había más militarismo y más preparación metódica para la guerra.

También los esfuerzos de Rusia para aumentar sus fuerzas combatientes sobrepasó en mucho a lo que Alemania emprendió con el mismo objeto. El Ejército Russo de paz era en 1914 más del doble que el de Alemania. Se hallaba, además, debido a las llamadas pruebas de movilización, constantemente en condiciones que facilitaban notablemente la pronta obtención del completo apresto para la guerra.

El ejemplo que dieron esos dos países aliados contagió a las demás naciones. Italia y Bélgica completaron su organización militar. Lo propio ocurrió en los estados balcánicos. Fueron así capaces de formar ejércitos extraordinariamente fuertes para la guerra contra Turquía en 1912. Bulgaria tenía entonces el 15 %, Serbia el 13 %, Grecia el 10-11 % de sus poblaciones bajo las armas, cuan-

do, por ejemplo, Prusia el año 1813, cuando «el rey llamó y todos, todos acudieron»; no reunió más que aproximadamente un 6 %.

Inglaterra no se contentó con aumentar su escuadra y conservarla en su brillante altura. Aumentó y mejoró también su Cuerpo Expedicionario, destinado a defender la causa de Inglaterra en una guerra continental. Este cuerpo fué creciendo hasta llegar finalmente a formar un ejército de siete divisiones. Lord Roberts y otros exigían, además, la adopción del servicio obligatorio general, lo que en el apremio de la guerra efectivamente se aceptó.

De los estados no europeos fué en primer término el Japón el que no ahorró esfuerzos y dinero para aumentar sus fuerzas combatientes de mar y de tierra, mientras los Estados Unidos se conformaron, por lo pronto, con la formación de una considerable escuadra de guerra.

Existía, además, en todos los países un movimiento dirigido a preparar a la juventud para su futuro empleo en el ejército por medio de su perfeccionamiento físico y por la educación en todas las virtudes militares.

Alemania, como es natural, también introdujo mejoras en el Ejército. Pero quedó muy detrás de sus probables enemigos. En realidad había principiado en el decenio antes de la guerra a disminuir sus fuerzas combatientes, habiéndose apartado cada vez más del principio de que era necesario instruir militarmente a todo hombre apto. La desproporción entre la población, que crecía rápidamente, y la fuerza del ejército permanente se hacía cada vez más grande. Así sucedió que, cuando sonó la hora del destino, centenares de miles de hombres fuertes tuvieron que quedar en sus hogares porque no estaban instruidos en el uso de las armas. Sin este pecado de omisión, el Ejército Alemán hubiera podido presentarse en el Marne con algunos cuerpos de ejército más. Esto hubiera sido la victoria segura. En otras condiciones estaría hoy nuestra Patria.

El hecho de que Alemania se creara al mismo tiempo una fuerte flota de guerra no podía de manera alguna constituir una compensación. Ella era, en primer lugar, una potencia continental y su posición en el mundo descansaba en una preponderancia militar sobre

Francia y Rusia. Una vez ésta en duda, tampoco la escuadra podía evitar la catástrofe.

Mucho menos aun que Alemania *Austria-Hungría* estaba en condiciones de completar la organización de sus fuerzas combatientes. Fué impedido en esto, por un lado, por sus lamentables condiciones de política interna y, por otro, por su desastrosa situación financiera.

También en la cuestión ya mencionada de una fortificación territorial metódica, Alemania se hallaba a la zaga de sus vecinos. Mientras Francia y Rusia hicieron los más grandes esfuerzos en este terreno, y también Bélgica, Suiza y Rumania no se detenían en gastos para la construcción de fortalezas, Alemania hasta disminuyó el número de las suyas. La idea de poner, por lo menos, las restantes en una unión estratégicamente apropiada, de la cual el conductor de ejércitos pudiese sacar más provecho que de la posesión de diferentes plazas fuertes aisladas, si bien fué tomada en consideración y se empezó a realizarla después, no fué terminada. De esta manera sucedió que el Alto Comando alemán no pudo hacer gran cosa con sus propias fortalezas en la guerra mundial.

Así, pues, Alemania no solamente de manera alguna proyectaba y preparaba una guerra ofensiva, sino que, en realidad, hasta omitió tomar medidas que hubieran sido absolutamente necesarias para la defensa de sus fronteras contra una invasión enemiga.



I

## LOS EJÉRCITOS DEL PRESENTE

### 1. Justificación de los ejércitos nacionales modernos

Es fácil de comprender que después de un acontecimiento tan terrible como la guerra mundial la humanidad tenga el ardiente deseo de que no se repita jamás algo análogo. Siempre sucedió lo mismo después de grandes catástrofes guerreras. Especialmente en los países de los vencidos se oye entonces por las calles el grito de: «¡No más guerra!». Se forman entonces partidos y centros que propagan la idea de la paz eterna y que quieren impedir cualquiera nueva explosión de pasiones bélicas.

Que estos empeños tengan perspectivas de realizarse aun en un porvenir lejano se puede dudar cuando se echa una mirada sobre la historia de la humanidad desde que Caín mató a Abel.

En todo caso, hasta ahora ningún estadista y ningún Congreso de Paz ha conseguido arreglar, mediante convenios de cualquier clase que fuesen, las relaciones de los pueblos de una nueva manera tal que impidiesen nuevos desacuerdos por más de un tiempo limitado. Es posible que se establezcan acuerdos que, en un momento dado, correspondan a la situación general y a la relación de las fuerzas; pero, después de transcurrir un cierto tiempo, seguramente serán anticuados. Un pueblo no es una entidad rígida, inalterable. Siempre se halla en movimiento, sea en línea ascendente o descendente. En el primer caso, crecerán sus aspiraciones a los bienes de este mundo, sin que sus vecinos le reconozcan el derecho a tal anhelo. En el segundo, ningún pueblo entregará voluntariamente una parte de su

abundancia, ya que le falta el reconocimiento de su menor derecho. Así sucede que nunca hay suficiente para todos sobre la tierra y que sigue eternamente la lucha por hacer felices a los pueblos. Era evidente que la población del Imperio Alemán de 1914 ya no se podía contentar con lo que hubiera sido suficiente para un pueblo, antes esencialmente agricultor, de 40 millones de hombres. Fué su destino, su fatalidad, que debía tratar de progresar, de abrirse con ambos codos el paso a las fuentes de recursos, sin los cuales no podía vivir, de igual modo que para las naciones, a cuyo costo se dirigía este anhelo, se le opusieron en el camino. Cosa análoga se repetirá siempre en esta tierra mientras haya pueblos que florecen y crecen y otros que entran en decadencia.

*Por lo tanto, cuanto más bella y noblemente una nación haya organizado su vida por medio de la cultura, ciencias, artes y riquezas, tanto más puede perder en caso de una guerra.* Lógicamente deberá cuidarse siempre de estar en todo momento preparada para la defensa de sus bienes, manteniéndose suficientemente armada para la guerra.

Esto no sufre modificación alguna por las excepciones que a veces se citan en contra, como, por ejemplo, los Estados Unidos de América, cuyo ejército no está en la proporción justa con su demás desarrollo. La explicación de este fenómeno ya se halla dada por su situación geográfica. Si la Unión tuviese, en vez del Canadá y Méjico, por vecinos dos estados militares como el Japón y la Rusia Imperial; si Inglaterra con su poderosa escuadra estuviese ubicada donde se hallan las Islas Bermudas, ellos estarían armados hasta los dientes o hubieran dejado de existir. Cuando, finalmente, resolvió intervenir en la guerra mundial, cuyo partícipe silencioso ya había sido antes del lado de la Entente, duró más de un año hasta que pudiera arrojar su espada en la balanza. Esta era una situación poco digna para un Estado tan grande y poderoso.

Si se prescinde de esta excepción, todas las naciones grandes y sanas han tratado de desarrollar su capacidad militar del modo más perfecto que les fué posible. Esto se hacía en el concepto de que en los tiempos actuales, las naciones son, más que nunca, las verda-

deras portadoras de la acción guerrera, y de que los tiempos han pasado en que la ambición de un solo hombre podía desencadenar guerras o que el desfallecimiento de un grupo reinante podía provocar su terminación.

También en el porvenir *las guerras serán completamente de incumbencia de las naciones*. Todo hombre pionero, por más opuesto que sea a empresas bélicas, sentirá de nuevo el deber de dedicarse enteramente a ellas tan pronto como esté en juego la victoria o la derrota de la patria.

En vano el *socialismo internacional* trató de modificar esta relación natural y de desterrar el sentimiento nacional de la vida de la humanidad. Hasta sus partidarios más convencidos en todos los países olvidaron, en agosto de 1914, la doctrina del proletariado internacional. Empuñaron el fusil y cumplieron con su deber frente al enemigo, al igual que los pertenecientes a otros partidos políticos. Las ideas socialistas, que también abarcán la glorificación de la paz mundial, no han podido durante los combates contribuir en nada a la reconciliación de los ánimos. En los estados de los vencedores no han ejercido influencia alguna. Pero en los países en los cuales la gran masa empezaba a dudar de un éxito feliz de la guerra, donde las privaciones aumentaban y las pérdidas excedían a toda medida, primero en Rusia, luego en Bulgaria, Austria-Hungría y, finalmente, también en Alemania, el socialismo ganó paulatinamente la preponderancia sobre todos los instintos sanos de los pueblos. La forma en que su unión con la propaganda de los enemigos consiguió minar poco a poco el frente único interno y, finalmente, también partes del Ejército de Campaña y de la Marina, será para todos los tiempos uno de los capítulos más tristes de la historia alemana. ¡Pero ni aun por el precio de la más abyecta traición se pudo obtener la salvación! A la Alemania democrática no se le concedió otra paz que la que hubiese obtenido el Imperio.

Desde entonces el socialista alemán espera en vano que los compañeros de Francia, Inglaterra y Norte América, que, según cree, están más cerca de él que las otras clases sociales de su propio país, abogarán en su favor. Jamás, hasta ahora, ha naufragado tan rápi-

damente y en forma tan completa un concepto mundial, como programática político, como aquel que engendró la revolución de noviembre de 1918 en Alemania.

Es que *la guerra obedece a sus propias leyes* y no a las teorías extasiadas de algún crédulo benefactor de la humanidad que no vive la realidad.

El antagonismo de intereses conduce al estallido; pero las pasiones de los pueblos determinan, independientemente de aquel antagonismo, hasta qué grado debe manifestarse la voluntad guerrera. Todas las tentativas de terminar la guerra mundial por medios diplomáticos antes de que uno de los dos partidos se declarase vencido, estaban, por consiguiente, condenadas desde un principio al fracaso.

Si en la época actual se recurre a la decisión por las armas, se debe tratar de que la guerra, aun cuando sea por objetivos de importancia secundaria, termine con el completo aplastamiento del adversario. Esto conduce, necesariamente, al extremo empleo de todos los medios, tanto espirituales como materiales, para alcanzar ese propósito.

Esta ley fundamental de la conducción de la guerra fué infringida por Alemania, cuando, por razones de humanidad, no aprovechó de su gas de combate, de sus aviones de bombardeo ni de sus submarinos, en la forma en que la naturaleza de estas armas modernas lo exigía.

Es interesante conocer, sobre este punto, la opinión de Clausewitz. Dice: «Almas humanitarias podrán concebir fácilmente que existe un desarme o derrota artística del enemigo, sin causar muchas heridas y que esa sea la verdadera tendencia del arte de la guerra. Por muy bello que esto nos parezca, es necesario destruir este error, pues, en cuestiones tan peligrosas como lo es la guerra, precisa mente los errores que nacen de la bondad son los peores. Desde que el uso de la fuerza física no excluye, de manera alguna, la cooperación de la inteligencia, es natural que el que se vale de esta fuerza, sin miramientos ni economía de sangre, adquirirá superioridad si el adversario no procede de igual modo. Así impone la ley al

» otro y, de esta manera, ambos tratan de superarse hasta el último extremo, sin que exista otro límite que el de los contrapesos inseparables.»

Con esto está perfectamente aclarada la relación. Todo reconocimiento de que son graves los sacrificios que los pueblos tienen que hacer para la instrucción de su Ejército, no puede cambiar nada en este sentido. Únicamente está segura aquella nación que se mantiene lista, en todo momento, para defender su independencia con la espada en la mano.

Por el contrario, hasta el pueblo más grande pierde pronto su poder, autoridad y voz, si no es capaz de dar eficacia guerrera a su palabra. ¿De qué les sirve a los chinos su población, que alcanza a alrededor de 400 millones de habitantes, ni a los hindúes, que por miles se hallan frente a un conquistador extranjero? A pesar de su superioridad numérica, de su inteligencia y alta importancia cultural, no son más que materiales de construcción y no constructores en la gran política, puesto que el aspecto guerrero de su idiosincrasia está completamente atrofiado desde hace siglos.

No se encuentra mucho mejor el pueblo alemán, hasta hace poco tan poderoso. Desde que depuso las armas es completamente impotente y tiene que soportar todas las arbitrariedades de sus ex enemigos. Como lo enseña la experiencia, todas las fricciones que surgen entre éstos se resuelven generalmente a costa de Alemania.

Alemania es hoy la única gran potencia que realmente se ha desarmado en forma completa. De acuerdo con las estipulaciones de Versalles, sus adversarios estarían ahora obligados a seguirla en este camino. ¡Pero no piensan en semejante cosa! La desconfianza recíproca es demasiado viva como para que uno de ellos quiera dar un paso tan fatal. Por esta razón, ya desde un principio, estaba condenada al fracaso la Conferencia de Desarme de Washington, convocada por los Estados Unidos en el año 1923.

Esto no es extraño, puesto que todas las proposiciones de desarme desconocen la actual vida de los Estados, basada en la unidad de las naciones. A causa de la comunidad de intereses, existentes hoy en todo pueblo sano, los diferentes países pueden considerarse como

personas en las cuales el egoísmo natural, aun con la mejor buena voluntad de cada uno, resulta ser una fuente de discordias. Nuestros conceptos de grandeza nacional son inseparables del egoísmo. ¿Cómo podría surgir, entonces, un tribunal de arbitraje que pudiera imponer la paz? Solamente un Imperio Mundial sería capaz de hacerlo. Pero los Imperios Mundiales se han formado por guerras y son inseparables de éstas.

Así se explica que Francia, a pesar de las dificultades financieras, posea en la actualidad un ejército casi tan numeroso como el de antes de 1914; que Polonia se halle agobiada por su presupuesto de guerra a causa del gran número de hombres que tiene bajo las armas y que otros gobiernos accedieron únicamente a efectuar las restricciones de su armamento que les fueron impuestas, sea por parlamentos de corta vista o sea por el poder, aun más corto de vista, de la opinión pública.

También debe hacerse notar que el afanoso empeño de un perfeccionamiento siempre mayor del armamento no se ha detenido en parte alguna. Al contrario, una actividad febril reina, en este sentido, por todas partes, con excepción de Alemania, cuyas manos están atadas por el tratado de Versalles.

En lo que respecta a armamentos, los *Estados Unidos*, la potencia menos guerrera hasta 1914, indiscutiblemente marcha a la cabeza. Este es un hecho que debería hacer pensar a nuestros imperturbables amigos de la paz mundial.

No obstante, existe un cierto límite para los gastos a efectuarse en bien de la defensa nacional, límite que está en el punto en que el aumento de aquéllos produciría un agotamiento de toda la economía nacional, lo que, a su vez, redundaría en una restricción de la potencia guerrera general.

La clave del desarrollo actual es el encadenamiento completo de la vida militar con la vida nacional, de modo que la primera apertura lo menos posible a la segunda y que, por otra parte, todos los medios de la última hallen su expresión en la primera.

El servicio obligatorio general significa, en este sentido, el paso más importante, puesto que, desde su adopción, los hombres bajo las

armas no se alejan completamente, sino sólo en forma pasajera, de su trabajo y, sin embargo, todos los hombres sanos resultan disponibles para el Ejército, en caso de guerra.

Los sacrificios que exige el mantenimiento de un ejército han aumentado de un modo que antes no se creía posible. Pero es preciso considerar también esta circunstancia con un criterio de relatividad dentro de ella misma. Comparando el sistema actual con el antiguo se reconoce una diminución en los gastos, pues si una gran potencia continental quisiera ahora formar un ejército según el sistema antiguo, es decir, por enganche, que fuera capaz de desempeñar algún papel, ellos crecerían hasta llegar a una medida exorbitante.

El pequeño ejército, a formarse por enganche, concedido a Alemania por el tratado de Versalles, cuesta más que el Ejército Imperial de paz de 1914, siete veces más fuerte. Este último pudo recibir, en la movilización, el poderoso incremento de los hombres aptos ya instruidos, siendo así el marco del mejor y más aguerrido ejército que haya visto el mundo. Era la *Nación en armas* alemana, con la desgraciada limitación de que no era su expresión total a causa de no haber aplicado, sino en forma incompleta, el servicio militar obligatorio general.

Frecuentemente se oye la queja de que hoy día todos los progresos de las artes y de las ciencias se explotan en seguida para la destrucción de las personas. Parecería que, en vez de progresar en moral, los pueblos se hacen, de esta manera, más rudos y prepotentes y que, con más afán que nunca, piensan en el mutuo aniquilamiento.

Pero a esta afirmación se puede oponer la de que, a pesar de todas las apariencias, el aprovechamiento de los adelantos técnicos lleva a una conducción más humanitaria de la guerra. Con seguridad se puede decir esto de todas las guerras modernas hasta 1914. Es posible comprobar que, con el mayor perfeccionamiento de los materiales de guerra, las batallas resultaron menos sangrientas. Cuanto más potente es el efecto de las armas, tanto más horroroso es el as-

pecto que presenta todo campo de batalla, pero también es más profunda la impresión y su efecto moral. Por esta razón, las pérdidas humanas son numerosas en conjunto, puesto que no se combate para matar sino para quebrar la voluntad del enemigo, y esto se consigue más fácilmente por la intervención de artillería de gran alcance con proyectiles brisantes, ametralladoras y bombas de aviadores, que cuando los combatientes chocan y pelean con la maza o con la corta espada romana.

No se puede todavía formular un juicio completamente seguro sobre si la Guerra Mundial ha confirmado o no las experiencias anteriores. Aunque el efecto de las armas producía fenómenos que no se creían posibles hasta entonces, hay que tener en cuenta que, en las diferentes acciones tácticas, intervenía una parte relativamente más reducida de los hombres movilizados que en tiempos anteriores.

La fabricación y el transporte de los variados medios de guerra exigían innumerables brazos. Todos los ocupados en estas ramas del servicio estaban poco expuestos al efecto de las armas, excepto algunas bombas ocasionales de aviadores.

Además, la naturaleza de la guerra de posición permitía también que se combatiera con relevos.

Por estas razones, las bajas de la Guerra Mundial, calculadas en la totalidad de combatientes, tal vez no excederán a las de guerras anteriores. Batallas como Borodino y Preussisch Eylau, en las cuales más o menos la mitad de los combatientes cayó muerta o herida, no se han presentado, con seguridad, en los años fatales de 1914-1918.

El hecho de que todo nuevo invento trate de aplicarse, en seguida, para fines de guerra, no debe inquietarnos; por lo menos, puede establecerse como seguro que, cuanto mayores sean las bajas probables de una lucha, tanto más difíciles será tomar la resolución de emprenderla.

Ninguno de los pueblos que participaron en la guerra desearía, hoy, una repetición del horrendo drama. Puede admitirse que sur-

girán nuevas generaciones antes de que traten de exponerse otra vez a la suerte de las armas.

Además, es posible imaginar un perfeccionamiento tal de las infernales máquinas de guerra que la humanidad terminaría por negarse a exponer su suerte a ellas.

Con esto, como es natural, se harían imposibles las grandes guerras; pero las guerras de conquista, de los pueblos fuertes contra los débiles, aun así no cesarían.

*La paz mundial* sería una realidad únicamente en el caso de que todos los pueblos del globo dispusieran igualmente de tan terribles armas de defensa que ninguno se atrevería a atacar a otro. Pero esta es una exigencia imposible, por lo que resulta que toda nación que quiera vivir en paz no puede hacer lo suficiente en su apresto para la guerra.

El fuerte ejército alemán, en el corazón de Europa, ha asegurado durante una generación la paz del continente. Su falta tiene forzosamente que producir, en este último, una era de inquietud y de ruido de armas.

## 2. Dependencia de la conducción de guerra y de la organización del ejército de las condiciones generales de cultura.—Parte histórica.

*La Guerra Mundial ha sido efectuada por ejércitos de masas con violencia desconsiderada.* Cuando la conducción de la guerra se encontró en pugna con los conceptos reinantes de justicia, hizo caso omiso de ellos. Ninguna de las naciones en lucha fué una excepción en este sentido. Si a pesar de ello se reprochaban mutuamente su actitud, lo hicieron únicamente para perjudicar al enemigo en la opinión mundial.

No cabe duda de que el avance alemán por Bélgica nació de una necesidad férrea y se justifica en sentido más elevado, del mismo modo—mientras duraran las hostilidades—que el bloqueo por el hambre.

La agitación por la残酷 de la guerra submarina alemana es completamente injustificada. El submarino era un arma nueva para cuyo uso no tenían aplicación las reglas de derecho internacional y marítimo reinantes en la época. Precisamente aquellas naciones que más se irritaban por el hundimiento de buques mercantes son las que hoy construyen más afanosamente sus flotas de submarinos.

¿Quién duda de que en una guerra futura los emplearán, desde un principio, con la más absoluta falta de consideración?

Por el derecho internacional estaba prohibido al principio de la Guerra Mundial el arrojar explosivos desde aviones y dirigibles; por eso hubo que contentarse con el empleo de flechas de acero. Pero este recurso ineficaz se abandonó muy pronto y, en su lugar, se recurrió al lanzamiento de bombas que, al final, alcanzaron las dimensiones de un torpedo.

No cabe, en la naturaleza de la guerra, que busca el aniquilamiento, renunciar voluntariamente a un medio de combate tan eficaz.

También en el fuego de piezas de largo alcance, que en la Guerra Mundial debía desempeñar un papel por nadie sospechado, se podía asegurar solo de un modo incompleto el respeto a la población civil, exigido por el derecho internacional.

Nuevos medios de guerra crean, por lo tanto, sus propias leyes. Sólo los inventos técnicos, y no los convenios de clase alguna, podrían impedir que, en el futuro, una guerra entre grandes potencias se inicie con fuertes ataques aéreos, simultáneos a la declaración de guerra, extendidos al interior del país enemigo y que pongan en grave peligro a su población civil antes de que haya tiempo para hacer algo por su seguridad.

Los llamados establecimientos militares que, según la práctica de la última guerra, pueden bombardearse, a menudo no se distinguen de los destinados a satisfacer las necesidades de los no combatientes. Así, por ejemplo, el ferrocarril sirve al tráfico público, siendo al mismo tiempo un medio de guerra de primer orden.

Las opiniones sobre la conducción de guerra, tales como se han ido desarrollando paulatinamente hasta el presente, se basan en un

acontecimiento que, en su época, conmovió las relaciones políticas y sociales de Europa hasta en sus cimientos, la *Revolución Francesa de 1789*. Ella eliminó radicalmente los prejuicios, las prácticas y la docta pedantería de fines del siglo XVIII.

Mientras que hasta entonces los ejércitos se reclutaban con enganchados para el servicio del soberano, la revolución francesa creó el primer y verdadero ejército nacional. En lugar del contrato de prestación de servicio de armas, muchas veces firmado por extranjeros, se estableció la obligación personal de defender a la patria. *El pensamiento nacional se había despertado*. Es conocida la fuerza que él dió a los ejércitos de la primera República Francesa.

De un solo golpe desaparecieron todos los temores de alimentar la guerra por la guerra y de prescindir, donde fuera necesario, del derecho civil en cuanto tronaran los cañones. Por medio de la leva de todos los hombres aptos para las armas se dispuso de los efectivos necesarios para la conducción de la guerra. Un nuevo ordenamiento de la circulación monetaria y de la vida económica hizo que, en lugar de un pequeño tesoro del Estado o de una caja particular de un príncipe, todo el crédito nacional quedara disponible para los fines de la conducción de la guerra.

De tal manera la guerra pudo hacerse más movida; el conductor del ejército se vió libre de la preocupación constante por el pan y el dinero, la que todavía ejerció una influencia fatal en el ejército prusiano de 1806, que no había seguido la evolución de los tiempos. La alimentación por la misma región en que se desarrollaban las operaciones se convirtió en regla; ella exigía una división de las fuerzas combatientes a fin de poder extenderse en una zona suficientemente grande para poder aprovechar los aprovisionamientos existentes. A su vez, las diferentes partes necesitaban ahora mayor independencia en la conducción, los movimientos y la administración.

Así, en lugar del ejército mantenido siempre estrechamente reunido, tanto en las marchas como en el descanso, y que combatía según la táctica lineal, se llegó a la operación con diferentes columnas que debían marchar separadas y combatir reunidas.

Desde que el temor a las deserciones, muy justificado en un ejército compuesto de enganchados, especialmente en los períodos de combates desgraciados y de escasa virtualla, dejó de tener influencia en un ejército animado por la idea nacional, se hizo posible dar más independencia al soldado en el combate que la que había tenido hasta entonces.

Recién así se pudo pasar al combate en orden disperso. Esta fué la más importante innovación táctica de la época napoleónica; hasta el tiempo más reciente, ella ha impreso su sello a todos los combates.

Mientras que, durante la Guerra de Siete Años, las líneas rígidas no podían maniobrar sino en terreno abierto, en la actualidad esta restricción también ha desaparecido; cualquier terreno es recorrido por los combatientes y aprovechado en sus particularidades. De este modo no sólo se aprovecharon para la guerra, de un modo ilimitado, todos los recursos de los teatros de guerra, sino que se podía también combatir donde las circunstancias lo exigieran.

La revolución francesa devolvió a la conducción de guerra la espontaneidad y sencillez que había perdido para dar lugar a un modo amanerado, mitad presunción, mitad pobreza de espíritu, tal como sucedía con la vida en general en el tiempo de las coletas.

Federico el Grande había demostrado al mundo cuál es lo máximo que se podía alcanzar con los medios reducidos de su época. Napoleón, que encabeza un nuevo período, mostró en seguida hasta dónde podía ir la guerra en su forma sin trabas. Las opiniones de las generaciones siguientes se fundaban principalmente en sus principios. Hizo recordar al mundo lo que el gran Rey de Prusia ya había enseñado, pero que estaba olvidado, es decir, de que en la guerra lo fundamental era la destrucción de las fuerzas armadas enemigas y que lo decisivo era la batalla. Recién la Guerra Mundial ha agregado nuevos puntos de vista a este gran pensamiento.

Fué Prusia la que, en esa época, superó el sistema de la conscripción al establecer el servicio militar obligatorio. Mientras aquel recaía, con rigor variable, siempre sobre las clases sociales inferiores, el servicio obligatorio distribuía las cargas del servicio militar en

igual medida sobre toda la población, produciendo la instrucción metódica de la nación para el servicio de las armas.

Los ferrocarriles, que la época napoleónica no conoció, permitieron la reunión rápida de las fuerzas combatientes, suprimiendo los períodos preliminares que precedían a las guerras anteriores; pero en cambio hicieron, comparado con antaño, fuera de la mayor importancia durante la paz, la preparación de la organización de guerra y el pasaje del pie de paz al de guerra, o sea la movilización.

La eficacia de las armas de fuego modernas desterró del combate a la columna, que había tenido tan sobresaliente papel en las batallas de Napoleón; pero su movilidad pasó a las líneas multiformes que se adaptaban a cualquier terreno. Además, el armamento de nuestros tiempos demandaba una instrucción concienzuda del combatiente, a quien se le impusieron exigencias incomparablemente mayores que antes.

Tal fué el camino que nos llevó a la formación de un ejército como el de 1914, que, con una realización completa del servicio obligatorio general, hubiera exteriorizado, en forma integral, la fuerza de la nación entera. Si bien este ideal no fué alcanzado, aquél fué, sin embargo, instruido durante la paz para la guerra del modo más cuidadoso y equipado en buena forma; igualmente el pasaje del pie de paz al de guerra fué preparado de tal manera que pudo realizarse sin fricciones en el más breve tiempo. También se consiguió en una forma perfecta la reunión de las fuerzas combatientes en las fronteras; es decir, la concentración, debido a la preparación muy minuciosa de los transportes y a la gran capacidad de la red ferrocarrilera, construída de acuerdo con puntos de vista militares.

En la existencia de tales ejércitos y en el principio de emplearlos sin limitaciones para los fines de la guerra, se basaron los fenómenos de la guerra mundial.

*La guerra del porvenir también llevará este sello.*

La anterior afirmación debe hacer pensar al alemán del presente, puesto que, entre las grandes naciones de la tierra, únicamente a la suya le está vedado prepararse en justa medida para la guerra y cons-

tituir, en salvaguarda de sus bienes más sagrados, un ejército que corresponda, siquiera sea aproximadamente, a su fuerza intrínseca y a su importancia como nación civilizada.

Es verdad que otros pueblos europeos encuentran también, por el momento, ciertas dificultades en la organización conveniente de su poder militar; pero no cabe duda de que ellas son pasajeras, mientras que la impotencia alemana debe ser definitiva por la voluntad de sus anteriores enemigos.

La uniformidad en las condiciones de cultura de los estados europeos, que antes existía en alto grado, ha desaparecido totalmente por la guerra de cuatro años y las subsiguientes revueltas políticas.

Entre los participantes de la guerra en Europa, únicamente Francia, Inglaterra e Italia, no han sufrido, como consecuencia de la guerra, cambios subversivos de sus condiciones políticas, económicas y sociales. Es natural que también ellas tuvieran que sufrir quebrantos, pues tan poderosos acontecimientos no pueden pasar sin dejar huellas en cada uno de los interesados. Pero esas naciones pudieron, una vez restablecida la paz, reanudar los hilos, en el punto en que fueron cortados tan repentinamente en 1914.

Por esta razón, únicamente ellas, prescindiendo del Japón y los Estados Unidos, así como de los neutrales de la guerra mundial, de menor importancia militar, están en condiciones de formar ejércitos de un efectivo que esté de acuerdo con el número de la población y con un armamento y equipo que responda al actual estado de la ciencia y técnica de guerra. Únicamente ellas pueden en la actualidad hacer progresos importantes en este terreno.

Como primer ejército de Europa y del mundo debe considerarse hoy al francés. No tiene que temer adversarios, y, análogamente al ejército alemán de épocas pasadas, solamente una gran alianza le puede ser peligrosa. Después sigue el ejército inglés, y, a una cierta distancia, el italiano.

Pero las grandes fuerzas armadas de la Europa Central y Oriental han desaparecido. El ejército austro-húngaro se ha disuelto en una serie de reducidos ejércitos nacionales, en parte hostiles entre sí. La fuerza armada alemana, en un tiempo el más perfecto instrumen-

to de guerra del mundo, ha sido reducida a una medida completamente insuficiente. Es solamente la sombra de su grandeza anterior, mientras el Ejército del Zar, como la Rusia entera, cayó, por lo pronto, en una completa disolución. Pero si todos los indicios no engañan, la vida militar de Rusia se mueve hoy nuevamente en línea ascendente. Las condiciones para el resurgimiento de una fuerza armada que responda a todas las exigencias modernas, son allí, en todo caso, favorables. Se puede contar, con mucha seguridad, con que en un tiempo no muy remoto surgirá un nuevo y fuerte ejército ruso de los escombros del pasado. Su peso se hará sentir pronto en todas las grandes cuestiones políticas.

Corresponde al concepto que tenemos de un Estado moderno, que lo consideremos como una unión que garantiza igual protección e iguales ventajas a cada uno de sus habitantes, pero que, en cambio, posee el derecho de imponer a cada uno iguales cargas. Aplicado esto a la cuestión de la defensa nacional, ese principio no significa otra cosa que el servicio obligatorio general. En él se ve el ideal de la organización del poder militar de una nación culta.

A esto se agregan las experiencias históricas. Ellas abonan en forma elocuente, en favor del servicio obligatorio general. Es cierto que no ha sido aplicado siempre en territorios alemanes. Federico el Grande hizo la Guerra de Siete Años con ejércitos que no emanaron de él, sino de una organización bastante artificial. Si la Prusia de entonces quería mantenerse contra la casa de los Habsburgos, tenía que sostener un gran ejército. Pero tal ejército hubiera quitado demasiados brazos al trabajo cultural en el país, de por sí pobre y poco poblado, y un pronto agotamiento hubiera sido la consecuencia. Por consiguiente, ya Federico Guillermo I había formado el Ejército Prusiano de acuerdo con el sistema de enganche, combinado con un bien ordenado reclutamiento territorial. El núcleo del ejército estaba formado por enganchados, contratados por los «enganchadores» en todos los países, aun cuando, por cierto, principalmente en los otros estados alemanes. Ellos servían durante toda la vida, eran mantenidos siempre reunidos y constituyan el verdadero ejército permanente. Eran soldados de profesión, veteranos y aptos para servir

de instructores y conductores de los jóvenes reclutas patrios. Los granaderos blancos gozaban de especial estimación. Cuando dejaban de ser aptos para el servicio de guerra se afraigaban en el país, asegurando así a éste un aumento de la población. Además, por lo general, ejercían, mientras eran soldados, algún oficio junto con el servicio de armas.

Las unidades formadas por estos cuadros recibían, en caso de guerra, un aumento considerable por los «einländer» (1). Estos servían en tiempo de paz un año solo, en tiempos posteriores hasta sólo tres meses, para recibir su primera instrucción, y eran después llamados bajo banderas para efectuar un período de ejercicio de cuatro a seis semanas.

Cada regimiento tenía un distrito determinado (cantón) para el reclutamiento, que se realizaba en forma ordenada y legal. Los reclutados en los cantones gozaban de ventajas de diferente índole, y su situación no era de manera alguna tan mala como se ha pintado frecuentemente en tiempos posteriores. Su verdadero tiempo de servicio, incluyendo todos los llamados, alcanzaba a lo sumo a un año y tres cuartos, aunque estaban obligados a servir como soldados durante veinte años de su vida, pues durante once meses del año se hallaban siempre trabajando en sus quehaceres. Así, pues, estos «einländer» venían a constituir sólo una milicia territorial; la que, sin embargo, mezclada con los soldados veteranos, formó el ejército prusiano de la Guerra de Siete años. Únicamente de este modo fué posible que el pequeño país mantuviera una fuerza guerrera que alcanzaba a un efectivo de cientos de miles y que pudiera hacer frente a los ejércitos de tres grandes potencias. Sólo en esa forma fué, a su vez, posible la política de Federico el Grande.

Un encadenamiento de circunstancias particulares, que empiezan por un lado, en la situación de los labradores, y llega, por el otro, hasta la alta política del rey, engendró esa organización militar que, si bien resultaba apropiada para los tiempos de Federico el Grande, se mantuvo, para desgracia del estado, en forma invariable, aunque las

(1) Habitantes del país. (N. del T.)

causas ya habían desaparecido y las exigencias eran completamente diferentes.

En los campos de batalla de Jena y Auerstädt se derrumbó el ejército federiciano frente al ejército francés formado a base de la conscripción. Sobre este último triunfó, a su vez, el ejército prusiano del servicio obligatorio general. Desde el año 1813 reinaba en Prusia la opinión de que el servicio de las armas era un deber honroso y natural. El amor común a la patria fué la fuerza unificadora en el ejército prusiano y más tarde en el alemán.

Los más gloriosos recuerdos de la historia moderna alemana están indisolublemente ligados al servicio obligatorio general. Él nos permitió sacudir el yugo napoleónico, como también, después de tres gloriosas guerras, fundar el Imperio alemán. A él también se debe que en la Guerra Mundial se consiguiera mantener alejado del suelo patrio los horrores y devastaciones producidos por las batallas y por las ocupaciones enemigas, con excepción de una estrecha faja en la Alsacia y de algunas partes de la Prusia Oriental.

También en las naciones que han sido nuestras enemigas el servicio obligatorio general ha dado un brillante resultado. Francia lo aplicó en una forma intensa, absoluta, contrariamente a Alemania. Ella llevó a las filas todos los jóvenes, aun a los que apenas podían considerarse como aptos, y pasó sin titubear al restablecimiento del servicio de tres años cuando advirtió que el número reducido de las clases siguientes hubiera conducido, de otro modo, a una disminución del efectivo de paz. Pero éste debía quedar, en todo caso, a la altura de ejército alemán que tenía a su espalda una población superior en más de la mitad.

Esto respondía perfectamente a la situación especial de Francia. Como consecuencia de las condiciones políticas y militares era probable que en caso de guerra ella debía soportar el primer ataque de Alemania. Todo dependía de soportarlo hasta que se hiciera sentir, en forma eficaz, la ayuda de Rusia, lo que podía esperarse únicamente si conseguía, desde el principio de las hostilidades, movilizar un ejército igual al alemán en número y capacidad para el combate.

Las medidas tomadas por Rusia para cumplir la misión que le co-

rrespondía como aliada de Francia, en una guerra contra Alemania, ya han sido indicadas. Su riqueza inagotable en hombres aptos para la guerra y los créditos para armamentos concedidos en París, la ayudaban eficazmente.

Los ingleses se dieron cuenta, ya después de las primeras batallas de 1914, que no podían ganar la guerra con su Cuerpo Expedicionario, formado por enganchados. Por consiguiente, adoptaron, con rápida resolución, el servicio obligatorio general, por más que iba en contra de las tradiciones inglesas.

Los Estados Unidos de Norte América siguieron su ejemplo. Aunque ya no llegó a la realización del servicio obligatorio general, no cabe duda de que, habiendo intervenido con tropas en los combates, hubiesen, en caso de una mayor duración de la guerra, organizado completamente su poder militar enviándolo a Europa.

Alemania, por su lado, hubiera hecho bien, en vista del enorme peligro de una guerra en dos frentes, de emplear, de acuerdo con el ejemplo francés, sus fuerzas vivas hasta el último extremo. Mucho se ganaba si el primer ataque hacia el oeste se realizaba con superioridad numérica. Esto hubiera sido perfectamente posible. El hecho de no haber aprovechado esa posibilidad y de que, principalmente por razones de economía, se fué alejando cada vez más del servicio obligatorio general, fué tal vez la más importante de las causas que explican el derrumbe del Imperio.

Ahora los contrarios al servicio obligatorio general aducen, señalando precisamente el ejemplo de los Estados Unidos, que se puede prescindir de él como institución permanente. Sin entrar a analizar las circunstancias especiales fundadas en la situación geográfica que permitieron a los Estados Unidos bastarse con un pequeño ejército de enganchados, opinan que la institución del servicio obligatorio general podría reservarse para el caso de necesidad. Mencionan, además, el hecho de que los ejércitos de ambos partidos, en la Guerra Mundial, presentaban, al final, el carácter completo de tropas de milicias.

Aún sin entrar a discutir esto último, es suficiente hacer notar

que no son las condiciones reinantes al final sino las del principio de la guerra, las que son decisivas para apreciar esta cuestión.

Si Alemania hubiese principiado la formación de su ejército, a base del servicio obligatorio, recién en agosto de 1914, los rusos y los franceses se hubieran dado la mano en la Puerta de Brandenburgo (1), antes de haberla terminado.

Es indiscutible, entonces, que únicamente el ejército permanente, formado por el sistema de servicio obligatorio general, con una duración de servicio suficientemente larga y completado, en el momento de peligro, por numerosas clases de soldados instruidos ya licenciados de las filas, es capaz de dar, a un Estado civilizado moderno, la seguridad necesaria.

Hasta ahora no hay indicio alguno de que se abandone en el porvenir el principio actual de la conducción de la guerra, de presentarse, precisamente al principio de las hostilidades, lo más fuerte posible. Como advertencia eterna debemos tener siempre ante nuestra vista el hecho de que si Alemania hubiese cumplido sin miramientos lo que establecía la Ley para su organización militar, podía haberse presentado a la decisión, en el Marne, con 6 a 8 cuerpos de ejército más. Con esto, no sólo hubiera ganado la batalla, sino que probablemente hubiera obligado a Francia a una paz prematura, con lo que su propia situación se hubiera vuelto muy ventajosa.

Los ex enemigos de Alemania sabían lo que hacían cuando le impusieron la abolición del servicio obligatorio general. Con esa medida derribaron al árbol vital del poder, de la unidad y de la importancia en el mundo de Alemania.

Alemania fué hecha retroceder, en su organización militar, en más de cien años, aproximadamente a la que tenía Prusia antes de 1806. Pero entonces la fuerza del ejército se hallaba en una relación mucho más adecuada al Estado a proteger que lo que es el caso de ahora. Aun los 40.000 hombres que Prusia podía conservar después de la paz de Tilsit, representaron una protección más eficaz de sus

(1) En la ciudad de Berlín.—(N. del T.)

fronteras que los 100.000 soldados que hoy le quedan a Alemania y que ni pueden ser equipados y armados de un modo que responda al estado actual de la técnica de guerra.

### 3. Elementos constitutivos de los ejércitos

La organización militar basada en el servicio obligatorio general tiene la ventaja de proporcionar un ejército homogéneo en sus partes constitutivas.

Ese sistema suministra personal joven para el *Ejército de Campaña*. La clase o clases que se encuentran prestando servicios, que recibe instrucción constante por oficiales de carrera y que, por tal motivo, posee la mayor aptitud guerrera, es completada por las clases ya licenciadas que le siguen en edad.

En esta medida hay una profunda sabiduría.

En todas las disposiciones para el ejército es preciso consultar las particularidades de la naturaleza humana. El Ejército de Campaña soporta las mayores pérdidas. La probabilidad de morir por la Patria es mayor para los que pertenecen a él que para los que forman las demás partes del ejército. El Ejército de Campaña libra las batallas y los combates; a él se le presentan, en la forma más grave, las penurias y los horrores de la guerra.

Todo eso lo soporta el hombre joven, a pesar de todas las opiniones contrarias, con mucho más gusto y en mejor forma que el hombre de mayor edad, aunque le falte el vigor físico de este último.

Únicamente la juventud se separa fácilmente de la vida. No está aún encadenada a esta tierra por los miles de lazos con que la existencia civil nos envuelve. No ha aprendido todavía a proceder con economía en el empleo de la vida. Velado le está todavía el enigma que está ansiosa de resolver. Ella va escalando la montaña y no ve cuán corta es la pendiente del otro lado. El deseo de emociones la hace belicosa. Lejos de ella está la aspiración al reposo y a los goces, que constituyen el anhelo de la edad más madura. Entra en combate con alegría y despreocupación. Ambas son necesarias para la labor sangrienta. *La fuerza de una nación está en su juventud.*

Nuestra anterior ley orgánica dejaba al soldado, hasta cerca de los 30 años de edad, en el Ejército de Campaña. Autores antiguos han señalado la edad de 18 a 24 como la mejor para el servicio de la guerra. El cuerpo es ya entonces bastante fuerte para soportar fatigas y el soldado está todavía libre y desligado. Una cierta dosis de ligereza, peculiar de la juventud vigorosa, contribuye favorablemente a realizar los grandes esfuerzos de la guerra.

Un Ejército de Campaña joven, es decir; uniformemente joven, tiene una ventaja grande sobre cualquier otro. Un ejército como el prusiano de Federico el Grande, en el que un cadete de catorce años, un ciudadano de veinte o treinta y un extranjero canoso de sesenta a setenta años de edad, formaban en las mismas filas, no podía tener una gran cohesión. A medida que las crecientes dificultades del reemplazo obligaban a emplear también en los regimientos de campaña a personal de mayor edad, disminuyó proporcionalmente su valor combativo.

El empleo de hombres de mayor edad en la primera línea dará buenos resultados solamente en casos excepcionales. Esto puede suceder cuando el temor por el hogar crece hasta un grado angustioso, significando así un cierto impulso para la defensa viril. A esto se agregaba que los hombres de edad madura, después de haber cumplido muchos años antes su servicio activo en el ejército y vuelto a sus actividades civiles, ya no estaban acostumbrados a la vida militar cuando el estallido de la guerra los llamó de nuevo a las filas del ejército. En muchos casos ya han conocido las aplastadoras preocupaciones de la vida dejando, a menudo, un hogar arruinado. Esto no aumenta, de manera alguna, la tendencia a ir a la muerte por la Patria.

Se podría suponer que la inesperada larga duración de la Guerra Mundial, que permitiría deducir que las guerras futuras serán de igual duración que las de los siglos XVII y XVIII, hubiera demostrado claramente el valor de los veteranos. Esta observación puede ser acertada para el ejército inglés, que, al principio de la guerra, contaba con muchos viejos soldados coloniales; estos hombres, completamente desligados desde hacía mucho tiempo de la vida civil, habían adquirido una cierta habilidad combativa y probablemente han des-

empeñado un papel importante como instructores de los jóvenes reclutas no acostumbrados a la guerra. Es cierto también que se mostraron superiores, en la batalla de Ypres de 1914, a los jóvenes voluntarios de guerra alemanes, cuyo ardiente entusiasmo patriótico no podía reemplazar la experiencia que les faltaba; pero este caso quedó aislado. Por lo general, el veterano no ha desempeñado un gran papel en la Guerra Mundial. El gasto de hombres fué tan grande por el efecto destructor de las armas y por los inauditos esfuerzos físicos y morales, que seguramente muy pocos soldados han tomado parte en toda la guerra, desde el principio hasta el fin, en las filas del ejército de campaña.

Períodos de restablecimiento, como hubo, por ejemplo, en la Guerra de Siete Años, en los que se paralizaban las operaciones, durante varios meses, ocupando cuarteles de invierno, y que eran una especie de fuente de juventud para las tropas viejas, no han existido en la Guerra Mundial. Ésta exigió al ejército alemán un empleo intenso y continuo de todas las fuerzas durante más de cuatro largos años.

El joven soldado se mostró más capaz de soportar tales exigencias que el de edad madura. En particular, este último no respondía al aplastador efecto moral producido por la larga permanencia en las trincheras oscuras, húmedas y frías, llenas de ratas y de sabandijas, ni aun en un frente tranquilo. Les producía frecuentemente un abatimiento tan intenso, que su capacidad resultaba muy reducida. Su organismo también resistía menos que el de los soldados jóvenes a la enfermedad típica de las trincheras: el catarro intestinal. Las bajas por enfermedad, entre los hombres de más de 35 años, fueron siempre muy grandes. Eran, por lo tanto, para una tropa de combate, cuando había que emplearlos en la primera línea, más bien una carga que un refuerzo. Con razón nuestra anterior ley orgánica militar excluía a los hombres de edad madura del ejército de campaña.

Experiencias análogas, respecto al cuerpo de oficiales también se han recogido. El viejo teniente primero y el capitán del ejército de paz habían gastado ya demasiado sus fuerzas físicas y nerviosas en el largo y desgastador mando de tropa, como para poder soportar

duraderamente, en cuanto a la salud, la vida de la guerra de trincheras. Esto fué aún mucho menos posible para los oficiales de reserva de la misma edad, que ya se habían desgastado en sus profesiones civiles con sus trabajos y su lucha por la existencia.

Todos esos oficiales pronto tuvieron que ceder el comando de las compañías a fuerzas más jóvenes. Ya en el año 1915 éstas estaban, casi exclusivamente, confiadas a tenientes jóvenes de carrera o de reserva, entre los cuales desapareció pronto toda diferencia en cuanto a capacidad guerrera.

Distintas fueron las cosas para los jefes y los generales. Para ellos se podían crear, aun en el caso de un jefe de batallón, en la guerra de posición, condiciones de vida que naturalezas sanas podían soportar aún teniendo una edad avanzada. De este modo, estos oficiales llegaron a ser lo único fijo en la fuga de los acontecimientos, una vez eliminados, ya en las primeras semanas de la guerra, los hombres que ya no eran capaces. Ellos podían recoger así, para el bien de sus subordinados, las experiencias de guerra de toda clase, desde los detalles de las instalaciones convenientes para la vida de campaña hasta las características del modo de combatir propio y enemigo.

Generales y jefes canosos han conservado, por lo tanto, en la Guerra Mundial, aun en las tropas de campaña, su antiguo puesto de honor.

Hasta qué edad el Estado puede extender sus exigencias en cuanto a los servicios a prestar durante la guerra, dependerá siempre de la presión de las circunstancias, de las medidas de sus vecinos, con los que lucha y del grado de peligro que sufre. Antes de la Guerra Mundial los estados civilizados no excedían, por lo general, de la edad de 45 años, en sus disposiciones legales.

En el ejército alemán se formaron *unidades de reserva* con las clases de edad más próxima a las del ejército de campaña. Organizadas en divisiones y cuerpos de ejército, debían servir para reforzar al ejército de campaña. Fueron concentradas, por consiguiente, junto con él, en las fronteras.

En las operaciones se pensaba emplearlas en los puntos donde había que cumplir misiones tácticas más fáciles. Por consiguiente, su dotación en artillería, tropas técnicas y parque y trenes fué más débil que en los cuerpos de ejército de primera línea (1). Pero el desarrollo de los acontecimientos hizo que pronto desapareciera toda diferencia entre las tropas de campaña y las de reserva. Además, hubiera sido imposible colocar a las últimas siempre justamente en los puntos donde se podía contar con un enemigo más débil. Por lo general, una unidad de tropa tenía que permanecer en el punto que había alcanzado en la primera línea y cumplir las misiones de combate que se le presentaban allí, hasta que fuera posible hacerla retirar, relevándola por otra más fresca. Los desplazamientos laterales, especialmente en la zona de alcance del fuego enemigo, eran muy difíciles y casi siempre irrealizables. Por eso es de una gran importancia, para el conductor de ejército, poder contar con unidades que sean equivalentes, intercambiables. Así, pues, los cuerpos de reserva, tanto en reemplazo de hombres como en dotación de medios de guerra, fueron organizados en igual forma que los cuerpos de primera línea. Algunos de ellos llegaron a ser tropas de combate especialmente sobresalientes.

Para el servicio a retaguardia de los ejércitos que habían penetrado en país enemigo, quedaron, en esta forma, las tropas de *Guardia Nacional*. Su misión era, ante todo, destruir en germen toda tentativa de revuelta de los habitantes del país, como también la de asegurar los caminos de etapas y los puntos importantes.

También les incumbió la defensa de las costas contra un ataque, así como la vigilancia de las fronteras con los estados neutrales. Pero la superioridad numérica de los enemigos hizo que pronto fuera necesario emplear, en el frente de combate, también a las unidades de tropa formadas por el personal de 27 a 39 años, organizadas en brigadas y dotadas solamente de poca artillería, sin parque y trenes y sin cocinas de campaña. Así, por ejemplo, fué necesario emplear rápidamente, ya en agosto de 1914, contra los rusos que invadieron la Pru-

(1) Es decir, activos.—(N. del T.)

sia Oriental, las brigadas de Guardia Nacional destinadas en realidad a la vigilancia del canal que une el Mar del Norte y el Báltico. A pesar de todas las deficiencias de instrucción y de armamento, ellas han tenido una gloriosa participación en la batalla de Tannenberg. También en el Oeste había bien pronto tropas de Guardia Nacional en primera línea al lado de unidades activas y de reserva. Es natural que allí se les asignasen los sectores más fáciles de defender, detrás de obstáculos frontales.

Alemania tenía previsto, además, como todas las grandes potencias, otro llamado más, la *Guardia Territorial*. A ella pertenecían los hombres ya capaces de llevar armas desde los 17 a los 20 años, y los hombres aun capaces desde los 39 a los 45.

En realidad, la Guardia Territorial debía ser llamada únicamente para la defensa del suelo patrio. Pero la necesidad obligó pronto a emplearla también fuera de las fronteras del país. Se le presentaron allí las más diversas misiones. Subordinada a las autoridades de etapas, tenía que encargarse de mantener la tranquilidad y el orden en los territorios enemigos ocupados. Sin su cooperación no hubiese sido posible establecer una administración coercitiva como la que ellas debían mantener en esos territorios. Había que impedir o sofocar tentativas de obstaculizar los aprovisionamientos, como también las reuniones de gente armada. Alternaban el servicio de guardia con expediciones que a veces originaban combates y obligaban a una actividad desgastadora que, en el fondo, sólo se diferenciaba de la de la tropa de campaña por la falta de grandes encuentros y por las consiguientes menores pérdidas. Había que ocupar constantemente localidades e instalaciones de importancia militar, como ser líneas ferreas, puentes, estaciones, barreras de caminos, depósitos, almacenes, hospitales, etc.

El incesante tráfico de transportes de toda clase tal como se desarrollaba a retaguardia de un ejército combatiente, también exigía un amplio servicio de escolta. Había que encargarse del servicio de policía. Se debían vigilar muchos trabajos de los habitantes del país, ordenados en bien del ejército o para el mantenimiento del comercio y del tráfico. En general, la Guardia Territorial se empleó en los

puntos donde se trataba de fines secundarios de la conducción de la guerra y donde no se exigía mucha habilidad de combate o movilidad operativa.

Además, con personal que tenía un oficio y con los ya incapaces para el servicio de campaña, se formaron las llamadas *unidades administrativas*, subordinadas a las autoridades de etapas y destinadas a atender sus numerosas tareas económicas.

A las tropas necesarias para la campaña se agregaban todavía las del *interior*.

Allí las fortalezas no podían quedar sin guarnición y los presidios, los ferrocarriles, los establecimientos de toda clase, de importancia militar, sin vigilancia. A esto se añadían las industrias a cargo de la administración del ejército, de cuyo rendimiento dependía en alto grado el apresto de los ejércitos. Ya en las guerras anteriores se había establecido en el interior un amplio servicio organizado militarmente, con obreros y trabajadores, que había dado excelentes resultados. Pero la extensión que tomó en los años 1914 - 1918, superó a toda expectativa. El gasto de munición, de elementos de equipo y material de guerra de toda clase fué enorme. Así, por ejemplo, el alambre de púa fabricado para los frentes alemanes habría permitido rodear varias veces el globo terrestre en el ecuador. En la fabricación de armas y de otros materiales de guerra, los inventos se sucedían continuamente. Nuevas industrias surgían como hongos de la tierra, como, por ejemplo, los poderosos establecimientos de Leuna en Turingia, en los cuales se obtenía del aire, por el genial procedimiento de Haber, el nitrógeno que nos faltaba. Otras instalaciones no menos importantes servían a la aviación, cuyo desarrollo fué tan rápido, y a la fabricación de proyectiles. Toda la industria del país se adaptó con sorprendente rapidez a las necesidades de la guerra.

Todo esto no habría sido posible si hubiesen faltado los brazos necesarios. En muchas actividades las mujeres ocuparon el lugar de los hombres que habían marchado a la guerra. También se empleó a jóvenes, a los que, por su corta edad, en circunstancias ordinarias no se les hubiera permitido trabajar en las fábricas. Fué también

necesario exceptuar del servicio de armas a una gran cantidad de obreros.

De igual modo que las fábricas de importancia para la guerra, había que sostener la agricultura, pues de su capacidad dependía en primer término que Alemania resistiera o no al bloqueo enemigo. También en el territorio enemigo ocupado se trataba de fomentar en lo posible la explotación rural bajo vigilancia militar.

Además, debía conservarse a la altura necesaria al servicio de transportes. La conducción de la guerra descansaba, en alto grado, en el rápido desplazamiento de grandes masas del Oeste al Este y viceversa. La llegada puntual a las unidades combatientes de todos los aprovisionamientos que ellas requerían, era indispensable para el rechazo victorioso de los ataques enemigos. Ambas necesidades no se hubiesen podido llenar con ferrocarriles de reducido rendimiento.

El servicio sanitario de campaña y en el interior exigía el auxilio de muchos brazos.

De un modo general, cuanto mayor era la importancia que adquiría la técnica de la guerra, cuanto más tuvieron que pasar a primer plano las cuestiones de material, al mismo tiempo que el aislamiento de Alemania del comercio mundial se hacía cada vez más sensible, tanto más necesario era aprovechar intensamente todos los recursos del interior así como del territorio enemigo ocupado. Pero también era necesario crear, junto con numerosas organizaciones económico-militares, unidades de tropa y autoridades militares, que se dedicasen a recolectar las materias primas, especialmente para la fabricación de munición y vestuario, como también a administrar dichas materias.

Pero, al propio tiempo, se mantuvo como principio fundamental supremo que al ejército de campaña se le sacara la menor cantidad posible de fuerzas.

Por tal razón, al último había que salir del marco de las obligaciones del servicio militar prescriptas por la ley y establecer otros límites mucho más amplios. Ya no fué la edad, en caso de existir aptitud, lo que determinaba la asignación a tal o cual tropa, sino

que se contemplaba la aptitud para el servicio de campaña o sólo para el de guarnición. Hombres vigorosos que, por su avanzada edad, antes habían sido destinados a la guardia territorial, llegaron de este modo al ejército de campaña. Dada la cierta gradación del servicio en una unidad de tropa en cuanto a exigencias físicas, dicha medida era factible y hasta conveniente, siempre que el número de los viejos no excediese de cierta proporción en el conjunto. Un hombre que ya no disponía de suficiente vigor físico para responder enteramente a las exigencias de un combate, podía aún dar excelentes resultados en la cocina de campaña, en la conducción de carros del bagaje o en el cuidado de los caballos. Su presencia evitaba que un hombre joven, completamente apto para la guerra, fuera sacado de la tropa combatiente.

El reemplazo de los hombres, que, a medida que aumentaba la duración de la guerra, a causa de las inesperadas enormes pérdidas, se hacía cada vez más difícil, impuso finalmente pensar en un medio para utilizar, en las distintas formas, toda la fuerza de la nación en la defensa del país. De este empeño resultó, después de largos debates parlamentarios, la ley del servicio militar auxiliar.

Por esta ley todos los alemanes varones, desde los 17 años cumplidos hasta los 60 años inclusive, estaban obligados al *servicio militar auxiliar*, siempre que no fuesen llamados para prestar servicios en la fuerza armada. Así se obtuvo mucho personal para misiones de trabajo, que de otro modo no habría estado a disposición de las autoridades militares. Ese personal podía ser empleado, de acuerdo con las necesidades, en las planas mayores y talleres de las unidades de tropa y de las autoridades de la industria de guerra, en la explotación de los campos y bosques, en el cuidado de los enfermos, en las organizaciones administrativas militares de toda clase, o en otras actividades y establecimientos que fueran de importancia directa o indirecta para los fines de la guerra o para la alimentación de la población.

Si bien con esta ley se ganó mucho, ella originó un mal muy grande, por la disposición de que los trabajos exigidos en virtud de la misma debían considerarse y abonarse como los de un trabajador

libre. Sucedió entonces que el joven de diez y siete años que prestaba servicio auxiliar, que no había hecho nada en la vida, adscripto ahora a una unidad cualquiera, en carácter de escribiente auxiliar, recibía un sueldo mucho más elevado que el padre de familia, de doble edad, que había tomado parte en la guerra desde un principio, exponiendo diariamente de nuevo su vida. Tal inconveniente, que se menciona solamente como uno de los tantos que se notaron en seguida al aplicar dicha ley, se prestó en alto grado para minar los ánimos de los soldados del frente y preparar el terreno para la revolución. Es increíble de qué insensatez son capaces los representantes del pueblo cuando se guían, no por el bien general, sino por pequeños intereses partidistas. Fueron los partidos de la izquierda los que habían obtenido esa disposición, con el propósito manifiesto de ganarse la voluntad de los trabajadores del interior y de sembrar el descontento en las filas del ejército de campaña. El gobierno o no vió el juego o fué demasiado débil para hacerlo fracasar.

Debe mencionarse también otra medida que tampoco dio buen resultado. Fué la creación de regimientos formados por voluntarios al principio de la guerra. Los voluntarios de guerra eran personas que por ser todavía demasiado jóvenes o ya de demasiada edad no estaban obligadas, por la ley, al servicio bajo banderas, o que por un pequeño defecto habían sido exceptuadas del servicio militar, pero que no querían quedarse en sus hogares mientras sus hermanos libraban batallas de cuyo éxito dependía el porvenir de la patria. Ellos pertenecían generalmente a las clases cultas, es decir, a las llamadas a suministrar el reemplazo de oficiales. Fué un error fatal reunir en unidades esa parte de la población, de especial valor por el entusiasmo que la animaba y por su cultura, y enviarla a la batalla. El ejemplo de Bulgaria del año 1913 debió haber servido de advertencia. También allí, en la guerra contra Turquía, se habían creado batallones formados con los discípulos de los establecimientos de enseñanza secundaria, los que fueron casi totalmente aniquilados frente a las líneas de Techataldscha. A pesar de esta experiencia, los regimientos de voluntarios de guerra alemanes fueron empleados de una manera

análoga. El resultado fué el mismo. Frente a las trincheras inglesas en Ypres una parte de la flor de la juventud alemana halló la muerte, sin que el éxito hubiera justificado siquiera aproximadamente ese precio. Las dificultades que en el transcurso de la guerra se presentaron al tener que cubrirse las bajas de oficiales no hubieran sido tan grandes con un empleo conveniente de esos voluntarios de guerra. Hubiera sido necesario instruirlos primero perfectamente y después repartirlos en todo el ejército.

A pesar de que el alistamiento de la fuerza nacional para la defensa de la patria alemana se realizó con los errores señalados, hay que reconocer, sin embargo, que se alcanzaron resultados extraordinarios. Las autoridades encargadas de ese trabajo de organización y preparación, ante todo el Ministerio de Guerra, demostraron haber estado completamente a la altura de su difícil tarea. También la nación cumplió con su deber en la más amplia medida. El entusiasmo de los inolvidables días de agosto de 1914 no fué un fuego de paja, sino que se conservó por años en la patria y quedó vivo en el frente hasta el último día de la guerra. Mayores sacrificios que los realizados por el pueblo alemán en bien de la causa sagrada, sobrepasarían a la medida humana. Sin exageración se puede decir que ningún otro pueblo del mundo, colocado en la situación de Alemania en la guerra mundial, hubiera resistido durante tanto tiempo a una superioridad hasta entonces desconocida. Esto no debe olvidar jamás el alemán, a pesar del derrumbe tan espantoso como insensato que finalmente se produjo. ¡A pesar de todo, tiene derecho de estar orgulloso de lo que su nación ha realizado! Pero aquel derrumbe y sus tristes consecuencias debían enseñarle dónde debe aplicar la palanca para robustecer su carácter nacional. Deben también despertar en él la convicción de que un pueblo sin un profundo sentimiento nacional no podrá sostenerse entre las demás naciones.

Una palabra más hay que decir sobre las *unidades de depósito* que necesita todo ejército combatiente. Se forman en la movilización con el personal dejado en las guarniciones por las unidades que mar-

chan á campaña y tienen la misión de instruir al reemplazo de oficiales y tropa. De su actividad depende en alto grado la conservación del apresto del ejército de campaña. Las autoridades de reemplazo y estas unidades de depósito han cumplido, en cuanto a Alemania, las exigencias que les fueron impuestas en la guerra mundial; hasta que también ellas sucumbieron a la descomposición por el enemigo interno. Si en 1870-71 se enviaron a campaña como reemplazos aproximadamente 2.000 oficiales y 220.000 hombres, los rendimientos de las unidades de depósito en los años 1914 a 1918 fueron cincuenta veces mayores.

No fué una buena medida que todo el cuerpo activo de oficiales, con excepción de los que no partieron por motivos de enfermedad o de servicio, fuera destinado al ejército de campaña. Allí sufrió inmensas bajas en los primeros combates, que, como siempre al principio de una guerra, traen sorpresas en cuanto a la eficacia de las armas. Ya en las primeras semanas la mayor parte de los oficiales subalternos de carrera de infantería, del mismo modo que los suboficiales activos, había muerto o se hallaba herida en los hospitales. En esta forma pronto se produjo entre las tropas combatientes una falta sensible de jefes subalternos, y entre las tropas de depósito una carencia de instructores. Había que cubrir los claros con personal que no era del todo apto para el puesto. Esto se pudo haber evitado si desde un principio se hubiesen economizado los cuadros existentes, dejando, por lo pronto, la mitad del cuerpo activo de oficiales y de suboficiales en las unidades de depósito, gastándolos después poco a poco; sin inconvenientes se pudo haber empleado a los oficiales de reserva en lugar de ellos en los regimientos de campaña.

Ellos estaban, en general, en condiciones de ponerse a la cabeza de una tropa instruida, como conductores de ella en el combate, o aprenderían pronto lo que les faltaba, mientras que para impartir una instrucción guerrera a las tropas de depósito es natural que carecieran de la experiencia y de los conocimientos necesarios.

A la necesidad de economizar, en general, al personal y, en particular, a los jefes, respondió en los tiempos posteriores de la guerra la formación de las llamadas reservas de jefes. Antes de las acciones

tácticas que permitían prever una cantidad extraordinaria de bajas, se sacaba una parte de los oficiales, desde jefes de regimiento, y de suboficiales y se los enviaba hacia atrás para substraerlos del peligro. Al ocupar ellos después los claros producidos por las bajas se evitaba que a la noche de un día de batalla hubiese una unidad de tropa sin jefe. Además de esas disposiciones para evitar la pérdida innecesaria de jefes hubiera sido conveniente modificar las prescripciones reglamentarias en la paz para el ingreso al ejército como oficial, ascendiendo, en cambio, desde un principio, a un mayor número de suboficiales aptos a oficiales.

#### 4. La división regional militar

De mucha importancia es *una división regional militar apropiada*.

La organización militar tiene relaciones con todos los aspectos de la vida social. Ella exige una cooperación constante de las autoridades militares y civiles. Por consiguiente, la división regional militar de ejército conviene que se adapte a la división administrativa del país o, como suele decirse, a la «política».

El ejército alemán de 1914, como el de la mayoría de las otras grandes potencias, estaba dislocado en esa forma. *Cada cuerpo de ejército tenía su región que le proveía los hombres y los caballos*. Allí se hallaban sus talleres, sus almacenes y sus depósitos. El comandante del cuerpo de ejército y las altas autoridades civiles tenían que resolver juntos, ya en tiempos de paz, provistos de suficientes facultades, dentro de ciertos límites, todas las cuestiones militares que tuvieran relación con la vida civil.

En la guerra, el comandante de cuerpo de ejército que salía a campaña era reemplazado en sus funciones territoriales por el comandante de cuerpo de ejército de reemplazo. Sus funciones fueron aún ampliadas considerablemente. Él podía tomar todas las medidas necesarias para poner las fuerzas y los recursos de la región respectiva al servicio de su cuerpo de ejército.

Esta organización territorial dió buenos resultados en la guerra. Cuanto mayor era la independencia de las diferentes partes del ejér-

cito, en lo que respecta a sus reemplazos y aprovisionamientos, tanto más sencillos resultaban los trámites, tanto mayor la cohesión. Todo el organismo militar, tan complejo en sus formas, ganó así en articulación y rendimiento.

La división del territorio en regiones independientes, de manera que en cada una de ellas hubiera las unidades del ejército que correspondían a su población, tiene tantas ventajas que ya hacía mucho tiempo había sido ensayada. Mientras en Francia se consideraba irrealizable antes de 1870, fué propuesta por primera vez en Prusia en 1795, y se procedió a la formación de un cuerpo de la Prusia Oriental, otro de la Prusia Meridional, otro de la Silesia y un cuerpo de reserva.

Es cierto que la organización no se realizó del todo en aquel entonces; pero se volvió a esta idea en 1813. En cierto modo se repitió así la división de los antiguos imperios mundiales, en los cuales los pueblos subyugados suministraban grandes unidades independientes, con la diferencia de que no eran de igual efectivo, a lo que hoy se da importancia. Esta división territorial es natural en un Estado grande. Pero es condición indispensable que el Estado sea sano y que el poder de su gobierno esté bien afirmado en todas sus partes, pues si el poder dominante no está bien seguro de su causa y tiene que temer revueltas o movimientos separatistas no podría dejar en sus regiones a las diferentes partes del ejército organizadas independientemente, a pesar de todas las ventajas militares.

Se desprendería así de un instrumento que en el momento decisivo podría emplearse tanto en su contra como en su favor. Cuando Rusia permitió la existencia en Polonia de unidades formadas con nacionales, esta medida produjo la sangrienta guerra de 1831. Más tarde, el gobierno del Zar tuvo buen cuidado en no formar allí o en el Cáucaso unidades de tropa con los hijos de la región, de darles talleres, materiales, arsenales, poniéndolos así en condiciones de levantarse en cualquier momento en armas contra la nación dominante. A Inglaterra no se le ocurrió tampoco formar cuerpos de ejército puramente irlandeses, cuando en la guerra adoptó el servicio militar obligatorio general.

Únicamente cuando en un estado existe unidad, seguridad y orden es posible la unidad, la uniformidad y el orden en el dislocamiento del ejército. Las graves consecuencias que puede originar una escasa cohesión estatal en el ejército están claramente demostradas por ciertos acontecimientos ocurridos en el ejército austro-húngaro durante la Guerra Mundial.

Por lo demás, precisamente las experiencias de la guerra última inducen a profundizar y ampliar aún más el principio del dislocamiento del ejército de acuerdo con la división territorial política. Junto con la movilización propiamente militar, se procede ahora a la movilización económica, la industrial y la financiera. La amplitud de las cuestiones a resolver aumenta así enormemente y una distribución adecuada de las cargas se produce por sí sola en toda la población.

Este punto de vista lo tiene en cuenta una ley publicada en Francia en 1923. Por esta ley son las regiones militares, en que está dividido el territorio de la República, las verdaderas encargadas de todas las cuestiones referentes al ejército durante la guerra.

Del comandante de la región militar de reemplazo en la guerra dependen, una vez que el ejército ha marchado a campaña, no solamente las unidades de depósito y los establecimientos militares, sino también todas las fábricas, con todos los obreros, que trabajan para las necesidades del ejército. Se le concede amplias facultades sobre las obras de aguas corrientes y de electricidad, sobre el comercio y los bancos, sobre la agricultura y la administración forestal, como también sobre la minería. Lo mismo sucede con la prensa y el teatro. Es evidente que las medidas contra ataques aéreos del enemigo y la defensa contra el espionaje están también a cargo del comandante de región. Además de su estado mayor militar, dispone de otro formado por peritos y consejeros civiles. Pero esta medida no quita que él mismo debe ser un hombre de vastos conocimientos generales y de gran experiencia de mundo.

El ejército francés es hoy el primero del mundo. Sus instituciones podrían ser, en alto grado, el modelo para los ejércitos de las demás grandes potencias.

### Ejército Nacional, Grupo de Ejércitos, Ejército

La totalidad de las fuerzas combatientes de una nación forma su *Ejército Nacional*. Se divide en *ejército de campaña* y *ejército del interior*. El ejército de campaña se articula en *ejércitos*, varios de los cuales pueden ser reunidos para formar un *grupo de ejércitos*.

El ejército occidental alemán se componía, al principio, de siete ejércitos y de cuatro cuerpos de caballería. Para el este se había formado un octavo ejército, reforzado por unidades de protección de fronteras, y un cuerpo de Guardia Nacional de Silesia.

Un fraccionamiento análogo existía también en los enemigos de Alemania. Era necesario, pues, a pesar de todos los perfeccionamientos técnicos en lo que respecta a comunicaciones, hubiera sido imposible dirigir todos los cuerpos de ejército por una sola autoridad superior.

La experiencia enseñó más tarde que la articulación del Ejército Occidental alemán no respondía a las necesidades, pues la cantidad de comandos que dependían directamente del Comando en Jefe era todavía demasiado grande. Se comprobó, una vez que el frente entre la frontera holandesa y Estrasburgo se hubo puesto en movimiento y empeñado en diferentes partes en sangrientos combates con el enemigo, que ya no era posible mantener con todos una comunicación tan segura como hubiera sido necesario en interés de una conducción centralizada. Esto resultó muy desventajoso, especialmente en el ala derecha, que quedó sin órdenes precisamente en los días críticos de la batalla del Marne, mientras en el Comando en Jefe se estaba sin noticias sobre el desarrollo de la batalla en esa parte. Tal situación inconveniente se hubiese evitado si por la formación de varios grupos de ejércitos se hubiese disminuido el número de los comandos subordinados directamente al Comando en Jefe. Los comandantes de los grupos de ejércitos hubiesen tenido sus tropas más firmes en las manos que lo que le fué posible al Comando en Jefe, en vista de la enorme extensión del frente bajo su mando y de la cantidad de impresiones que recibía de todas partes, y de las numerosas tareas que tenía que atender. Así, por ejemplo, un competente comandante de grupo de

ejércitos en el ala derecha hubiera impedido que el II Ejército, por una apreciación demasiado pesimista de su propia situación, e ignorando los acontecimientos en los otros ejércitos, ejecutara el 9 de septiembre aquella desgraciada retirada detrás del Vesle, que debía ser el punto fatal de toda la guerra.

Demasiado tarde se hizo lo que se había omitido. La creciente extensión de los frentes y el aumento de la cantidad de teatros de guerra exigían terminantemente la creación de grupos de ejércitos. Así el frente alemán en el ataque en Francia en el año 1918 contaba con cuatro de estos comandos superiores; a sus órdenes combatieron no menos de once ejércitos y dos agrupaciones de ejército.

La cantidad de unidades que deben formar un ejército depende de las circunstancias, de la misión que le incumbe, a menudo también del grado del prestigio y de las cualidades de su comandante. Consideraciones personales han ejercido a veces una influencia grande, no siempre ventajosa. Se ha llamado frecuentemente «ejército» a lo que propiamente no debía ser más que un cuerpo de ejército, porque el comandante era un alto personaje.

En la concentración inicial de Alemania en el frente Oeste se reunieron cuatro a seis cuerpos de ejército y de reserva para constituir un ejército; el efectivo era alrededor de 170.000 a 250.000 hombres. Ellos constituían, aun cuando se le agregaba una división o cuerpo de caballería, una masa que todavía se podía mandar con unidad de concepción sin mayores dificultades. En la guerra de posición, por cierto, se podía exceder esta medida sin perjuicio, especialmente cuando el ejército se hallaba en un país de alta cultura, ofreciendo todas las facilidades deseables para el movimiento y alojamiento de las tropas, y donde las *instalaciones de etapas* se hallaban suficientemente organizadas.

La importancia de estas últimas ha aumentado en alto grado, en comparación con los tiempos anteriores. Cuanto menores eran los ejércitos, cuanto más sencillo el armamento y el equipo, tanto menos la conducción dependía del reaprovisionamiento desde retaguardia; una vez pasada la época de los ejércitos mercenarios, los que originaban dificultades especiales. De todos los grandes conductores, el

que menos se ha tenido que ocupar del servicio de etapas habrá sido Napoleón en sus primeras campañas. Sin embargo, apreciaba en todo su valor la importancia de tener bien organizadas las comunicaciones de retaguardia, como lo demuestran sus amplios preparativos para la campaña de 1812.

En la guerra de 1870-71, la última de la cual el ejército alemán podía sacar experiencias prácticas antes de 1914, el reaprovisionamiento desde retaguardia aún no había creado serias dificultades. Esto, por supuesto, ha cambiado notablemente con el aumento de los ejércitos y con la creciente complejidad de todo el organismo militar.

Un servicio de etapas que funcione bien debe considerarse, hoy más que nunca, una de las más importantes condiciones previas para el éxito de las operaciones. A ella debe dedicarse, por lo tanto, la atención y el cuidado del comando del ejército en la misma medida que a las tropas combatientes.

El comando en jefe dispone, como se ha visto, de todas las fuerzas combatientes del ejército de campaña. Él da sus órdenes a los grupos de ejércitos. Éstos, a su vez, se componen de un cierto número de ejércitos y, en caso dado, de cuerpos o divisiones de caballería.

Los ejércitos se forman de cuerpos de ejército o, donde éstos no existan, de divisiones, así como de las tropas que se le hubiesen subordinado. Con menor frecuencia, un ejército dispone también de una división de caballería. Dispone, además, de autoridades y formaciones especiales para el servicio de etapas.

Los cuerpos de ejército se componen de dos o más divisiones, como también de las unidades que dependen directamente de él. Pero los cuerpos de ejército no tienen formaciones de etapas a sus órdenes.

Por lo general, el Comando en Jefe constituirá *Reservas de Ejército* a su disposición. Éstas se componen de cuerpos de ejército o divisiones, como también de una cierta cantidad de unidades de aviación, de artillería, de zapadores-pontoneros, de tanques, etc.,

que, de acuerdo con las necesidades, se subordinan a los grupos de ejércitos o a los ejércitos.

Las unidades de combate en el ejército alemán son actualmente la división y la división de caballería. Éstas cuentan con todos los medios para cumplir independientemente las misiones de combate. En casos especiales conviene proceder a su refuerzo. Las tropas asignadas se ponen entonces a las órdenes del comandante de la división.

La guerra aérea requiere la reunión de fuertes unidades de aviación de combate.

El orden de batalla determina las relaciones normales de comando y de administración del ejército de campaña.

La repartición de tropas prescribe el agrupamiento de las tropas para un fin pasajero.

#### Cuerpo de Ejército.—División.

Al principio de la guerra mundial el *cuerpo de ejército*, de un efectivo aproximado de 40.000 combatientes, fué la unidad de combate del ejército alemán. Su fuerza correspondía a las condiciones naturales entonces existentes.

Mientras Prusia en 1795 ensayó, aun cuando no lo realizó en forma completa, una división en cuerpos de ejército, ésta ya se había efectuado en Francia algunos años antes. Cuando en 1792 estalló la primera guerra de coalición se formaron varios ejércitos, completamente independientes entre sí. Tenían aproximadamente el efectivo de los cuerpos de ejércitos posteriores. Había un Ejército del Norte de 35.000 hombres, un Ejército del Centro de 28.000, un Ejército del Rhin de 17.500 y un Ejército del Sur de 40.000. Más tarde se agregó un Ejército del Sambre, otro de los Ardennes y otro del Mosela con efectivos semejantes. La dirección estaba en manos del gobierno. Un comando único no existía. Cuando este comando fué ejercido más tarde por el primer Cónsul, después Emperador, esos ejércitos descendieron un grado, pasando a ser cuerpos de ejército. Como tales, se adaptaban con más facilidad a las masas de tro-

pa, grandes según el concepto de aquellos tiempos, con las cuales el Emperador realizaba sus guerras. Pero hasta 1805 se denominaban a menudo fuera de Francia ejército a los cuerpos de ejército de los generales y mariscales franceses.

Desde entonces quedó establecida en los ejércitos de las grandes potencias el fraccionamiento en cuerpos de ejército para la guerra. Napoleón probablemente ya lo hubiera conservado para el tiempo de paz si se hubiera llegado a una paz durante su gobierno, si una paz larga no era opuesta a su carácter; pero en tales condiciones no se realizó. Formó, en cambio, los cuerpos únicamente para la guerra, dándoles una composición que correspondía en cada caso a las circunstancias particulares de cada campaña. La Prusia, por su parte, estableció después de las guerras de independencia la organización en cuerpos de ejército para el estado de paz.

Para el cálculo de la fuerza de un cuerpo de ejército en pie de guerra fué decisiva la consideración de que en un despliegue de todo el Ejército se debían aprovechar completamente tanto las tropas como los caminos existentes.

El efectivo era adecuado si en cada camino de marcha no había más fuerzas que las que en el mismo día podían desplegar para el combate a la altura de la punta. El límite superior era de 30 a 40.000 hombres, con la dotación existente al principio de la guerra mundial. La infantería y la caballería marchaban en filas de a cuatro (ésta última en caminos estrechos o no completamente despejados, de a dos), las piezas de artillería y los vehículos de a uno. En carreteras anchas a veces era posible adoptar la columna doble de marcha. Entonces marchaban la infantería en filas de a ocho y las piezas de artillería y vehículos de a dos, uno al lado del otro. Pero esto era factible únicamente en los casos en que había seguridad de que el ancho del camino era constante y que no existía una parte en que tuviera que adoptarse la columna de marcha normal, produciéndose así una demora que anulaba la ventaja ganada por la marcha en frente más ancho.

En la columna de marcha normal, las últimas partes de un cuer-

po de ejército se hallaban separadas de la punta por toda la profundidad de una jornada común. Si adelante se iniciaba un combate, en ellas tenían que recorrer todavía una distancia que correspondía, en término medio, a una jornada, antes de alcanzar el campo de batalla. Si otras tropas seguían inmediatamente detrás del cuerpo de ejército, se les exigía ya una marcha más considerable si se las quería hacer intervenir en el combate antes de obscurecer. Esto era posible únicamente con buenos caminos y días largos y a condición de que el choque con el enemigo no se hubiera producido a una hora demasiado avanzada del día. En el invierno, en que los caminos son generalmente malos y los días cortos, tal esfuerzo resultaba en todo caso irrealizable. Pero el efectivo de un cuerpo de ejército debía adaptarse a todas las estaciones del año. De ahí resultó que hubiera sido un error pasar del número de 40.000 hombres.

El avance del Ejército occidental de 1914, después de la caída de Lieja, se efectuó haciendo marchar rápidamente en cada camino grande que conducía hacia el enemigo un cuerpo de ejército. Marchaba en columna de marcha normal. El despliegue para el combate, la ayuda mutua de las columnas, el aprovisionamiento de las tropas durante la marcha, todo se ejecutó en la forma que se había previsto en tiempos de paz. Lo único que sorprendió fueron los rendimientos de la marcha misma, que sobrepasaron todos los cálculos de paz. La infantería alemana demostró en aquellos memorables días poseer una resistencia asombrosa para soportar las fatigas de la marcha. Jornadas de 50 o más kilómetros no fueron raras.

A raíz de tales experiencias, en los reglamentos de ejercicios del Ejército alemán, después de la guerra, se han conservado las formaciones de marcha. Únicamente la caballería forma ahora, en principio, su columna de marcha de a dos.

En vista del incremento de la aviación y del fuego a largas distancias, se plantea la cuestión de si no deben adoptarse, por principio, otras formas nuevas para la marcha de avance de grandes masas. Dejaremos esta investigación para un capítulo posterior, puesto que aquí se trata solamente de consignar a base de qué reflexiones se ha llegado a determinar el efectivo de nuestra mayor unidad de com-

bate, a fin de poder sacar conclusiones sobre lo que conviene en el presente.

No se debe omitir aquí las columnas de vehículos que transportan la munición, las subsistencias y el material de sanidad para el cuerpo de ejército.

Con las unidades de tropa marchaba en 1914 lo que se denominaba el bagaje menor. Este conducía todo lo que ellas necesitaban para el combate. A algunos kilómetros a retaguardia seguía el bagaje mayor. Éste estaba cargado con todo lo que los soldados necesitaban en el alojamiento. Después seguían, divididos en dos escalones, las columnas de munición (parque) y los trenes. Es cierto que éstos nunca se encontraban reunidos y que tampoco marchaban en una sola columna, puesto que una parte de los vehículos siempre iba a los depósitos y lugares de descarga, que frecuentemente se hallaban sobre el camino de marcha, mientras que otra parte regresaba de éstos. Con todo, las columnas de munición y los trenes ocupaban una zona considerable, en la cual otras tropas no podían moverse con libertad. Había que calcular que el último vehículo se hallaba a unos 60 kilómetros de la cabeza de las tropas combatientes. Si la falta de caminos obligaba a hacer marchar dos cuerpos de ejército por un solo camino, haciendo seguir a continuación del que se encontraba en cabeza todas sus columnas, entonces éste, si entraba en combate, podía contar recién en la mañana del tercer día de batalla con la ayuda del cuerpo de ejército que marchaba detrás de él. Si, en cambio, a fin de acortar este tiempo, se hacían marchar las tropas combatientes de ambos cuerpos de ejército, haciéndolas seguir por las columnas de munición y trenes de los dos cuerpos, entonces la cabeza del primer cuerpo se hallaba separada de sus columnas por dos jornadas completas de marcha, vale decir, no podía contarse con que lo alcanzasen alguna vez, a no ser que se hiciera un largo alto. Se encontraba, así, en una mala situación, siempre que no se consiguiera adelantar los aprovisionamientos necesarios utilizando ferrocarriles y columnas de automóviles que marcharan de noche por caminos desocupados.

De todo eso se desprende que el efectivo del cuerpo de ejército

alemán respondía perfectamente a las condiciones naturales. Considerado teóricamente estaba siempre en condiciones de resistir durante 24 horas aun a una gran superioridad enemiga, siempre que ésta hubiera avanzado también por un solo camino. En la práctica, por cierto, esta condición no tiene mucha importancia, pues donde existen varios caminos de marcha de avance, el enemigo superior los aprovechará, para hacer valer precisamente su superioridad.

La composición y la dotación del cuerpo de ejército alemán tenían en cuenta que debía ser capaz de resolver independientemente una misión de combate. Disponía, por lo tanto, no solamente de toda clase de armas sino también de todos los órganos y elementos necesarios para conservar el apresto para el combate de las tropas; es decir, llevarles a tiempo los aprovisionamientos de munición, subsistencias, vestuario y demás equipo. El comando del cuerpo de ejército disponía, también, independientemente del reemplazo en hombres y caballos alistados en la región respectiva.

La composición del cuerpo de ejército era, en general, la siguiente: comando del cuerpo de ejército (estado mayor con órganos de administración, sanidad, justicia y servicio veterinario); dos divisiones de infantería, un grupo de obuses pesados de campaña, un destacamento de comunicaciones de cuerpo, columnas de munición (parque) y trenes, que comprendían un cierto número de columnas de subsistencias a tracción animal y automóvil y dos panaderías de campaña, como así también del tren de puentes de cuerpo, doce hospitales de campo y dos depósitos de caballos. A estas fuerzas se agregaban todavía las tropas puestas a las órdenes directas del comando del cuerpo de ejército, como ser: baterías pesadas, unidades de aviación, de globos cautivos y de automóviles, etc.

Las dos divisiones y las unidades directamente subordinadas constituyan la parte combatiente del cuerpo de ejército. Los demás elementos se habían organizado de acuerdo con las necesidades probables. El parque llevaba munición para varios días de batalla; las columnas de subsistencias podían alimentar al personal y al ganado durante cinco días; los hospitales podían recibir los heridos que se debían esperar en un día de batalla encarnizada; las panaderías al-

canizaban perfectamente, especialmente en una región poblada donde se podía contar con establecimientos particulares, para satisfacer las necesidades de pan; el tren de puentes era suficiente para franquear con un puente un río de ancho medio, como el Elba en Meissen. Los depósitos de caballos tenían una cantidad variable de caballos, a fin de cubrir la demanda, saliendo a campaña con 200 caballos.

En esta composición del cuerpo de ejército se introdujeron después, en el transcurso de la guerra, *modificaciones esenciales*.

Lo fundamental fué el gran aumento en el armamento de las tropas. La *infantería*, que al principio de la guerra sólo contó con una dotación muy insuficiente de ametralladoras, sintió muy pronto la necesidad de disponer de un mayor número de ellas; al final, cada batallón tenía su compañía de ametralladoras pesadas y, además, cada compañía de tiradores contó con seis ametralladoras livianas. Independientemente de ellas, se formó también un número bastante grande de batallones de ametralladoras a 3 compañías, armadas de ametralladoras pesadas, subordinadas por el Comando en Jefe, de acuerdo con las circunstancias variables, a las partes del frente más amenazadas por una ruptura enemiga. Una vez adoptado el lanzabombas en la guerra de posición, se agregó a cada batallón una sección de lanzabombas livianos. A algunas unidades de infantería se les agregó también una batería de artillería; ésta empleaba una especie de cañón de montaña que podía seguir a la infantería a todas partes y empleaba el mismo proyectil de la artillería de campaña, aun cuando su alcance era inferior. En las unidades mayores, hasta los batallones inclusive, se formaron secciones de comunicaciones, que llevaban consigo material telefónico, destelladores para la transmisión óptica, estaciones portátiles de radiotelegrafía y telegrafía alámbrica, mientras que la división recibió, además, un palomar móvil.

Por todas estas modificaciones las profundidades de marcha de la infantería se alargaron, ya por el hecho de requerir un aumento considerable de los vehículos.

En mayor escala aun que en la infantería se produjeron modificaciones y cambios en la *artillería*. Si bien la dotación inicial de

la división con toda una brigada de artillería de campaña de 12 baterías demostró ser suficiente y estar en buena proporción con las tropas restantes (72 piezas), bien pronto se comprobó que era demasiado débil en artillería pesada. Había, por lo tanto, que aumentar considerablemente las unidades de aquella que, por organización, formaba parte del ejército de campaña. Cierta clase de piezas que jamás se hubiera esperado que pudieran tomar parte en la guerra fueron hechas móviles por la tracción animal o mecánica. A los morteros de 42 centímetros y a las baterías pesadas austro-húngaras a tracción mecánica que ya existían desde el principio y que desempeñaron un papel tan importante en la conquista de las fortalezas de Bélgica y del norte de Francia, se agregó muy pronto todo un arsenal de otras piezas pesadas. Recordaremos únicamente los cañones de marina puestos sobre rieles de ferrocarril y las piezas de tiro lejano, con las cuales se bombardeó París en 1918 a una distancia de 120 kilómetros. Con las piezas capturadas en las fortalezas enemigas se pudieron también formar baterías, agregándolas al ejército de campaña. El procedimiento moderno de tiro originó la creación de formaciones especiales para la determinación exacta de los blancos por medio de la medición topográfica, por el fogonazo y por el sonido.

Un arma que tuvo un desarrollo asombroso en el transcurso de la guerra fué la *aviación*. Sus unidades como también las compañías de globos cautivos produjeron, a causa de su gran cantidad de material y del gran consumo de elementos, un importante aumento de la impedimenta, así como un recargo de los ferrocarriles y caminos, mientras que los dirigibles cuya utilidad militar en la guerra terrestre fué bastante limitada pasaron a un segundo plano.

El rechazo de ataques aéreos requirió medidas especiales. Se formaron innumerables baterías de cañones de diferentes calibres destinadas a este fin especial.

Siguiendo el ejemplo de los enemigos, Alemania se resolvió hacia el final de la guerra a adoptar los *carros de combate* (tanques). Ellos forman parte, en todas las circunstancias, de la dotación de un ejército moderno.

También todo el conjunto de *zapadores pontoneros* experimentó un aumento considerable, debido a la construcción de fortificaciones que se hicieron necesarias de una manera no imaginada. En particular, hubo que crear muchos órganos nuevos para adquirir, transportar, elaborar y administrar las enormes cantidades de material que se emplean en la guerra de posición.

La lucha de gases por el procedimiento de soprido exigió la creación de unidades instruidas en esta especialidad, mientras el tiro de gas incumbió a la artillería. Una cuestión muy difícil fué la de transportar y depositar la munición a gas.

También las tropas de *comunicaciones* y *automóviles* aumentaron en una medida considerable.

Así, pues, no sólo crecieron las unidades de tropa movilizadas inicialmente, con lo que aumentó su profundidad durante la marcha y la extensión de su frente al ser empeñadas en combate, sino que se creó una gran cantidad de nuevas unidades.

Una parte de éstas fué incorporada orgánicamente a las divisiones; otra fué puesta a las órdenes de los comandos de cuerpo de ejército y el resto quedó a disposición de los comandos de ejército, que tuvieron así un medio para reforzar las partes más amenazadas del frente o aquéllas en las cuales ellos mismos buscaban una decisión. Por lo general estas últimas unidades había que ponerlas, durante el tiempo de su intervención, a las órdenes de los comandos que ejercían el comando local. De este modo los cuerpos de ejército sobrepasaron en mucho al efectivo que antes se había calculado como apropiado.

Amenazaban a llegar a ser en el combate un conjunto intrincado de unidades, difíciles de dominar, y en la marcha una columna que ya no podía desplegar a la altura de la cabeza en el mismo día.

De este modo, la *división* fué transformándose, en el transcurso de la guerra, en la mayor unidad táctica del Ejército alemán.

En la guerra de posición se estableció cada vez más la práctica de que los comandos de cuerpo de ejército llamados «comandos de grupo» se encargasen durante un largo tiempo de un cierto sector del frente. Bajo sus órdenes directas se encontraban las llamadas for-

maciones estables, especialmente la artillería pesada, aviación y columnas, mientras la posición misma era ocupada por cierta cantidad de divisiones, cantidad que variaba de acuerdo con la situación táctica. Esta organización de las relaciones de mando respondía completamente a las necesidades; las divisiones, como ejecutoras del combate en la primera línea, necesitaban ser relevadas, sobre todo por el desgaste de sus unidades de infantería, en períodos más breves que el comando inmediato superior (comando de grupo), que se encontraba aproximadamente a una jornada de marcha detrás del frente y que si bien también tenía una actividad fatigosa y llena de responsabilidades, no estaba sometido a las influencias enervantes de las impresiones inmediatas del combate. Este comando podía, aun en un frente en que se combatiese encarnizadamente, llenar sus misiones durante meses enteros antes que se agotase. Así fué posible, por una parte, aprovechar sus experiencias y conocimientos locales para el bien de las tropas y, por otra, relevar en cualquier momento una división muy quebrantada por el combate por otra división más fresca.

Estas experiencias de la guerra fueron aplicadas en general a las condiciones de paz, en todos los Ejércitos del presente. La división es la mayor unidad táctica; los comandos de cuerpo de ejército se conservan únicamente como meros órganos de conducción, a los cuales se puede subordinar un cierto número de divisiones, que varía de acuerdo con las circunstancias.

Se ha abandonado también la antigua organización binaria. La división alemana de 1914 estaba compuesta de dos brigadas de infantería, a 2 regimientos, con un total de 12 batallones y 3 escuadrones, una brigada de artillería de campaña a 2 regimientos con 12 baterías, de las cuales 3 eran de obuses livianos de campaña, una compañía de zapadores pioneros con tren de puentes de división y una compañía de sanidad.

Ya Clausewitz clasificó de un modo general a la organización binaria como de poco favorable. Expresa que en un ejército dividido en dos partes, el comandante del mismo quedaba de hecho casi neutralizado. Este juicio se puede aplicar, como es natural, al cuerpo de

ejército compuesto de dos divisiones. El comandante del cuerpo debía fraccionar una división para constituirse una reserva o quedar de hecho eliminada, en mayor o menor grado; su acción directa sobre el desarrollo del combate.

Por esta razón, autores militares de prestigio habían propuesto ya en tiempos anteriores la organización del cuerpo de ejército a base de tres divisiones, debiendo la división contar solamente con 3 regimientos de infantería, tal como efectivamente fué el caso en el Ejército alemán en la segunda mitad de la Guerra Mundial.

Esta modificación tenía como desventaja que la organización binaria se había desarrollado históricamente entre nosotros y que estaba tan íntimamente relacionada con toda la organización de paz del Ejército que no se podía modificarla sin destruir a ésta. Por tal razón, había que contar, mientras subsistiese la Ley Orgánica Militar, con el cuerpo de ejército formado de dos divisiones. Pero habiendo desaparecido todas las bases sobre las cuales se fundaba la organización del Ejército alemán, desaparece también este punto de vista para el porvenir.

Se puede, por consiguiente, pasar actualmente en la división a la organización ternaria, más favorable para el comando en el empleo de las tropas. Queda sobrentendido que de este cambio no debe resultar una diminución de la fuerza combativa.

*Una división organizada de acuerdo con el concepto moderno sería más o menos la siguiente:*

*Comandante de división con estado mayor, con la composición conocida.*

*Comandante de Infantería, con tres regimientos de infantería a tres batallones, una compañía de lanzabombas, una compañía de comunicaciones y una batería de acompañamiento.*

*El batallón a tres compañías de tiradores y una compañía de ametralladoras pesadas (12).*

*Cada compañía de tiradores dispone, además, de 12 ametralladoras livianas.*

*Destacamento de exploración:* compuesto de varios escuadrones, una compañía de ciclistas con abundante dotación de ametralladoras livianas, una sección de automóviles blindados y una sección de comunicaciones de caballería.

*Comandante de Artillería:* Con dos regimientos de artillería a tres grupos de tres baterías cada uno, un grupo de observación y un grupo de defensa aérea, con piezas de diferentes calibres a tracción mecánica. Uno de los regimientos lleva piezas de campaña, de éstas 1/3 son obuses; es a tracción animal. El otro regimiento lleva exclusivamente piezas a tracción automóvil. Uno de sus grupos lleva obuses livianos de campaña y los otros dos se componen de baterías pesadas (obús de 15 cm.; mortero de 21 cm.; cañones de 10,5 y 13 centímetros). Cada grupo de artillería dispone de su columna de munición. En conjunto, la división tiene 48 piezas livianas, 20 pesadas y 16 piezas de defensa antiaérea.

*Batallón de zapadores-pontoneros:* a tres compañías, una columna de zapadores con útiles de fortificación y medios de combate cercano (granadas de mano, minas), un tren de puentes y una sección de reflectores.

*Batallón de comunicaciones de división:* a tres compañías y una columna de material.

*Batallón de sanidad:* con una compañía de sanidad, sección de automóviles sanitarios y dos hospitales de campo.

*Destacamento de automóviles:* éste tiene 15-20 carros de combate (tanques) que llevan consigo sus propios talleres y sus vehículos para el transporte de combustible.

Algunas columnas de automóviles para el uso de la División se agregan a este destacamento, como también un grupo de motocicletas.

*Plana Mayor de Escalón:* con 8 a 10 columnas a tracción animal, 2 panaderías de campaña, sección carnicería, depósito de caballos, hospital de caballos. Las columnas a tracción animal se cargarán de manera que la división pueda disponer, incluyendo la munición existente en las unidades de tropa, de aprovisionamiento para dos días.

Además, las columnas de vehículos a tracción deben poder llevar las subsistencias necesarias para un día.

*Batallón de construcciones:* con una columna de construcciones, destinado a la construcción de caminos, alojamientos y posiciones.

Esta división tendría un efectivo aproximado de 20.000 hombres y 8.000 caballos. La profundidad de marcha de sus tropas combatientes sin el destacamento de exploración, unidades de automóviles y aviación, pero incluyendo el bagaje de combate, y con las distancias normales de seguridad, se podría calcular en unos 20 kilómetros; a esto se agregarían las columnas de aprovisionamiento, de modo que el conjunto correspondería aproximadamente a la profundidad de marcha de un cuerpo de ejército de antes de la guerra. Lo que la división tiene de menos en combatientes se iguala en la profundidad de marcha por el aumento de material.

También la división tiene su origen histórico.

El duque Fernando de Brunswick la creó en la Guerra de Siete Años en su pequeño Ejército compuesto de ingleses, brunswickenses, hessenianos y hanoverianos. Le pareció conveniente mantener separados esos distintos contingentes compuestos de las tres armas, de modo que ellos conservasen también a los propios jefes a su cabeza. Por esta medida resultó una confianza de las unidades de tropas, entre sí, así como el entendimiento entre los jefes en cada división y una mayor movilidad e independencia.

Los franceses lucharon contra el duque y la misma organización se adoptó en los Ejércitos de la República, que al principio también demasiado reducido para formar cuerpos de ejército se componía de divisiones. Estas estaban formadas generalmente de 9 batallones de infantería, 6 a 8 escuadrones y 6 baterías; tenían su comandante independiente, su propio estado mayor, ayudantía, intendencia, ingenieros; en fin, eran en sí pequeños ejércitos. Debían tener un efectivo de 12.000 hombres; pero raras veces pasaban de 5.000 a 8.000.

En los años 1805 y 1806, por cierto no en el momento más ventajoso, el Ejército prusiano adoptó una división parecida. Así han lle-

gado las divisiones a los tiempos modernos, aunque durante las guerras de la independencia hubo una interrupción, pues durante ellas los cuerpos de ejército prusianos se componían de brigadas.

### La División de Caballería

Aun cuando la mayor eficacia de las armas de fuego modernas y el aumento de las cubiertas del suelo en la Europa Central no favorecen la actuación de grandes masas de jinetes, en todos los ejércitos que tomaron parte en la Guerra Mundial se vieron aparecer divisiones de caballería. En Alemania hasta se formaron cuatro cuerpos de caballería.

Pero estas grandes unidades de caballería no pudieron desempeñar el papel que sus sostenedores habían esperado. No se produjeron los choques de las grandes masas de jinetes delante del frente de los Ejércitos, de cuyo éxito parecía depender en alto grado el curso ulterior de las operaciones por levantarse para el vencedor el velo que cubría los movimientos del vencido, haciéndose, en cambio, más denso para éste.

La razón fué que los franceses, que desde un principio poseían una pronunciada superioridad aérea, no tuvieran necesidad de obtener de una manera violenta vistas sobre la situación del enemigo. Ellos estaban, aunque sus divisiones de caballería evitaban un choque con la caballería alemana, probablemente mejor informados sobre los movimientos de los ejércitos alemanes, en su avance por Bélgica y por el norte de Francia, que lo que ocurría a sus adversarios. Todas las buenas informaciones recibidas en los comandos de los ejércitos alemanes a fines de agosto y principios de septiembre sobre la retirada de fuertes fuerzas francesas del frente de Lorena hacia el oeste y la consiguiente amenaza de envolvimiento del ala derecha alemana procedían exclusivamente de los pocos aviadores de que disponía Alemania en esa época.

Para la forma de combatir particular de la caballería, la carga, las grandes masas de jinetes no hallaron oportunidad. En cambio, sus largas columnas de marcha se encontraron muy a menudo en si-

tuaciones difíciles, cuando en caminos empedrados, en un país densamente poblado, el franco-tirador belga tiraba sobre ellos desde los edificios o desde detrás de matorrales.

A pesar de todo, la caballería alemana pudo realizar acciones extraordinarias, precisamente en los días más críticos. Durante la batalla del Marne supo velar por bastante tiempo a los ingleses el claro que se había formado entre el I y II Ejército alemanes, como también detener eficazmente el avance del adversario.

En la llamada «carrera del mar», cuando los aliados hacían esfuerzos desesperados para envolver el ala derecha alemana durante su retirada del Marne, siempre conseguía oponerse a tiempo y mantener sus posiciones con la mayor bravura, hasta que llegasen otras tropas de atrás. Si el enemigo no consiguió realizar su intención fué debido, en primer término, a la caballería alemana.

Pero estos laureles no los había conquistado por el combate a caballo sino en el combate a pie. Esto constituye un indicio infalible para la dirección en que se debe orientar en nuestros tiempos la instrucción y la organización de la caballería. La época de las grandes y brillantes cargas de caballería, que tantas veces decidieron las batallas de Federico, han pasado definitivamente para siempre. Hasta una infantería muy quebrantada, siempre que logre todavía hacer entrar en acción algunas ametralladoras, no tiene motivos para temer una carga de caballería.

Los cuerpos de caballería y la mayor parte de las divisiones de esta arma fueron, por esta razón, disueltos poco después; los caballos se entregaron a las columnas de aprovisionamiento, los hombres fueron instruidos y empleados como infantes, mientras que una parte de los oficiales más jóvenes ya antes había sido transferida al arma hermana que había sufrido tan enormes bajas.

Los regimientos de caballería que subsistieron fueron empleados en el Oeste por lo general como tropas de policía, detrás del frente. En el Este, en cambio, había más campo de acción para la caballería, por los más amplios espacios y por la ocupación menos densa. En la campaña rumana todavía tuvo una breve resurrección.

En conjunto, las experiencias de la guerra mundial han dado su

fallo sobre el caballo como compañero de armas del hombre. El efecto moderno del fuego aleja todos los grandes blancos del campo de batalla o, por lo menos, exige que estén blindados como los tanques. Especialmente los aviadores son peligrosos para las masas de caballos, sean escuadrones de caballería o columnas a tracción animal. Unas cuantas bombas livianas son suficientes para hacer grandes destrozos entre los animales que no pueden buscar cubierta echando cuerpo a tierra como el hombre. A pesar de todo, los Ejércitos de todas las grandes potencias han conservado después de la guerra las divisiones de caballería, organizándolas de acuerdo con las ideas modernas.

Una división de caballería de esta clase se compondrá en general de:

*Comandante de división, con estado mayor.*

*3 brigadas de caballería de a 2 regimientos de caballería, de 4 escuadrones cada uno, 1 escuadrón de ametralladoras, una sección de artillería a caballo de 2 piezas y 1 sección de comunicaciones.*

*Grupo de automóviles blindados, de 4 a 6 automóviles blindados y carro para el transporte del combustible y otro taller, también sobre automóviles.*

*Varios escuadrones de ametralladoras, a 12 ametralladoras.*

*1 batallón de ciclistas, con abundante dotación de ametralladoras y lanzabombas sobre automóviles.*

*1 batallón de infantería en automóviles.*

*1 regimiento de artillería de dos grupos, de tres baterías cada uno, entre ellas obuses livianos de campaña y una batería para tiro rasante lejano.*

*1 escuadrón de zapadores.*

*1 escuadrilla de observación.*

*1 escuadrón de sanidad.*

*Columnas a tracción animal y a tracción mecánica, panadería de campaña, depósitos de caballos y hospital de caballos.*

El efectivo de una división de caballería de esta composición sería de 12.000 a 15.000 hombres y de 10.000 a 12.000 caballos; su

profundidad de marcha, sin bagaje de alimentación y de equipajes, de 22 kilómetros aproximadamente. Tendría a su disposición todos los medios necesarios para una eficaz exploración lejana. Sería capaz, en casos excepcionales, de rechazar la caballería enemiga por medio de la carga. Con el fuego de sus piezas y el ataque de la infantería a sus órdenes, estaría en condiciones de abrir el camino a sus órganos montados de exploración, en caso de que la resistencia enemiga les cerrase, mientras sus aviadores, sin cuidarse de las medidas del enemigo terrestre, explorarían bien lejos detrás del frente de éste. Para la transmisión de lo determinado por la división al comando del propio ejército dispondría del numeroso material del escuadrón de comunicaciones. La abundante dotación con piezas de artillería antiaérea la pondría en condiciones de contrarrestar eficazmente a los ataques aéreos del enemigo.

Tal división de caballería sería, además, por su potencia de fuego considerable una unidad de batalla nada despreciable.

El comando la emplearía con preferencia en las partes en que no conviene empeñar toda la fuerza combativa de una división de infantería, pero fuera necesario intervenir pronto, con fuerzas importantes. El ataque contra el flanco y las espaldas del enemigo después de un movimiento de rodeo más o menos amplio, la ocupación y mantenimiento de un punto que el enemigo también trata de alcanzar y que con infantería no se puede ocupar antes que él, la prolongación del ala del Ejército para evitar un envolvimiento enemigo, como también las operaciones contra las comunicaciones de retaguardia del enemigo, todas esas serían misiones típicas para la actividad de una división de caballería moderna.

**Tropas de Cuerpo de Ejército y de Ejército**

En la anterior organización de un cuerpo de ejército, su comandante tenía en el grupo de obuses pesados de campaña un medio eficaz para hacer sentir su voluntad en el desarrollo del combate.

Asimismo se creía antes, en general, que el ejército necesitaba también una reserva de artillería; pero su empleo se limitó, por ejem-

plo, durante toda la campaña de 1870 a 1871, a pocos días y el trabajo de arrastrar constantemente una impedimenta tan grande y pesada detrás del ejército no se halló compensado. Por otra parte, el comandante de ejército podía formar durante la batalla una gran masa de artillería según su voluntad, con la artillería de cuerpo de varios cuerpos de ejército. Si éstos se hallaban como reservas detrás de la línea de batalla para asestar el último golpe, tal empleo de la artillería de cuerpo era entonces el único medio para aprovechar la abundante cantidad de piezas todavía disponibles. También en el porvenir todo jefe tendrá el deseo de hacer sentir su voluntad no solamente por la orden, sino por el refuerzo del frente de combate en tal o cual parte con unidades que le están subordinadas directamente.

Tanto el comandante de cuerpo de ejército que tiene un cierto número de divisiones a sus órdenes como el comandante de un ejército deben, por esta razón, disponer de tropas y unidades que no forman parte orgánicamente de las divisiones. Se emplean en el combate de acuerdo con las necesidades, es decir, en donde uno mismo lleva el centro de gravedad o desea evitar un peligro.

Además de divisiones enteras o partes de éstas, tales unidades serían formaciones de tanques y de aviación, de artillería, de zapadores-pontoneros, de comunicaciones y de ametralladoras. Durante su intervención estas tropas serán subordinadas a las divisiones, que son las encargadas de la conducción táctica; pero una vez terminado el combate son retiradas nuevamente.

Otro medio, tal vez el más eficaz, de influir en el desarrollo del combate, es la distribución de la munición. La particularidad de las armas de fuego modernas favorece extraordinariamente un derroche de ella. A una tropa que sabe que dispone de una dotación abundante de munición, no se le ocurrirá que debe economizarla y, no obstante, es preciso evitar todo disparo superfluo, a fin de que no se produzca escasez en la parte decisiva debido al rápido consumo originado por la violencia del combate; adquiere, así, una gran importancia, un bien meditado empleo de las reservas de munición por parte de los comandos superiores. Una de las más importantes bases del éxito es la repartición adecuada entre los ejércitos de los trenes

de munición alistados en las zonas de operaciones y del interior en los nudos de ferrocarriles y que los ejércitos, a su vez, envíen su contenido, de acuerdo con la situación, a los cuerpos de ejército. Lo mismo rige para las disposiciones referentes a la fabricación de municiones en el interior. Estas disposiciones deben tomarse a tiempo y en base a cálculos acertados. Con el aprovisionamiento de munición está relacionada también la adecuada distribución de las columnas a tracción animal y automóvil que no forman parte de las divisiones. No sólo es necesario que se empleen las reservas en tropas y en aprovisionamientos de munición y subsistencias de acuerdo con un plan unitario sino también que en el punto apropiado existan los medios para que sean llevadas con rapidez y seguridad desde las estaciones de descarga a las líneas combatientes.

Por último, hay que pensar en las misiones que se hallan fuera del marco de los cuerpos de ejército y divisiones empeñadas. Entre ellas pueden citarse, por ejemplo, la perturbación del transporte de los refuerzos enemigos, la paralización de los comandos superiores enemigos, la destrucción de los establecimientos de la industria de guerra del adversario y de sus depósitos de municiones y otros materiales de guerra.

Todas estas misiones son apropiadas para la artillería pesada y muy pesada, especialmente de tiro rasante, y para las escuadrillas de bombardeo.

El Comando en Jefe o los comandos de ejército impartirán, por lo tanto, directamente las órdenes a esas unidades. También ellas deben cooperar en el gran objetivo común, de concentrar todas las fuerzas a fin de obtener el más poderoso efecto en la parte donde se busca la decisión.

#### Las unidades menores de tropa

Es de interés hallar la medida natural para las unidades menores de tropa.

Para la de infantería se consideraba antes que ella tuviera un efectivo tal que un hombre pudiera en todos los casos dirigirla toda-

vía a viva voz. De ahí resultó el batallón de 1.000 hombres como la unidad base. La compañía era considerada como unidad independiente únicamente a los fines de instrucción y de administración, pero no de combate. Esto ha cambiado desde hace mucho tiempo.

El orden disperso hizo más extensa la línea de combate, aumentó el espacio entre las diferentes fracciones e hizo imposible la conducción del batallón por voces de mando. Esto quedaba descartado hasta en la compañía tan pronto abandonara el orden cerrado. Por otra parte, el armamento moderno, especialmente la ametralladora, dió aún a las menores fracciones tal fuerza propia que adquirieron de este modo un cierto derecho a independencia.

Anteriormente se podía considerar como una cuestión decisiva cuál era la unidad de tropa que todavía podía dejarse ver en el campo de batalla en orden cerrado, sin ser dispersada en seguida por el fuego enemigo. Hasta los primeros combates de la guerra mundial, parecía que ella fuera la compañía. Se suponía que podría moverse sobre el campo de batalla en columna de compañía con intervalos aumentados a la distancia grandes de combate. Pero esto no fué posible. Ni una sola tropa en orden cerrado se podía dejar ver en la zona del alcance del fuego de la artillería y de las ametralladoras del enemigo. Cuando debía contarse con el efecto del fuego adversario, había que adoptar el orden abierto. La altura en la que se podía establecer el conductor de ejército, ubicada a unos pocos kilómetros detrás del frente, desde la cual podía dominar los combates que se desarrollaban a sus pies sin correr peligro, ya pertenece al pasado.

Del mismo modo que la profundidad del campo de combate, ha aumentado también la extensión del frente, como consecuencia del efecto de las armas de fuego modernas. Si hasta la guerra un frente de 100 a 120-metros se consideraba como correspondiente a una compañía, la dotación de ametralladoras livianas le permitió adoptar un frente considerablemente mayor. En la defensa, compañías aisladas mantuvieron con éxito a menudo sectores de 800 a 1.000 metros; con tales extensiones, la dirección del combate por el fuego se

halla completamente a cargo de los jefes de sección o de grupo. Muchas veces también el combatiente quedaba librado a sí mismo.

Se puede dudar si, en tales condiciones, se puede considerar todavía al batallón como la menor unidad táctica de infantería y si no es más bien la compañía de tres secciones la que debe ocupar ese lugar. Esto tendría la desventaja de que la cantidad de unidades a las órdenes directas de un jefe de regimiento resultaría demasiado grande. Aun en el regimiento de infantería del actual Ejército alemán ya serían 9 compañías de tiradores, 3 de ametralladoras, 1 de lanzabombas, y en un regimiento organizado realmente de acuerdo con las condiciones modernas serían aún muchas más las unidades a las que se debe impartir órdenes.

La consecuencia de esto sería que, especialmente en el combate, o se olvidaría de dar órdenes a la mitad de las unidades o, si se las imparte con todo cuidado, se pasaría el momento oportuno para la acción. Ya por estas razones prácticas es preciso considerar como escalon intermedio al batallón, buscando la uniformidad de combate dentro de su marco.

La dificultad proviene precisamente del aumento de la fuerza combativa de las menores fracciones (grupo, sección, compañía), lo que en sí constituye una ventaja aun cuando resulte más difícil su acción armónica.

Hay que instruir, por lo tanto, también hoy a las compañías en el sentido de que no pierdan de vista la armonía con el marco del batallón, a pesar de todas las vicisitudes del combate, preocupándose siempre en mantenerse dentro de la acción de la unidad mayor. Así todo comandante de compañía debe preocuparse en el combate del batallón no solamente del enemigo sino también de la armonía de la acción de su compañía con las demás, tratando de conservarla tal como fué ordenada desde el principio.

En la caballería, el escuadrón de unos 150 jinetes es la unidad menor; ese efectivo está fundado en la experiencia, pues la cantidad de 150 caballos y otro tanto de hombres puede todavía dominarse en todos sus detalles por un solo jefe.

En la artillería se había llegado a la batería de 6 piezas, habiendo oscilado en tiempos anteriores entre 6 y 8 piezas.

En tiempos aun más remotos, como ser durante la Guerra de Siete Años, las baterías eran formadas con efectivos muy variados, de acuerdo con las necesidades particulares de cada caso.

La adopción del cañón de tiro rápido permitió reducir a cuatro el número de piezas de una batería. Esto no disminuyó prácticamente la potencia de fuego de la batería, puesto que el aumento de la rapidez del fuego compensaba en los momentos urgentes del combate al número superior de piezas, siempre que se dispusiese de la munición necesaria. Por otra parte, la batería de cuatro piezas tiene considerables ventajas sobre otra más fuerte.

La columna de marcha es más corta, el número de caballos y de hombres es menor y su alimentación más fácil, lo que es de especial importancia en cuanto a los caballos. Sobre todo es menos difícil la dirección del fuego y la batería ofrece un blanco más reducido y más difícil de encontrar. Cuatro piezas con sus carros de munición se ocultan en el terreno y se cubren contra las vistas aéreas con más facilidad que seis.

Pero como, según las experiencias recogidas, la baja de piezas que causa el fuego enemigo es bastante considerable, es necesario tener la quinta y sexta pieza listas inmediatamente detrás del frente como reserva de material. En la guerra de 1870/71 las dos artillerías contrarias no se hacían mucho daño. Los alcances de tiro no bastaban para que alcanzasen con sus proyectiles las líneas de piezas colocadas a algunos cientos de metros detrás de la línea de combate de la infantería. Que una pieza se pusiera fuera de combate por una granada enemiga, era así algo extraordinario. Pero el que ha visto una vez en la guerra mundial las grandes cantidades de piezas destruidas, llevadas a los talleres de reparación, adelantados inmediatamente detrás del frente, sabrá cómo han cambiado las circunstancias a este respecto. La posibilidad de reponer rápidamente piezas destruidas y la seguridad de un amplio reemplazo de munición son más importantes que el aumento de piezas en las baterías.

En la artillería pesada, las baterías tienen por lo general un nú-

mero algo menor de piezas que en la artillería de campaña. Así, mientras esta última poseía 6 piezas por batería, la batería de obuses pesados de campaña tenía 4 y una batería de morteros de 21 cm., solamente 2 piezas. También para éstas el necesario aprovisionamiento de munición requería tantos vehículos que un aumento de las piezas no hubiera sido conveniente. Las piezas muy grandes, por ejemplo los cañones de marina de un calibre de 38 cm., puestos sobre rieles, como los hemos visto en la guerra mundial, se empleaban aisladamente. Cada pieza constituye un tren de ferrocarril que contiene la munición y sirve de alojamiento al servicio. Conviene adscribir una sección de cañones antiaéreos para cada una de esas piezas muy pesadas.

#### Formaciones especiales

Junto a estas unidades de tropa, bien conocidas, surgieron en la guerra mundial muchas nuevas, de cuyas más importantes nos ocuparemos ahora.

Hay que mencionar en primer lugar las de *aviación*.

En el ejército alemán de 1914 existían únicamente en pequeño número. Se consideraban meramente como órganos auxiliares de la exploración lejana y su valor militar no se estimaba muy alto. En el transcurso de cuatro años de guerra, sin embargo, la aviación alemana se elevó al más alto rendimiento. No solamente recuperó la delantera que Francia poseía en este terreno, sobre pasándola, sino que supo también mantener su superioridad hasta que con la declaración de guerra de Norte América la superioridad numérica aérea de los enemigos se hizo aplastadora.

Ahora se exige del aviador no solamente que actúe eficazmente en la exploración y en el servicio de comunicación y enlace, sino se espera de él también su intervención directa en la batalla, la observación del fuego de la artillería y el cumplimiento de misiones de destrucción en el interior del país enemigo.

No existe avión alguno que se preste de igual modo para todas

estas tareas. Así, el aviador de caza necesita un aparato liviano, pequeño, muy veloz y de rápido manejo, mientras que para el aviador de bombardeo únicamente una máquina de gran autonomía y de mucha capacidad de carga le es de utilidad. El avión de observación no se podría emplear con todo provecho si no contara con una instalación de radiotelegrafía. El aeroplano de una escuadrilla de batalla, por su parte, debe permitir el lanzamiento de bombas y la ejecución de un intenso fuego de ametralladora desde poca altura; debe, por consiguiente, estar blindado en sus partes más importantes.

El empleo de los aviones de acuerdo con sus características particulares es una condición previa de éxito.

En una guerra entre dos grandes potencias ambas tratarán de obtener, desde un principio, el dominio del aire. Esto se realiza por el empleo en masa de aviadores de caza, los que en el ejército alemán fueron organizados, durante la guerra mundial, en escuadrillas de caza. Ellas efectuaban ofensivamente la lucha, buscando al enemigo delante de las propias tropas.

Cuanto más esas escuadrillas de caza conseguían limpiar el aire de aviones enemigos, con tanta mayor seguridad podía el aviador de observación cumplir su misión. Mientras el aviador de caza busca las grandes alturas, puesto que es una ventaja en el combate aéreo hallarse encima del enemigo, el aviador de observación tiene que acercarse más a la tierra para poder ver mejor y para tomar fotografías. Por lo general, los aviadores de observación vuelan en cadenas de 2 o 3 aparatos, pues aislados están en inferioridad con respecto a un aviador de caza. Ellos no se pueden defender de los aviones de observación enemigos con sus ametralladoras. A esta clase pertenecen también el aviador de artillería y el aviador de infantería. El primero es de importancia extraordinaria para la dirección del fuego de artillería, puesto que puede controlar su situación y la repartición del fuego, como también comunicar la aparición de nuevos blancos. El segundo debe informar ante todo al comando sobre la situación del combate en la primera línea, con la cual a menudo no se puede mantener otra comunicación. Puede también ayudar a la infantería eficazmente por fuego de ametralla-

doras y lanzamiento de bombas. Su aparición es siempre de un gran efecto moral sobre las tropas enemigas y propias.

Las escuadrillas de batalla están destinadas a atacar con sus ametralladoras y bombas livianas a las tropas enemigas en marcha o en descanso, a los aeródromos y vivaques enemigos; pero, sobre todo, están destinados a intervenir en la batalla misma. Allí deben combatir con potente efecto concentrado a las reservas, a los nidos de baterías, puntos de apoyo y otros blancos favorables, como también obstaculizar en lo posible el reaprovisionamiento del enemigo.

A la propia infantería asaltante pueden ellos aportar auxilio decisivo, cuando se emplean con unidad de concepción en las partes donde se encuentra el centro de gravedad del ataque, y en la defensa pueden paralizar el asalto enemigo, siempre que consigan aniquilar la infantería del enemigo en sus posiciones de apresto.

Las escuadrillas de bombardeo son el complemento de las escuadrillas de batalla. Están organizadas especialmente para la destrucción de blancos resistentes.

De acuerdo con esto, dirigirán sus empresas contra las estaciones de desembarque, los alojamientos, los depósitos de munición y otras instalaciones permanentes, como ser ferrocarriles, fábricas de importancia para la guerra, etc. Durante la batalla, la misión principal de las escuadrillas de bombardeo es la perturbación de los desplazamientos de fuerzas enemigas por ferrocarril o en camiones. También deben atacar los cuarteles generales y aeródromos adversarios. En la guerra de posición, los ataques metódicos con bombas pueden facilitar considerablemente el propio ataque de infantería mediante la destrucción de las principales instalaciones de defensa del enemigo. También pueden retardar los preparativos de ataque enemigo si, mediante el lanzamiento de bombas, se destruyen siempre de nuevo los trabajos realizados. Los grandes y pesados aviones de bombardeo que tienen que llevar una carga bastante considerable a largas distancias, son, como es natural, de poca velocidad, poco móviles y no tienen mucho poder ascensional. Se pueden emplear, por lo tanto, únicamente de noche. Las escuadrillas de bombardeo para el servicio diurno se componen de aparatos más livianos y muy velo-

ces. También éstos, si vuelan aislados, pueden ser fácilmente la presa de un aviador de caza. Por consiguiente, la escuadrilla tiene que mantenerse unida, para oponer al ataque el mayor número posible de ametralladoras.

En cuanto a la asignación de unidades de aviación a las tropas, es evidente que cada división, como unidad de combate de un ejército moderno, debe disponer de una escuadrilla fuerte que se encargue de la exploración lejana, cercana y de combate como también del servicio de comunicaciones y enlace, respondiendo, además, a las necesidades de la artillería. Esta escuadrilla debe contar con unos 24 aparatos, divididos en un escalón de observación y otro de artillería, de doce aviones cada uno. Además, debe llevar consigo sobre camiones el combustible, los talleres y el material para la instalación y alumbrado del aeródromo, como también para la revelación de fotografías y para la confección de cartas de aviación. Esto significa una unidad formada por 60 a 70 oficiales, 500 a 600 hombres y aproximadamente 73 automóviles.

Las fuerzas aéreas de combate, es decir, las escuadrillas de caza, de batalla y de bombardeo, se subordinarán preferentemente a los comandos superiores, puesto que únicamente ellos dominan la situación general en la medida necesaria para asegurar su empleo metódico. Es necesario procurar obtener un efecto potente y concentrando de esas unidades, de tanta importancia para lograr la decisión en las batallas.

Antes de la guerra, se esperaba en Alemania mucho de los dirigibles; pero pronto se vió que no son utilizables en la guerra terrestre, puesto que ofrecen un blanco demasiado favorable tanto a la artillería como al aviador. Si los dirigibles podrán o no desempeñar un papel en el porvenir en la guerra marítima, dependerá, en primer término, del desarrollo de la aviación marítima. Si el dirigible también sobre el mar está expuesto en todo momento a los ataques de los aviadores enemigos y al fuego de las numerosas piezas de artillería antiaérea, de que están ampliamente dotadas las marinas modernas habría que poner término igualmente en este terreno a su empleo que ya ahora está limitado a la noche.

Distintas son las condiciones que se presentan para el globo cautivo. Prestó excelentes servicios en la última guerra como medio de exploración táctica, para la observación del tiro y para el enlace y será, en estos aspectos, indispensable también en el porvenir. Su enemigo más poderoso es el aviador, que lo combate con proyectiles incendiarios. La medida en que la conducción y sobre todo la artillería pueden sacar provecho de los globos cautivos existentes, dependerá, en primer término, de la situación general de la lucha aérea. Si los aviones adversarios dominan el aire encima del campo de batalla, los globos cautivos no podrán elevarse. Toda división organizada en forma moderna debe disponer también de una compañía de globos cautivos. Ella forma parte del grupo de observación. Alemania tuvo que renunciar también al empleo de ellas a raíz del Tratado de Versalles.

El desarrollo de la aviación originó naturalmente el de los medios de rechazo. Para este fin un ejército moderno dispone ahora de unidades de defensa aérea. Ellas emplean piezas de una clase especial, apropiada para batir los blancos aéreos, o ametralladoras. Disponen, además, de personal y material para la instalación del servicio de información aérea, cuya misión es reconocer a tiempo los aviones enemigos que se acercan y prevenir a las tropas amenazadas.

Una dificultad especial en el tiro contra aviones consiste en que éstos no se pueden batir con la misma pieza a diferentes distancias y alturas. Se han desarrollado, por consiguiente, diferentes clases de cañones antiaéreos. La más pesada de estas piezas es capaz de bajar a un aviador enemigo a una altura de 6.000 metros y a una distancia de unos 7.000 metros. Pero le falta la facilidad de manejo para poder batir también a un avión que vuela a una altura baja y que ya se ha aproximado. Para esto se presta el cañón-revólver, que hace fuego con munición trasante; pero alcanza solamente hasta una altura de 1.500 metros. Para las distancias medianas será necesario contar con una tercera pieza.

Un grupo de cañones antiaéreos, con el cual debe estar dotada toda división, estaría constituido, por lo tanto, para responder a las exigencias modernas, de tres baterías, cada una de las cuales emplea-

ría una de las tres clases mencionadas. Además, pertenecerán al grupo, como ya lo mencionamos, los órganos del servicio de información aérea y los reflectores. Estos últimos son necesarios para la defensa aérea nocturna.

También las ametralladoras provistas de aparatos de puntería especiales y de munición trasante, se prestan para batir los aviones hasta una altura de alrededor de 1.500 metros. Pueden ser reunidas en grupos de defensa aérea. Por lo demás, en toda unidad de ametralladoras se hallan algunas de ellas equipadas para el tiro contra aeroplano; su servicio es instruido especialmente en el manejo de ellas.

Una parte de las unidades de defensa aérea (artillería y ametralladora) acompañan a las tropas, siendo de mucha utilidad en la guerra de movimiento las piezas automóviles; otra parte se instala en forma fija para la protección de instalaciones inmóviles, como ser estaciones de ferrocarril, cuarteles generales, depósitos de munición, etc. Tales medidas de defensa han demostrado ser necesarias hasta bien en el interior del territorio propio, donde había que contar con ataques aéreos del enemigo.

Otro medio de combate que apareció en la Guerra Mundial fueron los tanques. Se emplearon por primera vez en los Ejércitos Aliados, después de algunos fracasos su utilización les reportó grandes ventajas. Los tanques eran construidos como vehículos con tracción a oruga, armados con piezas livianas o ametralladoras y provistos de blindaje. Se prestaban para el movimiento fuera de los caminos y lograban vencer en forma asombrosa los obstáculos. Se emplearon y ofensivamente en primera línea. Por esta razón, su aparición indicaba infaliblemente la inminencia de un ataque enemigo. Empleados en grandes cantidades, dispuestos en profundidad y obrando por sorpresa, los tanques obtuvieron grandes éxitos, como en Cambrai, el 20 de noviembre de 1917. También Alemania empleó tanques, aunque, por cierto, sólo en el último año de la guerra mundial y en una cantidad demasiado pequeña.

En una guerra futura desempeñarán, sin duda, un gran papel. Se distinguen, de acuerdo con las experiencias actuales, dos clases

de tanques: una pesada y otra liviana. Ninguna de las dos se presta para ser intercalada en la columna de marcha de una unidad de tropa. Pero es posible transportar el tanque liviano en automóviles expresamente arreglados, mientras el pesado puede cargarse únicamente en vagones especiales de ferrocarril. Este último se puede emplear, por ese motivo, únicamente en la guerra de posición; el primero, en cambio, también en la guerra de movimiento.

En cuanto al empleo táctico, hay que tener presente que no tiene objeto emplear los tanques aisladamente, pues atraerán el fuego de todas las armas de la defensa del adversario, perjudicando así más a las tropas que acompañan que lo que las ayudan. En cambio, la aparición simultánea de numerosos tanques, si es posible desde un terreno cubierto por niebla artificial, significa siempre una grave amenaza para el enemigo. Por consiguiente, en todos los ejércitos dotados de tanques se ha previsto su reunión en fuertes unidades.

Una compañía de tanques livianos se compone generalmente de tres secciones de tanques, de cinco tanques cada una, de un tanque para el comando de compañía, un tanque radiotelegráfico y algunos más para el transporte de los aprovisionamientos. Un batallón está formado de tres compañías; un regimiento, de varios batallones. Aproximadamente dos tercios de los tanques están armados con piezas livianas, los demás con ametralladoras y lanzallamas. Toda unidad de tanque destinada para la guerra de movimiento debe contar, además, con los elementos necesarios para el salvataje y reparación de los tanques dañados, como también los medios de transporte para marchas largas en caminos firmes y debe llevar en vehículos apropiados la cantidad necesaria de combustible.

Existen también otros vehículos de combate especiales, que sirven únicamente para el acarreo de munición y para el servicio de comunicaciones. Estos llevan palomas mensajeras, radiotelegrafía y radio-telefonía. Con este último medio se habrá encontrado la forma de dirigir con unidad de concepción las grandes unidades de tanques, desde el tanque del comandante de ellas.

La unidad de combate de los tanques pesados—éstos tienen un peso superior a treinta toneladas, están armados de ametralladoras

pesadas y piezas livianas y necesitan un servicio de un oficial y siete hombres—es la batería. Ella comprende dos secciones a dos tanques cada una. El grupo tiene tres baterías y un escalón y el regimiento tres grupos y una unidad para el reaprovisionamiento.

Las desventajas del tanque consisten principalmente en el reducido campo de vista que ofrece la ranura para la visión y en la poca precisión del fuego, que sufre por las sacudidas del movimiento. Por esta razón, el tanque es un arma destinada manifiestamente al combate cercano. De ahí resulta que es preciso ponerlo fuera de combate antes de que se haya aproximado a poca distancia.

Esto se logra de la mejor manera por el tiro directo de algunas piezas de campaña adelantadas, en lo posible a cubierto, o por medio de lanzabombas de infantería, en curvas de trayectoria rasante con bombas blindadas. El fusil antitanque, cuyo proyectil perfora los blindajes, es también apropiado para combatir efectivamente a los tanques, a los cuales por cierto tiene que renunciar el Ejército Alemán por las limitaciones que le fueron impuestas. Por lo demás, la infantería debe evitar presentar, por aglomeración, blancos favorables a los tanques. Su atención se dirigirá, no a los tanques mismos, sino a la infantería enemiga, que sigue detrás de ellos. Si a pesar de todo se ve obligada a dirigirse contra los tanques, entonces el mejor éxito promete un fuego tranquilo, bien dirigido contra las hendiduras, y un lanzamiento de cargas aglomeradas—varias granadas de mano arrojadas conjuntamente—delante de las einturas o encima de los techos de los tanques.

En la guerra de posición, para el rechazo de ataques de tanques, se emplean también barreras artificiales, consistentes en campos minados y en barricadas, como también trampas de tanques, es decir, zanjas profundas, levemente cubiertas y de orillas escarpadas, dentro de las cuales caen los tanques. Un estudio minucioso de la carta y del terreno indicará los puntos donde conviene instalar esas trampas. Pero de más importancia es que los medios existentes para la defensa contra los tanques se coloquen repartidos en profundidad y en un dispositivo de tablero de ajedrez y que se mantengan en condiciones de combatir hasta el momento de su empleo. En caso de

ataque enemigo con grandes cantidades de tanques será necesario que partes importantes de la artillería cambien pasajeramente de blanco, dirigiendo su fuego contra los tanques.

Además de los tanques nombrados, existen los automóviles blindados (de caminos), armados de ametralladoras o piezas livianas, que tienen en caminos firmes una gran velocidad y poseen un servicio de tres a seis hombres. Están construidos de manera que puedan marchar hacia atrás, con lo que se evita tener que dar vuelta; serán de mucha utilidad en la exploración, en unión con la caballería de ejército, o en los destacamentos de exploración de las divisiones, así como en las vanguardias y retaguardias. También se prestan especialmente para mantener la comunicación entre partes que marchan separadas.

También se han empleado en la guerra trenes blindados. Serán de utilidad también en el porvenir, sobre todo cuando se trata de mantener el dominio sobre grandes extensiones terrestres con fuerzas relativamente reducidas y la conducción de la guerra está sujeta en primer término a los ferrocarriles.

En vista de la gran importancia que tiene en la guerra contar con comunicaciones perfectamente organizadas para la transmisión de noticias y de la multiplicidad de los medios disponibles a ese fin, todas las grandes potencias se han ocupado desde hace tiempo en formar unidades especiales para el servicio de comunicaciones. Si nos preguntamos qué fuerza deben tener las tropas de comunicaciones de una división, tomariamos por base la cantidad de comunicaciones que tendrán que establecer en circunstancias ordinarias en la guerra. No tomaremos por base la división del Ejército alemán con su composición impuesta y, por lo tanto, incompleta, sino que partiremos de la organización de la división de un ejército moderno. Considerando que sería obligación del batallón de comunicaciones de la división establecer las comunicaciones tanto con las planas mayores subordinadas a la división, con los regimientos y con las unidades que no se hallan regimentadas, como también con la división vecina derecha, resultará de esto un número tan grande de comunicaciones que se requerirán tres compañías de comunicaciones.

Una compañía de comunicaciones tendría que estar compuesta; y equipada de manera que fuera capaz de efectuar todas las tareas que se le presentasen en campaña, en lo que respecta a comunicaciones. De acuerdo con esto, una sección estaría destinada especialmente para la construcción de nuevas líneas, la segunda para el aprovechamiento con fines militares de las líneas de telégrafo y teléfono existentes en todo país civilizado, y la tercera para el servicio de radio-telegrafía.

A las tres compañías del batallón se agregarían todavía una columna de material y un palomar móvil. El batallón tendría un efectivo aproximado de 800 hombres entre oficiales y tropa, 550 caballos, 100 a 120 vehículos y 30 a 40 automóviles; su profundidad de marcha, sin bagaje de alimentación y de equipajes, sería alrededor de 1.000 metros.

La compañía de comunicaciones de un regimiento de infantería es, naturalmente, bastante más reducida; aun así, cuenta en hombres aproximadamente el doble de una compañía de tiradores, y tiene también muchos más caballos y vehículos. Está dividida en un cierto número de grupos de radiotelegrafistas y de radiotelefonía, que se reparten entre los batallones de acuerdo con las necesidades, y lleva unos 300 kilómetros de cable de campaña, aparatos telefónicos, conmutadores, aparatos portátiles de radiotelegrafía y destelladores, como también una cierta cantidad de perros estafetas. Como el efectivo de tal compañía es aproximadamente de 300, entre oficiales y soldados, y cuenta con 35 a 40 vehículos, cada uno a dos caballos resulta, sin bagaje de alimentación y de equipajes (formados por algunos carros de víveres, de forraje y de equipaje), una profundidad de marcha de unos 350 metros.

Las secciones de comunicación de la caballería son montadas y comprenden aproximadamente la tercera parte del personal y del material de una compañía de comunicaciones de infantería.

Los ejércitos formarán para la exploración cercana y de combate destacamentos mixtos, puesto que el jinete, que antes se dedicaba exclusivamente a esta tarea, ya no puede cumplirla por sí solo. Un destacamento de esta clase debe poseer más potencia de fuego que

que puede desarrollar por sí sola la caballería; sin embargo, no debe ser trabada en su movilidad por la adscripción de tropas a pie. Se agregará, por consiguiente, a los dos escuadrones que forman el núcleo del destacamento una compañía de ciclistas, algunos automóviles blindados y una sección de comunicaciones. Un destacamento compuesto de esta manera bastaría para los fines de la división.

### 5. El cuerpo de oficiales

«*El espíritu del Ejército prusiano radica en sus oficiales.*» Esta frase del general von Rüchel, uno de los mejores representantes del Ejército prusiano de 1806, quien en el campo de batalla de Jena selló con su sangre el juramento de fidelidad al Rey y a la Patria, quizá sorprenda por su forma altisonante. Pero su fondo es excelente.

En todos los tiempos y en todos los pueblos el estado del cuerpo de oficiales decide la calidad del ejército conducido por ellos. Se repite aquí lo que se puede observar de un modo general en la vida política. Mientras las clases cultas que gobiernan conservan la aptitud para ello, el pueblo permanece capaz y fuerte. Pero la decadencia de las clases dirigentes arrastra también la de todo el pueblo. Aun una gran revolución social sólo logra cambiar esto si las clases elevadas por ella demuestran pronto que poseen todas aquellas condiciones que son necesarias para la dirección provechosa de los negocios de la Nación. También en este sentido la revolución alemana de noviembre de 1918 ha quedado debiendo la prueba de su justificación.

En el antiguo ejército alemán el cuerpo de oficiales se formaba, por principio, de acuerdo con las tradiciones prusianas, *de las clases superiores de la nación*, las que ya en la vida ordinaria ejercen una influencia natural sobre las masas. Federico el Grande, el creador del cuerpo de oficiales prusiano, lo formó exclusivamente de la nobleza hereditaria, pues solamente ésta se hallaba en condiciones de suministrar el personal apropiado, por su posición social, educación y tradición. Cuando estas condiciones no fueron privativas se modificó también la composición del cuerpo de oficiales. Aunque se reclutaba como antes en la aristocracia de la nación, ella ya no significaba

únicamente la nobleza de nacimiento, sino toda la aristocracia de educación, a la que le correspondía tanto en la vida política como en la social la dirección del país.

Con razón se dió en la elección de los aspirantes a oficial una importancia especial a la educación general, pues se veía en ella la base de elevadas condiciones morales. Pero no se atenía exclusivamente a la instrucción, es decir, a la científica, sino que se tomaba también en cuenta la educación del corazón y del carácter.

Se exigía del oficial que en interés de su servicio renunciara al lucro, a ventajas personales, a la riqueza y al bienestar. Se consideraban, por consiguiente, especialmente apropiadas como fuente de reclutamiento de oficiales a las partes de la población que ya por su carrera estaban llamadas a servir los intereses de una gran causa común y menos los suyos propios. En las antiguas familias de oficiales y de funcionarios del estado los hijos eran educados en el cumplimiento del deber ya por el ejemplo de sus padres.

El peor enemigo de la capacidad del cuerpo de oficiales es, indiscutiblemente, el *egoísmo*. Toda actividad que se prestaba para fomentarlo se consideraba como incompatible con la situación de oficial. Fué, por lo tanto, muy conveniente dar a la oficialidad de un ejército el carácter de una corporación en la que cada uno de sus miembros estaba socialmente a igual altura que otro, con intereses y deberes comunes. La comunidad se sentía responsable de las acciones individuales; sucediendo lo propio en el individuo con respecto a la comunidad. De este modo nacieron en el cuerpo de oficiales particularidades que hacían recordar las antiguas hermandades en sus mejores tiempos. Debía presentarse como una verdadera orden de caballería.

Si el cuerpo de oficiales no hubiera estado animado por *ideales*, no habría podido cumplir su misión, que culminó en la guerra mundial. Se puede expresar sin vacilaciones que en las luchas de esa guerra, las más difíciles que jamás se hayan desarrollado en esta tierra, el oficial alemán ha sido siempre para su tropa modelo de valor y de fidelidad. Él no ha considerado su vida, sino que frecuentemente se ha expuesto a la muerte en una medida mayor de lo que el

objetivo del combate en sí lo exigía. Si no hubiera sido así, se habría hoy menos de los incomparables actos heroicos de las tropas alemanas. Pero el ejemplo del superior inflamaba los corazones de sus subordinados, desarrollando los instintos nobles, sin los cuales no se pueden realizar los grandes hechos.

En la guerra mundial hallaron la muerte por la patria 12.613 oficiales activos del ejército patrio y colonial, es decir, el 24,8 % del cuerpo de oficiales activos. Más del doble fueron heridos. Estos números hablan por sí solos en forma elocuente. Ellos constituyen, para todos los tiempos, un monumento de honor en la tumba del antiguo Cuerpo de Oficiales, en el cual el pueblo alemán no debía dejar de colocar de tiempo en tiempo una corona de recuerdo.

Para semejante esfuerzo se necesitaban condiciones sobresalientes, que no podían ser innatas en todos. Fué el resultado de la educación dentro del círculo de camaradas, en el cual se daba oportunidad hasta al más joven de entrar en todo momento en relación con hombres sobresalientes de mayor edad. Éste fué el sentido más profundo de la comunidad de esa clase.

*En lo que respecta a la influencia del oficial sobre el soldado*, se la procuraba obtener por la instrucción y dirección de éste, mediante el acertado empleo de las condiciones superiores de espíritu y carácter del primero. Sobre todo, debía abarcar este empleo también la preocupación por el bienestar del soldado. Bien se sabía que la decadencia de un Cuerpo de Oficiales y de su influencia principia tan pronto como los oficiales empiezan a no preocuparse de cada hombre y se limitan a ordenar. Se era de opinión que cuando la autoridad de los superiores se hace sentir en forma ruidosa, ya se halla de hecho sobre bases poco sólidas, y que cuanto más deficiente es la disciplina en el ejército, tanto más despótico es el hábito con que ella se cubre. Los reglamentos disciplinarios eran moderados. Su aplicación se efectuaba de una manera absolutamente benévolas. El objetivo supremo era que el castigo tuviera un fin educador.

Las relaciones entre el oficial y el soldado en el ejército de paz fueron siempre buenas. Se han transmitido sin alteraciones al Ejército movilizado, influyendo en él hasta el último momento. De esto

da prueba la retirada ordenada del ejército de millones, del frente occidental alemán en noviembre de 1918, después de la firma del armisticio. Perseguido de cerca por un enemigo muy superior, amenazado por la revolución en la zona de etapas y del interior, exhausto, mal alimentado y moralmente quebrantado por el triste resultado de la lucha de tantos años, el Ejército se hallaba en la situación más difícil imaginable. Y, sin embargo, debía ejecutar un movimiento que imponía exigencias extraordinarias a la disciplina de marcha. Solo podía tener éxito si la tropa permanecía firme en la mano de sus jefes. Y éste era el caso, a pesar de las circunstancias adversas, puesto que la confianza mutua, que imprimía su sello a las relaciones entre el superior y el subordinado, no había sido destruida completamente, ni aun por la revolución.

La situación privilegiada en el Estado, de que gozaba el Cuerpo de Oficiales en Alemania, tenía su razón de ser en una necesidad profunda. El oficial debía exponer su vida en la guerra sin miedos. A esto se prestarían más fácilmente aquellos que ya en tiempo de paz estaban acostumbrados a considerarse como algo superior y que, por lo tanto, sentían en sí el deber moral de realizar también acciones extraordinarias. Personas de una posición insignificante y subalterna raras veces sentirán impulsos para ello. Los esclavos siempre son cobardes. Pero la esclavitud de una vida triste y difícil no es menos depresiva que cualquier otra. Ella priva al hombre del sentimiento de su dignidad, y éste es absolutamente indispensable al oficial en campaña.

La consideración social que se tenía a su clase fué un capital ventajosamente invertido. Aun los prejuicios, que algunos oficiales jóvenes manifestaban, cuando se les rendían más honores que a otras personas de su edad, dieron un buen interés en el campo de batalla en beneficio de la patria. El que debe mandar y dirigir debe poseer cierto orgullo de su posición. Si está algo más poseicionado de su dignidad de lo justamente necesario, realmente no hay un gran daño. Solamente un alma de filisteo lo tomará a mal.

Como, además, el oficial debía renunciar a labrarse una fortuna a establecer un hogar permanente y a asegurar el porvenir de su

familia, como es posible en las demás carreras, no era más que justo y equitativo recompensarlo por distinciones exteriores. Pero fueron precisamente éstas las que con mayor frecuencia atraían a la situación de oficial la envidia de compatriotas cortos de vista y de corazón mezquino.

Sobre la situación del Cuerpo de Oficiales en el Estado un autor militar se ha expresado ya hace bastante tiempo de una manera que aun hoy merece nuestra atención.

« El egoísmo se ha extendido de los hombres aislados a las clases sociales enteras. Una clase aprecia a las otras únicamente de acuerdo con la proporción de beneficios que de ella pueda obtener cuando reconozca una analogía en la forma o una tendencia común inmediata hacia el mismo fin. En un estado monárquico el gobernante favorece a la nobleza, puesto que así puede contar con su apoyo. En un estado comercial, el comerciante es más estimado, y éste considera a la navegación, después de la suya, como la más honrosa ocupación. El interés personal, apreciado de acuerdo con las diversas necesidades, es la vara con la cual una clase mide la importancia de las otras, otorgándole la consideración consiguiente.»

« El sabio aborrece la milicia, porque las musas huyen al estruendo de las armas. El hombre de estado palidece cuando calcula los grandes gastos que ocasionan las instituciones militares. El funcionario civil se muestra celoso de la parte de autoridad que tiene que ceder al militar y mira a menudo a los soldados como ciudadanos pertenecientes a otra nación. El moralista se fastidia por el modo alegre de ser de los oficiales, mientras el dandy les envida el brillante uniforme y la espada; el labrador no le puede perdonar, que le lleva a sus hijos y peones.»

« Pero en cuanto alguien ha tenido la desgracia de provocar nuestro desagrado, nos inclinamos de inmediato a notar todos sus defectos, aun los más pequeños, que de otro modo no hubiéramos advertido y, en cambio, no echamos de ver ni una de sus buenas cualidades. Una vez que hemos tomado antipatía a alguna clase, todo

» cuanto fortalezca nuestro sentimiento interesado es como un nuevo  
» afluente, que finalmente convierte el arroyo en un immenso río.»

» Cuando, por último, durante una larga paz se pierde el recuerdo de los servicios prestados y no hay probabilidades de guerra, el elemento civil dirige cada vez más su atención a los sacrificios occasionados por el mantenimiento de un ejército y trata de convencirse de la inutilidad de tal institución, para lo cual no faltan razones de solidez aparente.»—(*Von der Decken.*)

Los primeros decenios del Imperio Alemán fueron, en este sentido, favorables para el Cuerpo de Oficiales. Tres guerras felices habían levantado su estimación y disminuído la antipatía de las otras clases sociales. Así pudo desarrollar su particularidad sin inconveniente. En recuerdo de Koniggrätz y de Sedan, se concedía mucho al oficial, porque se esperaba mucho de él en acontecimientos que pudieran presentarse en el futuro.

Pero la benevolencia que todas las capas sociales le ofrecieron se extendía también al simple soldado que llevaba el uniforme de la patria. Esto se manifestaba en la complacencia con que se soportaban las cargas militares. Gústoso daba el aldeano hasta lo último cuando en las maniobras su granja era ocupada por las tropas acantonadas, como si lo fuera por una manga de langosta.

Pero cuanto más duraba la paz, tanto más se olvidaban los méritos que el Cuerpo de Oficiales y el Ejército tenían en la unión y en el florecimiento consiguiente de la patria. A esto se agregó, en forma siempre creciente, la agitación del socialismo, que, de acuerdo con su punto de vista internacional pacifista, combatía por principio al Cuerpo de Oficiales, como el más sobresaliente representante de la idea del estado monárquico militar. Pero también en los círculos burgueses se empezó a adoptar una posición menos benévolas hacia el oficial. Por lo menos no debía gozar de privilegio alguno con respecto a los demás connacionales. En la disposición de ánimo pacifista, que pudo desarrollarse en el pueblo por una política débil, se esperaba del oficial que fuese ante todo un ciudadano aplicado, pacífico y virtuoso, en vez de procurar que viviese en condiciones que le permitieran instruir soldados audaces y emprendedores. Se olvidaba que

una clase social que no puede enriquecerse, forzosamente tiene que hundirse muy pronto en la insignificancia, si no se le conceden privilegios sociales, pues en la vida civil es principalmente la riqueza la que regula las categorías, y los oficiales alemanes fueron y lo son todavía—a Dios gracias—en su mayoría tan pobres como ratas de campanario.

Cuando estalló la guerra mundial y principió con una serie de victorias sin igual para las armas alemanas, el oficial fué de nuevo una figura de gran simpatía general en el pueblo. Esto cambió cuando, contra todas las esperanzas, no se alcanzó el gran éxito final.

Cuando, por último, la Nación se vió de improviso ante el hecho de la guerra perdida, *el amor se trocó repentinamente en odio.*

Esto no fué otra cosa, que la repetición de un fenómeno que se puede observar en todos los grandes movimientos revolucionarios. Siempre se dirige el furor de la masa contra determinadas clases de la nación, en las cuales ella ve los representantes de la situación a combatir. De este modo los sansculottes llevaron al rey y a la aristocracia al cadalso, los bolchevistas dirigen su furor contra los que poseían cultura y bienes, y en la más grande revolución alemana de la edad media, las guerras de los campesinos, los perseguidos fueron los caballeros y los juristas del derecho romano. Como la agitación socialista consiguió presentar a los oficiales como los autores y prolongadores de la guerra, pudo suceder—lo que en el Ejército Alemán se había considerado completamente imposible—que a generales caños, cuya vida entera no había sido más que trabajo en el servicio de todo el pueblo, se les arrancasen las presillas del uniforme y que algunos oficiales fuesen hasta asesinados y maltratados. Es cierto que fueron los culpables de tales atrocidades generalmente los llamados «combatientes caseros» y «combatientes lejanos», mientras que el soldado del frente continuaba demostrando a su oficial respeto y consideración.

Con intención aviesa se expresa con alguna frecuencia que esta suerte que le cupo al Cuerpo de Oficiales no es del todo inmerecida. Episodios ingratos que siempre se producen en una guerra tan larga y en un cuadro tan grande, se generalizan y sirven de reproche al con-

junto del cuerpo de oficiales; tales reproches pueden ser justificados en casos aislados, pero de ninguna manera aquellos episodios son característicos para el conjunto. En todo caso, ellos no lesionan al cuerpo de oficiales activos, por la simple razón de que en la época de la revolución ya había pocos de ellos en las unidades de tropa, pues la mayor parte yacía en las tumbas colectivas o en los hospitales. Y el que se refiere a los que reemplazaron a aquellos—se nombraron durante la guerra unos 150.000 oficiales—no insulta al cuerpo de oficiales, sino a todo el pueblo alemán, pues los nuevos nombrados procedieron de todas las profesiones, desde el artista y erudito hasta el hijo del obrero y del labrador.

Al igual que toda la Alemania, su fuerza armada, especialmente su cuerpo de oficiales, tiene que *organizarse de nuevo desde sus cimientos*. Al proceder a esto se han reanudado las mejores tradiciones del tiempo pasado, y como el delirio revolucionario fué de corta duración, el pueblo ha recobrado paulatinamente su anterior actitud frente al oficial. Esto es halagüeño, pues de la capacidad y energía del cuerpo de oficiales depende más la vida de la nación que de cualquier otra clase. Por eso es necesario que el oficial se sienta elevado y estimulado en su labor por el cariño y la confianza de todo el pueblo.

No está en contradicción con esto que el Cuerpo de Oficiales fomente el *espíritu de cuerpo*. Este, como es natural, no debe manifestarse en una exclusividad altanera contra otras clases sociales, sino que debe manifestarse en que todos los miembros del Cuerpo se rijan por los mismos conceptos de camaradería, honor y deber. Únicamente entonces podrá el oficial cumplir su alta misión de educador del pueblo.

De gran importancia es también el *lado económico* de la posición del oficial. Está en el interés del estado proporcionarle una situación que lo libre de las preocupaciones materiales, con un haber suficiente y nada más.

Se le exige que conserve su frescura juvenil hasta una edad relativamente avanzada. Su profesión es arriesgar en la guerra, en medio de la incertidumbre, en una azarosa partida, su bienestar, su vida y su reputación. Para eso debe poseer, además de las cualida-

des militares, una cierta ligereza de carácter, que le haga no desesperar jamás y nunca tomar las cosas demasiado trágicamente. Pero será muy difícil que pueda conservar esa modalidad el que ya ha sido doblado en una vida llena de penas y sinsabores. De los oficiales que viven ocultamente en forma misera, esperando el momento en que pueden vivir en algún rincón con un módico retiro, nada debe esperar el Ejército ni la Patria. ¿De dónde puede venirles a esas personas los impulsos fracos y audaces indispensables para el conductor en la lucha?

También la conservación del *vigor* físico debe ser tenida en cuenta. La guerra mundial lo ha probado. No era poco pedir de un hombre de 45 a 50 años—esta era la edad de nuestros jefes de regimientos y comandantes de brigadá de infantería en la segunda mitad de la guerra—acompañar a sus tropas sobre campos arados o cultivados y por terreno pantanoso, moverse en los campos de cráteres bajo un intenso fuego enemigo, pasando a la carrera de un cráter a otro, o llevar en la posición, durante semanas enteras, la vida de un troglodita. Que se imponga tal exigencia alguna vez a nuestros obesos comerciantes, a los propietarios de vida cómoda, a los fabricantes o rentistas de igual edad, y se hallarán pocos que no la rechazarían como una locura completamente incompatible con sus años.

El oficial debe conservar una parte del bullente espíritu de la juventud hasta el final de su carrera. Esto lo podrá hacer únicamente si su posición le permite librarse en cierta medida de la presión de la vida diaria. Un sello de aristocracia debe manifestarse a través de toda su existencia.

*La profesión del oficial es hoy más compleja y se ha hecho, por consiguiente, más difícil que antes.* Los medios y procedimientos de combate presentan hoy una variedad tan grande y se hallan en un estado tan manifiesto de evolución, que únicamente con un estudio afanoso y una dirección acertada pueden adquirirse todos los conocimientos que necesita poseer todo oficial para llenar su puesto.

Al lado del cuerpo de oficiales activos, *el de reserva* ha satisfecho en la guerra mundial plenamente las esperanzas que la nación había

cifrado en ellos. A él le corresponde una gran parte de la gloria que la nación alemana en armas conquistó en los años de 1914 a 1918.

Todas las grandes potencias disponían de instituciones semejantes a las nuestras para el aumento y reemplazo del cuerpo de oficiales del ejército permanente en caso de guerra, pues ninguna de ellas era suficientemente rica como para mantener ya en la paz un Cuerpo de Oficiales que hubiera bastado a las necesidades de la fuerza armada movilizada.

Ni aun el verdadero Ejército de Campaña, en caso de que hubiese existido tal intención, podría haber sido provisto exclusivamente de oficiales de carrera, puesto que éstos tenían que ser destinados en gran número a los nuevos estados mayores a formarse, a las unidades de reserva, de guardia nacional y territorial y a las de depósito. En su lugar se emplearon oficiales de reserva. Ya se ha mencionado, en otra parte, que hubiera sido más acertado enviar una menor cantidad de oficiales de carrera en seguida a campaña de lo que realmente se hizo. En todas las unidades, no pertenecientes al Ejército de Campaña, los oficiales de reserva constituyeron desde un principio la mayoría.

A medida que aumentaba la duración de la guerra y que se acrecentaban las pérdidas, tanto mayor fué la importancia de los oficiales de reserva. Ya desde el año 1915 un gran número de compañías y baterías se hallaba en manos de jóvenes tenientes de reserva. Hasta batallones de infantería y grupos de artillería fueron más tarde mandados por oficiales de reserva. En casos excepcionales se hallaron pasajeramente al frente de regimientos.

La formación de numerosas divisiones nuevas, a que se vió obligada Alemania por la superioridad numérica de sus enemigos y por el aumento de los teatros de operaciones, no hubiera sido posible si en la población civil no hubiesen existido personas aptas, con las que, después de una instrucción suficiente, se podían cubrir los puestos de oficial subalterno en las unidades de tropa. En una época en que Rusia, por ejemplo, no podía sino reunir masas de hombres, Alemania podía aun por mucho tiempo formar tropas de real capacidad.

La obtención del título de oficial de reserva era en Alemania el

deseo natural de todos los jóvenes pertenecientes a las clases en que debía reclutarse. Esto no se hacía sólo por el honor, sino que se apreció en su justo valor la importancia práctica de ese paso y su significación ideal. En el pueblo alemán, entusiasta por las armas, todo habitante, aunque no tuviera inclinación o condiciones naturales para ser oficial de carrera, sentía en una época de su vida el deseo de ser soldado. El agricultor, el industrial, el jurisconsulto, el artista o empleado, a quienes la vida había encaminado hacia otros rumbos, trataban de satisfacer la vieja inclinación por lo menos en la condición de oficiales de reserva. Con gusto se dedicaban de tiempo en tiempo a la noble profesión de las armas. Fué en beneficio de la patria que esto fuera así, pues en la grave lucha de vida y muerte de la Nación nunca careció ella del apto oficial de campaña.

Podría parecer una injusticia que no pidamos iguales ventajas y la misma solicitud para los suboficiales y soldados. Pero hay una notable diferencia, a lo menos en el ejército formado por el servicio obligatorio general, puesto que ellos pertenecen al ejército sólo pasajeramente. Su situación militar no es para ellos, como para el oficial, su única y exclusiva orientación.

Ellos cumplen, además, el servicio en la juventud, en que el hombre está aún lejos de las preocupaciones de la vida. Al soldado se le presenta en la vida civil la esperanza de formarse un porvenir seguro, después de un corto servicio bajo banderas. El suboficial cuenta con obtener por su servicio en el ejército, un empleo en la vida civil, en las distintas reparticiones del estado, al que de otro modo no podría aspirar.

Una preocupación adecuada por el soldado será naturalmente de gran utilidad. No debe sufrir privaciones ni sacar conclusiones desfavorables al comparar su situación con la de sus semejantes en el pueblo. El estar contento constituye un elemento de no escasa importancia para la capacidad interna de una tropa. Se produce por la justa medida entre el trabajo y el cuidado de que es objeto. Preditorianos acostumbrados a la comodidad prestarán tan malos servicios como una tropa hambrienta y agobiada por el trabajo. El orgullo por su estado, el amor al servicio y el entusiasmo por él, deben pro-

ducirse también en el soldado por el modo como es cuidado y tratado.

Sobre todo debe saber que en caso de caer herido o enfermo no sufrirá privaciones y que se cuidará de aquellos de quienes es sustento y amparo, en caso de hallar la muerte en el servicio. De aquí nace el sentimiento de seguridad, del cual a su vez emana el valor y la energía.

En un ejército mercenario hay que contemplar todavía algunos otros puntos de vista. Los hombres se enganchan por una serie de años. Precisamente en la edad en que en la vida civil se procurarían una posición o se casarían, quedan circunscriptos a los cuarteles. Esto debe tenerse en cuenta para el cuidado y tratamiento del soldado. Su alojamiento no debe ser de la sencillez espartana usual en los ejércitos de corto tiempo de servicio, sino que debe ser de una naturaleza tal que permita nazca en él un verdadero sentimiento de hogar. También es de importancia para elevar el entusiasmo por el servicio, que la Dirección del Ejército se empeñe en facilitar al soldado, terminado su largo período de servicio, el pasaje a una carrera civil. En este sentido se puede hacer mucho ya durante el servicio, por la intensificación y ampliación de la instrucción general, o facilitándole la iniciación en estudios especiales en cuanto lo permita la actividad militar. Es muy deseable nombrar a los soldados que hayan cumplido su tiempo de servicio para los empleos de que dispone el Estado, obligando, además, a las municipalidades a emplear un cierto número de ellos.

En el ejército nacional, los suboficiales y soldados cambian en breve tiempo. Únicamente el cuerpo de oficiales forma el elemento permanente. Por sus manos pasan todos los años una clase nueva de conscriptos. Todo el pueblo está de este modo sometido a su influencia. Todas las obras de los grandes conductores y de períodos históricos excepcionales, realizadas en el ejército, sólo pueden ser transmitidas por los oficiales a las generaciones sucesivas. Como los oficiales así será el Ejército.

En el ejército de mercenarios, el radio de acción del cuerpo de oficiales es en este sentido considerablemente más reducido. En cam-

bio, el soldado queda más tiempo que antes bajo su influencia. Esto da oportunidad de adelantárselo de manera que pueda cooperar eficazmente en la gran misión educadora que el cuerpo de oficiales debe cumplir en el pueblo. Lo que el soldado aprendió de sus oficiales debe propagarlo al seno de su familia.

Por esta razón, la frase de Rüchel es hoy aun más exacta que cuando fué pronunciada. El espíritu que anima al Cuerpo de Oficiales es el espíritu del Ejército, y, extendiéndose más allá de los límites de éste, debe ser *el de la nación*.

## II

### DE LA CONDUCCIÓN DEL EJÉRCITO

#### 1. El conductor de ejército

*La historia nos señala la extraordinaria importancia del conductor de ejército.* Vemos a los macedonios triunfar de enemigos diez veces superiores, y no dudamos que hubieran sucumbido si otro que Alejandro hubiera estado a su frente. Aníbal hizo de los cartagineses por algún tiempo los vencedores del primer pueblo guerrero del mundo. Únicamente el genio de un César pudo triunfar en Alesia, Farsalia y Alejandría. Federico resistió al mundo, aun cuando las excelentes tropas, con las cuales marchó él a la guerra, ya habían muerto en los campos de batalla o se hallaban heridas en los hospitales, viéndose en la necesidad de alistar en sus filas a todos los que podía conseguir para su ejército en tan grave situación. Los franceses vencidos en Rossbach recorrieron victoriosos la Europa, cuando Bonaparte los guiaba. Grandes capitanes fueron capaces de dar nuevo brillo a las armas de naciones oprimidas o decadentes, como lo demuestran los ejemplos de Aristómenes, Belisario, Narses y Aetio. Hasta el postrado pueblo persa emprendió hacia mediados del siglo XVIII vigorosas guerras de conquistas y avanzó hasta Delhi, cuando Nadir-Cha se puso por la fuerza a su cabeza. Con la muerte o el retiro de un gran conductor, desapareció también frecuentemente la gloria guerrera de su nación. Cuando Alcibiades ya no mandaba a los atenienses, sus ejércitos fueron aniquilados. Pronto se consumó el destino de Cartago, cuando abandonó sin refuerzos y sin medios de acción a Aníbal. Las hordas de los conquistadores mongólicos fueron fácilmente aplastadas cuando dejaron de ser conducidas por

Gengis Kan y Tamerlán; el terror que inspiraban las armas turcas cesó con la serie de los grandes sultanes. Cuando Turena murió en medio de una guerra victoriosa poco faltó para que sus sucesores sufrieran una derrota completa; finalmente no pudieron hacer más que salvar al otro lado del Rhin al ejército hasta entonces victorioso. «Asombra—escribe Federico el Grande en la historia de su tiempo—encontrar el fin del reinado de Carlos VI tan inferior a su brillante principio. La causa debe atribuirse exclusivamente a la pérdida del príncipe Eugenio. Después de la muerte de este gran hombre, no había nadie quien lo reemplazara». Más notable aún es observar cómo en 1813 y 1814 los franceses fueron vencidos casi sin excepción allí donde no se hallaba Napoleón, venciendo en cambio casi siempre tan pronto como se ponía a su cabeza.

Después de estas comprobaciones históricas, podría uno llegar a su conclusión de que las condiciones de los ejércitos influyen poco y que todo depende del genio del conductor.

Pero esta conclusión no es del todo justa para nuestros tiempos. Aunque la influencia de una personalidad genial se hará sentir hoy como siempre, ha cambiado, sin embargo, la medida de ella comparada con la de épocas pasadas.

En nuestros tiempos se necesitan cualidades especiales para alcanzar un grado en la jerarquía militar, en que los talentos sobresalientes del conductor recién pueden brillar y ser útiles.

Con razón decimos qué el carácter hace el jefe. Pero los caracteres fuertes suelen exteriorizarse de una manera que más bien impide en vez de facilitar su rápido ascenso en tiempos de paz. Sin la Revolución Francesa, Bonaparte y Carnot hubiesen terminado probablemente como tenientes coronelos o coronelos. Federico el Grande, si no hubiera nacido príncipe, sin duda hubiera sido retirado como teniente.

Los grandes conductores de ejércitos sólo pudieron surgir independientemente de las circunstancias que los rodeaban en los tiempos en que los ejércitos estuvieron compuestos de personal más o menos voluntario, y en todos sus aspectos dominaba, por así decir, una cierta espontaneidad.

En tales condiciones la energía y la influencia personal encuentran el más amplio campo de acción, el que desaparece con las condiciones culturales ordenadas y, por lo tanto, restrictivas. Nadir-Cha en la Alemania actual habría parado en una cárcel, pues empezó su carrera como capitán de bandidos.

La capacidad de las tropas está hoy más intimamente relacionada con la de los jefes que antes. Únicamente cuando existen condiciones sanas en el Ejército, se hallarán buenos generales a su cabeza. Para éstos está cerrado el camino tan pronto domine el favoritismo, los círculos y el espíritu de partido, cuando la sumisión se estime más que la franqueza y la convicción.

La leyenda de valientes ejércitos derrotados únicamente porque poseían jefes ineptos, sufre en nuestros tiempos una fuerte limitación. ¿Cómo es posible que malos generales hayan formado buenas tropas? ¿Cómo pueden fallar completamente en la guerra, por otra parte, los jefes que supieron organizar, instruir y equipar un buen ejército en tiempo de paz?

Es cierto que el genio constituye una excepción, en cuanto a que es capaz de hacer grandes cosas con medios que a otros mortales parecen insuficientes. Pero, en general, podemos considerar inseparables los buenos ejércitos y la buena conducción.

El conductor de ejército debe dirigir en la hora de peligro las tropas de acuerdo con su voluntad. Debe ser, por lo tanto, de una naturaleza destinada más bien para dominar a los hombres que para agradarlos. Hombres que nacen con el don de mandar resultan después también buenos guerreros, y no debe extrañarnos el hecho de que los más grandes conductores de ejércitos procediesen del trono.

El dominio de los demás se funda en primer lugar en la *voluntad*. Una exigencia impuesta con decisión, raras veces encuentra resistencia. Tiene algo de coercitivo y esto es lo que la masa quiere sentir para obedecer. Ella adquiere así un sentimiento de propia seguridad. Todo esto aumenta su valor y su capacidad.

Una vigorosa voluntad no es concebible sin la *confianza en sí mismo*. Esta presupone, a su vez, cierta unilateralidad, que redunda en beneficio del guerrero. Personas dotadas de una inteligencia superior fácilmente diseminan sus esfuerzos, lo que es desfavorable para la obtención de éxitos en el marco más estrecho de la vida de campaña. El que muy pronto abarca la verdadera naturaleza de las cosas, reconoce también más claramente que otros las dificultades y los peligros. De ahí surge la duda, destructora de la confianza en sí mismo, la enemiga mortal del éxito. En la muy numerosa junta de guerra, que tuvo lugar el 5 de octubre de 1806 en el cuartel general prusiano en Erfurt, pronunció Scharnhorst la siguiente notable frase: «En la guerra importa mucho menos qué es lo que se hace, » sino hacerlo con *unidad de concepción* y con la *energía necesarias*.» Su opinión no fué atendida, y, aunque de manera alguna allí faltaban buenas cabezas, se ejecutaron solamente medidas secundarias. Hombres muy intelectuales buscan generalmente demasiado tiempo el *mejor* medio y pierden de vista que se trata ante todo de hacer a tiempo lo *conveniente*. La pérdida de importancia que sufre en tiempo de guerra la inteligencia—que en la paz goza de la mayor consideración,—comparada con la voluntad, se ve claramente en el resultado de casi todas las juntas de guerra. Indudablemente se reúne en ellas una gran suma de capacidades intelectuales por el concurso de hombres experimentados. Sin embargo, Federico tuvo razón cuando prohibió terminantemente a sus generales que celebraran juntas de guerra. El profundo conocedor de hombres sabía muy bien que en ellas sólo resulta la preponderancia del partido de los tímidos. Las inteligencias reunidas en las juntas de guerra no producen otra utilidad que el señalar perfectamente bien todas las propias debilidades y probar lo peligroso que es cualquiera acción de campaña. De este modo tiene que confundirse y debilitarse aún más la voluntad del conductor. Así la expresión *junta de guerra* ha venido a ser una frase de mal agüero, cuyo eco suena generalmente a rendición o derrota. Nacía siempre con el presentimiento de un desastre inmediato o del deseo del conductor de compartir la responsabilidad con otros. La influencia decisiva en la guerra no la ejercen tanto los hombres intelec-

tiales, sino los hombres llenos de firme voluntad y de confianza en sí mismos.

La firme voluntad es, por cierto, una noble calidad, pero no muy beneficiosa. Impone a su poseedor una carga extraordinaria de responsabilidad.

*El valor de la responsabilidad*, el entusiasmo de cargar con ella, son cualidades necesarias en el conductor; pero son raras. Muchos hombres se lanzan sin meditar a los más graves peligros cuando la responsabilidad es de otro; pero son pusilánimes cuando ellos mismos deben cargar con la responsabilidad. Asumir ésta significa, en caso desgraciado, cargarse de culpa. Es una de las consecuencias de la naturaleza humana, que teme más la falta que las consecuencias de ella.

El poeta que elevó su queja contra los poderes celestiales: «Vosotros al pobre hacéis culpable y después lo abandonáis a su pena», ha conocido bien hasta los más íntimos secretos de nuestra alma. El valor de la responsabilidad es, por lo tanto, un precioso don, a favor del cual *únicamente* un general podría realizar grandes acciones, pues si su experiencia y sus conocimientos no fuesen del todo suficientes, es muy posible que encuentre colaboradores hábiles, que lo completen en este sentido, pero no en el otro.

El valor de la responsabilidad emana de la *nobleza de alma*. Ella debe ser condición del conductor, haciendo aristocrático todo su ser. Es un sentimiento de altivez, que lo eleva por encima de la colectividad, sin llegar a la arrogancia. Puede ser innata o adquirida en la escuela de la vida. Pruebas amargas purifican un carácter de buena predisposición natural. Le enseñan a no dar demasiada importancia a los bienes y males de la tierra, a mirar sin miedo la posibilidad de sufrir nuevas desgracias, a pasar por culpable sin serlo, a caer bajo el juicio condenatorio de la multitud o a sentir el odio de los poderosos. También un saber vasto y profundo puede engendrar esa nobleza del alma. Si bien nos hace reconocer el poco alcance de la sabiduría humana, enseña, por otra parte, que la guerra no presenta enigmas insolubles y que, en cambio, es suficiente para resol-

ver los problemas de la guerra. el empleo sencillo de las fuerzas naturales de la inteligencia. En ninguna parte de la conducción de la guerra existe un rincón obscuro, para cuya iluminación se necesitan antorchas mágicas de misteriosa luz. El saber aumenta la confianza en sí mismo; la ignorancia es, en cambio, el origen de los más grandes desfallecimientos morales. La conciencia de dominar su materia y, a lo sumo, tener que luchar contra el infortunio, fortalece la confianza. Nos dice: «lo que otros pueden hacer, tú también puedes», y crece el afán de mandar y de conducir.

Que la nobleza del alma sea un don natural o que sea adquirida por la educación y por la escuela del destino, ella es, en todo caso, la cualidad que el soldado más aprecia en su jefe. Ella ofrece una sólida garantía contra las perniciosas influencias del peligro y de la desgracia sobre la actitud propia. Da la tranquilidad contra la cual se estrella la nerviosidad, como el mar agitado contra la roca; y produce el equilibrio interior, fuente de una bienhechora influencia que como una corriente eléctrica recorre todo el ejército.

« Un corazón fuerte no es solamente aquel capaz de energías de terminaciones, sino aquel que, al tomarlas, se mantiene en equilibrio de tal modo, que a pesar de la tempestad en el pecho conserva libre la penetración y firme el convencimiento, al igual que la brújula en el navío sacudido por la tormenta conserva su perfecto juego». Este «corazón fuerte» que nos describe Clausewitz, responde aproximadamente a lo que nosotros hemos llamado nobleza del alma. Extiende la confianza por todo el ejército, desde el simple soldado hasta al general.

El valor de la responsabilidad y nobleza de sentimientos son en las guerras modernas más necesarios en el conductor de ejército que nunca. Esto es una consecuencia de los crecientes efectivos de los ejércitos y la extraordinaria extensión que abarca toda la acción bélica.

Reflexíñese por un momento sobre el enorme campo que tenía que abarcar el ojo espiritual del comandante en jefe de las fuerzas alemanas en la Guerra Mundial y sobre la innumerable cantidad de impresiones que tenía que elaborar diariamente y a cada hora. A los

frentes del Oeste y del Este de Alemania, de una extensión de varios centenares de kilómetros que constantemente presentaban varios focos de lucha, en los que a cada momento podía resultar necesaria una intervención inmediata, se agregaban todavía los teatros de guerra de Italia, de Rumanía, de Macedonia, del Cáucaso, de Mesopotamia y de Siria. Tampoco podía descuidarse la conducción de la guerra marítima y en las colonias. A los diferentes comandantes de grupo de ejércitos y de ejército, por otra parte, les era imposible, a causa de las grandes extensiones, formarse una idea acertada de la situación de conjunto. Por consiguiente, las medidas que tomaran podían salir fácilmente del marco general, aun cuando respondieran perfectamente a las condiciones locales. El Comando en Jefe era responsable de que esto no sucediera. Es verdad que los medios de comunicación modernos le permitían más fácilmente un entendimiento con los jefes subalternos que en épocas anteriores. Y, efectivamente, es muy difícil que haya ocurrido el caso de que el Comando en Jefe no hubiera sido capaz de hacer sentir su voluntad o tener que asumir la responsabilidad de acontecimientos en que no había tenido influencia alguna. La posibilidad de intervenir en acontecimientos que se desarrollaban a gran distancia existía en grado mucho mayor que en guerras anteriores, lo que debía ser aprovechada por una conducción consciente. Pero en esta forma crecía enormemente la medida de lo que ella asumía la responsabilidad.

A los asuntos puramente militares se agregaban todavía los de otra naturaleza. La guerra en su forma moderna penetra profundamente en la vida política, social y económica de las naciones. Constantemente surgen nuevas cuestiones urgentes que exigen una resolución. En último análisis, se trata aquí siempre de la forma en que influyen sobre la conducción de la guerra, pues todo gira alrededor de la pregunta: ¿de qué modo se puede obtener la victoria? Cuanto más fuerte sea el Gobierno, cuanto mayor sea la comprensión que aporta a las necesidades de la conducción de la guerra, tanto más puede aliviar al comandante del ejército. Inversamente, cuanto más débil y cuanta menor comprensión manifiesta el Gobierno, tantas más numerosas serán las tareas para el primero. Cuando, para colmo,

todavía interviene una representación del pueblo que busca en primer término un aumento de su poder y cuya capacidad de juzgar grandes cuestiones está en relación inversa con sus pretensiones, como fué el caso de Alemania en la segunda mitad de la Guerra Mundial, entonces se acumulan para el conductor de ejército obstáculos que pueden llegar a ser casi insuperables. No sin emoción se lee en las Memorias de Ludendorff las luchas que tuvo que sostener en este sentido. ¡Qué parte grande de su mejor fuerza se ha substraído de este modo a su verdadera tarea! Únicamente una voluntad muy firme y bien consciente, como la suya, pudo abrirse paso en tales circunstancias.

El mejor y más enérgico impulsor de la voluntad es la *ambición*. Una gran ambición es indispensable para el conductor de ejército. Hombres de muy fuerte voluntad y de grandes cualidades permanecen a veces ignorados porque les falta el impulso interior de ser el primero y «de ser más que los otros». «El deseo de adquirir un prestigio bien fundado es el mayor incentivo, el más importante impulso del alma, la fuente y la causa eterna que lleva a los hombres a grandes esfuerzos y que produce aquellos actos que los hace inmortales», dice Federico el Grande. Algunos hombres notables han llegado a desplegar sus dotes por un azar de las circunstancias, casi por violencia. Cromwell y Washington son ejemplos de ello.

Injustamente se condena con frecuencia a la ambición, porque se confunde con una actividad que busca solamente ventajas exteriores. La verdadera ambición, al contrario, es la aspiración natural en ciertos hombres a dejar de sí, después de la muerte, una larga memoria. Sin este activo impulsor, la voluntad sucumbe fácilmente al peligro de irse apagando paulatinamente, por más energía que se manifieste al principio. Cuando hombres geniales, cuyos comienzos hicieron concebir grandes esperanzas, desaparecen en la oscuridad, no hay que atribuirlo siempre a un agotamiento de sus dotes. La causa será que una filosofía equivocada les enseñó con el tiempo a despreciar gloria y honores o que se dejaron influenciar por la envidia de los camaradas o quizás también que la facilidad con que lograron los éxitos conquistados les hizo perder el atractivo de luchar

por nuevos laureles. La ambición verdadera impide esto; ella conserva en movimiento la voluntad, como el volante a la máquina. Sin ambición, las grandes acciones son imposibles.

Su compañero ordinario es el amor a la gloria, que busca sacar el propio nombre del olvido. Este fué el resorte que impulsó a Federico, cuando partió para conquistar la Silesia, con el fin de procurar al desarrollo de su patria nuevos horizontes.

Las pruebas más duras se presentan al conductor de ejército en los días de desgracia. Entonces debe poseer el don especial de sopor tar bien todas las desilusiones y los golpes más rudos del destino. Hay caracteres fuertes, que, sin embargo, pierden la calma, la reflexión y la paciencia cuando resultan fallidas sus esperanzas. *La verdadera grandeza de alma preserva de eso*. La agregamos a nuestro ideal de conductor de ejército.

Se ve así que numerosas grandes cualidades humanas son, al mismo tiempo, grandes cualidades militares.

De las demás cualidades propias de conductor de ejército sólo es necesario hacer resaltar aquellas sobre las que hay algo especial que decir, ya que es evidente que no debe faltarle circunspección, valor, audacia, espíritu emprendedor, prudencia, perspicacia, tenacidad, etc., puesto que todo soldado debe poseerlas.

Muy necesario es para el conductor el conocimiento profundo de los secretos de la naturaleza humana. Un ejército es una multitud muy sensible; no es un instrumento inerte que pueda moverse como las piezas de juego de ajedrez, que pueden ser manejadas y movidas en todos sentidos, hasta dar jaque al enemigo. Está sometido a numerosas influencias morales y será de distinto valor según su estado de ánimo. El infortunio disminuye el valor y la confianza. Una ventaja en sí insignificante aviva la esperanza y levanta el ánimo. Los rendimientos de una misma unidad varían en los períodos distintos de tal manera que no se la reconoce.

Influencias que una vez dejan huellas muy profundas, en otras pasan sin dejar rastros sensibles. Es que no interesa tanto cuáles son las exigencias que se imponen sino *la forma y por quién* son impuestas. No se pueden establecer reglas a este respecto. El conduc-

tor de ejército debe saber mirar el interior de los corazones de los soldados, a fin de apreciar bien lo que puede esperarse de ellos en un momento dado. Debe ser *conocedor de los hombres*. Ya Scharnhorst ha lamentado «que la parte psicológica del arte de la guerra es un terreno tan poco conocido, y que se pierde casi por completo la utilidad principal de la historia, a saber el difícil y sin embargo tan útil conocimiento del corazón humano, que se obtiene del mejor modo por la investigación de aquellos acontecimientos que fueron consecuencias de concepciones grandes y de amplias vistas». Por esta razón no debe la historia de guerra, como sucede con frecuencia, contentarse con enumerar los hechos en un estilo lacónico, semejante a edificios antiguos, y establecer conclusiones críticas, sino que debe considerar también la parte moral y describir los colores fundamentales que brillaban en el original del cuadro desarrollado. Muchos excelentes militares cometan errores precisamente en este sentido; o fatigan la tropa, juzgándola según su resistencia propia, o estimando en menos el poder de su influencia, no le exigen todo lo que aquélla es capaz de dar.

Como cada pueblo, cada ejército exige ser empleado y conducido de un modo distinto; de acuerdo con sus particularidades y estado de ánimo, el comandante de ejército deberá tener, en cada uno de ellos, dotes especiales distintas. Si bien todos los verdaderos conductores de ejército presentan siempre características bastante uniformes, será necesario que en un caso tengan más desarrollada una determinada cualidad y que, en otro, sea una distinta. La fogosidad que arrasta al hombre del sur a realizar hazañas, es incomprendible para el hombre del norte. La firmeza serena que agrada a este último, dejatal vez, frío al primero. La comprensión de *su pueblo* y de *su ejército* enseña al conductor de ejército a hallar el buen camino. El conocimiento de los hombres le hace elegir también a las personas apropiadas para los distintos puestos. Con esto se gana mucho para el éxito, puesto que por medio de auxiliares hábiles se completan las cualidades que le faltan al conductor y se aumenta la eficacia de las que posea.

A las cualidades poco estimadas y no obstante indispensables en

el conductor de ejército, pertenece también la *imaginación*, la científica de nuestro sistema de educación moderno. Desarrolla ante los ojos del joven cuadros de gloria y de grandeza, impulsándolo lleno de entusiasmo a la imitación. Esto, sin embargo, no es su mayor utilidad. Una imaginación demasiado viva hasta puede llevar a una exagerada apreciación de las fuerzas propias y a conclusiones erróneas. Pero para otros fines la necesita el conductor de ejército en forma absoluta. Debe tener en todo momento, durante las marchas y empresas a menudo complejas, una idea clara de la situación propia como también de la probable situación de las tropas enemigas. También debe ser capaz de prever en qué forma se habrá modificado el cuadro a los dos o más días. Jomini alaba esta cualidad en Napoleón y explica por ella la rapidez y facilidad de todas sus disposiciones. Tenía presente la situación en que se encontraban en cada momento sus cuerpos, divisiones y brigadas. Así, nada olvidaba; no omitía medio alguno que le pudiera ser de utilidad para sus fines; pensaba en cuestiones que a cualquier otro le hubieran pasado inadvertidas y constantemente disponía de arbitrios. Esto es en gran parte obra de imaginación. Ella auxilia, además, en el estudio de la historia de guerra, coloreando los detalles y permitiendo recoger enseñanzas de hechos que en la narración histórica han sido mencionados sólo someramente.

Una imaginación desordenada, no dirigida por el cuidadoso estudio de la historia, presenta, sin duda, una desventaja, pues hace suponer peligros donde no existen. Pero en los espíritus tímidos este temor nace a menudo precisamente de la falta de imaginación y miles de dudas con sus consiguientes disposiciones equivocadas tienen su origen en esa falta. Se supone al enemigo donde jamás debiera suponérselo si se tuvieran presentes sus últimas posiciones conocidas y el tiempo transcurrido. Se ordenan medidas inútiles de seguridad, cuando si se aprecian las cosas con lucidez se deduciría que ya otras tropas deben haberse hecho cargo de aquel servicio. La funesta dispersión de fuerzas tiene frecuentemente su origen en la falta de imaginación. En cambio, su posesión facilita la comprensión de las órdenes y disposiciones; contribuye a la orientación en el terreno, por-

que crea un cuadro vivo de la carta, produciéndole así más pronto el reconocimiento de los objetos topográficos. Nos ayuda, más de lo que pensamos, a pasar de la teoría a la práctica.

Si en la guerra siempre hubiese tiempo para hacer cálculos, tal vez se podría prescindir de la imaginación. Pero como generalmente no existe, es preciso que la imaginación nos produzca, como por encanto, el cuadro que debe servir de base para nuestros actos ulteriores. A fin de que al hacerlo no se produzcan deformaciones de la realidad, es necesario que el conductor de tropa no deje de ejercitárla y mantenerla siempre despierta.

Con frecuencia se aprecia también en menos la importancia que una buena memoria tiene para el conductor de ejército.

Napoleón decía de un hombre de buen juicio, pero sin memoria, que se parecía a un hermoso departamento sin muebles o a una plaza fuerte sin guarnición. La guerra es una constante lucha contra dificultades que el enemigo nos prepara o trata de prepararnos. Interesa, por consiguiente, hallar siempre de nuevo arbitrios para vencerlas. Entonces el recuerdo de situaciones semejantes de períodos pasados, aun de ejemplos de la historia de guerra, significa una ayuda extraordinaria. Hasta la cabeza más inventiva fallaría sin la ayuda de una buena memoria. Ella hace que la experiencia sea provechosa. La guerra exige un gran cuidado de numerosos detalles, insignificantes en sí, pero de los cuales depende el bienestar de la tropa. También para tales fines el conductor de ejército debe disponer de una buena memoria. Esta no es de manera alguna, igual para todas las cuestiones, pues es de distinta intensidad para nombres, personas, hechos, números, etc. Después de la memoria histórica y geográfica, parece más útil para el conductor la de las personas. Le habilita a poner a cada hombre en el puesto más adecuado.

Como una de las más importantes cualidades del conductor, debemos mencionar el *espíritu creador*, pues el «don inventivo» no nos parece el término apropiado. Hay pocos hombres que tienen ideas originales. La expresión de Ben Akiba: «Todo ha sucedido ya otra vez», rige tanto para el mundo de las ideas como para el de los hechos. En nuestro tiempo, la mayor parte de las gentes trabaja con

materiales heredados o adquiridos. En la guerra se repiten las situaciones de modo que hay semejanza entre ellas; pero nunca son del todo iguales. La cantidad de las causas y de las fuerzas que actúan es demasiado grande como para permitir una igualdad completa. Por consiguiente, no puede el jefe trabajar con recursos exactamente iguales a los que ya fueron empleados en otra ocasión. A lo menos tendrá que haber algo completamente nuevo en la forma de su empleo. Un caudal de ideas propias será siempre necesario, como resultado de su espíritu creador y del deseo de emplearlo. Debe ser una fuerza continuamente productora.

Esta fuerza incita y habilita a desprenderse de la rutina y a obrar libremente. Ya con ella sola un conductor obtiene una superioridad manifiesta sobre un adversario a quien falte el mismo don. Lo sorprenderá continuamente.

Si al espíritu creador se une la voluntad, la ambición y el amor a la gloria, nace entonces la *necesidad de acción*. Con razón se dice que de dos conductores iguales en otros aspectos, el más activo obtendrá la supremacía. Esta necesidad de acción hizo la grandeza de Alejandro, a quien un autor lo ha llamado acertadamente un explorador en armas, siempre impaciente por la idea de que alguien le pudiera aventajar.

La necesidad de acción nos lleva a otras consideraciones. Impone grandes exigencias a las fuerzas propias, no solamente a las espirituales sino también a las físicas. Una buena salud es un don excelente para un conductor de ejército. Es verdad que han existido generales famosos y de poca salud. Pero esto prueba únicamente la fuerza extraordinaria de su alma. Podían haber hecho mucho más si una parte de su voluntad no se hubiera consumido para dominar sus debilidades físicas. Torstenson mandaba sus tropas desde la litera y llevó a cabo brillantes campañas. Pero al fin lo venció la enfermedad. Tenía poco más de cuarenta años cuando tuvo que abandonar su ejército y sus victorias, para retirarse a sus propiedades. La gota privó a Suecia de un gran general y de una serie de victoriosas campañas.

La naturaleza demanda sus derechos. En un cuerpo enfermo, el

espíritu no puede quedar permanentemente fresco y claro. Su propia persona lo desvía de las grandes cuestiones, que exigen toda su actividad.

Contar con una buena salud es muy necesario para los comandantes de tropas en los ejércitos modernos, pues ellos llegan a los altos puestos recién ya entrados en edad. El servicio en el ejército alemán ha sido siempre fatigoso. Únicamente un hombre de vigorosa constitución física tenía la perspectiva de conservarse resistente hasta los grados superiores de la jerarquía militar.

*Una situación económica desahogada* sólo puede ser de utilidad para el jefe. Ella desarrolla la confianza en sí mismo y afirma el sentimiento de independencia. Ayuda también, inteligentemente aprovechada, a la conservación de la frescura y fuerza física. La riqueza resulta peligrosa únicamente en personas mediocres.

También el *valor* merece algunas palabras aclaratorias, por más sobrentendida que sea en todo soldado. El conductor de ejército lo necesita de una especie particular.

Los dioses y héroes de la antigüedad no se avergonzaban de huir del más fuerte. No por eso se los excluía de la mesa redonda del Olimpo. Nuestro concepto moderno del valor, según el cual el guerrero debe resistir también al peligro ante el cual cree que sucumbirá, está profundamente arraigado en la moral cristiana. Ella exige que hagamos caso omiso de nuestra vida frente al deber. Hasta el tímido es arrastrado por los muchos ejemplos de dominio propio que ve a su alrededor. El temor de ser despreciado por los camaradas como un indigno miserable es, en último término, mayor que el temor a la muerte.

Pero no es este valor, adquirido por la educación; el que es de utilidad para el conductor. Necesita, en cambio, de esa sangre fría innata, que es una cualidad muy rara. Sirve al que la posee, sin que éste se dé cuenta de ello.

El sentimiento del honor y el amor propio sostienen a la mayoría en el momento del peligro. Exteriormente es difícil notar una diferencia entre ella y las personas cuyo valor procede de un corazón grande y fuerte. Pero, en el fondo, los primeros están preocupados

con su exterior para adoptar las apariencias del valor. Una gran parte de su fuerza moral se consume así en la actividad de su propia persona. Su inteligencia está menos lúcida que otras veces. Los rayos de su espíritu se debilitan al atravesar las capas anormalmente densas y quizás con propio asombro notan que no están a la altura de su misión.

El valor innato no necesita para su conservación de una corriente eléctrica producida artificialmente. El desprecio a la muerte es en él cosa tan natural, que no consume nada de sus demás facultades intelectuales y morales, sino que, al contrario, las habilita para rendimientos superiores, puesto que la excitación del momento aumenta la presión interna, que pone en tensión a todas sus fuerzas.

Por eso admiramos las naturalezas guerreras sobresalientes cuando las vemos en los momentos de los mayores peligros más lúcidas y más llenas de recursos, mientras todos los demás trabajan con la mente un tanto ofuscada.

Únicamente un valor que no alcanza a comprender que no se tenga valor, llegará a descolgar entre sus camaradas. Es un valor semejante al que Shakespeare le atribuye a César, cuando le hace decir las palabras: «Entre todas las maravillas de que he oído hablar, ninguna tan grande como la existencia de hombres que temen la muerte, el destino de todos, cuando saben que llega inevitablemente cuando debe llegar».

Del gran número de cualidades tan difíciles de reunir, se desprende desde ya que las naturalezas perfectas de conductor son raras. Esto nunca se ha desconocido. Federico calificaba al general completo de: «*être de raison*, una república de Platón, el *centrum gravitatis* de los filósofos, la piedra filosofal de los alquimistas, una obra de la creación que merece nuestra admiración más absoluta».

En las instituciones de Tamerlan se amalgama la nobleza de nacimiento con la nobleza del alma: se exige inteligencia, astucia y arrojo, valor y prudencia, decisión y previsión, tenacidad y reflexión pro-

funda. Cuando Onosandros no exige de su general sino que sea continente, económico, aplicado, de clara inteligencia, de noble corazón, de edad mediana, padre de familia y, en lo posible, de buen origen, ha tenido ante su vista a un buen general de los adocenados, pero no a un Aiejandro, César, Federico o Napoleón.

El necesario equilibrio entre las diversas cualidades que frecuentemente son incompatibles, ya es difícil que se realice; es un presente que la Creación sólo produce cuando está en un estado de ánimo excepcionalmente jubiloso.

Podrá parecer ahora que los grandes conductores de ejército en los que se reunen cualidades tan superiores, debieran presentarse también como hombres excelentes que en seguida conquistan nuestros corazones. Ni de Federico ni de Napoleón pudieron, los que trajeron personalmente con ellos, decir tal cosa.

La explicación de que donde hay mucha luz también hay mucha sombra, no puede sernos suficiente. Un análisis más minucioso nos demostrará que el conductor de ejército necesita, y hoy más que antes, poseer ciertas cualidades, que ni son bellas desde el punto de vista puramente humano, ni se perdonarian a otros mortales que no nos compensasen por otras grandes virtudes.

La fuerza de voluntad raras veces se exteriorizará sin cierta dureza. En las guerras del presente se acumulan inmediatamente antes o después de las batallas tantas fuerzas combatientes, que ya esto solo produce forzosamente una multitud de privaciones y de miserias. Y luego los campos de batalla en que cientos de miles han luchado. Ellos son escenarios de toda clase de dolores humanos. Ninguna consideración teórica de que esto es necesario e inevitable nos borra la impresión que el espectáculo de tales sufrimientos nos produce. Frequentemente se enternece aquellos que con la sensación secreta de su propia debilidad se mostraban los más duros, y que cuando se trataba de palabras, fueron los más decididos para pasar a las acciones sangrientas. También contra esa debilidad pueden proteger únicamente cualidades especiales. Es la dureza ligada al sentimiento de superioridad que debe ser propio en todo conductor. Hablamos frequentemente del desprecio por los hombres que han tenido los gran-

des conductores. Esto requiere una explicación. Queremos significar con ello el sentimiento de menoscenso por la suerte de los individuos, que sólo se exterioriza cuando se trata de grandes fines. En la vida íntima, aun Federico y Napoleón tenían sus momentos de ternura.

Pero las multitudes no siempre tienen en vista los grandes fines. Escapan a su conciencia cuando ellas están embargadas por lo que las rodea de cerca. Entonces la dureza necesaria del conductor de ejército parece frialdad de corazón y repugna. El conductor, que movido por la compasión demuestra su simpatía a un herido o se deja llevar por su compasión a los lugares de sufrimiento, corre el peligro de dejar pasar los más preciosos momentos para la acción sin aprovecharlos.

Y, no obstante, retrocedemos ante un hombre que dirige su mirada sobre los batallones diezmados y agotados, para calcular fríamente lo que todavía puede exigir de ellos.

La inflexibilidad y la falta de sentimientos, tan repugnante en apariencia, forman parte de las cualidades necesarias del que quiere realizar grandes acciones en la guerra. Para el conductor no existe más que un delito, que la historia jamás le perdonará: el de ser derrotado. Un carácter firme lo tendrá siempre presente. Cuanto menos le impresione el desagrado de los que le rodean, tanto más duro parecerá.

No solamente advertimos esas imperfecciones humanas, sino también otras de orden intelectual en los grandes conductores. Las palabras de Shakespeare sobre la ausencia del miedo indican ya una inclinación al fatalismo. Esta fué común a la mayoría de héroes y parece indicar cierta limitación del espíritu; sin embargo, es perfectamente comprensible. La experiencia les enseña a reconocer las influencias que las pequeñas causas ejercen reunidas, causas que no se pueden prever ni controlar. De ahí la creencia en un destino, que decide en cada caso sobre la victoria y la derrota. A primera vista esto está en contradicción con el hecho de que todos los héroes, desde Alejandro hasta Napoleón, estaban llenos de fe en su misión, lo que proporcionaba aún en las situaciones más difíciles una seguridad

inquebrantable. Pero, en último análisis, en ella radica la convicción de que, a la larga, la fortuna permanece fiel únicamente al hombre capaz, que las casualidades que actúan con divina libertad, «sa sacré majesté le hazard», como Federico las llamaba, tan pronto fallan en nuestro *favor* como en *contra* nuestra. No es, pues, la creencia en un poder sobrehumano sino en su propia capacidad lo que constituye en los grandes guerreros la llamada fe en su misión.

Aprendemos así a comprender la dureza y a perdonarla, y a reconocer en las imperfecciones del espíritu una cosa distinta a la aparente. Menos estimables se presentan los agregados del carácter heroico que se mencionan a continuación, no obstante ser precisamente en nuestro tiempo más imprescindibles que nunca.

Aun un Alejandro o César que hoy se incorporase al ejército, tendría que recorrer todos los grados de teniente a general, antes de poder hacer un uso amplio de sus cualidades innatas de conductor de ejército. En este largo camino hay que evitar muchos escollos, tanto los que trae la vida como los que se encuentran durante el servicio. Aquí fácilmente se estrellan precisamente las naturalezas francas y de buen corazón. La generosidad y el sentimiento de camaradería han sido a menudo fatales a hombres de bolsa abierta. La lealtad y el afecto personal han arrastrado a más de uno a la misma suerte que le cupo a un superior o a un amigo. Oficiales excelentes han perdido su carrera por no manifestarse conformes con el mal trato injustamente dado a algún subordinado, siendo al fin arrastrados en la caída de éste.

Para evitar estos peligros hay que observar conscientemente una actitud circumspecta y apartarse de la masa de los compañeros. Llegamos aquí a considerar útil una cualidad que hemos estimado como la más perniciosa al tratar del cuerpo de oficiales: *el egoísmo*. Pero es imposible evitarlo, pues nadie, desgraciadamente, ha realizado algo en el mundo sin una cierta dosis de egoísmo. Sin embargo, es preciso tener presente la más importante de las diferencias entre los morales comunes y las pocas naturalezas privilegiadas, destinadas por la Providencia a grandes fines. Para los primeros, el egoísmo no es otra cosa que el miserable amor del yo. Para los segundos, en can-

bio, no es sino la consciente conservación de sus fuerzas en la perspectiva de futuras oportunidades, para emplearlas cuando llegue la ocasión, en beneficio del mundo, de la manera más enérgica. No debe consumirse ya antes en fines de poca monta. Una cierta indiferencia con respecto a todas las pequeñas emociones diarias contribuye generalmente en las grandes naturalezas a preservarlas de un agotamiento prematuro. Pero esta cualidad no tiene para los demás nada de agradable. De aquí el que los grandes héroes, por lo menos de los tiempos modernos, no hayan sido en su juventud muy queridos por sus camaradas. Se les reprochaba frialdad y cálculo.

No se puede negar que este frío retraimiento, tanto si es adquirido como innato, imprime con el tiempo la tendencia a la desconsiderada prosecución de las ventajas propias en todo terreno. Así se explica, probablemente, que tan frecuentemente observemos en los grandes conductores y grandes hombres de estado la fea inclinación a la adquisición de bienes materiales, y de que mientras la multitud entusiasta atribuye a sus ídolos todas las bellas cualidades unidas a las más grandes, los que les conocen intimamente se encogen de hombros compadeciendo esta crédula candidez. Pero, en último análisis, aquí solo sigue obrando la misma cualidad, por la cual se hizo posible la grandeza. Las naturalezas completamente desinteresadas caen, en el largo camino hasta llegar a ser un gran conductor, con seguridad víctimas de algún infortunio. Deseamos tener para bien de los camaradas, como ya hemos dicho, muchas de esas naturalezas desinteresadas, pues siempre deben ser muy pocas, por cierto, las que deben alcanzar el último escalón.

También en esto hay excepciones, o sea hombres superiores que se han ofrecido para todo y que jamás se agotaron; pero son casos raros, aun entre los mismos grandes hombres.

Siempre se mezclará en los conductores de primera línea el entusiasmo por su misión histórica con el amor a la gloria del propio nombre, de modo que ambos resultan inseparables. Esto sólo da ya una apariencia de egoísmo, sentimiento que el rey Federico expresaba en orgullosa forma, cuando antes de la batalla decisiva de Hohenfriedberg escribió a su ministro Podewils: «Mi ambición consiste en ha-

» ber contribuído más que nadie a la grandeza de mi casa y en  
» haber jugado un gran papel entre las testas coronadas de Euro-  
» pa. Conservarme a esta altura es un deber personal, que cumpli-  
» ré a expensas de mi felicidad y de mi vida. Ya no soy dueño de  
» elegir. ¡Mantendré mi poder, o caeré arrastrando conmigo el nombre  
» de Prusia!» Sin la grandeza de Federico, no hubiera sido pos-  
ible la grandeza de Prusia; así pensó el rey héroe, y con la venera-  
ción que infunde en nosotros el sentimiento que animaba a esas pala-  
bras, perdonamos a todos los héroes su noble egoísmo.

Si la historia enseña que las naturalezas guerreras excepcionales no se distinguieron únicamente por bellas cualidades humanas, que los hacían simpáticos, sino que debían recurrir forzosamente a algunas otras que repugnan en la vida ordinaria, se desprende que es preciso hacer caso omiso de estas últimas cuando se trata del adelanto en la carrera de hombres jóvenes de dotes relevantes.

El principio de que nadie es irreemplazable, y que el ejército subsiste aun cuando se separen de él los mejores, es, por cierto, excelente, pero no debe conducir a que se deje caer a los que valen por la sola razón de tener algunas cualidades poco gratas. La inclinación de ascender a los personalmente simpáticos en lugar de aquéllos, se propaga fácilmente. Es, pues, necesario para que un ejército sea bien dirigido que haya tolerancia con todas aquellas condiciones de carácter que no afecten a la capacidad. Del grupo de los subordinados incomodos, de los camaradas bruscos y retrápidos, han salido frecuentemente en años posteriores los más notables generales.

Es verdad que hay virtudes humanas de las que no podemos prescindir, dada la posición social del cuerpo de oficiales; pero, en cuanto sea posible, debe haber condescendencia para el hombre capaz quien, con sus buenos servicios, compensa sus defectos personales.

No existe otro medio de elevar pronto de los grados inferiores a los hombres de los cuales esperamos grandes acciones, sin desorganizar el ejército. La búsqueda intencional de conductores sólo ha conducido a la elección de un Mack o de un Massenbach. Era una suerte si al mismo tiempo se lograba tropezar con un Rüchel. Mucho más seguro es dejar el camino abierto a los caracteres vigorosos, pero abandonándolos en él enteramente a sí mismos.

## 2. Cuarteles y órganos de mando

«La composición del cuartel general de un ejército es de una importancia que no siempre se reconoce en toda su extensión. Hay comandantes en jefe que no necesitan de consejos, que meditan y resuelven por sí solos; los que les rodean no tienen sino dar cumplimiento a sus órdenes.. Pero éstos son estrellas de primera magnitud, de las que cada siglo apenas aparece una.

» En la mayoría de los casos, el conductor de ejército no querrá privarse de consejos. Estos pueden muy bien ser el resultado de las deliberaciones de un número más o menos grande de hombres, cuya instrucción y experiencia les habilite especialmente para una apreciación acertada. Pero ya en este número no debe prevalecer más que una sola opinión. La jerarquía militar debe ayudar a que exista la subordinación, hasta la del pensamiento. Al comandante en jefe sólo debe someterse esta *única* opinión a su propio examen, y ser expuesta por el único autorizado para ello. Este debe ser elegido por el comandante en jefe, no por el escalafón sino por su completa confianza personal. Aunque la proposición no fuese siempre lo absolutamente mejor, con tal que se proceda con lógica y constancia en la misma dirección se podrá llegar a un desarrollo provechoso. Al comandante en jefe le queda el mérito infinitamente más trascendental que el de su consejero, de asumir la responsabilidad de la ejecución.

» Pero si se rodea al comandante en jefe de un gran número de hombres, independientes uno del otro—cuanto mayor sea su número, cuanto más caracterizados, cuanto más inteligentes, tanto peor; que escuche tan pronto el consejo de uno como el de otro, que ejecute una medida, en sí, apropiada hasta un cierto punto, y emprenda después la ejecución de otra más apropiada aún en una dirección distinta; que reconozca luego las objeciones bien motivadas de un tercero y acepte, por último, las proposiciones de un cuarto para remediarlo todo, se puede apostar cien contra uno que con todas esas medidas, quizás todas ellas bien motivadas, perderá su campaña.

» Existe en todo cuartel general un cierto número de personas que  
» saben hacer resaltar con mucha perspicacia todas las dificultades de  
» cada empresa propuesta. Al primer tropiezo que ocurra, ellos proba-  
» rán convincentemente que todo lo habían previsto. Siempre tienen  
» razón, pues como ellos mismos difícilmente proponen algo positivo  
» y mucho menos lo ejecutan, el resultado nunca puede contradecirles.  
» Estos hombres de la negación son la perdición de los comandantes  
» de ejército.

» Pero el más desdichado de los comandantes en jefe es el que se  
» haya sometido a una fiscalización constante, aquel que debe dar  
» cuenta todos los días y a toda hora de sus proyectos, planes e in-  
» tenciones; con un delegado de la autoridad superior en su cuartel  
» general o, por lo menos, con un hilo telegráfico a sus espaldas, tie-  
» ne que desaparecer toda iniciativa propia, toda resolución rápida,  
» toda empresa arrojada, sin las cuales la guerra es imposible.» (1)

Estas reflexiones se refieren al cuartel general austriaco de 1859.

Pero no tenemos necesidad de recurrir a la historia militar ex-  
tranjera para estudiar la influencia de una composición desgraciada  
de un cuartel general. La historia patria nos suministra, por desdi-  
cha, un ejemplo terminante. En el año 1806 estaba al frente del  
Ejército un cuartel general cuya composición hacía casi imposible  
una buena conducción del Ejército.

Clausewitz habla jocosamente de un *congreso* llamado a dirigir el  
Ejército. Esta expresión es, por cierto, bastante adecuada. El du-  
que de Brunswick debía dirigir en realidad el conjunto. Pero al  
mismo tiempo se le había confiado el mando de una parte de las  
fuerzas combatientes, el llamado ejército principal. El príncipe de  
Hohenlohe, a la cabeza de otra gran parte del Ejército, era a la vez  
su igual y su subordinado. Su autoridad como general era casi  
igual a la del duque; en el Ejército se le estimaba a menudo como su  
superior. El mismo se creía obligado, en bien de la patria, a desempe-  
ñar un papel independiente y hacer sentir todo lo posible su influen-

cia. Massenbach, su cuartelmaestre, le fortalecía en esta opinión.  
La situación de Rüchel era semejante. Para cada uno se había for-  
mado un ejército, a fin de satisfacer las pretensiones que se les su-  
ponían a ambos. Pero con el ejército principal del duque se hallaba  
también el Rey. Es cierto que había venido únicamente para aumen-  
tar con su presencia la energía y rapidez de todas las medidas; pero  
su influencia debía naturalmente extenderse más, pues el duque no  
tomaba determinación importante alguna sin oír antes a una junta,  
a la cual asistía el Rey. A él acompañaba Phull, el más antiguo ofi-  
cial de estado mayor y el verdadero jefe de estado mayor del Ejército,  
desde que el jefe titular, Geusau, absorbido por los asuntos adminis-  
trativos en el ministerio de guerra, no se ocupaba de la conducción del  
ejército. También el mariscal Möllendorf, que en 1805 todavía co-  
mandaba un cuerpo de reserva, había sido llevado por el Rey, por-  
que con sus 82 años de edad ya no se le podía emplear en un puesto  
de actividad y, por otra parte, se quería aprovechar su experiencia.  
También Zastrow, en quien Federico Guillermo III tenía desde ha-  
cia tiempo una confianza ilimitada, fué incorporado al cuartel gene-  
ral del Rey. El coronel v. Kleist, ayudante general de campo, forma-  
ba parte del mismo, en razón de su posición influyente. También  
ejerció una influencia el general Kalckreuth, que mandaba la reserva  
del ejército principal y se hallaba siempre cerca del Rey y del du-  
que. Y todavía los diplomáticos intervenían en las juntas y en las re-  
soluciones. En las deliberaciones, al lado del duque sólo se hallaba  
Scharnhorst, su jefe de estado mayor, pero más moderno que Phull y  
aun que Massenbach; era, además, nuevo en el ejército y sin el don  
de hacer valer sus merecimientos personales en poco tiempo. El par-  
tido del verdadero comandante en jefe sólo podía, por lo tanto, des-  
empeñar un papel secundario, ya por el número de votos. Los acom-  
pañantes del Rey eran los que inclinaban el fiel de la balanza. En  
vez de conducir, era el duque el conducido, lo cual, según Clausewitz,  
no dejaba de agradarle.

No faltaban en esa asamblea cabezas privilegiadas ni militares  
muy instruidos y excelentes. Algunos de ellos, como Scharnhorst,  
Kleist y se puede incluir también Phull, han demostrado más tarde

(1) La Campaña Italiana del año 1859, redactada por la División Histórica  
del Estado Mayor General del Ejército Real de Prusia.

poseer condiciones relevantes.. Pero lo producido por todos ellos juntos fué peor que nada, pues fué el aumento de la confusión y de las irresoluciones.

La causa de la desdichada composición del comando del Ejército residía casi exclusivamente en las consideraciones a las personas que actuaban, en cuyo obsequio se procedió a la organización fraccionada del ejército y se crearon los distintos comandos. Desgraciadamente tales consideraciones se hacen valer también en los asuntos más importantes. Clausewitz, que tomó parte en esta campaña con el grado de capitán, contando a la sazón 26 años de edad, como ayudante del príncipe Augusto, supo apreciar con notable perspicacia estas condiciones desfavorables, a pesar de su juventud y de su modesto cargo. «casi increíbles son las circunstancias difíciles en que Scharnhorst » tiene que trabajar», escribe el 29 de septiembre a la condesa María Brühl; «puede dar alguna idea de ello el decir que se encuentran » tres comandantes en jefe y dos jefes de estado mayor en este Ejér » cito, debiendo haber nada más que un comandante en jefe y un » jefe de estado mayor. En mi vida he encontrado otro hombre que » fuera más capaz de vencer dificultades que éste de quien hablo » ;Pero cuánta parte dé su talento debe perderse estérilmente, tenien » do que luchar con tantos obstáculos, hijos de las consideraciones, » con las incessantes fricciones con las opiniones ajenas! Puede ase » gúrarse que si algún desastre viene sobre nosotros será debido ex »clusivamente a estas mezquinas contemplaciones, pues en todos los » demás sentidos la situación se presenta en estos momentos en for » ma muy envidiable para el Rey de Prusia.»

Sí en lo que sigue a continuación se habla del cuartel general, es preciso tener presente la diferencia que existe entre el *Gran Cuartel General* que ejerce el comando sobre todas las fuerzas combatientes en campaña, los *cuartel generales de grupo de ejércitos* y los *cuartel generales de los diferentes ejércitos*.

Sin embargo, en el fondo, todos vienen a ser muy semejantes, po

lo cual lo que se dice de uno rige, en general, también para los otros. Así, pues, no estableceremos separación esencial entre ellos ni diferencia sino donde sea necesario.

La buena composición del cuartel general, especialmente *la armonía entre el comandante en jefe y su jefe de estado mayor*, puede hacer mucho para suplir la falta de un conductor genial, de que hemos hablado en el capítulo precedente. Como es natural, no se pueden dar prescripciones a este respecto.

Una cooperación feliz se funda, en primera línea, en el recíproco aprecio personal. Cuando éste falte, toda teoría falla. Si bien ellos deben poseer dotes que se complementen recíprocamente, también debe haber siempre una analogía en sus características fundamentales, limitándose las diferencias a particularidades aisladas.

*El jefe de estado mayor* está en otra posición con respecto al cuartel general que el comandante en jefe. Él puede elegir entre un número relativamente grande de personas a las que considera aptas para sus fines y que al mismo tiempo le resulten agradables en el trato personal. El comandante en jefe, en cambio, tiene que atenerse a la persona del jefe del estado mayor y no puede prescindir de él sin producir confusiones. Una elección acertada es, por lo tanto, en este asunto sin duda alguna de la mayor importancia. La tirantez de relaciones entre los dos hombres tiene que ser de funesto efecto en la suerte de todo el ejército. Pocas veces llegará a conocimiento del público tales desarmonías, y se buscará después la causa del fracaso en otros lugares y no en el verdadero. Únicamente después de grandes catástrofes suelen las polémicas o las investigaciones de los tribunales militares arrojar alguna luz sobre las condiciones interiores.

El comandante en jefe no puede hoy hacerlo todo por sí. Hasta el genio necesitará colaboradores independientes y prácticos, y con mucha más razón, por consiguiente, el que no pertenezca al grupo de estrellas de primera magnitud. La actividad que requiere la conducción de un ejército es demasiado grande para un solo hombre. Además, ciertos asuntos técnicos exigen conocimientos especiales.

Igualmente por razones psicológicas es necesaria una estrecha armonía entre el comandante en jefe y el jefe de estado mayor. El co-

mandante en jefe estará siempre más o menos cohibido por el sentimiento de la responsabilidad, lo que perjudicará la libertad de su juicio. Es, por lo tanto, conveniente asociarle una persona como si fuera una segunda alma que, no sometida a esa presión, pueda conservar más fácilmente su plena objetividad y la independencia de criterio. Entre ambos habrá una compensación de las emociones, y en esta forma se eliminará al tomar las resoluciones aquello que proviene exclusivamente de sentimientos personales. Pero, para esto, debe ser muy grande la mutua confianza.

Por esta razón el comandante en jefe, aun sin ser el comandante supremo, debiera poder elegir personalmente a su jefe de estado mayor. Él debe tener la seguridad de no verse encadenado, durante el más importante período de su vida, a una persona que le es poco simpática. Una gran parte de su rendimiento depende de su estado de ánimo, y éste, a su vez, en alto grado del carácter de las relaciones con la persona con la cual tiene que trabajar en las cuestiones más graves todos los días, a toda hora.

Las funciones propias del jefe del estado mayor en la guerra no han sido reglamentadas por ley alguna y no pueden en absoluto serlo. Las características individuales, las aptitudes y las inclinaciones deciden todo. Federico y Napoleón fueron, en último análisis, sus propios jefes de estado mayor. Sin embargo, cuando aquél no pudo disponer de Winterfeld y éste de Berthier, los echaron de menos.

El rey Guillermo, en 1870, dejó a su jefe de estado mayor, general v. Moltke, la tarea de impartir independientemente las órdenes a los comandantes de ejército para la ejecución de los movimientos de los ejércitos, resueltas en exposición verbal. Llevaban la firma del jefe del estado mayor general, pero valían como decretos reales.

Es dudoso que el monarca de un estado civilizado moderno esté todavía en condiciones de asumir el puesto de comandante en jefe. Sería conveniente únicamente en ciertas condiciones, de las que hablaremos más tarde. Pero, en todo caso, tendría que dejar más independencia a su jefe de estado mayor que un general levantado al trono, como Napoleón, cuyo gobierno en realidad no fué sino una dictadura militar.

Distinto será el caso cuando un general asuma el puesto de comandante en jefe y otro el de jefe de estado mayor. Ambos pueden entonces dedicar sus energías, sin límites, a la conducción del ejército. En tales circunstancias es natural que las funciones de jefe de estado mayor serían más limitadas que en el caso anterior.

Pero es evidente que siempre el comandante en jefe debe dirigir principalmente todos sus esfuerzos hacia las resoluciones capitales, a vencer las dudas inevitables y para llegar, en sus especulaciones intelectuales, a la incombustible claridad de la convicción.

No conviene que él mismo se ocupe demasiado con el cuidado de la ejecución de sus resoluciones, para lo cual los espíritus pequeños, tratando de calmar su intranquilidad interna, poseen, por lo general, una inclinación notable. Es verdad que la ocupación es un sedante. Pero se procede como el aveSTRUZ, al hundir la cabeza en el trabajo y olvidar, mientras tanto, los apremios del momento. El comandante en jefe no debe apelar a tales medios, pues de otro modo se expone al peligro de distraer su atención de las cuestiones importantes, absorbiéndola en pequeñeces. Una vez que, después de conferenciar con su jefe de estado mayor, haya expresado su voluntad en forma clara y precisa y se ha puesto de acuerdo con aquél en grandes rasgos sobre la forma de la ejecución, todo lo demás, la impartición de las órdenes, la determinación y la comunicación de los detalles necesarios, queda mejor en manos del jefe del estado mayor. El comandante en jefe que quiera redactar personalmente las órdenes, priva a su mente del tiempo necesario para producir ideas. Él debe ocuparse en pensar y no en manejar la pluma.

En los ejércitos de efectivos considerables hasta el jefe del estado mayor deberá evitar de emplear demasiado su actividad en trabajos escritos. Él debe estar en todo momento a disposición del comandante en jefe cuando éste necesite su consejo. Como los trabajos de pluma, una vez iniciados, deben continuarse sin interrupción, exige ya que quien se emplee al efecto para nada sea distraído. Es un elogio muy dudoso para un jefe de estado mayor cuando se lo califica como de gran capacidad para el trabajo, en el sentido vulgar de la palabra. Es cierto que necesita una actividad incansable; pero ésta

debe aplicarse más a dirigir que a hacer las cosas personalmente. Sólo ciertas disposiciones, algunos documentos importantes, las órdenes para movimientos trascendentales o combates decisivos, tendrán que ser de su puño, como también la correspondencia secreta con el gran cuartel general o con el jefe de estado mayor de todas las fuerzas combatientes. Pero del trabajo diario debe desembarazarse en lo que pueda, confiándolo a otros.

Sus funciones son de doble naturaleza, y ya por esto reclaman un gran desgaste de fuerzas. Hacia arriba debe ser el consejero, amigo y confidente del comandante en jefe y hacia abajo el organizador y director de un estado mayor numeroso, compuesto generalmente de muy diversos elementos.

Si el rendimiento del comandante en jefe depende, en determinadas circunstancias, de su estado de ánimo, lo mismo puede decirse del entero estado mayor. El jefe de estado mayor imprime a su organismo un sello especial, reflejo de su propia manera de ser. Si ésta es felizmente oportuna, capaz de llenar de satisfacción y de espíritu de colaboración y de camaradería a sus subordinados, la máquina del comando trabajará con mayor seguridad, rapidez y perfección. Un ambiente de desunión y de discordia, que fácilmente se forma en una colectividad tan heterogénea cuando no se encuentra a la cabeza la persona apropiada, puede echar a perder todo, aun cuando las personas más inteligentes formen parte de ella. En el cuartel general de un ejército deben reunirse los mejores hombres de éste. Puede suponerse así que en ese destino más que en cualquier otro, cada uno de sus miembros dará de sí voluntariamente cuanto pueda. Las formas ásperas y bruscas del servicio serán, por lo tanto, aquí menos necesarias y útiles que en otras partes. Cuanto mayor sea la tranquilidad con que se desarrollan todas las relaciones, tanto mejor marchará el conjunto. De esta armonía interna siempre saldrá un rayo hacia fuera al ejército. La discordia o el espíritu de cooperación que reine en los comandos superiores se transmite a las unidades de tropa, por lo que tienen una gran influencia en la capacidad de los ejércitos.

Se desprende de la doble situación del jefe de estado mayor que debe ser no solamente una personalidad de condiciones relevantes, sino que debe poseer también el don de ejercer una influencia natural sobre los demás, ganándose sus simpatías. Existen bastantes personas que con el modo más amable del mundo saben sacar los mayores rendimientos posibles de sus subordinados. Tales hombres poseen desde ya una excelente predisposición para ser jefes de estado mayor.

Del mismo modo que no existe un reglamento que determine precisamente la situación del jefe de estado mayor, tampoco lo hay para los diferentes miembros del mismo. La libertad que así se deja tiene grandes ventajas. Mientras en tiempo de paz no se constituyan los ejércitos, sus comandos tendrán que formarse recién en caso de guerra. Sus oficiales de estado mayor y los ayudantes concurren de todo el país, frecuentemente sin conocerse entre sí y el jefe. Si desde la paz quedase establecido, de acuerdo con el grado de antigüedad, lo que cada uno tiene que hacer, seguramente tendría esto en el primer momento la ventaja de una organización más fácil del conjunto. Pero esta ventaja es de poco valor. No compensa la gran desventaja de que dependerá en mayor o menor grado del azar que cada uno de sus miembros ocupe el puesto que realmente le sea apropiado. Si hay un plazo de algunos días para proceder a la organización, los distintos miembros pueden familiarizarse entre sí y encontrar cada uno, de acuerdo con su particularidad, el puesto conveniente. La organización en base de la jerarquía importa poco, siendo, en cambio, lo fundamental la buena armonía.

Es preciso librar al jefe de estado mayor no solamente de una parte del trabajo sino también de la multitud de pequeños detalles que la vida diaria de un ejército trae consigo. Debe imprimir, por cierto, el carácter al cuartel general, pero no preocuparse de tomar las numerosas disposiciones necesarias cuando se trata de la vida en común de 50 a 100 oficiales y funcionarios. Debe contar al efecto con un segundo, de modo que los pedidos de informes, las dudas y las dificultades no lleguen hasta él.

Resulta de aquí la necesidad de tener en el cuartel general un

jefe reemplazante. Como tal consideramos al *cuartelmaestre general o cuartelmaestre superior* (1).

El cuartelmaestre general en el comando en jefe de todas las fuerzas armadas, así como el cuartelmaestre superior en cada ejército, pueden crearse en campaña una gran esfera de acción, pues hay innumerables cuestiones que aisladamente no son decisivas para la suerte del ejército, pero que juntas ejercen una gran influencia sobre éste. Diariamente surgen innumerables cuestiones del servicio interno relativas al bienestar de oficiales y soldados, para cuya resolución el comandante en jefe o el jefe de estado mayor no disponen del tiempo necesario. Son de incumbencia del cuartelmaestre.

Frecuentemente el cuartelmaestre general o el cuartelmaestre superior, según el caso, podrá prestar una ayuda valiosa al jefe de estado mayor cuando trate de inclinar al comandante en jefe con sus consejos hacia una resolución determinada. Dos hombres inteligentes convencen más pronto, y más fácilmente agotarán sus razones, que uno solo. Pero es evidente que ambos tienen que ser de la misma opinión, pues de lo contrario se hace inevitable el perjudicial choque de influencias con la consiguiente paralización mutua.

Para la formación de los cuarteles generales prusianos y alemanes en las guerras más modernas se aprovecharon, por un lado, las desgraciadas experiencias de 1806 y, por el otro, las buenas de 1813. Se prescindió de inventar una organización modelo de un cuartel general, limitándose a dejar libre curso a la evolución histórica, lo cual en éste, como en cualquier otro asunto, produce los mejores frutos. El cuartel general de los ejércitos de Silesia de 1813 se tomó por ejemplo. Se formó por las relaciones personales de los hombres que ocuparon los puestos dirigentes. Blücher, Scharnhorst y Gneisenau, que se habían encontrado con iguales sentimientos durante

(1) El primero corresponde para el comando en jefe del ejército de campaña; el segundo para el comando de un ejército.—(N. del T.)

los días más aciagos que sufrió la patria, no pudieron menos que colaborar en la más perfecta armonía cuando sonó la tan deseada hora en que se realizó el anhelo común: la liberación de Prusia. Después de herido y muerto Scharnhorst, la unidad se conservó. Gneisenau fué nombrado jefe del estado mayor, Müffling, cuartelmaestre superior. En los años 1864, 1866 y 1870 se adoptó nuevamente la triple constelación: comandante en jefe, jefe de estado mayor, cuartelmaestre superior. También aquí se encontraron hombres que ya habían cooperado en tiempo de paz. Cuando vino la guerra se tenía la seguridad de la armonía entre ellos. Es cierto que, a pesar de todo, no han faltado las diferencias de opiniones. Esto no puede menos que suceder cuando se reunen naturalezas vigorosas, para quienes la causa es más sagrada que los intereses personales, en la cooperación para un mismo fin.

También para la formación y composición de los cuarteles generales alemanes en la guerra mundial fué decisiva la tradición. Ella ha dado buen resultado en los comandos, que se organizaron en gran número en el transcurso de más de cuatro años.

En cambio, al principio de la guerra de 1914, falló el *Gran Cuartel General*, en lo que contribuyó un defecto de organización, en una medida mayor que la que generalmente se supone. Estaba igualmente fundado en la colaboración del comandante en jefe, jefe de estado mayor y cuartelmaestre general; pero se había contentado con establecer esta relación sólo exteriormente.

Por la distribución de papeles, Guillermo II debió ser el comandante en jefe, vale decir, le correspondía tomar las resoluciones decisivas para la conducción del Ejército, después de haberle presentado el coronel general v. Moltke, jefe del estado mayor, las proposiciones correspondientes.

Pero de este modo el Emperador asumió una tarea casi imposible de llenar en nuestra época. Es cierto que Federico y Napoleón supieron conciliar sus obligaciones de soberano con las de comandante en jefe, sin que ninguna de las dos hubiese sufrido. Pero ellos forman parte de los hombres más grandes de la historia del mundo, por lo que sus acciones no pueden aplicarse a los mortales comunes. Ade-

más, se puede dudar que en las circunstancias presentes hubieran podido alcanzar los mismos resultados.

Es necesario recordar las tareas que pesaban sobre los hombros del Emperador en la guerra. Ante todo, era el Comandante en Jefe Supremo de todas las fuerzas terrestres y marítimas y como tal la más alta autoridad de comando. Esto implicaba la atención de un gran número de asuntos corrientes. Del Emperador dependían directamente los comandantes de ejército, el gobernador general de Bruselas y más tarde también el de Varsavia, el Ministro de Guerra de Prusia, el Jefe del Estado Mayor General del Ejército de campaña, varios comandos de la marina, el Gabinete Militar, que entendía en los asuntos personales del cuerpo de oficiales, etc. Los que se hallaban al frente de estos órganos informaban directamente al Emperador sobre los acontecimientos en sus respectivas esferas de acción y proponían su decisión en todas las grandes cuestiones o que eran de importancia fundamental. Únicamente los comandantes de ejército tenían menos motivo para ello.

Además, Guillermo II continuaba siendo también en campaña el soberano constitucional de una nación de casi 70 millones de habitantes. Ante todo, la política exterior requería su atención. También la interior fué ganando en importancia a medida que la guerra se prolongaba. En el Gran Cuartel General, que fué además el campamento del monarca, se desarrollaba, por consiguiente, una parte considerable de su actividad gubernativa. Acudían a él el canciller, los ministros y los delegados de los representantes de la nación, a fin de conferenciar con el jefe del gobierno. Si ya en tiempos ordinarios tal actividad absorbía completamente la capacidad de trabajo y los nervios de un hombre sano, con mayor razón lo tenía que ser en las condiciones tan anormales creadas por la guerra. Continuamente debía tomar resoluciones de la más grande trascendencia. A esto se agregaba, como un gran peso, la conciencia de que de ellas dependía, en grado mucho mayor que en la paz, el bienestar, el honor y la libertad de la nación.

A todo esto se añadía la atención de las relaciones con los monarcas de los países aliados. Mantener con ellos la unidad de concep-

ción sobre la conducción de la guerra y sobre las grandes cuestiones políticas, tal como se presentaban al gobierno y al comando en jefe del ejército en Alemania, era una de las más importantes condiciones previas para lograr una acción armónica, lo que, sea dicho de paso, sólo se consiguió en forma incompleta. No hay que olvidar, tampoco, los deberes representativos que incumbían al Emperador como cabeza de la confederación de príncipes alemanes.

En resumen: Guillermo II se vió todos los días y a toda hora absorbido por asuntos que, en lo más mínimo, tenían que ver con la verdadera conducción del ejército y que, sin embargo, debían ser atendidos por él. ¿De dónde sacaría, entonces, el tiempo y la tranquilidad interior absolutamente indispensables para el desempeño del puesto de comandante en jefe?

Hubiera sido mejor, por consiguiente, que el monarca hubiese renunciado a ese puesto desde un principio o que por la duración de la guerra hubiese delegado el gobierno del Imperio.

En el primer caso, el Emperador, como es natural, hubiese continuado siendo el Comandante en Jefe Supremo de las fuerzas terrestres y marítimas, pero desligado de la enorme responsabilidad con que todo comandante en jefe tiene que cargar en la guerra. Para ese puesto hubiera sido necesario, en tal caso, nombrar a otra persona, al más competente y más genial general del ejército alemán. Este hubiese estado en condiciones de dedicar a su difícil cargo todas sus energías, sin ser distraído por otras obligaciones.

En el segundo caso, hubiese sido el conductor efectivo de las operaciones, responsable ante Dios, ante la Historia y ante el pueblo alemán; en cambio, en cuanto a su actividad gubernativa, se podía haber limitado a las más grandes cuestiones fundamentales. También este camino hubiera sido viable en 1914.

Pero no se hizo ni lo uno ni lo otro. Alemania se limitó a mantener la misma composición del Gran Cuartel General de 1870, conservando hasta los nombres, sin tener en cuenta que las cosas habían crecido, mientras tanto, a proporciones incomparablemente mayores, y sin tener la seguridad de si Moltke el joven poseía o no el genio de su tío. Resultó así que a la cabeza del Comando en Jefe del Ejército

se hallaba un conductor que no estaba en condiciones de hacerse cargo de la parte que le correspondía. Faltaba, pues, en la maquinaria, un volante importante. Sin éste, estaba inhabilitada para una marcha regular. A Moltke no le quedó otro recurso que ser comandante en jefe y jefe de estado mayor en una persona sin poseer la independencia necesaria. Debió, por lo tanto, no solamente producir en su mente las grandes ideas que tenían que servir de base para la conducción de las operaciones, y meditar sobre la forma de su realización, sino que también debía asumir la responsabilidad total por las resoluciones definitivas y sus consecuencias.

En tales circunstancias, fué de funestas consecuencias que el cuartelmaestre general, de quien se esperaba que iba a ser, como en guerras anteriores, el brazo derecho del jefe del estado mayor, se hallase completamente absorbido por las tareas relacionadas con el aprovisionamiento del ejército. Las magnitudes habían cambiado fundamentalmente también en este sentido comparadas con las de tiempos pasados.

Todavía en la guerra de 1870-71 el cuartelmaestre general había podido atender las cuestiones referentes al aprovisionamiento del ejército como si fuera una tarea secundaria de su cargo y mantenido así su consejo y su capacidad de trabajo en primer término a disposición del jefe del estado mayor para facilitarle sus tareas. Pero en la de 1914 el aprovisionamiento del ejército en víveres y material de guerra de toda clase, así como la administración de las regiones enemigas ocupadas ya poco después de iniciadas las operaciones, establecieron exigencias tan grandes al cuartelmaestre general que se vió obligado a poner fin a su cooperación en la solución de los problemas estratégicos.

En tales condiciones, Moltke careció hacia arriba del apoyo que un comandante en jefe colaborador y responsable le hubiera prestado, mientras al mismo tiempo le faltaba la ayuda del cuartelmaestre general, quien era el más indicado y preparado para aconsejarlo en las cuestiones relativas a la conducción del Ejército.

Moltke no estuvo a la altura de las exigencias de tal puesto, tanto más cuanto que su salud estaba, al parecer, quebrantada cuando

partió a la guerra. Así, pronto perdió el dominio de la situación y se le escapó de las manos la conducción del Ejército. Precisamente en los días decisivos del avance contra el Marne y durante la batalla de este nombre, en que todo dependía de una firme dirección, las riendas se hallaban arrastrando por el suelo. Desgraciadamente, se supo el colapso personal de Moltke recién cuando ya había sucedido el mal irreparable.

El general v. Falkenhayn se hizo cargo de un mal legado. Merece el reconocimiento intenso del Ejército y de la Patria. Pero no se efectuó tampoco bajo su dirección el cambio fundamental necesario en la organización del Gran Cuartel General.

Este se efectuó—dos años demasiado tarde—recién cuando Hindenburg y Ludendorff fueron llamados al Comando en Jefe del Ejército. Ahora, por fin, pudo llenarse el vacío, que hasta entonces había existido, en el órgano decisivo en perjuicio de su acción, aunque todavía no se procedió a sacar también exteriormente las últimas consecuencias, dando a las funciones de los nuevos hombres los títulos que en realidad les correspondían. Ludendorff recibió a su pedido solamente el título de primer cuartelmaestre general, mientras Hindenburg fué nombrado jefe de estado mayor; siendo en realidad el comandante en jefe.

El Emperador permaneció aún ahora al frente del Comando en Jefe del Ejército. Pero en realidad se limitó aún más que antes al radio de acción de Comandante en Jefe Supremo de las fuerzas terrestres y marítimas.

Se estableció, además, que al jefe de estado mayor le incumbía dirigir independientemente las operaciones. Sólo las resoluciones muy fundamentales necesitaban la aprobación imperial.

Aunque con esto no se había hallado todavía una solución completamente clara, se creó una situación en que los dos mejores generales de que, en esa época, disponía el Ejército Alemán, podían hacer sentir su acción en el órgano decisivo. Ellos habían ganado ya las glorias imperecederas de comandante en jefe y jefe de estado mayor en el teatro de guerra oriental, y habían demostrado ser de la pasta de que se forman los grandes conductores.

También en el nuevo puesto trabajaron, según las palabras de Ludendorff, en la más completa armonía como un solo hombre. La distribución de tareas continuó siendo la de antes. Ludendorff fué también en el Comando en Jefe del Ejército el verdadero jefe de estado mayor, Hindenburgh el comandante en jefe. Sus conceptos estratégicos y tácticos, así como la apreciación de que en esta guerra se trataba de una lucha por la existencia del Imperio alemán, eran en ambos completamente iguales, de modo que una colaboración íntima y sin fricciones pudo realizarse por sí sola. Frecuentemente y con razón se ha comparado a Hindenburgh y Ludendorff con Blücher y Gneisenau. Así como, en el caso de éstos, es difícil determinar la parte que corresponde a cada uno en la larga serie de grandes acciones, que hallaron su culminación en la victoria de Belle Alliance (Waterloo), ocurrirá lo propio a la investigación histórica sobre las dos estrellas más jóvenes en el cielo de los conductores alemanes. Ellos juntos encaran el espíritu que en su tiempo hizo la grandeza de Prusia y de Alemania, el espíritu al que todas las clases de la nación alemana tienen que recurrir si desean elevarse de la miseria y de la vergüenza.

Este juicio será el definitivo de la historia, aun cuando al final no fueron victoriosos. Cuando ellos fueron llamados ya no estaba en el poder de hombres aislados evitar la desgracia.

Del mismo modo como las condiciones de la Guerra Mundial asumían en todos sus aspectos proporciones inesperadas, también los comandos de ejército fueron aumentados, tanto en el personal que formaba parte de ellos como en la cantidad de asuntos a resolver, sobrepasando en mucho al marco de lo que en guerras anteriores se había designado con ese nombre.

Como ejemplo describiremos la composición y la actividad del comando de un ejército del frente occidental en una gran lucha—expresión esta última también nueva, surgida recién en la guerra de posición,—que era atacado por el enemigo.

El sector que estaba a cargo de ese comando tenía una extensión de 30 a 50 kilómetros; el número de las divisiones subordinadas era de 15 a 30. Una parte de ellas estaba en combate en el frente. De-

trás se hallaban las divisiones de intervención, listas para avanzar en caso de que el enemigo consiguiera romper en alguna parte la línea alemana. Más atrás aun descansaba el resto de las divisiones en reserva. La conducción del combate estaba en primera línea en manos de los comandos de grupo ya mencionados, de los cuales el ejército tenía unos 4 a 6. Cada uno de éstos tenía un subsector, de una extensión de 5 a 10 kilómetros, disponiendo de 3 a 6 divisiones, las que eran cambiadas con frecuencia. El efectivo de un ejército era muy variado. El ejército más numeroso del lado alemán durante toda la guerra fué el IV durante las batallas de Flandes en el año 1917. Contaba aproximadamente 800.000 hombres, 200.000 caballos y más de 2.000 piezas. 20 a 30 trenes de ferrocarril y un gran número de lanchas le llevaban diariamente los aprovisionamientos de víveres, material de guerra y de construcción hasta los depósitos y lugares de entrega establecidos detrás de la línea de combate.

El comando del ejército se hallaba alojado en una o varias localidades, situadas detrás del centro del frente correspondiente. A fin de poder trabajar tranquilamente, debía mantenerse fuera del alcance del fuego de la artillería pesada ordinaria del enemigo, o sea a unos 15 o 20 kilómetros detrás de la propia primera línea. Allí podía ser alcanzado únicamente por piezas de un largo alcance especial o por ataques de aviadores. Su efectivo era de 100 a 150 oficiales y aproximadamente 1.000 hombres (escribientes, dibujantes, soldados de las unidades de comunicación, gendarmes, asistentes, caballerizos, ordenanzas, ciclistas, escolta del comando, etc.). Numerosos edificios y habitaciones fueron arreglados para oficinas. No obstante, a pesar del gran peligro del espionaje con que habían de contar, se dejaba a la población civil en las localidades, porque se creía conseguir de este modo una cierta protección contra las bombas enemigas.

Una densa red telegráfica y telefónica iba desde el asiento del comando del ejército hacia todas las partes del frente y hacia atrás al comando del grupo de ejércitos y a la inspección de etapas.

El comandante del ejército recibía diariamente el informe del jefe de estado mayor y tomaba las resoluciones a raíz de las propo-

siciones de éste. Por lo demás, su actividad principal consistía en la comunicación directa con los comandos subordinados y con las unidades de tropa. Debía viajar mucho en automóvil, a fin de conocer personalmente a los jefes a sus órdenes hasta los comandantes de división inclusive, para ver las tropas a objeto de conocer su estado de ánimo, para estudiar las medidas a tomar o para comprobar su ejecución; en fin, para mantener la viva comunicación entre la conducción y la tropa. Con ese objeto, debía sobre todo inspeccionar las unidades que combatían en primera línea. Era de la mayor importancia que los soldados, de vez en cuando, pudieran ver de cerca a su conductor. Únicamente cuando el comandante del ejército tomaba de este modo constantemente el pulso a las tropas del frente, evitaba impartir órdenes que no estuvieran de acuerdo con la capacidad de ellas.

También el *jefe de estado mayor* iba con la mayor frecuencia posible al frente. Pero él estaba en más alto grado atado al puesto de comando que el comandante de ejército, puesto que a cada momento podían llegar noticias que exigieran una rápida impartición de nuevas órdenes.

Trabajaba en primer término con la *sección de estado mayor*. A ésta le incumbía atender todo lo referente a marchas, alojamiento y combate; en una palabra, todo lo que las órdenes de ejército debían contener sobre operaciones y actividad de combate. En esta labor, el oficial de estado mayor más antiguo, llamado de acuerdo con el número de su sección el 1.<sup>o</sup>, era el primer auxiliar y reemplazante del jefe en todas las cuestiones relacionadas con la conducción del ejército. Únicamente un hombre muy capaz, que reuniera claridad de ideas y de expresión, actividad infatigable, sólida preparación y gran capacidad de trabajo, podía responder a las exigencias de este puesto. Su cargo era difícil en alto grado y lleno de responsabilidad. Por consiguiente, se le concedía cierta posición privilegiada, eligiendo de preferencia para tal puesto a un oficial que ya de por sí gozara de un prestigio natural entre sus camaradas.

Además de él, 5 a 7 oficiales de estado mayor formaban parte de la misma sección. También se le habían agregado varios oficiales

auxiliares más jóvenes. Fueron elegidos entre los candidatos a oficial de estado mayor, los que recibían de este modo la mejor preparación.

La labor a desarrollar por la sección de estado mayor era inmensa. De día y noche reinaba en ella una actividad no interrumpida. Había que revisar y examinar los partes, redactar e impartir las órdenes, despachar el informe al comando del grupo de ejércitos. Había que tener al día los numerosos libros y el amplio material cartográfico. Durante la larga guerra, los medios y las formas de combate del enemigo, que cambiaban de tiempo en tiempo, traían nuevas sorpresas. La observación minuciosa de todas las novedades en este orden, la invención de contramedidas y el aprovechamiento de todas las demás experiencias de combate, así como las proposiciones para la instrucción de la propia tropa, de acuerdo con el estado en que se encontraba la técnica de combate, absorbían toda la capacidad de trabajo de un oficial de estado mayor de condiciones especiales. Lo mismo sucedía en lo referente a construcción de posiciones, que debían efectuarse no solamente respondiendo a puntos de vista técnicos de fortificación, sino también de acuerdo con ciertos puntos de vista tácticos. No se debía descuidar de mantener al día el diario de guerra. De importancia especial eran también las medidas que debían tomarse para explorar la situación del lado del enemigo. A ellas tenía que dedicarse especialmente otro oficial de estado mayor. Debería poseer un conocimiento de los países enemigos, de su idioma e instituciones militares, como también una cierta facultad de descubrimiento, que difícilmente puede describirse. Una labor constante, efectuada con minuciosidad, tenía una importancia capital en esta rama del servicio. La sección de estado mayor se encargaba, además, de transmitir las órdenes y comunicaciones verbales, de aclarar los inevitables malentendidos y de vigilar la ejecución de las disposiciones tomadas, sin que con esta enumeración se hubieran agotado todos sus deberes.

En estrecha unión con ella trabajaba el *general de artillería* en el comando del ejército. De acuerdo con la importancia de su arma, cada vez mayor en el transcurso de la guerra, aumentó también la autoridad e importancia del puesto que ocupaba. La frase chistosa,

según la cual si bien el tiro era un arte, acertar era, empero, una gracia de Dios, fué muy pronto olvidada en la guerra. Nuestros artilleros sabían que era preciso cambiar y perfeccionar constantemente la técnica de combate de su arma, aprovechando los medios más modernos, que continuamente evolucionaban, si querían conseguir éxitos frente a la superioridad enemiga. La opinión del general de artillería era, así, de una influencia decisiva en el empleo que el ejército hacía de su masa de artillería. Este empleo no sólo se manifestaba en la distribución de las piezas en la línea de combate y en la determinación de los blancos, sino también, y sobre todo, en la distribución de la munición. El pedido oportuno del repuesto de esta última era de la mayor importancia.

Para todos esos trabajos se había agregado al general de artillería una plana mayor especial, formada únicamente por oficiales que sobresalían en la técnica de artillería. Como se había reconocido la importancia de la influencia atmosférica en el resultado del tiro, se creó en esa plana mayor un órgano especial para la observación meteorológica, desde donde se enviaban a las baterías en combate las comunicaciones necesarias para la consideración de esas influencias en el tiro. El general de artillería tenía que ocuparse, además, del adecuado empleo de los aviadores de artillería, dedicando su atención también al tiro a gas. Este tiro a gas era una especialidad, para la cual se había preparado a un oficial de la plana mayor, a fin de que pudiera servir como asesor. A su lado estaba una persona que fué una novedad en el variado cuadro del cuartel general. Su cabeza encanecida de sabio no armonizaba bien con todo el ambiente militar; su modo de ser demostraba que nunca había sido soldado. Era el profesor de ciencias químicas, sacado de la tranquilidad del gabinete a la agitada actividad de la vida de campaña. Pronto se le dió un grado militar, ya que la organización del servicio exigía que cada cual tuviese su puesto en la jerarquía. A estos investigadores, hechos soldados de buenas a primera, el ejército alemán debe más de una batalla ganada.

Hay que mencionar también al *jefe para el tiro rasante muy pasado*. Disponía de algunas piezas, colocadas a bastante distancia de

trás del frente, sobre rieles de ferrocarril, móviles únicamente sobre éstos; se encontraba en el comando del ejército, para saber en todo momento dónde podía emplear del modo más provechoso el poderoso efecto de sus enormes granadas. Un teléfono propio lo comunicaba con su tropa.

El resultado de la actividad del general de artillería llegaba por lo común a las tropas en forma de una orden especial de artillería anexa a la orden de operaciones. Por medio de este órgano, la potencia artillera del ejército se empleaba con unidad de concepción y respondiendo a las intenciones del comando del ejército.

Un puesto análogo al del general de artillería era el del *general de ingenieros* en el comando del ejército. Es cierto que en la guerra de movimiento su acción fué reducida. Pero tan pronto como empezó la guerra de posición, se le abrió un vasto campo de actividad. Le correspondía velar por que en su ejército las posiciones se construyeran de acuerdo con las experiencias más recientes y con unidad de concepción y que se creara un sistema de posiciones fortificadas respondiendo a determinados puntos de vista de orden táctico y técnico. También le incumbía proponer el empleo de las unidades de zapadores subordinados directamente al ejército, así como ocuparse del aprovisionamiento del material de construcciones necesario para las trincheras y obstáculos, como también de los explosivos. Con este fin, el Comando en Jefe del Ejército había impartido directivas precisas.

Como consejero del jefe de estado mayor para el empleo de las unidades de aviación se nombró un *comandante de aviación*. A él le incumbía también mantener a la tropa que le estaba subordinada en un buen grado de capacidad, tanto desde el punto de vista técnico como militar, y preocuparse del reemplazo de materiales. Señalante a la de él, era la posición del *comandante de globos cañíos*. Ambos disponían de una plana mayor especial. También el aprovechamiento de los resultados de la exploración aérea y su comunicación en una forma útil a las unidades de tropa, se hallaba dentro de sus obligaciones. Con este fin se formaron paulatinamente en el

asiento del comando verdaderos establecimientos gráficos, donde de día y de noche se fotografiaba, se dibujaba y multiplicaba.

Hay que mencionar también al *jefe del servicio de automóviles*, como a los oficiales especiales que entendían en las cuestiones referentes a las *ametralladoras y a defensa contra gases*. Ellos también debían colaborar con el jefe de estado mayor y encargarse, además, del reemplazo de materiales correspondientes a sus ramas especiales. La intensa labor que tenían se puede deducir del solo dato de que el jefe del servicio de automóviles era responsable, por ejemplo, de que siempre estuviera disponible todo lo necesario en conductores de reemplazo, combustibles y piezas de repuesto para 4.000 a 5.000 automóviles.

Para la parte operativa de la tarea del comando del ejército, había algunas otras personas más de importancia, que si bien no formaban parte integrante de él, le fueron agregados en forma permanente por el Comando en Jefe del Ejército, a saber: *el delegado del servicio de ferrocarriles, el comandante de las tropas de ferrocarrileros y el oficial de noticias del Comando en Jefe*.

Los ferrocarriles estaban en la guerra bajo las órdenes exclusivas del jefe del servicio de ferrocarriles en campaña, quien tenía su asiento en el Gran Cuartel General. Ninguna otra autoridad podía intervenir en el servicio de los ferrocarriles. Pero, a fin de poder satisfacer en todo momento lo más rápidamente posible los pedidos y necesidades de los ejércitos, en cada comando de ejército y en cada inspección de etapas se hallaba un delegado del jefe del servicio de ferrocarriles en campaña. Ellos reglaban el transporte de las tropas por ferrocarril y el itinerario de los trenes de aprovisionamiento para el ejército dentro de su jurisdicción, todo de acuerdo con las instrucciones del jefe del servicio de ferrocarriles en campaña.

Las tropas de ferrocarrileros, tanto las de vías y obras como las de explotación, empleadas en la jurisdicción de un ejército, no se encontraban a las órdenes directas del comando de dicho ejército. Ellas estaban subordinadas al comandante de las tropas de ferrocarrileros, quien, a su vez, dependía del jefe del servicio de ferrocarriles en

campaña. Su presencia en el comando de ejército debía contribuir a facilitar los trámites. Nunca faltaban pedidos de los comandos de que mejoraran y completaran las comunicaciones ferroviarias.

El oficial de noticias del Comando en Jefe del Ejército transmitía al ejército todas las noticias sobre el enemigo y sobre la situación general que se habían recibido en el Gran Cuartel General y que fuesen de importancia para el ejército. En la jurisdicción de este, dicho oficial de noticias trabajaba independientemente en la obtención de noticias sobre el enemigo, con medios de exploración de que no disponían los ejércitos. También estaba encargado de la defensa contra el espionaje, para lo cual tenía a su disposición una sección de policía secreta de campaña.

Este era, en general, el personal auxiliar que estaba a disposición de un comando de ejército para la conducción propiamente dicha del ejército.

La colaboración sin fricciones de todos ellos dependía, en primer término, de la manera cómo el jefe de estado mayor los aprovechaba y de las instrucciones generales que les impartía para su desempeño.

En las cuestiones de orden interno de los órganos y unidades de tropas pertenecientes al ejército entendía *la ayudantía*.

Le incumbía una tarea vasta e importante, como ser: ascensos, pasos, comisiones, condecoraciones, listas de efectivos y pérdidas, reemplazo de hombres y de caballos, planillas de armamento, etc.

Al comando de un ejército se agregaban, además, *algunos oficiales de órdenes*. En guerras anteriores su misión particular era la transmisión de órdenes y partes escritos. Mucho valor se daba con razón a su capacidad, resistencia, puntualidad y tenacidad para vencer los obstáculos imprevistos. En esta última guerra los medios técnicos de comunicación reemplazaron a sus largos y solitarios recorridos a caballo en país enemigo, para los cuales se necesitaba valor, resolución, habilidad de orientarse pronto en terreno desconocido, agilidad y buen caballo.

Los caballos, durante la última guerra, quedaron en las caballe-

rizas; en su lugar, se recurrió a los automóviles, motocicletas o aviones, cuando por cualquier motivo fallaba el teléfono o la radiotelegrafía. Los oficiales de órdenes fueron empleados para anotar las conferencias telefónicas, para llevar con rapidez y seguridad a su destino los documentos que debían enviarse o que se recibían, para dibujar cartas, etc. Con todo, podían presentarse casos en que un rápido recorrido a caballo era la comunicación mejor y más segura, lo que sucedió con más frecuencia en la guerra de movimiento que en la de posición. Por la razón indicada, no debían faltar algunos oficiales jóvenes de caballería en ninguno de los comandos superiores.

Debemos mencionar dos personas más, cuyo servicio, aunque se limitaba a las necesidades de la vida diaria, eran de considerable importancia para el desarrollo fácil de los negocios y para el estado de ánimo del comando de ejército; nos referimos al *comandante del cuartel general* y el *oficial de aprovisionamiento*.

Al primero le incumbía velar por el orden y la disciplina en la unidad bastante numerosa constituida por el cuartel general con sus oficiales, hombres, caballos y vehículos. Era un trabajo fatigoso conservar la disciplina en ese conjunto tan heterogéneo. Faltaba la escala jerárquica, que reina en las unidades de tropa, y sin embargo, un desorden podía tener muy graves consecuencias por poco importante que pareciera a primera vista que una vez los automóviles no se encontrasen puntualmente en el sitio ordenado o que en el cambio de alojamiento el bagaje marchase en una forma determinada o en otra.

Los oficiales de estado mayor, los ayudantes, etc., tenían en la guerra pocas veces tiempo para ocuparse de sí mismos, de su alojamiento, del asistente, de los caballos, de la no llegada del cofre, de procurarse pronto comodidades de trabajo o de la posibilidad de tomar un baño, cuestiones que, por cierto, son sólo pequeñeces en comparación con los grandes asuntos de que se trata en la guerra. En teoría, no debían tener influencia alguna; pero también el soldado es un ser humano y permanece siéndolo aún en campaña. El

sentimiento de importancia extraordinaria, que en los primeros días de la guerra invade a todo el mundo, se pierde cuando la guerra dura mucho tiempo; entonces los pequeños rozamientos diarios adquieren cada vez mayor importancia.

El *comandante del cuartel general* era, pues, el que se preocupaba de todos y salvaba los escollos peligrosos para la satisfacción de cada uno de los miembros y para la conservación del buen espíritu. A sus órdenes estaba la escolta del comando, es decir, la pequeña fracción de hombres que se agrega a todo comando superior para su seguridad inmediata y para el servicio de ordenanzas.

Al *oficial de aprovisionamiento* se le exigía que fuese un genio gastronómico; él debía saber procurar, con pocos medios, una mesa bien puesta. Ni el más apasionado soldado quiere sufrir hambre y sed. Todas las personas de alguna importancia no tenían tiempo de ocuparse de su bienestar material. Había que librarlos de esta carga.

Una de las quejas que más se oyeron en la época de la revolución fué de que los comandos superiores vivieron demasiado bien en comparación con la tropa. Con esto se pretendía especialmente justificar el motín. Pero en este sentido se han generalizado, de un modo no justificado, algunos casos lamentables aislados. No se tenía presente que con las grandes fatigas y emociones—ambas cosas traía consigo en amplia medida el trabajo lleno de responsabilidades en el comando de ejército y en las autoridades análogas—aquejado que vive bien se conserva más fresco y más capaz que el que está privado de lo necesario.

Es justo, por consiguiente, que allí se viviera en forma y con alimentación suficiente, aun cuando no, por cierto, con derroche. Si no hubiera sido así, las consecuencias no se habrían hecho esperar; se hubiesen presentado muy pronto y las unidades hubieran tenido que pagarlas.

Echemos todavía una mirada sobre la labor del *cuartelmaestre superior*.

Estaba encargado del *aprovisionamiento del ejército*. Traba-

jaba con responsabilidad propia, de acuerdo con las instrucciones que recibía por una parte del cuartelmaestre general en el Gran Cuartel General, y, por otra, del jefe de estado mayor, quien delegaba en él los asuntos corrientes. Además, le incumbía la supervisión de todo el servicio en el comando del ejército, lo que implicaba una considerable tarea, ya que, por ejemplo, el libro de entradas y salidas del IV Ejército alcanza en el año 1917 a anotar más de 300.000 escritos. Aunque, según la frase de un general ruso, se deben cerrar los tinteros tan pronto como corre la sangre, se ha escrito otra vez en una medida extraordinaria en la última guerra.

Había el peligro de que los hombres de cuyo trabajo intelectual dependía en primer término el bienestar del ejército se ahogasen entre documentos. Un buen cuartelmaestre superior apartaba, por lo tanto, del comandante del ejército y del jefe de estado mayor todo aquello que no era de importancia fundamental. En cuestiones secundarias resolvía por sí mismo en nombre del comando.

Más importante era su actividad, como es natural, en lo que respecta al servicio de retaguardia. El efectivo del respectivo ejército y la capacidad de las líneas de comunicación que lo unían con las fuentes de recursos del interior, fueron en este sentido de una influencia decisiva. Hombres, caballos, cañones, fusiles, víveres, forraje, equipo, vestuario, vehículos, material de construcción, carbón, nafta, etc., en fin, todo lo que la tropa necesita, debía estar en todo momento a mano, lo más cerca posible de los lugares de entrega establecidos a corta distancia detrás del frente. Cuando el servicio de retaguardia funcionaba sin fricciones ni demoras se consideraba esto como una cosa natural, pues nadie tenía una idea clara de las dificultades que originaba el transporte de los reaprovisionamientos. Pero si llegaba a faltar algo, el cuartelmaestre superior era el responsable, aunque no estaba en su poder aumentar el rendimiento de los ferrocarriles o evitar ataques de aviadores enemigos sobre campamentos, depósitos y lugares de entrega. Su puesto era el más espinoso de todos en un ejército y no era apropiado para satisfacer a personas ambiciosas.

Además de algunos oficiales de estado mayor modernos, tenía a sus órdenes a toda una plana mayor de peritos económicos y técnicos.

Con su ayuda, el cuartelmaestre superior debía organizar, además del reaprovisionamiento desde el interior, el aprovechamiento de los recursos del territorio enemigo ocupado. Cuanto mayores fueran los aprovisionamientos que se pudieran obtener de la zona de operaciones y de etapas de utilidad para las unidades de tropa, tanto menos tenía que dar el interior y tanto más tiempo podía resistir el bloqueo enemigo.

Así, pues, en todas partes se crearon inmediatamente detrás de la zona amenazada por el fuego enemigo almacenes para la reunión de víveres y forraje y depósitos para todas clases de material de guerra, como también carnicerías, hospitales para caballos, establecimientos para la utilización de los animales caídos, aserraderos, talleres para la reparación de piezas de artillería y vehículos, carbonerías, granjas, tambos, criaderos de peces, etc. Por todos los medios había que fomentar también la agricultura y el cultivo de verduras, obligando a ello a los habitantes del país bajo vigilancia militar. Tampoco se debía descuidar la red de caminos y la construcción de habitaciones para alojar a las unidades como en un cuartel.

Otro campo de actividad del cuartelmaestre superior era mantener las relaciones con las autoridades civiles del país ocupado, reglamentar el servicio de pasaportes y de tráfico y satisfacer las necesidades espirituales del soldado. Teatros y cinematógrafos surgieron en los cuarteles de descanso, así como bibliotecas, que hasta se hicieron transportables, pudiendo agregarse directamente a las unidades de tropa.

El cuartelmaestre superior tenía que trabajar todos los días y toda hora con los distintos servicios en el comando del ejército, sobre todo con el intendente del ejército, el cirujano del ejército, el veterinario del ejército, y muy especialmente con la sección de munición del general de artillería y con el oficial que atendía el empleo

de las columnas; al mismo tiempo no descansaba el teléfono a la inspección de etapas.

Su acción se manifestaba en las «*disposiciones generales*» agregadas a las órdenes de operaciones y en la *orden del día*. Las primeras contenían las órdenes para el reemplazo de munición, la alimentación, el servicio de sanidad, los movimientos de las columnas, en fin, todo lo que estaba relacionado con la actividad de combate de las tropas, mientras la segunda reglaba el servicio interno. En los ejércitos de efectivos numerosos, esas disposiciones resultaban tan extensas que había que reemplazarlas por un boletín impreso de disposiciones especiales del ejército, que aparecía varias veces por semana.

Cada ejército disponía en campaña de una *inspección de etapas*. Ella era el órgano de unión entre el interior y el frente, el depósito colector de todas las necesidades del ejército y la autoridad que debía encargarse de la tranquilidad y del orden a retaguardia de las tropas combatientes. Su zona fué dividida en un cierto número de distritos de administración, a cuyo frente estaban las comandancias de etapas, las que disponían de pequeñas fracciones de guardia territorial.

Para su desempeño, la inspección de etapas recibía instrucciones del cuartelmaestre superior. Cumplía sus tareas de una manera semejante a la que hemos descripto al hablar del campo de acción de este último. Un servicio de etapas que funcionara bien, era de mucha importancia para el éxito de las operaciones del ejército.

En el porvenir se prescindirá en el ejército alemán de la instalación, por principio, de una inspección de etapas detrás de cada ejército. En cambio, se establecerán de acuerdo con las necesidades autoridades de retaguardia, que dependerán directamente del Comando en Jefe del Ejército.

Más detalles figuran en el capítulo sobre Servicio de Retaguardia.

Consideramos conveniente expresar aquí algunas observaciones generales.

En cada oficina es necesario confiar a una persona determinada las tareas del *oficial de oficina*. La acertada y rápida transmisión de las órdenes influye a menudo casi tanto como su buena redacción. Los más graves contratiempos y dificultades pueden producirse por una transmisión equivocada, por un error en sí pequeño. Una equivocación en la dirección puede llevar la duda a un comando subalterno y producir en otro graves complicaciones. Una repetición frecuente de tales errores, que tal vez se deban a personas subalternas, hará que las unidades pierdan pronto la confianza en toda la conducción del ejército.

No será conveniente designar para este servicio a una persona que no tenga aptitud o inclinación para desempeñarlo. Por consiguiente, también aquí deberá prescindirse del grado, eligiendo libremente a la persona que convenga. No suelen faltar naturalezas burocráticas por temperamento, a quienes agrada la escrupulosidad de un metódico servicio de oficina, de modo que funcione como un mecanismo lubrificado, y que gozan tanto con el despacho hábil de una montaña de documentos como el comandante de ejército con una batalla victoriosa. Pero es absolutamente necesario no emplear en tal destino, que tiene cierta exterioridad aparatosa, a ninguno de esos seres *amigos de darse importancia*, quienes en aras de su propio lucimiento tratan las cosas más insignificantes con una gravedad inmerecida y que anteponen las pequeñeces a las cuestiones más importantes y que con su actividad intranquila ocupada en bagatelas obstaculizan constantemente las cuestiones serias. Tranquila reflexión, juicio y la conciencia es lo que aquí importa.

No debemos dejar pasar esta oportunidad sin una advertencia general sobre *los que afectan importancia*. Es una característica de esta clase de personas producir ellas mismas las dificultades, para ventilarlas después y con este motivo hacer lucir su ingenio. Si se analiza a fondo su proceder, siempre se verá que, contrariamente a todas las apariencias, la causa no les vale nada, y que en cambio su propia

persona es el todo, y que sus pensamientos se ocupan en realidad únicamente de ésta y no del deber que tienen que cumplir. Cuando la superficialidad y la inseguridad empiezan a dominar en la conducción, esas personas surgirán por regla general y apartarán pronto a los buenos elementos existentes hasta colocarlos en un segundo plano, precipitando así la ruina. Ellas han sido las desgracias de más de un cuartel general y de más de un ejército en la guerra.

Para el aprovechamiento de los elementos disponibles en los mandos debe dejárseles cierta libertad. Será beneficiosa allí como en otras partes.

Para la actividad de los *distintos servicios*, como ser el intendente del ejército, cirujano del ejército, jefe de la gendarmería de campaña, director de correos del ejército y todas las autoridades de éstas, se circunscriben sus funciones en forma más terminante. Para ellos se pueden dar instrucciones, las que para el intendente del ejército tienen que ser, como es natural, amplias, dejándole campo de acción; y que, en cambio, para el director de correos serán más precisas, con menor libertad de acción.

Como la actividad de todos estos servicios se mueve en vías de terminadas, no tienen aquí las prescripciones absolutas los peligros que tendrían para el estado mayor, al cual se le presentan diariamente sorpresas a las que debe afrontar con arbitrios que no pueden reglamentarse. La independencia de acción, la posibilidad de seguir por caminos propios es, empero, también de importancia en los servicios, pues la realidad de la guerra presenta a cada uno circunstancias imprevistas.

Los comandos inferiores al de ejército, como *los comandos de cuadro de ejército y de división*, etc., existen en su mayoría ya en tiempo de paz. En ellos, las misiones de los diferentes oficiales y funcionarios ya están establecidas por la larga práctica. Se dividen en general en las mismas secciones que el comando del ejército. Cuanto menor sea la unidad tanto más amplio será el campo de acción de cada uno.

En la división, que en campaña cuenta con dos oficiales de estado mayor, el servicio de éstos es más variado que el de un oficial de

estado mayor de igual grado en el comando del ejército o en el Comando en Jefe del Ejército.

El jefe de regimiento se bastaba antes con un ayudante, un oficial de órdenes y un jefe del bagaje mayor. Este personal resultó reducido en la última guerra en vista de los continuos cambios de las armas y de la importancia que adquirió la fortificación de campaña. Por esta razón se estableció la práctica de que, además de las personas nombradas, tuviera a su lado oficiales instruidos especialmente para el servicio de ametralladoras, de lanzabombas y de comunicaciones, como también de construcción de posiciones. A éstos se agregaron todavía un oficial de justicia y un oficial de aprovisionamiento, que frecuentemente era al mismo tiempo el jefe del bagaje. Pero casi siempre un solo oficial se hacía cargo de varios de esos cargos.

La organización feliz de los mandos, la elección acertada de las personas que se hallan en ellas en constante contacto y su clara articulación jerárquica, son las bases de la buena conducción de ejército y de tropas.

### 3. De las órdenes

*La correcta impartición de órdenes es difícil.*

Todos aprendemos en la vida que la dificultad no reside en lo que ordena o de la frecuencia, sino de la forma. Los padres recogen en este sentido las mejores experiencias con sus hijos. Ellos saben que la obediencia depende en alto grado de la forma más o menos terminante en que se da la orden. Cuando el tono de la voz deja ya vislumbrar la duda en su eficacia, las frases más vigorosas y las expresiones más enérgicas no impedirán la desobediencia. Nuestras reglas de educación dicen: No prohibir algo, cuando se pueda preferir como probable una infracción, originada por la presión de las circunstancias, y no ordenar nada, cuyo cumplimiento tiene que resultar más tarde imposible. Pero antes que nada, ¿quién no lo siente? toda orden debe ser clara, de modo que el que la reciba sepa bien lo que tiene que hacer.

Otras reglas que éstas tan conocidas por todos, acerca del arte de mandar, no conoce la conducción de la guerra. En esto consiste toda la sabiduría.

Son, así, bien sencillas; pero su aplicación no es por eso fácil en el elemento dificultante de la guerra.

En la guerra, toda orden implica una gran responsabilidad; si contenía un error sigue, por lo general, inmediatamente el castigo. De aquí la intranquilidad interior que experimentará el que manda, y es fácil de comprender que mandar bien es más cuestión de carácter que de inteligencia.

De aquí también se desprende que en la guerra, cuando las cosas se complican, habrá que contar más bien con falta de órdenes que con abundancia de ellas. Cuando hay abundancia de órdenes, suelen ser de esencia negativa. Cuando la posibilidad de una catástrofe flota en el ambiente, fácilmente se da todavía una orden que, por cierto, ya no puede cambiar nada, pero que debe probar que se ha pensado en el mal. A veces se mezcla con esto el deseo secreto de no cargar uno mismo con la responsabilidad, sino echarla sobre otros, deseo parecido al que en ciertos juegos de naipes se experimenta poco antes de su terminación de pasar al vecino las malas cartas.

Por último, todas las órdenes en la guerra se basan en datos inseguros. Están fundadas en el conocimiento sobre el enemigo y éste nunca es completo. De este modo se dificulta el cumplimiento de una de las dos reglas mencionadas: no ordenar nada irrealizable.

Si estas circunstancias se considerasen suficientemente; si cada uno ordenara únicamente lo que está dispuesto a cubrir con su plena responsabilidad; si jamás se diesen órdenes puramente negativas y si nadie ordenase más de lo que ya se pueda prever con seguridad según sus conocimientos del momento, mucho se habría ganado.

Después es preciso encontrar la justa medida en que las órdenes deben entrar en los detalles.

Se presentan en este sentido muchas circunstancias que deben considerarse. La primera es la organización del Ejército.

A nosotros, los alemanes, durante la guerra 1870-71, muchas veces nos ha costado trabajo reprimir una sonrisa cuando caían en

nuestras manos las *Instructions* que los generales franceses, especialmente los de la república de septiembre, impartían para sus ejércitos. En estilo familiar se relata primero lo sucedido. A esto se agregaban tres o cuatro páginas impresas de órdenes, que se perdían en los más insignificantes detalles.

Tales cosas nos parecían inconcebibles entre nosotros y, sin embargo, este procedimiento respondía por entero a la composición particular del ejército francés. Numerosas cuestiones que a nosotros nos parecía evidente, no era apreciado así entre los franceses y, por lo tanto, había que ordenarlas. Una parte de los generales y oficiales eran nuevos en el servicio. Muchos hombres prestigiosos en los ejércitos formados apresuradamente habían tomado las armas por primera vez, para concurrir a defender la patria. Faltaba allí independencia de acción, iniciativa, experiencia, previsión. El conductor de ejército no podía limitarse a mandar; tenía que enseñar y explicar al mismo tiempo, diciendo a cada uno lo más minuciosamente posible lo que tenía que ejecutar, aunque las «*Instructions*» resultasen bien largas.

En la Guerra Mundial hemos recogido, por otra parte, *experiencias análogas*. Mientras al principio de la guerra eran suficientes órdenes breves, como talladas en piedra, que no tenían ni una palabra de más, al final tuvieron, en general, un carácter muy distinto. Presentaban una semejanza considerable con aquellas «*Instructions*».

Esto no se hizo sin motivo. Del mismo modo que el Ejército en general, también los comandos habían cambiado en el transcurso del tiempo. Las numerosas nuevas formaciones hicieron que el ejército se convirtiera cada vez más en una especie de milicia, a la vez que empezaron a faltar, para ellas, los oficiales instruidos en el servicio del estado mayor.

Esto ocurrió especialmente en los cuerpos de ejército y en las divisiones, mientras los comandos de ejército pudieron disponer de personal competente hasta el final. Pero ellos estaban ahora obligados a tener en cuenta esta situación de los comandos subordinados y entrar en detalles que antes correspondía a éstos en sus órdenes.

Las órdenes que se impartieron a las unidades de tropas que de-

bían ejecutarlas tuvieron que ser forzosamente más extensas y más detalladas. Contenían indicaciones y normas de conducta, que antes hubieran sido superfluas. Esto era, por cierto, contrario a las reglas del arte; pero tenía la ventaja de que se comprendiera la intención del superior.

El aferramiento rígido al viejo esquema hubiera podido originar, por otra parte, muchos perjuicios.

A esto se agregó otra circunstancia. La forma de combatir era muy distinta según los teatros de operaciones. No era lo mismo luchar contra ingleses y franceses que contra rusos y rumanos. La técnica desempeñaba un papel mucho más importante en el Occidente que en el Oriente. Cuando en el apremio de las circunstancias había necesidad de trasladar repentinamente al Somme o al campo de cráteres de Verdún, las divisiones que por largo tiempo habían estado frente a los rusos sin poder darles, como era la intención, un período previo de preparación para las condiciones del combate de Occidente, se les presentaban muchos fenómenos desconocidos, sea una potente eficiencia de las armas enemigas o un modo de combatir que no habían visto hasta entonces. Por tal motivo era necesario preparar a la tropa a lo menos teóricamente. Así la orden se transformaba en enseñanza. También el frecuente cambio del modo propio de combatir, que tenía que adaptarse a los nuevos medios de guerra o a la actitud del enemigo, obligaba a apartarse del modo anterior de ordenar, que había sido apropiado en otras circunstancias. También fueron justificadas y tuvieron un efecto beneficioso.

Aun cuando de todo lo precedente podemos deducir que las órdenes deben ser redactadas en forma distinta de acuerdo con las circunstancias, que se deben tener en cuenta las particularidades del ejército, su estado de instrucción, sus hábitos, etc., se pueden establecer, sin embargo, algunos criterios básicos del arte de ordenar. Ellos fueron confirmados por las experiencias de la última guerra y son de aplicación también para el porvenir.

Como un criterio básico se puede establecer de que un superior no debe jamás prescribir desde lejos a un subordinado lo que éste puede juzgar mejor en el mismo sitio. De este modo se simplifican las órde-

nes y le queda al destinatario el juego necesario para desarrollar su libertad de acción. Tampoco deberá ordenarse aquello que uno está convencido de que se ejecutará sin orden especial. Es peligroso ordenar tales cosas por hábito. Un comandante de tropas debe manifestar su cuidado de que nada se olvide, únicamente por la comprobación y no recordándolo todo en sus órdenes, pues si no se acostumbra a las unidades a que todos los detalles se ordenen de arriba y se les habitúa también a no hacer nada cuando acaso falten las órdenes.

El maestro en la impartición de órdenes fué el mariscal Moltke. De acuerdo con él se ha procedido en el Estado Mayor alemán. Sus órdenes eran modelos hasta la época de la Guerra Mundial. Por esta razón parece indicado mencionar en este lugar algunas de ellas, que han llegado a ser famosas. Fueron muy breves y sencillas; así, por ejemplo, el telegrama del 22 de junio de 1866 al I y II Ejército a Jörllitz y Neisse:

« Su Majestad ordena que ambos ejércitos penetren en Bohemia buscando su reunión en dirección a Gitschin. »

Cuando más tarde, el 2 de julio, se descubrió al ejército austriaco detrás del Bistritz y se previó que al día siguiente el I Ejército pruñando a las órdenes del príncipe Federico Carlos libraría allí una batalla decisiva, el príncipe heredero, que mandaba el II, fué hecho acudir con las simples palabras:

« Quiera Vuestra Alteza Real tomar inmediatamente las medidas necesarias para poder dirigirse con todas las fuerzas en ayuda del I Ejército contra el flanco derecho del probable avance enemigo, interviendo lo más pronto posible. »

De esta orden nació la victoria de Königgratz, que decidió la organización interior de Alemania. Difícilmente se puede ser más breve.

« Por los partes recibidos, puede suponerse que el enemigo quiere mantenerse en la meseta entre Le Point du Jour y Montigny-la-Grange. »

« 4 batallones enemigos han ocupado el Bois de Génivaux. Su Majestad es de opinión que conviene dirigir al XII Cuerpo y al Cuerpo de la Guardia hacia Batilly, y, a fin de alcanzar al enemigo en St. Marie-

aux-Chênes, en caso de que se retire sobre Briey y atacarlo desde Amanvillers, en caso de que permanezca en la altura.»

« El ataque tendría que efectuarse simultáneamente por el I Ejército desde Bois de Vaux y Gravelotte, por el IX Cuerpo de Ejército contra Bois de Génivaux y Vernéville, y por el ala izquierda del II Ejército desde el norte.»

Tal era la orden decisiva para el ataque antes de la batalla de Gravelotte y St. Privat, ataque para el cual se puso en movimiento a 200.000 hombres. Aquí no se habla para nada de las formaciones de las tropas, de las medidas de precaución que debían tomar, de la forma cómo ellas debían apoyarse mutuamente, de cómo debían mantener la comunicación entre ellas, etc. Todo esto se dejó a criterio de los comandantes de ejército y de los comandantes de cuerpo de ejército.

Como otro ejemplo mencionaremos una de las órdenes de ejecución; consecuencia de la citada. Es la dada en el II Ejército.

« El enemigo se halla sobre la altura de Leipzig y Bois de Vaux. El será hoy atacado allí:

- » Por el Cuerpo de la Guardia por Amanvillers.
- » Por el IX Cuerpo por La Folie.
- » Por el VII y VIII Cuerpo por el frente.
- » En segunda línea avanzarán para ayuda:
- » El XII Cuerpo sobre St. Marie.
- » El X Cuerpo sobre St. Ail.
- » El III Cuerpo sobre Vernéville.
- » El II Cuerpo sobre Rezonville. »

Seguramente aquí tampoco se ha dicho una palabra de más, sino después de la experiencia posterior hasta faltan palabras, pues según ésta debió señalarse con exactitud, a cada cuerpo de ejército, el terreno en que debía combatir, o sea lo que se llama su *faja de combate*. Pero en la orden mencionada no figura, ya que se determina el nombre de una sola localidad.

En ciertos casos puede ser acertado ordenar algún detalle desde arriba. Esto debe hacerse cuando se prevé que su importancia no será reconocida por el subordinado. Así, si el comandante del ejér-

cito quiere esperar para la realización del ataque contra el frente enemigo que las fuerzas destinadas para el ataque de flanco puedan concurrir, debiendo por otra parte el enemigo ser aferrado en el frente, para que no se retire, entonces convendrá prescribir determinadas medidas al general que manda el ataque frontal, que le impidan empeñarse prematuramente en combates serios.

La medida hasta donde se pueda entrar en detalles dependerá del puesto que ocupa el que imparte la orden. El Comandante en Jefe de un Ejército compuesto de varios ejércitos mandados por generales de elevada jerarquía, podrá a veces limitarse a expresar sus intenciones a sus subjefes, dejándoles en libertad de recurrir al medio más conveniente, según sus criterios, para conseguir su realización. Así también en las órdenes mencionadas de Moltke se expresa poco más que el cuadro que se tiene sobre el enemigo y la intención general del Rey. Esto, por cierto, fué hecho de una manera tal que no dejaba lugar a dudas y que aseguraba la cooperación de los ejércitos hacia el objetivo común.

Lo mismo no se puede decir, desgraciadamente, de la conducción de Ejército por el coronel general Moltke en el avance por Bélgica y el norte de Francia en 1914. Dejó a los ejércitos demasiada libertad, omitió armonizar sus movimientos, dejando pasar sin aprovechar las ocasiones de batir al enemigo, y cuando se presentaron sorpresas, ya se había empleado completamente.

Esto último debe evitarlo el Comandante en Jefe, reservando en todas las circunstancias por lo menos una parte de sus fuerzas combatientes, manteniéndola firme en la mano y bajo su vista. Esta parte es, como quien dice, el timón del gran barco de difícil manejo, la palanca más eficaz para la intervención personal del Comandante en Jefe.

Si el coronel general v. Moltke se hubiese creado, por ejemplo, durante el avance hacia el Marne, una reserva detrás del ala derecha del Ejército, para lo cual hubieran sido bastantes fuerzas disponibles — las enviadas al Este y las dejadas delante de las fortalezas — no hubiera tenido que contemplar inactivo el desastre que se produjo a

consecuencia de la resolución precipitada de retirada del II Ejército.

Así, pues, mientras las partes del ejército próximas al enemigo, pero alejadas del cuartel general, gozan de gran libertad, las que están lejos del enemigo y cerca del Comandante en Jefe, a disposición de éste, tendrán que conformarse con recibir determinadas órdenes bien precisas y a dejarse conducir como con andadores. Debe ser su consuelo la consideración de que, por lo general, pronto se cambian los papeles.

Cuanto menor sea el puesto del que manda, cuanto más pequeña la fracción comparada con el conjunto de las fuerzas, tanto más detalladas serán las órdenes. La libertad de movimiento se restringe progresivamente de escalón en escalón, pues es preciso tener en cuenta a otras tropas.

De la guerra de 1870-71 conocemos todavía otra clase de órdenes. En los primeros días de la campaña el Gran Cuartel General había dirigido las tropas por medio de breves disposiciones telegráficas, que no prescribían sino los pasos más inmediatos. Pero este procedimiento no satisface completamente, como lo admite la obra del Estado Mayor General sobre esa guerra. Por consiguiente, Moltke, una vez descartado el peligro de ver perturbado el despliegue de las fuerzas combatientes alemanas y de que uno de los ejércitos fuese atacado aisladamente por superioridad enemiga, procedió a dar sus órdenes en forma de las llamadas *directivas*. El nombre nacido por casualidad no es bello. Un nombre alemán hubiera sonado mejor; pero la cosa en sí es excelente. «Directivas son las comunicaciones de un comando superior a uno inferior en que no se dan órdenes precisas relativas al momento, sino que se establecen puntos de vista que servirán de guía. Estos últimos sirven entonces de norma para las resoluciones a tomar, por lo demás, independientemente.» Así dice la obra del Estado Mayor General. «Las directivas deben recalcar el objeto, dejando, empero, libertad en la elección de las medidas de ejecución», decía el antiguo reglamento de servicio de campaña. Tales comunicaciones, que proporcionan mucho juego a la iniciativa del inferior, asegurando, no obstante, la cooperación

de las fuerzas, se emplearán también en la actualidad, especialmente donde con masas separadas se persigue un objetivo común.

Ellas serán la mejor manera de conducción cuando sea preciso regular en grandes proporciones operativas los movimientos para una serie de días. Por esta razón se han aceptado también en nuestros reglamentos más modernos de combate.

No solamente el Comandante en Jefe del Ejército se valdrá de ellas, sino también el comandante de un ejército, cuando una parte de sus fuerzas se halla separada del resto, cumpliendo una misión especial.

En tales casos se presentará muchas veces la necesidad de tener en cuenta varias actitudes posibles del adversario. En otros tiempos se consideraba esto como un error que ocasionaba indecisiones. Es sin duda un poco molesto fundar las disposiciones sobre bases tan vacilantes. El enemigo puede obrar también de manera diferente a las previstas y entonces la duda sería aun mayor.

Pero la guerra presenta situaciones en que es preciso disponer, aun cuando absolutamente no haya datos suficientes para poder apreciar cuál será la actitud probable del enemigo.

Todas las «directivas» presuponen, por último, un comando subalterno circunspecto, acostumbrado a proceder por propia iniciativa.

Trataremos ahora de las diferentes clases de órdenes.

*La orden de operaciones* regla la actividad guerrera de las tropas. Se la designa por la denominación del comando que la imparte. Distinguimos, por lo tanto, órdenes de ejército, de cuerpo de ejército, de división, de artillería, etc. También se la puede designar según la repartición de tropa. El jefe de la vanguardia da una orden de vanguardia, un jefe de avanzadas da una orden de avanzadas.

Las órdenes no contienen puntos de vista sino que prescriben medidas, como marcha en una dirección determinada, ataque, línea a sostener en la defensa, etc. Están, por lo general, redactadas respondiendo a un solo caso, aquél considerado por el que manda como el más probable. Habrá algunas excepciones porque es difícil señalar con toda precisión los límites entre las órdenes y las directivas. Pero estos casos son raros. La frase usada con alguna frecuencia, por

cierto más en los ejercicios de paz que en la guerra: «tal unidad procederá de acuerdo con las circunstancias», es superflua. Si no se ha ordenado nada previamente, no queda otro recurso que el de proceder así, aun cuando nadie se lo hubiera permitido expresamente.

Tampoco para las órdenes, si bien deben ser desarrolladas en forma más terminante que las directivas, se puede prescribir un esquema. Sin embargo, se pueden fijar algunos puntos que nunca deben omitirse en el contenido.

En primer lugar, toda orden en la guerra está fundada, como ya lo sabemos, sobre un cuadro determinado de la situación del enemigo. Todas se fundan *bona fide* en ese cuadro, por lo que la orden no debe considerarse como un artículo de ley a cuya infracción sigue el castigo. Al contrario, pierde su valor tan pronto se advierta que el cuadro sobre el enemigo que le sirvió de base era erróneo.

*Toda orden debe empezar, por lo tanto, dando noticias de la situación del enemigo.*

Pero ha de procederse con cierta precaución. Convendrá mencionar de dónde provienen las noticias, especialmente cuando uno mismo tiene un poco de duda sobre su exactitud. Si desde arriba se comunica simplemente: «Las noticias que se tienen del enemigo son éstas, etc.», los que reciben la orden se inclinan a considerar lo que ella dice como absolutamente seguro, lo que podrá dar lugar a errores. Si se menciona la fuente de aquéllas, por ejemplo: por la exploración aérea con fotografía, por noticias de los habitantes del país, por partes de patrullas, etc., se ha comprobado; entonces todo jefe de tropa está en condiciones de apreciar el grado de confianza que merecen las noticias, obrando, en consecuencia, con mayor precaución o aumentando su fe en ellas, según el caso.

Con la misma estrictez hay que distinguir claramente entre lo que dicen los partes recibidos y lo que en el cuadro imaginado es sólo el complemento probable de éstos. De otro modo, es muy posible que apreciaciones sobre el enemigo, que inicialmente, como es natural, eran sólo probables, se consideren al final como algo completamente seguro. Esto puede ser fácilmente el punto de partida de medidas erróneas.

Es necesario, por consiguiente, proceder con la más estricta exactitud en las noticias sobre el enemigo que preceden a la orden. Las pocas líneas necesarias deben redactarse con particular destreza. A ellas se agrega una breve información sobre las propias tropas vecinas, siempre que sus movimientos tengan alguna importancia para el destinatario. El debe saber, por ejemplo: qué caminos están ocupados por ellas, a qué objetivo se dirigen y qué misiones de combate tienen que cumplir.

*El segundo número de una orden de operaciones expresará a grandes rasgos la intención del jefe.* Ella se desprende directamente de las noticias del enemigo y de la situación propia, y, por lo tanto, el lugar lógico de su colocación debe ser inmediatamente después de esas noticias.

Que el comandante de un ejército o que el comandante de las tropas deben hacer conocer su intención en forma clara parece inútil decirlo, por lo que sería superfluo hablar al respecto. Pero también en este punto la experiencia nos aconseja dedicar algunas palabras en tal sentido.

Ante todo, es a menudo difícil establecer una intención propia para las horas siguientes. Las situaciones en la guerra son a menudo tan inciertas, que al amanecer no se puede prever todavía lo que se querrá hacer a las 9 o 10 de la mañana. En consideración a las unidades de tropa, es preciso impartir las órdenes para el día siguiente ya al anochecer, aun cuando durante la noche la situación pueda cambiar mucho. Frecuentemente no se podrá disponer otra cosa que la determinación de los lugares en que a la madrugada las unidades se deben reunir, a fin de estar listas para los movimientos. Entonces hay que expresarlo con toda precisión en una «orden preparatoria» que puede contener también disposiciones relativas a la exploración y seguridad, a fin de que también los jefes subordinados sepan que todo lo demás es todavía incierto y que no se comprometan por un contacto prematuro con el enemigo. La orden preparatoria debe contribuir también a la economía de la tropa, impidiendo una alarma inútil y un alistamiento prematuro.

En cambio, otras veces parecerá en todos tan natural la inten-

ción del comandante de las fuerzas que se considera innecesario repetirla detalladamente en las breves órdenes escritas apresuradamente. Ha sido discutida continuamente en el cuartel general y en los demás órganos relacionados con éste, que parece evidente que todos debieran conocerla. A pesar de todo, puede suceder que justamente en el comando subalterno decisivo quede ignorada. En ciertas circunstancias una unidad de tropa puede ser la que produzca la decisión, a pesar de haber sido destinada inicialmente para una misión muy distinta.

Por este motivo, la intención del comandante de las tropas, expresa en grande, no debe quedar desconocida a ninguno de sus presada en grande, no debe quedar desconocida a ninguno de sus generales que puedan ser llamados a desempeñar alguna acción independiente. En todas las guerras la iniciativa de los jefes subordinados ha provocado batallas que no estaban en la intención del conductor de las operaciones. Tales hechos se han de repetir también en el porvenir en todas partes cuando en las unidades de tropa viva el entusiasmo de la acción y en los jefes subordinados el sentimiento de la iniciativa. Hasta tienen que producirse inevitablemente cuando se desea que las numerosas fuerzas empleadas operen conjuntamente y las mejores oportunidades no queden sin ser aprovechadas. Pero esta iniciativa puede redundar fácilmente en perjuicio del Ejército, si el conductor esconde con demasiado recelo su intención en los pliegues de su espíritu. La conservación del secreto, si fuera más comunicativo, sólo en casos muy excepcionales corría peligro. En primer lugar, nunca sale la comunicación de un círculo reducido de hombres de elevada posición. Después, la ejecución de la orden sigue tan de inmediato al momento de impartírsela, que en caso de que ella llegara a conocimiento del enemigo ya sería demasiado tarde para poderla utilizar todavía.

Por corto que sea el tiempo antes de los movimientos decisivos que conducen a la batalla, siempre se podrá disponer de algunos minutos para expresar otra vez más en una sola frase, con toda claridad, la intención del conductor. Es la única guía para el proceder de sus subalternos, cuando lo ordenado no se puede realizar en

la forma deseada. Hay que ponerles, pues, la intención delante de la vista en forma fácilmente perceptible y con toda claridad.

Al párrafo que expresa la intención siguen, naturalmente, las disposiciones. Su contenido depende completamente de las circunstancias del momento. En los capítulos siguientes trataremos los diferentes casos.

De un modo general, lo más importante es la acertada consideración del tiempo y espacio. Errores en este sentido parecen imperdonables, y, sin embargo, han ocurrido hasta a grandes conductores. El que conoce la guerra se lo puede explicar. Ocurre con frecuencia que después de haberse tomado una resolución y redactado la orden correspondiente, se presentan repentinamente hechos que desvían la atención hacia otra dirección. Parece en ese momento dudoso que la resolución sea acertada o no. Por tal motivo, se suspende la impartición de la orden. Recién después de un tiempo considerable se aclara la situación. Se puede mandar ahora la orden por radiotelegrafía o por un oficial en automóvil. Recién cuando ha sido despachada uno se da cuenta de que en la orden también debieron haberse cambiado las horas, pues mientras tanto ha pasado un cierto tiempo y las unidades hechas acudir por la orden no pueden llegar a la hora que ésta les señala. Es cierto que por una nueva orden radiotelegráfica se puede, por lo general, rectificar los errores y que también se puede confiar en el acertado juicio de los destinatarios, esperando que ellos por sí mismos efectúen las modificaciones necesarias. Pero el error ya está cometido. El que conoce la causa lo disculpará. No obstante, tales hechos minan la confianza, especialmente cuando se repiten y si pueden ser fácilmente advertidos.

Respecto al orden de sucesión de las disposiciones se puede decir algunas palabras.

Esa sucesión dependerá principalmente de la importancia de cada una de las diferentes medidas. La expresada en primer lugar se graba más en la memoria: la más importante debe ir, por lo tanto, en el primer lugar, a no ser que se la haga preceder, para mejor comprensión, por alguna disposición explicativa. Recién después

siguen las medidas de segundo y tercer orden, cuyo fin sólo es ayudar y asegurar la empresa principal.

Lo más conveniente es empezar con las disposiciones necesarias para la exploración a realizar conjuntamente por las unidades de aviación y por la caballería. Al leer esta parte de la orden, uno se informa sobre sus misiones con la carta en la mano, adquiriendo al mismo tiempo el conocimiento de la ubicación de las localidades, caminos, etc., que figuran también más adelante, en las disposiciones siguientes, con lo que uno ya está familiarizado con el terreno cuando llegue a éstas. Así se obtiene de la manera más rápida un buen dominio general.

Una vez resuelto lo referente a la exploración, se expresará lo concerniente a las diferentes agrupaciones resultantes de la repartición de tropas y en el mismo orden en que marchan.

Nadie antepondrá—a no ser en órdenes de retirada—las disposiciones para el bagaje, parque y trenes a las de la tropa, o mezclará unas con las otras. Aquéllas deben figurar al final.

Es preciso, además, tener en cuenta que en la guerra las órdenes se redactan frecuentemente no sólo en circunstancias muy difíciles, sino que también deben ser leídas e interpretadas en esas condiciones. Cuando en la historia de la guerra se leen confesiones de que esto o aquello se había omitido en una orden, se inclina fácilmente a juzgar con dureza, exclamando: «¿Cómo ha sido posible esto?»

No se piensa comúnmente que un general, por penetrado que esté de la responsabilidad de su cargo, no puede permanecer sin interrupción vigilante, despierto y en movimiento, puesto que el cansancio produce en él, como en cualquiera, sus efectos. Tal vez después de un frío día de nieve en que no ha podido echar pie a tierra ni un momento, ha tenido que estar despierto hasta muy entrada la noche para reflexionar, tomar disposiciones y recibir partes e informes; acaba justamente de retirarse a descansar en el modesto alojamiento, cuando un radiograma lo obliga a renunciar al sueño a duras penas conciliado, para volver a la actividad. Inmediatamente hay que leer, meditar, resolver y ordenar a sus subordinados. Con

frecuencia habrá sido molestado ya varias veces sin necesidad. Difícilmente se resuelve uno a renunciar al reposo que todo el cuerpo reclama enérgicamente. Con mala luz, a la llama vacilante de la chimenea, se pone uno a leer la orden. Se buscan las cartas, se procura, a veces con dificultad, una mesa para extenderlas. En tales circunstancias, cuanto más larga sea la orden, cuanto más nombres contenga, cuanto más complicadas sus disposiciones, cuanto más se mezclen cuestiones esenciales con pequeñeces, tanto más fácilmente se cometerán errores, se darán interpretaciones erróneas y se pasará por alto lo más importante para dar preferencia a lo secundario. Hay que considerar también que—a lo menos en nuestro ejército—se llega a los puestos elevados a una edad de la vida en que las fuerzas intelectuales y físicas disminuyen. Napoleón se quejaba a los 41 años de que le faltaba la agilidad de antes. «La más insignificante salida a caballo es para mí un esfuerzo», escribió él. Federico el Grande, cuando tenía 48 años, abrió su corazón a su amigo d'Argens: «Tengo que realizar trabajos de Hércules a una edad en que la fuerza me abandona, en que mi debilidad aumenta, y, para decirlo todo, en que la esperanza, el consuelo de los desdichados, comienza a faltarme.» Esta es la edad que, entre nosotros, tienen en general los jefes de regimiento; bastante más arriba empiezan los puestos que significan algo en la conducción de la guerra en grande. Esto difícilmente se cambiará mientras se mantenga la tan beneficiosa unidad en el cuerpo de oficiales, por la cual está abierto para todos sus miembros el derecho a los puestos más elevados, pero en que los ascensos se efectúan generalmente por antigüedad. Numerosos retiros en los puestos más altos pueden, de vez en cuando, producir un rejuvenecimiento del cuerpo de oficiales. Pero consideraciones de orden financiero imponen límites en este sentido, no debiéndose pasar de cierta medida. Así fué también que en la Guerra Mundial, exceptuando los príncipes, se han visto únicamente hombres de mucha edad en los puestos más elevados. Pero en cuanto el hombre se aproxima a los sesenta años y pasa de esta edad, la concepción ya no puede tener la plena rapidez anterior, como tampoco la memoria su vigor de la juventud.

Esto hay que tenerlo en cuenta, para que todas las órdenes sean fáciles de interpretar y de recordar en sus puntos principales.

Con este fin, en primer lugar, las disposiciones relativas a movimientos y combates no deben tratar otro asunto.

Es cierto que no se puede prescindir en forma absoluta de las disposiciones sobre la impedimenta, pues las unidades de tropa deben saber dónde hallarán la munición, los víveres, dónde están los hospitales, etc. Pero basta, generalmente, indicar los lugares donde se hallen. Las numerosas disposiciones de detalle que todavía sean necesarias a este respecto deben figurar en las «disposiciones especiales agregadas a la orden de operaciones.»

A veces faltará el tiempo para impartir la orden de operaciones en una forma que sea la misma para todas las unidades, cuando la situación exija que algunas unidades sepan lo más rápidamente posible de qué se trata. En tal caso, se enviarán órdenes parciales en vez de una *orden de conjunto*. También ellas deben contener una indicación, aun cuando sea breve, de lo que hacen las tropas vecinas.

Con mucha frecuencia se emplearán órdenes parciales en el combate. Pero para favorecer la armonía en la acción táctica—como de un modo general toda vez que se imparten órdenes parciales,—es preciso hacerlas seguir por una orden de conjunto que comprenda todas las unidades. Por lo demás, las órdenes de combate deben apartarse de todo esquema.

Las «disposiciones especiales agregadas a la orden de operaciones» son, por lo general, más extensas que la orden misma. Ellas contienen todo lo que sólo necesitan saber ciertas unidades, pero no todo el conjunto. No se envían por eso tampoco en la misma forma a todas las unidades, sino que cada una recibe sólo lo destinado a ella. De este modo siempre hay que disponer numerosos detalles que se refieren a la exploración, a la seguridad y al enlace de las unidades entre sí. Hay que pensar en la defensa antiaérea. Después hay que regular los movimientos del servicio del bagaje de alimentación y del bagaje de equipajes, como también del escalón de combate. Asimismo hay que tomar medidas para el reemplazo

de las subsistencias, de la munición, para el servicio de sanidad y de veterinaria, así como para el combustible, material de repuesto y servicio de talleres de las unidades de aviación y de automóviles.

Las «disposiciones especiales para las columnas de subsistencias y munición» reglan su actividad en detalle. Estas columnas están divididas en escalones, subordinados a jefes especiales. Pero, por las constantes idas y venidas de las columnas llenas hacia adelante y de las vacías hacia atrás, la constitución de los escalones varía casi todos los días. Estos cambios deben ser ordenados. También deben fijarse las misiones de las columnas que no forman parte de los escalones y darse disposiciones para la recarga de las columnas vacías. Del mismo modo como a las tropas combatientes no se hacen conocer todos esos detalles, no se debe comunicar a las columnas el texto de la orden de operaciones, lo que ya sería poco conveniente para la conservación del secreto. Pero, en todo caso, los jefes de columna deben conocer a grandes rasgos lo que pasa en el frente. Esto aumenta su amor al servicio y su sentimiento de responsabilidad. Únicamente así los jefes de columna, como también el jefe de escalón, podrán tomar, cuando saben de qué se trata, disposiciones convenientes dentro de la esfera de su comando. Por tal motivo, las disposiciones especiales para las columnas de subsistencias y munición deben principiar con una breve referencia sobre lo más importante de la orden de operaciones.

«*Las órdenes del día*» (de ejército, de división, de regimiento, etcétera) prescriben los asuntos del servicio interno.

«*Las órdenes del cuartel general*» regulan el servicio interno de los cuarteles generales.

Es importante que en cada orden se indique la hora de su impartición y a quiénes ha sido impartida y por qué medio. Hay que tener cuidado en la forma de escribir los nombres de las localidades, la que debe ser de acuerdo con la carta. En caso de haber variás cartas en uso, hay que indicar a base de cuál se da la orden. Nombres difíciles de encontrar o nombres repetidos se deben evitar o ser aclarados por una referencia (por ejemplo: A, 3 kilómetros al sur de B).

Se ve que, además de la verdadera conducción de tropas, existe en la guerra una cantidad de complejas cuestiones sobre las que hay que pensar constantemente en todos los comandos. Pero se reconoce también la necesidad de que los jefes tengan siempre con toda claridad ante la vista la idea estratégica y táctica, libre de todos los agregados. A este punto de vista responde la división de las órdenes de acuerdo con su importancia.

La redacción de una orden de operaciones, especialmente en lo que respecta a su ordenamiento, debe ser tal que permita una rápida comprensión; debe bastar una mirada para abarcar el conjunto, asemejándose así, en su dispositivo, al de un templo griego. Sólo de esa manera producirá claridad en la comprensión y precisión en los actos de los subordinados.

La impartición de órdenes se realizó en la Guerra Mundial empleando medios técnicos extraordinariamente aumentados en comparación a los de tiempos anteriores. La conducción disponía de medios con los que ni soñaron nuestros padres de 1870.

El aviador que ya un cuarto de hora después de elevarse se halla encima de las líneas enemigas, comunicando desde allí por radiotelegrafía sus observaciones; la estación radiotelegráfica de gran alcance que permite al Comando en Jefe del Ejército dirigir los movimientos de las tropas alemanas en Transcaucasia, sin ningún puesto intermedio; el teléfono, con cuyo auxilio dos jefes se podían poner de acuerdo a una distancia de muchos cientos de kilómetros, como si se encontraran frente a frente, demuestran bien claramente la diferencia entre entonces y ahora.

Es en nuestros tiempos indiscutiblemente más fácil para el conductor formarse un cuadro completo sobre la situación de guerra que en otras épocas, aun cuando asuma magnitudes inmensas, como sucedió en la Guerra Mundial.

Pero esto no debe considerarse como una ventaja en todos los casos. Se llegan a conocer mejor no solamente las debilidades del ene-

migo, sino también cuáles son sus aspectos fuertes. Esta circunstancia puede fácilmente inducir al conductor a desistir de un proyecto que en otra época hubiera realizado. Más de una orden dada con escaso conocimiento del enemigo y que condujo a una brillante victoria, no se habría impartido si se hubiera visto la situación tan clara como sucede casi siempre en la actualidad.

Hay que hacer notar otra desventaja más. Siempre ha sido un error que el jefe para tomar sus resoluciones se hiciera demasiado dependiente de la recepción de noticias detalladas; pero también lo contrario es erróneo. El momento más oportuno para pasar de la reflexión a la acción no es fácil de reconocer. Esto sucederá hoy en mayor grado que antes, dada la gran abundancia de noticias que se reciben. Pero desde que existe para una gran unidad, provista de los medios modernos, la posibilidad técnica de aclarar la situación hasta en sus menores detalles, el jefe podría inconscientemente concebir la idea de que deberá procederse así antes de poder pasar a la acción. Pero siempre pueden presentarse otras circunstancias que paralizan la exploración, como nieblas repentina o la explosión de un tanque de nafta del aviador. Esto no debe perderlo de vista la conducción, si no quiere dejar pasar las situaciones más favorables sin aprovecharlas.

Existen todavía otros peligros, relacionados con los medios técnicos perfeccionados. Son también de orden psicológico. Es, indudablemente, una ventaja de que hoy difícilmente se puede concebir un caso en que un comandante superior no estuviese en condiciones de hacer llegar su voluntad a una unidad subordinada, es decir, que la conducción pueda mantener cortas las riendas, aun con masas separadas entre sí por grandes distancias y en diferentes teatros de operaciones, o sea que la conducción puede ser más centralizada que antes. Pero esta facilidad puede fácilmente dar lugar a una tutela de los jefes subordinados.

Un fenómeno particular que se fué formando tanto en amigos como enemigos es característico en este sentido. Cuando, por ejemplo, se trataba de averiguar qué unidad de tropa tenía ocupado un cierto sector de la posición enemiga, sólo se podía determinar sin lu-

gar a duda tomando prisioneros. Por consiguiente, se ordenaba una empresa de reconocimiento a viva fuerza. Con simples asaltos audaces contra las trincheras enemigas, tan aseguradas con anchas alambradas, no se podía conseguir nada. Únicamente con astucia, con una potente concentración de fuego de artillería pesada y liviana, así como de lanzabombas y ametralladoras, al que seguía el avance bien meditado y practicado de un pequeño número de hombres valientes, se podía tener éxito. Durante semanas enteras se observaba al enemigo, se determinaba, con la ayuda de los aviadores, que tomaban fotografías, dónde estaban situados sus centinelas y fracciones de sostén, el emplazamiento de sus ametralladoras, la ubicación de los abrigos y otros detalles de la construcción de sus posiciones. Frecuentemente se construía detrás del frente una obra que era una reproducción exacta del sector de la posición enemiga a atacar. En ella se ejercitaba la agrupación de asalto, teniendo en cuenta, con todo cuidado, la probable acción del enemigo durante la empresa. Cuando ya existían todas las bases, el teniente a quien se había confiado la empresa presentaba su orden, a la cual se agregaba una descripción del desarrollo proyectado. Esta orden era elevada por vía jerárquica hasta llegar al comandante del ejército; cada uno de los superiores agregaba sus observaciones o proposiciones de modificación, hasta que por fin, según humana previsión, no se había omitido nada que pudiera contribuir al éxito. Así la orden original se transformaba en un grueso legajo.

Este procedimiento pudo haber sido justificado alguna vez y producido buenos resultados; pero empleado por principio significaría la muerte de toda independencia de acción con amor a la responsabilidad en el Ejército, con lo que se perdería uno de los mejores factores de la victoria.

Por otro lado, se puede reprochar fácilmente al comandante de una gran unidad de ser culpable de negligencia si no ha empleado todos los medios disponibles para hacer sentir su voluntad. Esto sucederá sobre todo después de una batalla desgraciada.

Durante el período en que Ludendorff fué primer cuartelmaestro general, el centro de gravedad de la conducción del Ejército ale-

mán estaba en las conferencias telefónicas que mantenía todas las noches con los jefes de estado mayor de los diferentes ejércitos. Con los partes del frente que se encontraban en combate decisivo se hallaba en un continuo cambio de opiniones. Pero nadie que tuviera que hacer con él en tales situaciones podrá decir que esto se hizo de una manera que pudiera restringir la independencia de acción. Por el contrario, Ludendorff incitaba, entusiasmaba y ayudaba, interviniendo únicamente con mano firme cuando notaba errores o inacción.

Influyen, por lo tanto, en la conducción, no sólo los medios para la comunicación de las órdenes, sino también el uso que se haga de ellos.

Ellos hasta pueden tener un efecto tanto más nocivo cuanto más perfectos sean en el sentido técnico. Esto se manifiesta en tiempos de grandes commociones, cuando la indisciplina comienza a reinar en el Ejército. Personas no autorizadas que se apoderan de las estaciones radiotelegráficas y telefónicas pueden producir desgracias incalculables. Los funestos días de noviembre de 1918 ofrecen más de un ejemplo emocionante en este sentido, ya que la abdicación del emperador alemán fué producida, en último análisis, por una simple conversación telefónica.

*Sobre la influencia de la distancia en la impartición de órdenes*  
tenemos que decir algunas palabras, desde que se hace sentir en la apreciación de las situaciones que se presentan en la guerra.

La impresión inmediata y directa es siempre la que influye más energicamente; está en la naturaleza de las cosas que se repare menos en el peligro lejano que en el que amenaza de más cerca. Así sucede de que en la guerra cada uno cree que el combate en que él está empeñado es el más sangriento y que justamente en su teatro de operaciones las circunstancias se presentan las más difíciles. Por una parte, esto puede conducir a exigir de los demás más que a sí mismo, porque ve con toda claridad la misión que el vecino debe cumplir, pero no los obstáculos que se le oponen en el camino. Por otra, es

a veces conveniente no tener que pensar y obrar bajo la influencia inmediata del peligro y de las dificultades.

La experiencia comprueba que la audacia en las resoluciones crece con la distancia. Se abarca con vista más tranquila una zona cada vez mayor del teatro de operaciones, se advierte mejor la reducida importancia de un episodio, que considera desde su puesto como trascendental aquél a quien de cerca toca, y se hallan más fácilmente arbitrios que pueden restablecer el equilibrio si un revés parcial lo destruye, mediante el éxito alcanzado en otro punto.

Fuera de toda duda será muy conveniente para el Comando en Jefe del Ejército mantenerse a una cierta distancia de los teatros de operaciones de los diferentes ejércitos. Debe ser en todos los acontecimientos la fuerza motriz y estar siempre listo, en caso de que algún subordinado tenga dudas; de asumir por él la responsabilidad y pesar con plena objetividad la relativa importancia de todas las empresas. Por este motivo deberá estar en lo posible al abrigo de la alarma, de la intranquilidad y de las preocupaciones que experimentan diariamente las tropas próximas al enemigo. Una tranquilidad serena debe reinar en el ambiente que lo rodea. Únicamente en los pocos momentos decisivos puede descender al elemento agitado de la guerra, a fin de tomar sus resoluciones bajo su influencia inmediata. Mas si esto sucede con demasiada frecuencia, se pierde la visión del conjunto, y el espectáculo de las miserias de la guerra irá poco a poco reduciendo el vuelo de los proyectos.

Por lo demás, ya los ataques de los aviadores enemigos se encargan de hacer sentir en forma directa al Comando en Jefe del Ejército algo del fresco aliento de la guerra. Entre su concepción serena y la de los comandos de ejército que se hallan más bajo las impresiones del combate, debe haber una compensación, lo que es más ventajoso para el conjunto. Mientras la prudencia justificada de los últimos disminuye el peligro de contratiempo, las aspiraciones elevadas del Comando en Jefe forman un incentivo nada despreciable para la acción.

Se podría deducir de esto que las concepciones más geniales y más audaces deberán surgir sobre el tapete desde el interior del país,

donde queda excluida completamente una influencia directa del peligro de la guerra y donde la tranquilidad para reflexionar y trabajar es mayor y que la presencia del Comandante en Jefe en el ejército combatiente de manera alguna es necesaria. Esto es cierto en sí, pues los medios modernos de comunicación salvan, como ya hemos expresado, todas las distancias. A pesar de todo, sería una ilusión pretender dirigir las batallas desde el silencio del gabinete de paz. Esto sólo ocasionaría derrotas, puesto que si falta el contacto viviente con las tropas combatientes se perdería la concordancia entre el *querer* y el *poder*, entre el objetivo y los medios para alcanzarlo. En todo caso, una conducción de guerra como aquella del consejo áulico de la corte de Viena en el siglo XVIII ya ha dado ejemplos aleccionadores que no deben olvidarse. Tampoco las experiencias de Gambetta en este terreno incitan de manera alguna a la imitación. Él proyectaba, junto con Freycinet, lejos del ejército, en Tours y Bordeaux, los más audaces planes de campaña y los impuso a sus generales, con los cuales sólo tenía comunicaciones telegráficas. Pero todos estos planes fracasaron, pues no estaban basados en una apreciación acertada de la capacidad de las jóvenes tropas republicanas.

Así, pues, si bien es conveniente que el Comandante en Jefe se mantenga en general a una cierta distancia del teatro de la lucha, debe, sin embargo, estar en condiciones de poder tomar en cualquier momento el pulso a su Ejército. Los sentimientos internos que éste experimente deben alcanzarle sólo en un grado tal que las impresiones pasajeras no influyan demasiado en él, pero, a la vez, tenga una justa sensación de lo que puede exigir en cada momento.

El automóvil es un excelente medio para responder a esta necesidad. Él permite llegar pronto al foco de las luchas, recoger allí impresiones personales y, sin embargo, estar de regreso al anochecer en su puesto de trabajo acostumbrado. Cuando el automóvil no sea suficiente, se lo puede reemplazar por el tren o por el avión.

Si en tales viajes al frente el Comandante en Jefe y sus asesores sienten algo de las penurias diarias de la guerra, que las tropas tienen que probar hasta las heces, es provechoso en todo caso. Precava de exigencias irrealizables. Por otra parte, a menudo se reduce de

este modo a su justa medida el temor a un obstáculo que desde lejos parecía más grande que visto de cerca.

Consideraciones análogas a las hechas sobre la dirección de grandes operaciones, se aplican a las *batallas*. Con razón se aconseja a los jefes superiores no acercarse demasiado a la línea de combate. Debe conservarse también aquí un justo término medio para evitar los peligros de un extremo.

Clausewitz nos ha dejado en el libro primero de su obra sobre la guerra una excelente descripción de las diferentes zonas que rodean el foco de los combates (1). Dice:

« Acompañemos al bisonío por el campo de batalla. Al avanzar hacia éste, el estampido de los cañones, cada vez más distinto, se alterna finalmente con el silbido de las balas, que ahora llama la atención del inexperto. Las balas empiezan a caer cerca, delante y detrás de nosotros. Nos dirigimos apresuradamente a la colina, donde se ha ubicado el comandante del cuerpo de ejército con su numeroso séquito. Aquí caen ya tan frecuentemente las balas de cañón y se suceden tan de continuo las explosiones de las granadas, que la preocupación por la vida se abre paso a través del cuadro que se ha formado la imaginación juvenil. De pronto se desploma un conocido—una granada ha caído en el montón y produce algunos movimientos involuntarios—y uno empieza a sentir que ya no está completamente tranquilo y con perfecto dominio de sí mismo; hasta el más valiente tiene por lo menos momentos de distracción.

» Avancemos ahora un paso más hacia la batalla que se desarrolla delante de nosotros, todavía casi como un espectáculo, hasta la altura del general de división más próximo; aquí se suceden los proyectiles y el ruido de las piezas propias aumenta la preocupación.

» Vamos del general de división al general de brigada. Éste, de valor probado, se mantiene prudentemente detrás de una colina, de una casa o de árboles, seguro indicio de que el peligro crece; las metrallazas caen sobre los techos y en los campos; balas de cañón vuelan en todas direcciones por encima y a nuestro alrededor, y ya

» se oye el frecuente silbido de las balas de fusil; otro paso más hacia las tropas, hacia la infantería que con indescriptible firmeza continúa desde hace horas el combate por el fuego; aquí el aire está lleno del silbido de las balas, que pronto anuncian su proximidad por el corto y agudo silbido que pasa a una pulgada de distancia del oído, de la cabeza, del alma. Para colmo, la compasión ante el aspecto de los mutilados y yacentes golpea con sus lamentos a nuestro palpitante corazón.»

Esta descripción da aún hoy un cuadro muy emocionante. Solamente las zonas son ahora considerablemente más anchas, a causa del mayor alcance de las armas de fuego. El aviador hasta ha hecho que ya no se pueda tener, de manera alguna, la sensación de estar una vez completamente fuera de peligro, lo que de cuando en cuando es indispensable a todo guerrero en los combates de larga duración.

Hasta la población civil en el interior ha tenido que carecer de esta sensación en ciertas partes durante la última guerra. Las impresiones del combate son hoy, además, mucho más poderosas que antes. El efecto que produce una bomba grande de aviadores o una granada llena de carga de estallo de la artillería muy pesada es inmensamente más destructivo y ataca los nervios en una medida incomparablemente mayor que cualquier proyectil de épocas anteriores. Aun la más densa lluvia de balas de 1870 no fué más que un juego de niños comparado con los haces de fuego de nuestras ametralladoras. Por último, ningún general se ubicará ahora sobre una colina, y nadie se presenta a caballo dentro del alcance del fuego de infantería del enemigo. Estados mayores que se mantengan a caballo sobre colinas han sido desde hace mucho falsos cuadros de maniobras. Pero es, sobre todo, lo que se llama el «vacío del campo de batalla» lo que desde la guerra ruso-japonesa diferencia más característicamente nuestra época de la de Clausewitz. Mas no por esto los horrores del combate son menores, sino, al contrario, más bien mayores.

Según ya hemos dicho, son muy pocos los hombres en quienes el peligro no produce impresión alguna. Clausewitz opina que el bisonío no atravesará ninguna de aquellas zonas de densidad de los proyectiles, mencionadas en la transcripción precedente, sin sentir que

el espíritu funciona allí en forma diferente a la ordinaria, de que trabaja de manera muy distinta que en tranquilas especulaciones. Aunque la impresión que causa el peligro vaya perdiendo con el tiempo su intensidad, algo queda por lo general aun en el soldado más experimentado. A medida que avanza hacia el foco de la lucha, tanto más rápido será su pulso; sus pensamientos se suceden más precipitados, aunque menos claros, y tanto más la reflexión se interrumpirá por consideraciones relativas a la propia persona y por la idea de la posibilidad de perder pronto la vida. Ninguna otra cosa pude el hombre perder de más valor que su existencia, y así se interesa muy vivamente en su conservación.

*Cuanto mayor sea el dominio de la situación del conjunto que necesita un jefe y cuanto mayor sea su influencia intelectual, tanto más alejado debe mantenerse en la zona de peligro serio de vida.* Buenos puestos de observación se pueden hallar, por lo general, a distancias grandes de la primera línea. No elegirlos por esta única causa sería entender mal la ambición. Por un ejemplo de desprecio de la vida, el comandante de un ejército no puede influir muchas veces más de lo que influye cualquier oficial subalterno. En cambio, por la claridad y serena reflexión en sus resoluciones, él será el benefactor de cientos de miles.

A este efecto puede contribuir considerablemente la acertada elección de su puesto de combate. Ella tiene una gran importancia a causa de que un traslado no es tan fácil. El comando de un ejército constituye una aglomeración considerable de hombres, caballos y vehículos de todas clases y exige, además del alojamiento propiamente dicho, numerosas habitaciones para el trabajo, de modo que localidades apropiadas no se encuentran en todas partes. Además, en el comando convergen las redes telegráficas y telefónicas que lo comunican con todas las partes del ejército propio, como también con los ejércitos vecinos, con el comando del grupo de ejércitos o con el Comando en Jefe del Ejército. Levantar esas redes y tenderlas de nuevo exige tiempo, trabajo y material. Se procederá a ello cuando sea absolutamente necesario. Por estas razones el comando de un ejército permanece, aun durante la guerra de movimiento, varios

días en un mismo sitio, siguiendo al ejército por saltos. Un puesto de comando se debe abandonar recién cuando en el otro siguiente se han instalado las comunicaciones necesarias, principio que rige para todos los jefes que disponen de medios técnicos de comunicación para poder dominar su esfera de acción.

Si se prescindiese de esta precaución, un cambio de puesto de comando durante combates decisivos podría ser de funestas consecuencias. Los partes se extraviarían, los jefes subordinados que desean informar personalmente a su superior no lo encontrarían o recién demasiado tarde y las órdenes no llegarían a los destinatarios con la rapidez y seguridad necesarias.

La poca movilidad de los comandos superiores es, indudablemente, una desventaja. Pero puede compensarse por el arbitrio de que el conductor se forme un pequeño estado mayor especial, constituido, además del jefe del estado mayor, por todos los oficiales que tienen a su cargo asuntos referentes a la conducción de tropas. Ellos forman con el personal auxiliar subalterno necesario el escalón de combate del comando. Con ellos puede el conductor ir en todo momento en automóvil o aviones a aquellos puntos en que considera necesaria su presencia.

Si, por ejemplo, el Comando en Jefe del Ejército Alemán hubiera estado a principios de septiembre de 1914 con tal escalón de combate detrás del ala decisiva, podría haber influido en el desarrollo de las operaciones de un modo más eficaz que desde Luxemburgo.

En la guerra de posición será conveniente que el comando se haga construir uno o varios observatorios, haciendo allí todos los preparativos para que la comunicación por teléfono y radiotelegrafía a los cuerpos de ejército subordinados se pueda establecer en todo momento sin dificultades.

En las unidades del ejército se modifican los puntos de vista para la elección del puesto de comando. El comandante de un cuerpo de ejército procederá como el comandante de ejército únicamente cuando se encuentra en una situación análoga, es decir, que combata independientemente. Pero si, por el contrario, sus divisiones for-

man parte de una extensa línea de batalla, puede resultar necesaria una intervención rápida en la conducción, para lo cual debe tener un dominio más detallado de la situación. A tal efecto debe encontrarse más cerca del campo de batalla.

En los comandos medios e inferiores se aumenta la necesidad de mantenerse cerca del combate y del peligro. La exigencia de dominar la situación de conjunto disminuye, aumentando, en cambio, la de la acción pronta efectuada por el apremio del momento. La recepción directa de las impresiones se convierte en tales casos hasta en la fuente fructífera de la propia acción.

Para el comandante de división, nuestros reglamentos de combate establecen que debe estar siempre con sus tropas. Durante la marcha de avance su puesto es en la vanguardia. Cuando se marcha en varias columnas, sigue con aquella en que se halla la fuerza principal. Al chocar con el enemigo la observación propia debe darle las bases para la conducción de su unidad. Para la realización del combate, él se dirige a su puesto de comando. Éste debe estar lo más avanzado posible, pero de manera que los medios de comunicación queden substraídos del fuego más eficaz del enemigo.

En caso de que el puesto de comando no ofrezca un dominio visual suficiente, deben enviarse oficiales de observación a puntos dominantes, los que se hallan no sólo adelante sino también lateralmente, en ciertas circunstancias hasta más atrás. Desde allí esos oficiales informan por teléfono. Del puesto de comando deben mantenerse alejadas a todas las personas que no tienen que ver directamente con la conducción.

El anteojito-tijera se coloca detrás de la cresta de una altura, de modo que todavía se pueda mirar por encima de ella. Nadie debe mostrarse sobre la altura. Por el anteojito observa constantemente un oficial que tenga práctica. A veces observa el mismo comandante de división. A inmediaciones de él se hallan sus dos oficiales de estado mayor. Muy próximos, en una cubierta construida en la pendiente opuesta al lado del enemigo, están instalados los teléfonos, por medio de los cuales se mantiene la comunicación con los comandos subordinados y con el comando del cuerpo de ejército. Al lado está colocada una estación radiotelegráfica liviana. Algunos oficiales de

órdenes y receptores de órdenes así como los oficiales de noticias de las divisiones vecinas se mantienen cerca del comandante de división de manera que puedan observar el desarrollo general de los acontecimientos. Siempre estás listos para salvar, por un rápido recorrido a caballo, una falla que pudiera producirse en los medios técnicos de comunicación. Muy próximo al comandante de división se instala también el comandante de la artillería con su plana mayor; tiene que conferenciar constantemente con el primero. Más raras veces sucede esto con el comandante de ingenieros y con el cirujano de división. Pero también ellos deben estar constantemente listos para presentar proposiciones al comandante de división sobre el empleo de las tropas y formaciones a sus órdenes. Deben, por lo tanto, mantenerse al corriente sobre el desarrollo del combate, sin molestar a la conducción. Ésta debe poder trabajar tranquilamente sin ser perturbada por cuestiones secundarias. Por esta razón todo el personal inferior, con el cual se hallan también los caballos y automóviles, permanece a las órdenes del ayudante, apartados del grupo principal.

Debe tenerse especialmente en cuenta la necesidad de cubrirse contra las vistas aéreas. Si es posible se busca ubicación debajo de árboles o a la sombra de edificios, evitando, al acercarse algún aviador enemigo, todo movimiento que pueda atraer su atención.

En los comandos inferiores aumenta la necesidad de una influencia personal del jefe sobre su unidad. En lo posible, los puestos de combate de los jefes de infantería y de artillería que actúan en el mismo sector, deben establecerse a corta distancia entre sí, a fin de facilitar la mutua cooperación de las dos armas principales.

En la persecución, el puesto de los jefes es bien adelante. En la retirada marcha solamente el comandante de las tropas con el comandante de artillería a la zona de la nueva resistencia, mientras todos los subjefes permanecen con sus unidades.

### III

## LAS CONDICIONES DE ÉXITO EN LA GUERRA

---

El mejor servicio que podríamos prestar a la conducción del Ejército sería enumerar todas las condiciones necesarias para obtener el éxito en la guerra. Pero, desgraciadamente, esta enumeración nunca podría ser completa. Sólo estamos en condiciones de mencionar algunas de las más importantes.

En primer lugar, hay que nombrar una de ordinario muy antipática al soldado: nos referimos a la *política*.

Por los tiempos del Congreso de Viena escribía Blücher: «¡Oh, vosotros políticos, cuán mal conocéis el corazón humano!; el buen congreso vienes se parece a una feria en una pequeña ciudad, donde de cada cual lleva sus animales para la venta o permuto. Nosotros hemos llevado un hermoso toro y en cambio hemos recibido un macilento buey.» El viejo militar quiso pedir inmediatamente su retiro en su despecho hacia los políticos. Pero ya en aquellos tiempos su ira no modificó en nada la gran influencia que la política desempeñaba en todos los asuntos de la guerra.

La guerra debe ser la continuación de la política con las armas en la mano; de ahí su influencia en la manera y forma de la conducción de la guerra. Cuando se critica dicha influencia, sería más lógico dirigir esa crítica a la política misma. Una mala política tendrá también con seguridad una influencia perniciosa sobre la conducción de la guerra.

Como es natural, no debemos entender la palabra «política» en su sentido más estrecho o sea lo que generalmente llamamos «política exterior», ya que la interior es igualmente importante. Usaremos así la expresión «política» en su más amplio significado.

De la política dependen el estado general, el espíritu, la organización, las fuerzas morales y materiales del estado, y de estas circunstancias, a su vez, la conducción de la guerra.

Clausewitz dice: «Los enormes efectos de la Revolución Francesa » provinieron evidentemente mucho más del cambio radical de la política y de la administración, del carácter del gobierno y de las ideas del pueblo, etc., que de los nuevos medios adoptados por el arte de la guerra y reglamentos franceses. El no comprender bien esto los demás gobiernos, el querer equilibrar con los medios ordinarios aquellas nuevas fuerzas poderosas, *fueron errores de la política.*»

Otro error de la política fué causa de que en el año 1805 Prusia no se presentara en el teatro de la guerra con un ejército numeroso, bien armado, apoyado por poderosos aliados para intervenir en forma decisiva. Aun cuando su organización militar tuviera algunos defectos, su situación general era entonces tan favorable que con un empleo juicioso de las fuerzas combatientes, casi no podía dudarse del éxito. La defectuosa política no solamente dejó pasar estas ventajas sin aprovecharlas, sino que su desastrosa influencia fué más lejos. Los hombres mejores y más inteligentes en el ejército prusiano calculaban que en aquella ocasión terminarían las interminables vacilaciones y que al fin Prusia aparecía en la escena influyendo en la política internacional. Al ver fallidas sus esperanzas, el desaliento producido por el desengaño fué más grande que nunca. La desilusión, un sentimiento de vergüenza y de desesperación se apoderaron de muchos corazones. Se propagó en el Ejército el sentimiento de que su honor le obligaría a batirse próximamente. La certidumbre de haber dejado pasar la mejor ocasión para ello aumentó la in tranquilidad del partido de la guerra prusiano y provocó finalmente el estallido, que se produjo a destiempo en 1806.

Cosa análoga ocurrió en Francia en 1870. La opinión de haber perdido en 1866 irreparablemente una ocasión preciosa para afirmar nuevamente la hegemonía de Francia en toda la Europa, excitó la ambición nacional, cuya agitación continua impulsó a Napoleón III, después de la tentativa infructuosa de su pacificación en 1867, a la lucha decisiva en una ocasión inoportuna.

La Prusia en 1806 y la Francia en 1870 presentan dos ejemplos

de la historia de las ocasiones políticas perdidas, demostrando con luz meridiana la influencia de la política sobre la guerra.

Como tercer ejemplo, especialmente doloroso para nosotros, se agrega todavía el Imperio Alemán bajo Guillermo II. Fueron especialmente errores de la política exterior que hicieron que el imperio se viera, en agosto de 1914, frente a una coalición enemiga muy superior formada por las grandes potencias. Si, además, se dejó arrastrar por la corriente de la política austriaca de «va banque» y, por último, no obstante su profundo pacifismo, demostrado durante más de cuarenta años, apareció ante el mundo como el perverso perturbador de la paz, todo emanó de la misma fuente.

No menos funestas se manifestaron las consecuencias de una deficiente política interior. En ellas hay que buscar las causas por las que Alemania, en la hora más difícil de su existencia, no estaba en condiciones de arrojar toda su fuerza en la balanza de la lucha por su derecho a la vida y a la libertad. También el hecho que durante la guerra las capas sociales revolucionarias ganasen cada día más en poder e influencia, hasta que por fin consiguieron derrocar el trono de los Hohenzollern, se explica en primer término por los errores de la política interior.

La debilidad, tanto hacia fuera como también ante el propio pueblo, cubierta sólo incompletamente por grandes gestos y palabras alusionantes, fué la enfermedad mortal de este Estado. Pero con el pacifismo y la debilidad no se dejan defender los bienes de una nación en medio de vecinos belicosos. El imperio alemán se fundó con la espada. Únicamente por su uso oportuno y vigoroso se podía haber sostenido.

El error fundamental de la llamada «nueva orientación» fué la persecución de objetivos político-mundiales, sin cuidarse al mismo tiempo de la conservación del poder continental del Imperio Alemán, tal como el viejo canciller lo había creado. Este poder descansaba en la superioridad militar sobre Francia, demostrada indiscutiblemente en 1870-71. Una vez perdida ésta, no sólo terminaría la seguridad del imperio sino que desaparecerían completamente todas las condiciones básicas para una actuación en gran escala en el comercio y en la política mundiales. Por consiguiente, debió haber ase-

gurado permanentemente el resultado de Sedan, aun al precio de una nueva guerra. A este problema había que subordinar todo lo demás. En cambio, Alemania miró con tranquilidad que Francia, manteniendo su manifiesta hostilidad contra Alemania, se elevara nuevamente a una potencia militar de primer orden y, a pesar de esto, dirigió su atención en creciente medida a nuevos fines políticos mundiales. De este modo nació, en el transcurso de los tiempos, esa situación peligrosa, en la que la creación de Bismarck tuvo finalmente que perecer. Francia halló aliados. A su espíritu de desquite se unió la envidia de otras potencias, inquietas por los grandes éxitos de Alemania en el mercado mundial y su creciente influencia internacional. Alemania podía quizás haber conjurado la tormenta amenazadora si para la realización de sus planes hubiese conseguido la ayuda de una potencia mundial. Podía realizar sus anhelos en el Cercano Oriente, expresados del modo más breve en las palabras Berlín-Bagdad, por una alianza con Inglaterra contra Rusia, o la construcción de su escuadra de guerra y sus anhelos coloniales por una alianza con Rusia contra Inglaterra; pero, evidentemente, las fuerzas no le alcanzaban para avanzar simultáneamente en ambas direcciones, haciéndose enemiga de Inglaterra y de Rusia, mientras Francia esperaba en su flanco, lista para el salto. La tan decantada «política de la mano libre», que intencionalmente siguió a fin de no comprometerse en una dirección determinada y su actitud pasiva, frente a Francia, no decidiéndose a una acción contra ella, fué el sepulturero de Alemania.

En 1806 Prusia trató de realizar la lucha por su existencia con su fuerza armada considerada suficiente para las guerras ordinarias de tiempos ya pasados, mientras que la nación quedaba tranquila, en su estado normal, como simple espectador. El ejército de entonces hubiera tal vez bastado para resistir el primer choque del ejército napoleónico, reunido en el momento en Alemania, mas nunca para contener el torrente desbordado de todas las fuerzas de la nación francesa. La política dotó a Francia de los medios más extraordinarios, haciendo posible de este modo aquella energía de la conducción de guerra, desconocida hasta entonces. Esto debió Prusia haber tenido en cuenta, prevenida como ya estaba por varias cam-

pañas de Bonaparte contra Austria, organizando igualmente masas considerables. Pero, para esto, había sido necesario que la política hubiese organizado, ya mucho antes de la guerra, a la nación entera de tal modo que resultare más tarde seguro el aprovechamiento de todas sus fuerzas en la guerra.

Lo mismo sucedió antes de 1914. De nuevo la política omitió señalar a la nación toda la enorme gravedad de la situación en que se hallaba. El proyecto de aumento del Ejército presentado en el año 1913, propuesto demasiado tarde y en una medida insuficiente, fué todo lo que el gobierno alemán consideró necesario como contestación a los esfuerzos militares inauditos de sus vecinos. O el mismo no reconoció el peligro o no se decidió a sacar del justo reconocimiento las conclusiones necesarias. En ambos casos, esta deficiencia en la preparación debe ser cargada en la cuenta de la política de la nación alemana. Se hallaba espiritual y materialmente mal preparada en la hora más grave de su historia moderna.

Si de ahí resulta que la política tiene aún en nuestros días la misma vasta influencia que antes sobre la conducción de la guerra, las circunstancias, sin embargo, se han vuelto más sencillas. Clausewitz, al tratar las relaciones mutuas, habla todavía de guerras como las de coalición y la de sucesión de Austria, en que las potencias aliadas se obligaban cada una a concurrir con fuerzas de un efectivo determinado o sea sólo marchaba a la lucha una parte de sus fuerzas, siendo la política la que decidía en primer término; hoy ya no sucede esto. No hay ni qué pensar que en Europa puedan reproducirse tales hechos. Así fracasó en el año 1914 la tentativa de Austria-Hungría de derribar a Serbia con una parte de su fuerza armada, porque en seguida apareció Rusia en la palestra, y subsiguientemente entraron en la guerra todas las demás potencias, de acuerdo a sus tratados de alianzas. Cosa análoga se repetirá en el porvenir. Los intereses vitales de las naciones en la densamente poblada Europa, son tan intrincados, dependen tanto una de otra, que una guerra que estalla en cualquier rincón del continente tiene que afectar en mayor o menor grado a todos.

Aunque al principio sólo participen estados pequeños, muy pronto ha de intervenir una gran potencia y otra se dirigirá, a su vez,

contra ésta. Pero cuando chocan grandes potencias entre sí, movilizan para la decisión, como lo demuestran las experiencias de la guerra, desde un principio la masa total de sus fuerzas organizadas. Aun la tibieza de los aliados en las guerras de coalición de otras épocas, tan conocida y satirizada desde hace mucho tiempo, no se ha puesto de manifiesto en los años 1914-1918. Es que la naturaleza de la guerra del presente coloca a cada uno de los que intervienen frente al dilema fatal: Victoria o Ruina. ¿Quién no se opondría a esta última con todas sus fuerzas inmanentes?

En tales condiciones se explica que en la actualidad las guerras sólo son posibles si median grandes intereses políticos contrarios. Estos intereses se disimulan, por cierto, muchas veces. La ruptura entre naciones es aparentemente el resultado de nimiedades. Así tuvo que servir una controversia sobre los derechos a extensos bosques, en las márgenes del río Jalu, para motivar el ataque japonés contra Rusia en el año 1904; de la historia de guerra se pueden enumerar muchos casos análogos en que naciones enteras se encontraban en una lucha de vida y muerte por causas secundarias. Ni el vergonzoso asesinato del príncipe heredero austriaco y de su esposa en Serajewo, era motivo suficiente para que por esa razón millones de hombres tuviesen que morir. En todos estos casos, la situación era tal que lo que aparece como causa no es sino pretexto a que recurre el antagonismo político, producido por rozamientos de muchos años.

Nos aproximamos en cierto modo a un estado primitivo de la Naturaleza, en el cual las guerras de pueblos vecinos sólo puede producirse por el odio, recíproco. Pero existe esta diferencia: este odio no es ya instintivo sino producido por la colisión de intereses ideales, entre los cuales figuran, en primer término, el poder y la preponderancia. Ambos son elementos políticos.

Ahora como antes rige, por lo tanto, la frase de Napoleón, según la cual la política es el destino. Si en la Alemania de la post-guerra se ha creído deber cambiarla para nuestra época por la frase de que la economía es el destino, se ha cometido un error muy peligroso. Es verdad que puntos de vista económicos pueden ejercer una gran influencia en la política, pero cuando ellos pasan a primer plano se llegarán a situaciones muy difíciles. La situación de Alemania en las

décadas que precedieron a la guerra mundial era tal que hubiese hecho bien en asegurarse con concesiones económicas la benevolencia política de Inglaterra o de Rusia. Pero le parecía más importante hacerse pronto rico. De esta manera se enemistó con ambas por cuestiones económicas y tiene que mirar ahora como otros pueblos recogen los frutos de su trabajo. El interés político llevó en 1914 a Bélgica hacia el lado de Inglaterra y de Francia; pero el interés económico la hubiese llevado indiscutiblemente hacia Alemania, pues los muelles del puerto de Amberes muy pronto estarían desiertos si esta última dejara de dirigir la exportación de sus zonas más importantes de producción por el gran puerto del Escalda. También la actitud de Francia después de la guerra es una prueba indiscutible de la preponderancia de los intereses políticos. La organización de sus finanzas debiera hacerle aparecer como absolutamente necesario cobrar una elevada indemnización de guerra. Pero únicamente una floreciente economía alemana estaría en condiciones de pagarla. Mas como ella podría conducir a un resurgimiento de Alemania, también en el orden militar, Francia prefiere renunciar, si bien sin manifestarlo abiertamente a todo pago, arruinando así junto con el imperio también el comercio alemán. El fin político es también aquí el factor decisivo.

También sigue sucediendo que la política decide sobre la manera de iniciar una guerra. Si en 1866 hubiéramos seguido una política vacilante, en vez de los acontecimientos decisivos producidos entre Austria y Prusia, si ésta última se hubiese limitado a no entregar Schleswig que había ocupado y establecido sus ejércitos, por consiguiente, únicamente para la defensa, Austria con una política hábil que inspirara confianza, lograría no solamente que la Pequeña Alemania, sino también que Francia tomara parte en el ataque contra Prusia. Lo mismo puede decirse del ejemplo de 1870. Es fácil calcular cuán difíciles se hubiesen desarrollado entonces los acontecimientos militares. El mundo no hubiese presenciado un Königgratz, ni un Sedán ni un Imperio Alemán. También la Guerra Mundial se habría encarrilado desde un principio hacia otras vías o probablemente se habría evitado del todo, si Alemania hubiese tomado a tiempo la resolución viril de despedazar con un potente golpe el cer-

co de hierro que la estrechaba cada día más, establecido alrededor de sus fronteras, antes de que los preparativos bélicos de la Entente hubieran alcanzado tan alto grado de perfección, como fué el caso en el año 1914.

La política gobierna, además, las relaciones con los estados que no toman parte directa en la guerra, pero a los cuales interesa en diversos sentidos el desenlace de ésta. Su buena o mala voluntad puede ser de mucha importancia. Alemania ha recogido en este sentido durante la Guerra Mundial las más desfavorables experiencias, puesto que la mayor parte de los estados neutrales, por la presión de la Entente, tomó parte en forma más o menos intensa en las medidas de ésta para la estrangulación del comercio alemán. La más funesta para Alemania fué la actitud de los Estados Unidos de Norte América. Si éstos, como era su deber, si permanecían neutrales, midiendo con igual vara ambos partidos, no hubiesen permitido la perturbación de su comercio con Alemania o hubiesen suministrado material de guerra a ambos partidos o negado igualmente a los dos, habría sido para la causa de Alemania una ventaja de la mayor importancia.

La política determina, por lo general, el momento de la ruptura; su feliz elección es de una importancia extraordinaria. Es evidente que es mucho más fácil elegir con acierto ese momento si la guerra es realmente la continuación de una política dirigida ya en los preliminares diplomáticos hacia el ataque, que cuando se trata de una nación que sólo desea la paz y que se ve repentinamente frente a la necesidad de tomar las armas para su defensa o para salvaguardar su honor. En este último caso la política desea evitar la guerra. Ella espera hasta el último momento el éxito de las negociaciones y, en consecuencia, deja pasar desaprovechadas las oportunidades militares favorables. Pero entonces el enemigo da el golpe, por supuesto en el momento que le parece más oportuno. Así le sucedió a Alemania en 1914. Su declaración de guerra no tenía otro fin que impedir que su situación militar se hiciera aún peor por una larga espera.

En resumen: es la política la que crea la situación general en

que un Estado entra en la lucha. Esta situación ejercerá, a su vez, una influencia profunda en las resoluciones y en la actitud del comandante en jefe como también en la disposición de ánimo del ejército y de la nación.

Dada la gran energía y violencia que caracterizan a los hechos militares de nuestros tiempos, es natural que tan pronto comienzan los cañones a tronar, la política exterior pasa a ocupar, más que en épocas anteriores, un lugar secundario. En las guerras anteriores las potencias, aun cuando la lucha abierta ya se había iniciado, reservaban casi siempre una parte de sus ejércitos a la expectativa de otras complicaciones. La política decidía el empleo de esa reserva. Frecuentemente las relaciones diplomáticas entre las partes beligerantes no se interrumpían. Así, por ejemplo, el embajador inglés en San Petersburgo permaneció en su puesto durante toda la Guerra de Siete Años. Hoy se juega desde un principio el todo por el todo; antes debe producirse la suerte por las armas, la que será según lo haya resuelto el destino.

La política exterior no vuelve a recuperar su influencia sino cuando en una de las partes beligerantes el deseo de la paz comienza a sobreponerse al de continuar la guerra. Es cierto que su intervención, si procede de una manera poco hábil, puede producir lo contrario de lo propuesto. Así, por ejemplo, no ha contribuido absolutamente en nada para abbreviar la lucha sangrienta ni los diferentes ofrecimientos de paz de Alemania, durante la Guerra Mundial, ni mucho menos la llamada «Resolución de paz» del Parlamento. Muy al contrario; han acallado las pocas inclinaciones a la paz existentes entre sus enemigos, robusteciendo, en cambio, el partido que abogaba por la continuación de la guerra hasta el aniquilamiento completo del adversario. Tampoco los pasos dados por el Papa y por el pacifista americano y rey de automóviles Ford, para la prematura iniciación de la paz, no dieron resultados. Tales tentativas de intervenir en los grandes acontecimientos mundiales están condenadas al fracaso y es mejor evitarlas en forma absoluta.

Es natural que cuando el éxito de la lucha ya no es dudoso, la política exterior tendrá que intervenir a fin de establecer las bases

sobre las cuales ambas partes pueden negociar la suspensión de hostilidades. La parte más débil se hallará entonces, por cierto, ante una tarea muy difícil. Ante todo tendrá que evitar tomar medidas políticas que pudieran empeorar aún más la situación militar. Precisamente esto se hizo de parte del gobierno alemán bajo el príncipe Máximo de Baden, cuando, a fin de poder iniciar negociaciones con el enemigo, renunció, sin equivalente alguno de la otra parte, al empleo de su arma más eficaz: la guerra submarina.

Hacia el final de la guerra frecuentemente ejercen su influencia terceras potencias. Al principio ésta será de índole política, pero puede aumentarse hasta llegar a ser una intervención armada, determinando el límite hasta el cual pueden llegar las pretensiones del vencedor y lo que el vencido debe ceder. En tales condiciones la política puede tener una influencia inmediata hasta en las resoluciones del comandante en jefe. Consideraciones políticas pueden determinar en ciertas circunstancias todavía una batalla que, si bien innecesaria desde el punto de vista puramente militar, es considerada por una de las partes beligerantes como última tentativa y por la otra como última medida coercitiva.

Diferente de la política exterior es durante la guerra la acción de la política *interior*. Ella no pierde en importancia durante las hostilidades en comparación con el tiempo de paz. Más bien sucede lo contrario. Su misión es clara y sencilla. Debe procurar que constantemente fluyan nuevas fuerzas para sus defensores que se hallan frente al enemigo. El interior es la fuente de las fuerzas del ejército. No solamente debe enviarle el reemplazo de personal fresco y útil y todo el material de guerra necesario, sino ante todo el refuerzo moral. Por estas razones, es necesario mantener en el pueblo, aun en los más grandes sacrificios y penurias, la voluntad de la victoria, en lo que ejerce un papel importante el cuidado previsor de la alimentación. Toda disidencia interior debe cesar ante el peligro que amenaza desde afuera la vida de la nación. Es preciso fomentar el comercio y el trabajo, especialmente la actividad de las industrias importantes para la guerra. Los elementos peligrosos para la existencia del Estado deben reprimirse y se deben contrarrestar los esfuer-

zos del enemigo para quebrantar el espíritu guerrero. Sólo un gobierno fuerte y consciente podrá responder a estas tareas. La forma en que cumplirá su misión dependerá enteramente de la madurez política y del estado de cultura del pueblo. Las democracias occidentales, en las cuales la masa de población poseía un criterio político más desarrollado que la nuestra, otorgaron a sus gobernantes durante la Guerra Mundial poderes dictatoriales—jamás monarcas en la época contemporánea tuvieron tantas facultades como Clemenceau y Wilson—con lo que lograron resultados superiores a los del pueblo alemán, cuyos distintos gobernantes, en el período de la guerra, estaban constantemente preocupados de que no se fuera a lesionar cualquier pretendido derecho de la población. Mientras en Francia se contrarrestó a los motines en el Ejército mediante fusilamientos en masa y en todos los países de la Entente las personas que eran sospechosas de trabajar por la paz eran, sin más trámite, encarceladas o fusiladas, en Alemania, por el contrario, el gobierno fué pasando cada vez más a manos de los partidos de la izquierda del parlamento, a los que interesaba más el derrumbe del Estado monárquico que la victoria y el futuro de la Patria. Estos partidos, una vez llegados al poder, después de la derrota producida por la revolución, trajeron de mejorar con medidas de política interna la situación política exterior de Alemania. Con la mayor rapidez posible disolvieron al Ejército que volvía del frente e hicieron desaparecer el antiguo orden que diera tan buenos resultados. A fin de demostrar a los gobernantes de la Entente su sometimiento a los ideales de la democracia, como los únicos que podrían hacer la felicidad de una nación, recurrieron a los rebajamientos más profundos. Abrigaban la esperanza de obtener de esa manera una paz mejor para la nación que la que se le concedería al imperio; pero sólo cosecharon el desprecio y la mofa de los adversarios, y las condiciones en que se les ofreció la paz no podían ser más crueles. Hasta ahora nunca ha dado buenos resultados el mendigar misericordia al vencedor, como medio político, para influenciar los resultados de una guerra. En cambio, la actitud viril de Talleyrand, que representó en el Congreso de Viena a la Francia vencida e incapaz de toda acción de defensa, obtuvo grandes éxitos.

Ya no se puede imaginar que en Europa estallen en la actualidad guerras por puro afán de destrucción. Es preciso que existan objetivos de un valor duradero para el Estado o, más aun, necesidades vitales, es decir, puntos de vista políticos. Por consiguiente, la guerra sirve hoy como antes a la política.

Pero una vez estallada, la política, tanto la exterior como la interior, no debe conocer actualmente otro fin que el de procurar por todos los medios que se consiga el objetivo de la guerra. El Comandante en Jefe y el hombre de Estado que dirige los negocios deben estar firmemente convencidos de que el mejor servicio que la guerra puede hacer a la política es conseguir *la derrota completa del enemigo*. Observando este principio fundamental, la política cobra el mayor grado posible de libertad, a la vez que procura el mayor campo de acción al empleo de las fuerzas. ¡Ay del Estado en que durante la lucha obtienen el predominio las corrientes políticas que han inscripto otras aspiraciones en sus banderas! Una derrota será la consecuencia segura.

La cooperación entre la política y la conducción de guerra se logra de la manera más completa cuando la primera persigue con tenacidad fines grandes, claros, provechosos para los verdaderos intereses vitales de la Nación, y cuenta desde un principio con la necesidad de desenvainar la espada, si no es posible alcanzarlos por otros medios. Únicamente una política de esta clase puede señalar a la Nación ideales elevados, que muy por encima de las repugnantes querellas de los partidos, aúnen las fuerzas en una sola dirección. Ellos sabrán fomentar el espíritu de la defensa viril y conservar la fuerza armada a la altura de las exigencias de la época. Ante todo debe ser capaz de oír, como decía Bismarck, el suave ruido del manto de Dios y no dejar desaprovechado el momento en que deba darse un paso decisivo en el camino de la dicha y de la libertad, en beneficio de la Nación. Si, por ejemplo, la política alemana bajo Guillermo II se hubiese dejado guiar por la gran idea nacional como si fuera una estrella polar, no se le hubiera ocurrido ver toda su salvación en el mantenimiento de la monarquía austro-húngara, que hacía tiempo no era más que «un cadáver viviente», aliándose a ella

contra las grandes fuerzas motrices de los tiempos; hubiera orientado, al contrario, su política hacia la destrucción de ese Estado, que resultaba un anacronismo en el siglo XX, buscando el acercamiento hacia Alemania de las partes germánicas de la población de aquél. Si se tiene presente que la Guerra Mundial nació en gran parte del antagonismo germano-ruso, y éste, a su vez, era debido en último análisis a la distinta forma con que Alemania y Rusia encaraban el problema de la monarquía de los Habsburgos, no se puede negar que un acuerdo de ambos imperios respecto a ese problema austro-húngaro hubiera sido factible, con lo que se hubiera evitado la Guerra Mundial.

Hemos dicho que toda buena organización militar debe tener un sello nacional bien manifiesto. Pero es preciso que éste se refleje también en la acción del conductor de ejército y de las unidades de tropa.

*El que escriba sobre estrategia y táctica jamás debe perder de vista que lo que importa es la estrategia y la táctica nacionales; sólo esta enseñanza puede ser realmente útil para su nación.*

De la misma manera que el hombre aislado recién produce, por lo general, algo útil en la vida cuando llega al puesto apropiado para él, así los ejércitos necesitan hallarse en su elemento para dar de sí todo lo que pueden.

La espera irresoluta de Alemania en los años antes de 1914, mientras nubes cada vez más oscuras se levantaban alrededor de ella en el cielo político, y la perseverancia en la esperanza incierta de que la paz, a pesar de todo, se conservaría, no respondían a nuestra tradición histórica ni a nuestro temperamento nacional. Esta conducta ha sido pagada en la forma más dolorosa y la vista de nuestro pueblo se dirige con nostalgia a aquel joven Rey de Prusia, quien en 1756, en una situación igualmente peligrosa, supo adelantarse al ataque general de los vecinos por un golpe rápido y decisivo.

El uso que se hizo del ejército alemán, una vez echados los dados de la guerra, correspondía a su temperamento. Estaba instruído para una ofensiva sin miramientos, para una lucha decisiva a ejecutarse con golpes que se sucedieran rápidamente.

Tácitamente se adoptaba el pensamiento ofensivo como base de los ejercicios teóricos y de las maniobras prácticas en el ejército. La instrucción de los oficiales tendía a dotarles de iniciativa y a inspirarles el sentimiento de la independencia de acción y el de la necesidad de obrar persiguiendo siempre resultados positivos. Cuando más tarde, a causa de algunos errores y de la superioridad del enemigo, nos vimos obligados a la defensa, ésta se efectuaba también, siempre que de alguna manera fuera posible, en forma ofensiva, obteniendo grandes éxitos. Con una defensa pura, el ejército alemán jamás hubiera resistido tanto tiempo. Aunque al último le fuera negada la palma de la victoria, no se debe olvidar jamás que fué la perseverancia en la idea ofensiva lo que alejó de nuestras fronteras los horrores de la batalla. Ya por esta razón debemos esforzarnos también en lo sucesivo a emplear nuestro modo de combate nacional, si bien, como es natural, con las consideraciones consiguientes a las condiciones técnico-militares.

En todo caso contamos entre las condiciones necesarias para el éxito que se asigne al Ejército una misión que corresponde a sus características. Las particularidades del carácter nacional, la educación y el género de vida crean diferencias en ese sentido. Las tropas no se debieran emplear en una forma a que no están familiarizadas, pues influye desfavorablemente el tener que combatir en condiciones desacostumbradas y contra obstáculos desconocidos. No siempre, por cierto, el Comandante en Jefe podrá proceder de acuerdo con este punto de vista; pero donde las circunstancias lo permitan, debe tratar de aplicar el modo de combate nacional en la más amplia medida, aun cuando redunde en algunas desventajas materiales propias.

Una condición importante para el éxito feliz de la guerra es un buen estado interno del ejército. Toda unidad de tropa entra en campaña animada por cierto entusiasmo. Pero éste puede experimentar, sin embargo, modificaciones importantes en el transcurso de los acontecimientos, llegando a veces a cambiar radicalmente por razones difíciles de precisar. La disciplina es, sin duda, un medio excelente para la conservación del valor moral de un Ejército; pero no hay que atribuirle un poder absoluto contra las emociones, los

efectos del terror, de la desgracia, del hambre o de casuales y adversas coincidencias. No podemos borrar del diccionario las palabras de pánico y deserción, aun en el mejor Ejército, como tampoco las palabras heroísmo y desprecio de la vida.

Los brillantes hechos del Ejército alemán en la guerra mundial, tal vez no superados en la historia, fueron en gran parte una emanación del espíritu con que partió a la guerra en 1914. Se mantuvo, a pesar de las más graves pérdidas y de los más enormes esfuerzos y penurias, hasta finalizar el año 1916. Pero la batalla del Somme sepultó en el corazón del soldado alemán las esperanzas de victoria. Desde entonces, en lugar de la confianza y del entusiasmo, se notaba cada vez más el propósito del silencioso cumplimiento del deber. Éste quedó vivo hasta el final en la mayoría de las unidades de tropa.

*La voluntad de vencer* es, del mismo modo que para el conductor, de la mayor importancia para la tropa. La victoria y la derrota no se diferencian tan manifiestamente como un examen aprobado de otro desaprobado. La línea divisoria es muy vaga. Las tropas que, como la alemana en las numerosas batallas de defensa de la guerra mundial, no quieren abandonar el terreno que les sirve de campo de combate, quedarán al fin vencedoras, aun cuando las pérdidas mayores estén de su lado. En la tenaz voluntad de ser victorioso se manifiesta sobre todo el espíritu que anima a un Ejército. Los recuerdos e impresiones recibidos en la paz o en otras guerras son origen de fuerzas morales considerables. El orgullo y el amor propio de un ejército que se funda en un pasado honroso y en la confianza que le inspira una buena conducción, crean las mejores condiciones previas de éxito. En el Ejército alemán es digno de observar a este respecto cómo regimientos de una larga y gloriosa historia se batían, en general, con bravura extraordinaria. Aun cuando solamente pocos soldados habían quedado del antiguo núcleo, el espíritu de cuerpo se propagaba inmediatamente entre los reclutas haciendo milagros.

A la par de las condiciones morales hay que considerar las materiales. Un equilibrio feliz en el cuidado de las dos conserva más du-

raderamente la capacidad de las tropas, siendo la mejor garantía de éxito.

Una de las condiciones materiales más importantes es el *número de combatientes*. El que posea superioridad numérica tiene a lo menos el primer derecho a la victoria. Un dicho francés expresa: «Le bon Dieu est toujours avec les gros escadrons». La historia confirma esta opinión de un modo general. En la actualidad, en que no decide de una sola acción como en la época de la táctica lineal, tiene una importancia mucho mayor disponer de una cantidad suficiente de tropas. Esto se ha comprobado especialmente en la guerra de posición. Nuestros adversarios pudieron durante la misma relevar sus divisiones y mandarlas a los alojamientos de descanso con mucha más frecuencia que nosotros. Así conservaban frescas y aptas para el combate por más tiempo a sus unidades, lo que pesó en la balanza a su favor, especialmente cuando realizaron una serie de ataques que se sucedían rápidamente. En la guerra de movimientos la superioridad de fuerzas permite aferrar al enemigo con igual número de tropas y emplear el resto en otras empresas para lograr su ruina.

Una conducción hábil sabrá frecuentemente paralizar toda la fuerza del enemigo con solo una parte de la fuerza propia, engañándolo por medio de la audacia a fin de ocultar su debilidad o induciéndolo a emprender una tarea difícil y que le requerirá muchas fuerzas. Entonces se puede conseguir, aun disponiendo sólo de un número igual de combatientes, una superioridad en el punto decisivo. El criterio económico se aplica entonces aquí. Hablamos entonces de *una sabia economía de fuerzas*, en la que podemos ver otra condición previa de éxito. Ella puede compensar en parte, aunque no del todo, la inferioridad de medios.

Al considerar la importancia que el número tiene en la guerra, es evidente que no comparamos un ejército *numeroso y malo* con uno *pequeño y bueno*, sino siempre dos de igual capacidad. Es natural que el número sólo puede compensar la falta de aptitudes guerreras en una cierta proporción y no mencionaríamos esto si a la afirmación del valor del número no se le opusiera generalmente la frase de que no es el número sino sólo el espíritu de un Ejército lo que constitui-

ye su fuerza. La Guerra Mundial nos presenta el ejemplo de que la gran superioridad numérica de los rusos no bastó para compensar la capacidad guerrera de los alemanes. Ejércitos grandes, pero mal organizados e instruidos, presentan en el combate contra tropas bien instruidas hasta un factor de debilidad en la pesadez producida por el número de combatientes.

Clausewitz deduce del hecho de que Federico fracasó en Kolin con 30.000 hombres contra 50.000 austriacos y Napoleón en Leipzig con 160.000 hombres contra 280.000 aliados, la consecuencia de que es difícil hasta para el conductor más talentoso obtener la victoria sobre un enemigo de doble fuerza. «Al ver que la doble fuerza de » combatientes pesa tanto en la balanza aun dirigiéndola contra los » más grandes capitanes, no podemos dudar que en circunstancias » ordinarias, tanto en combates grandes como en pequeños, una su- » perioridad considerable sin necesidad de pasar del doble, será su- » ficiente para obtener la victoria por más desventajosas que sean las » demás circunstancias. Es cierto que uno se puede imaginar un » desfiladero donde aun la décuple fuerza no bastaría para forzar- » lo; pero en este caso se trata de un combate en circunstancias ex- » cepcionales».

*La manera de combatir* no ha introducido desde entonces ninguna modificación en este sentido, y tenemos que reconocer que todavía hoy la apreciación de Clausewitz es acertada. ¿Quién duda de que los alemanes habrían ganado la primera batalla del Marne si hubiesen empleado en ella tres o cuatro cuerpos de ejército más?

En todo caso, el primer principio de la conducción de guerra moderna es *presentarse siempre en el punto decisivo lo más fuerte posible*.

*El armamento* es también condición esencial para el éxito. Los soldados más valientes obtendrían muy pocos resultados con la lanza y la corta espada contra ametralladoras y piezas de tiro rápido. Como es natural, nunca existe una independencia completa entre el armamento y el espíritu de un Ejército, puesto que en el espíritu está incluida también la inteligencia que vela por conseguir para sí buenas armas. Pero, a pesar de todo, una economía inoportuna, errores

ténicos u obstinación y un falso orgullo en no rechazar posteriormente un arma una vez declarada buena, pueden producir, dados los rápidos progresos de nuestros tiempos, considerables desigualdades. Así, por ejemplo, antes de la Guerra Mundial Alemania se ha dejado superar por su vecino occidental, con gran perjuicio suyo, en lo que respecta a aviación y a la artillería de campaña. De aquí se debe sacar la consecuencia de que un armamento que responda a las exigencias de la época, es uno de los factores fundamentales más importantes de la victoria. Una falla en este sentido repercute directamente en la confianza del soldado. No hay nada más funesto en una tropa que la idea de que ha sido desatendida en este sentido y la creencia de que sucumbe por faltas ajenas, a causa de la superioridad técnica de las armas enemigas, contra la cual es impotente. Una derrota parece entonces disculpada. No puede haber nada más contrario al éxito que este sentimiento.

Es natural que al hablar de las armas nos referimos también a la habilidad de su empleo, pues, de lo contrario, el resultado no respondería al valor de la máquina. Esto, a pesar de ser tan evidente, no siempre es reconocido. Especialmente en ejércitos jóvenes sin tradición se encuentra frecuentemente la creencia de que la sola existencia de excelentes armas garantiza la victoria. Se cuidan como un talismán en el arsenal. Pero cuando llega el momento en que la tropa debe usarlas se nota con horror que ésta no sabe qué hacer con ellas.

Las relaciones entre el efectivo y el armamento han conducido en los últimos tiempos a algunas controversias. Algunos opinan que en la misma medida en que aumenta la perfección de los medios técnicos de combate se podrá disminuir el número de combatientes. La defensa de la Patria sería entonces misión de un número pequeño de soldados de profesión, mientras la masa de hombres hábiles permanecería tranquila en sus hogares cuando el enemigo cruzara las fronteras. No hay error más peligroso que éste. Es cierto que dentro del marco del combate la máquina puede substituir al hombre en alto grado. Una sola ametralladora con dos o tres hombres a su servicio,

equivale, en ciertas circunstancias, a cientos de fusileros. Pero cuando dos grandes naciones se encuentran frente a frente luchando por sus destinos, ninguna de las dos se considerará vencida hasta tanto no se hallen agotados sus hombres y sus medios de guerra. La cuestión de si en la formación del ejército se debe dar más valor al efectivo o al armamento más perfecto, se puede contestar por el momento sólo diciendo que ambas cosas son deseables.

Una importancia considerable tienen también las *formaciones de combate*. Ellas se encarnan en las unidades y si fallan, en caso de realidad, causan un desaliento más profundo de lo que pudiera creerse. Para probar esto, basta recordar solamente el ejemplo del valiente ejército prusiano en Jena, que se desplomó completamente ante el insólito modo de combatir de los tiradores franceses. Las formas de combate se establecen por los reglamentos tácticos. Es necesario, así, cuidar rigurosamente que en ellos prevalezca la realidad de la guerra. A esta realidad es preciso sacrificar la consideración a la belleza del cuadro militar o la fiel conservación de lo anticuado si la tropa no debe perder la confianza y sentirse desorientada apenas experimenta lo que es la guerra. Esto es tanto más necesario cuanto que cada guerra, especialmente cuando el período de paz que la precede ha sido de larga duración, y se han producido durante él muchos progresos técnicos, principiará con sorpresas. La instrucción de paz debe tender a reducir éstas a la menor medida posible.

Hemos hablado ya de las riquezas en combatientes y medios de combate; lo haremos ahora de *las riquezas en general* como condición del éxito. Para hacer la guerra se necesita dinero, dinero y más dinero. Con el principio del empleo desconsiderado de todos los medios disponibles, la guerra no se puede concebir sin la obtención de dinero mediante empréstitos. La Guerra Mundial le costó diariamente al pueblo alemán aproximadamente 60 a 70 millones de marcos oro. Ningún Estado del mundo es bastante rico para acumular un tesoro suficiente para cubrir tales gastos durante varios años. Solamente su crédito lo permite. Mientras disponga de éste su derrota no está aún decidida. Por lo general, los medios materiales se agotan con más rapidez que el efectivo de los hombres hábiles. Así, pues, por lo general

toda potencia puede continuar resistiendo si posee armas y dinero. El que puede sostener la guerra por mucho tiempo, dispone de una garantía importante para el éxito final.

Es cierto que no hay que atender sólo a la posesión del dinero, sino también a la mayor o menor facilidad de hacer uso de él. Los Estados que en caso de guerra tienen libre el mar, cuentan con muchos más caminos para utilizar sus créditos que los que pueden ser aislados inmediatamente del comercio mundial. Los primeros están, además, en condiciones de recurrir a la industria extranjera para armar y equipar nuevos ejércitos. Sin este recurso, el Gobierno de la Defensa Nacional de Francia en la guerra de 1870-71 no hubiera conseguido organizar aquellas considerables masas de tropas que fueron el asombro del mundo. Si Napoleón hubiese estado en condiciones semejantes en 1814, el transcurso de la guerra hubiera resultado distinto. En la guerra de Secesión en Norte América, los Estados del Sur sucumbieron, a pesar de su mayor valor militar, porque las vías de comunicación a través del océano les fueron cortadas. El dominio del mar proporciona así indirectamente una mayor fuerza, aun cuando las escuadras no estén en condiciones de prestar un apoyo directo a las fuerzas terrestres.

También la suerte de Alemania en la Guerra Mundial es un ejemplo convincente de la importancia del *poder marítimo* en la historia. Es cierto que, gracias a los sacrificios de la población y al desarrollo de su economía general, consiguió resistir durante más de cincuenta meses a los efectos del bloqueo efectuado por la escuadra inglesa. Cuando se firmó el armisticio, Alemania disponía todavía, además de los hombres necesarios, de considerables existencias de dinero y de material de guerra, de modo que podía prolongar la resistencia aun por mucho tiempo. Pero en lo que respecta a subsistencias el enemigo logró su objeto, pues no se habían escuchado las voces de las que ya mucho antes de la guerra demandaban el acopio de cantidades considerables de cereales en el país, en previsión de un conflicto con Inglaterra. La perturbación de los transportes de víveres a los pueblos alemanes, pudo introducir así con el tiempo una falta de alimentación de toda la población alemana. Esto fué causa de un aumento importante de enfermedades contagiosas y de la mortalidad; a lo

que se agregó una diminución considerable de los nacimientos. Estas condiciones engendraron un tal agotamiento físico y moral del pueblo alemán que, desalentado, bajó las armas.

Diremos todavía una palabra sobre el *aprovisionamiento de materias primas*. No ha desempeñado un papel muy importante en guerras anteriores cuando la técnica de las armas estaba en la infancia. Las materias primas para fundir piezas lisas y para fabricar fusiles sencillos como también la pólvora y el plomo, se encuentran, en general, en todo territorio medianamente extenso y explotado. Hoy el problema se ha modificado profundamente. Para la fabricación en masa de materiales de guerra modernos, se necesita una cantidad tan grande de las más diversas materias primas que ningún país, quizás con la única excepción de los Estados Unidos de Norte América, encuentra todo dentro de sus fronteras. Y es fácil de concebir el caso de que exclusivamente la falta de una sola materia prima absolutamente necesaria podría obligar a un pueblo a terminar las hostilidades, a pesar de que por lo demás fuesen favorables sus perspectivas de obtener la victoria. Por lo menos no se puede suponer que un pueblo pueda continuar la guerra sin disponer de nafta para los aviadores o de los materiales con que se fabrica la máscara contra gases. Por esta razón, debemos mencionar también como una de las condiciones previas de éxito en la guerra el más erupuloso cuidado por la constante existencia dentro del propio país, de todas las materias primas necesarias para la guerra.

Por último, *siempre serán decisivas las fuerzas morales y no las materiales*. La mayor riqueza no sirve de nada a un pueblo si la mezquina en la hora decisiva. La voluntad del sacrificio debe manifestarse temprano. Que nada remedia la tardía abnegación cuando faltó a su hora precisa, lo aprendió Cartago en la suerte de Aníbal, al pagar el error con la libertad.

Ahora, para terminar, habría que hablar de todas aquellas condiciones de éxito que residen en el *empleo conveniente de las fuerzas combatientes*. Pero ellas se estudiarán mejor en los capítulos siguientes, al tratar las diferentes cuestiones referentes a movimientos y combates.

## IV

### MOVIMIENTO Y COMBATE

#### 1. Generalidades

Todas las cuestiones referentes a movimientos y combates se juzgaban en el Ejército alemán hasta el año 1914 en general de acuerdo con los acontecimientos de *las guerras del período de Guillermo I*, pues *todas las campañas posteriores* tuvieron lugar en circunstancias tan particulares que las experiencias que se recogieron en ellas no se podían aplicar sin más a un teatro de guerra de la Europa Central. Así, la opinión pública de Alemania continuó imaginando un cuadro de acciones de guerra que progresaban con rapidez. Se concebía con decisiones obtenidas en los campos de batalla, las que se sucedían a cortos intervalos, con una profunda invasión al corazón del país enemigo y con una paz rápida y feliz obtenida de este modo. Así fué en 1866 y 1870-71. Así esperaba el pueblo alemán que sucediera en 1914.

El militar instruido se daba buena cuenta, por cierto, que en estas opiniones se expresaban únicamente los principios con los cuales el Comandante en Jefe del Ejército trataría de conducir una nueva guerra. Pero bien sabía que esta guerra presentaría un cuadro muy distinto o que a lo menos perdería mucho de su movilidad.

Contra una repetición de un desarrollo de la guerra tan favorable como el que habían conocido nuestros padres, influía ya la circunstancia de que las ventajosas condiciones militares de entonces difícilmente se presentarían por segunda vez. En 1866 Prusia había ganado una victoria rápida por la conducción genial y por la mayor capacidad intrínseca de las tropas y también por el mejor armamento, mientras en 1870-71 Alemania fué favorecida por la propia su-

perioridad numérica y, más tarde, por la menor capacidad de los ejércitos franceses.

Todo esto ya no sucedió en 1914. Más aun: Alemania luchó en la Guerra Mundial desde el principio hasta el final contra superioridad numérica. Es verdad que ella junto con sus aliados envió en 1914-1918 más de 32 millones de hombres a campaña; pero éstos estaban constantemente frente a una superioridad casi doble; la Entente sacaba de una fuente de 1.500.000.000 habitantes, mientras que sólo un poco más de la décima parte de esta cantidad se hallaba a disposición de la cuádruple alianza.

También había desaparecido en general la anterior superioridad de Alemania en apresto para la guerra, armamento e instrucción táctica y estratégica. Así, pues, llevó la guerra en condiciones completamente cambiadas, mientras que sus adversarios, en virtud de su superioridad, hubieran debido conseguir un desarrollo más semejante a las campañas anteriores.

La voluntad para ello existía; ¡cuántas esperanzas cifraron los adversarios en la aplanadora rusa, la que no significaba otra cosa que un avance en grande, que derribaría todo! En Francia se oía, como 44 años antes, el grito «¡A Berlín!», y los ingleses se jactaban de que los jinetes hindúes abrévarían sus caballos en el Spree.

Que también estas esperanzas quedasen defraudadas fué debido, prescindiendo del valor y de la capacidad del ejército alemán, a las novedades en el arte de la guerra ya mencionadas en la Introducción. Fueron la magnitud de los Ejércitos en relación al espacio disponible, el aumento en el empleo de fortificaciones y la eficacia enormemente acrecentada de las armas lo que redujo tanto la movilidad anterior de las operaciones.

Los efectos recíprocos entre el movimiento y el combate o entre la operación y la batalla, habían impreso hasta entonces un sello particular a la conducción del ejército. La solución del problema que se planteaba al Comandante en Jefe consistía en la sorpresiva y rápida reunión de fuerzas superiores contra una parte débil del enemigo con un vigoroso ataque subsiguiente que rompiera su dispositivo. Era principalmente la armonización genial de estos dos objetivos principales de la conducción de la guerra lo que procuraba la victoria,

ria, provocando la admiración de la posteridad por las acciones de los grandes capitanes.

Ahora bien: mientras subsistiera esta relación a igualdad de efectivos e igual capacidad militar, la victoria tendría que inclinarse del lado de aquél que procediera con mayor movilidad; en la Guerra Mundial se vió cada vez con más claridad que la victoria se buscaba y se obtenía no solamente por la unión de movilidad y combate sino en primer término por el empleo de masas de material. El movimiento cedió su lugar antes tan importante a este nuevo factor de la conducción de la guerra.

Esto se puso sobre todo de manifiesto en la guerra de posición del frente occidental. Es cierto que allí también fué necesario un traslado en gran escala de hombres y material efectuado por ferrocarril, columnas de automóviles y marchas a pie, con el fin de acumular una cantidad tal de piezas y de munición de todos los calibres que rayaba en lo increíble, así como de aprestar masas de combatientes detrás de un sector relativamente estrecho del frente; pero allí no se trataba de verdaderas operaciones en un terreno accesible al enemigo en todo momento, sino de desplazamientos laterales detrás del frente y de la aproximación de fuerzas frescas desde la profundidad. En tal empresa, que no podía quedar oculta a la exploración aérea enemiga, no se trataba tanto de sorprender al enemigo como de acumular en una determinada parte y en una fecha dada una superioridad en tropas y material. Después seguía el ataque, cuyo éxito se fundaba completamente en el efecto aniquilador del fuego.

Aun cuando la Entente había conseguido a fines del verano y del otoño de 1918 romper en una u otra parte las delgadas líneas alemanas, renunció a la tentativa de recuperar la libertad de acción, haciendo ante todo fluir sus masas en una corriente no interrumpida a través de la brecha producida por la ruptura, sino que recurrió a un avance lento, metódico, de un sector a otro. Con esto creó un procedimiento nuevo, desconocido hasta entonces en la historia de guerra, que fué mitad guerra de movimiento, mitad guerra de posición.

Mientras en el oeste, una vez terminada la «carrera al mar», se eliminaba así casi completamente el elemento operativo continuó des-

empeñando un importante papel en los teatros de guerras orientales. Recordemos en este sentido únicamente las operaciones de Hindenburg en la Prusia Oriental así como la guerra de movimiento en Rumania. Fué también la más alta movilidad lo que permitió a Lettow-Vorbeck sostenerse en el África Oriental contra una superioridad aplastadora, golpeando al enemigo de pronto aquí, de pronto allá, sabiendo completar con los armamentos tomados al enemigo al propio material casi agotado, y sustrayéndose constantemente del cerco que se le proyectaba.

Parece así por lo menos dudoso que sea acertado, al establecer los principios de combate para el porvenir, basarse únicamente en las experiencias recogidas en la guerra de posición. Nosotros, los alemanes, hemos aprendido a apreciar demasiado el alto valor de los movimientos en la guerra aun en las más difíciles condiciones del presente, como para renunciar a ellos de buena gana.

Al considerar esta cuestión hay que tener en cuenta que una iniciación de la guerra igual a la de 1914 ya no será posible en Europa por algún tiempo. Las largas y rígidas líneas de la primera concentración, una frente a otra, a corta distancia, quedan descartadas desde ya por la sola razón de que faltarían los grandes ejércitos que se requieren para tal procedimiento o allí donde existen las condiciones geográficas lo impedirían. Entre Inglaterra y Francia está el mar y en la frontera ítalo-francesa las altas montañas impiden la reunión de grandes masas de hombres.

En todas las hipótesis de guerra imaginables en Europa Central y Oriental los Comandantes en Jefe tendrán una libertad de resolución más o menos grande en lo que respecta a la concentración de sus fuerzas combatientes. De nuevo serán posibles concentraciones como la del ejército prusiano en 1866. Pero entonces las hostilidades no principiarían con una ruptura puramente frontal del frente enemigo, como sería necesario en la rígida concentración que ocupa la frontera de ambos lados sin dejar claros, sino con el avance de agrupaciones separadas a los efectos de la reunión y cooperación de las fuerzas.

Con esto no pretendemos afirmar que sería en sí una ventaja disponer de un ejército pequeño armado de tal manera que tuviera mu-

cha movilidad frente a un ejército grande dotado abundantemente de armas pesadas. Pero si conviene hacer notar que el partido inferior en número y material procedería mal si quisiera llevar el combate de acuerdo con los mismos principios que su adversario.

Los reglamentos más modernos de combate en los ejércitos extranjeros hacen ver claramente cómo se concibe el desarrollo de una acción ofensiva. Se quiere ajustarse estrechamente al modelo dado por los ejércitos aliados en el otoño de 1918 en el teatro occidental de la guerra. Siempre que fuera posible el movimiento se efectuará aún más metódicamente que entonces. Se empleará aún más material. Siempre se tratará únicamente de un avance con un objetivo estrechamente limitado, en que todo será arreglado y ordenado desde arriba hasta el más mínimo detalle; nada quedará librado al azar o a la iniciativa de los sujetos. El éxito en un choque con el enemigo se buscará únicamente en el despliegue de una enorme potencia de fuego. Grandes masas de piezas pesadas y muy pesadas así como escuadrillas blindadas de bombardeo, están llamadas a quebrar toda resistencia en el sector de terreno a conquistar, mientras a numerosos tanques incumbe la tarea de batir las ametralladoras que hubiesen quedado indemnes antes de que la infantería se pose diese del sector conquistado por esas armas pesadas de combate. También la infantería será llevada si es posible dentro de «tortugas blindadas». Alcanzado el primer objetivo, se procede a un nuevo apresto y acumulación de materiales antes de dar el siguiente paso.

No cabe duda de que al poderoso ejército francés, que pesa como una nube tormentosa sobre la Europa sin paz, puesto en movimiento de esta manera, no podrá resistir potencia alguna en este momento. Pero, por otra parte, tal interpretación del concepto del material, como lo vemos del lado francés, encierra algunas debilidades y peligros.

Un ejército provisto en un grado excesivo de armas pesadas de combate será siempre lento y pesado. Se podrá mover únicamente por caminos firmes y dependerá en alto grado del servicio de retaguardia. Osará difícilmente alejarse demasiado de los ferrocarriles. Si a esto se agrega el empeño de encuadrar en formas fijas la acción sobre el mismo campo de batalla basando el ataque en un «hora-

rio» al cual cada subjefe está sujeto del modo más escrupuloso, hasta la misma acción táctica adquiere un aspecto de pesadez difícilmente superable.

Contra semejante preponderancia del concepto del material se oponen también *consideraciones morales*. Cuando el hombre aparece en el campo de batalla solamente como una figura subalterna y secundaria, cuando debe desaparecer hasta el portador individual del fusil y nadie ya se puede mostrar fuera de máquinas blindadas, no se comprende de qué manera se podrá cultivar en el ejército aquellas cualidades que deciden en último término sobre la victoria o derrota. «Es, en último análisis, siempre el hombre quien se bate», dice una frase de Napoleón y ningún invento técnico del mundo podrá cambiar algo el hecho de que en la lucha final decide la bravura y la destreza del hombre individual.

Si se renuncia a instruir la infantería en este sentido, si se la acostumbra a no tener sino que recoger los frutos obtenidos por la artillería, aviadores y tanques, se pronuncia con ello la condena de muerte del concepto del ataque.

Frente a semejante ejército tendrá siempre alguna perspectiva de éxito un adversario móvil y animado de una recia voluntad de victoria.

## 2. Importancia de la disciplina para los movimientos y combates

El que llegue a formarse una idea exacta del ejército de una potencia moderna de primer orden, se preguntará con razón cómo es posible dirigir tales masas. Puede contestarse que es la disciplina lo que las hace flexibles y gobernables. No hay otra solución mejor del problema. Pero la palabra disciplina admite tantas interpretaciones que exige un examen más detenido.

Generalmente se entiende bajo este nombre la obediencia y el orden en el ejército producido por reglamentos apropiados y su justa aplicación. Pero hay que tener en cuenta que lo decisivo no es de manera alguna el rigor de las leyes. Jamás ha existido un ejér-

to en que la disciplina hubiera sido mejor que en el alemán en las últimas campañas, aunque tenía las más benignas prescripciones penales con que jamás grandes ejércitos marcharon a la guerra. Esto también rigió, por lo menos para los primeros años, para las tropas alemanas en la Guerra Mundial. Por otra parte, la historia antigua y moderna, presenta ejemplos en que el rigor draconiano y la falta de disciplina marcharon a la par durante largos períodos, ambos sin diminución alguna. La República Francesa de 4 de septiembre de 1870 tenía una bala lista para todos los soldados desobedientes; los consejos de guerra verbales seguidos por fusilamientos estaban a la orden del día. Sin embargo, la disciplina en el ejército fué casi completamente nula. Esto no puede extrañar, pues toda ley emana en primera línea de las condiciones existentes y recién más tarde reacciona sobre éstas.

Pero no se debe creer que en un pueblo civilizado la disciplina en el ejército sea enteramente natural; la sola enseñanza moral cívica no puede producirla. Para esto son demasiado duras las pruebas que ella exige. Es cierto que serán más raras las infracciones en el ejército de un pueblo civilizado que, por ejemplo, en tribus semisalvajes. Pero de la disciplina se exige algo más que solamente evite la comisión de delitos; ella reclama del soldado, para que venza al enemigo, hasta el sacrificio de la vida. Le impone sacrificios extraordinarios; hasta debe familiarizárselo con lo extraordinario a tal punto que lo considere inevitable y natural.

La mejor explicación de lo que es la disciplina y de su maravilloso poder se encuentra en una frase de Darwin contenida en su libro *Origen del Hombre*: «La superioridad que los soldados disciplinados demuestran sobre masas indisciplinadas es principalmente consecuencia de la confianza que cada uno tiene en sus camaradas». Esta confianza constituye indudablemente el más noble medio a favor del cual obra la disciplina. Hace resaltar claramente la particularidad de lo que entendemos con la muy usada palabra.

De todas maneras son imprescindibles leyes lo suficientemente severas para hacer aparecer como algo inevitable el cumplimiento de mandatos superiores. «La violencia de las pasiones no se puede dominar sin el auxilio de las leyes», es una frase de Scharnhorst. La

desobediencia en donde aparezca debe castigarse de inmediato y cumplidamente. En este sentido había del lado alemán, distintamente a los franceses, demasiada blandura. Cuando se hicieron notar los primeros indicios de un debilitamiento de la disciplina en el ejército se suavizaron, por la influencia de los representantes del pueblo, las leyes penales sobre desobediencia y la deserción, en vez de aplicar desconsideradamente las ya existentes. Fué un error funesto suponer que por un manejo más flojo de las riendas se podrían mejorar las condiciones.

De una importancia especial para la disciplina en el ejército es que la necesidad de obediencia es igual para todos, superior e inferiores. Mucho mejor en este sentido obra el ejemplo que la palabra hablada o escrita. Cuando el soldado observa que su oficial obedece a su superior, comprenderá en seguida la necesidad de hacer lo mismo. Pero esta obediencia no se refiere únicamente a la inmediata que debe seguir a una orden particular de un superior, sino también y sobre todo a lo que el servicio mismo reclama de continuo. No debe haber para el soldado nada más sagrado que las exigencias de su profesión. Los deberes sencillos le son en este sentido más comprensibles que los más elevados. A los primeros debe también el aspirante a oficial aprender a fondo. Esta es la razón de ser de la disposición que lo obliga a comenzar su carrera como simple soldado. Primero debe aprender a obedecer para poder mandar después en una forma apropiada y comprensible al espíritu sencillo del soldado. Es también de gran importancia para él conocer por propia experiencia los deberes más bajos a cumplir, de los cuales más tarde se aleja. Pero en lo que con relación a ellos ordene, fundarán principalmente sus subordinados el juicio que de él formen.

El rigor y la puntualidad con que en el ejército alemán siempre se practica el llamado pequeño servicio no es de manera alguna un resultado del respeto a la tradición ni tampoco de una estéril pedantería. Al contrario; tal rigor persigue el objetivo ético de inculcar en el soldado, en una forma adecuada a su inteligencia, el concepto del deber. Este culto a lo pequeño no sólo debe abarcar la educación militar, sino extenderse también a la educación humana del guerrero. Debe despertar en él el amor a la limpieza, al orden,

a la puntualidad y a la verdad, la solicitud y la confianza absoluta recíproca, sirviendo de este modo eficazmente a la disciplina.

Si desde muchísimos años se confiaba a los oficiales en las unidades de tropa una parte de los pequeños servicios administrativos, especialmente del vestuario y de la alimentación de los soldados, tenía esto también una razón profunda que fomentaba la disciplina. No se hizo por consideraciones económicas. Tenía por objeto principal profundizar las relaciones entre el oficial y sus subordinados y aumentar la influencia del primero. El trabajo en el depósito de vestuario, en los dormitorios de sus tropas, la inspección de la cocina, del depósito de víveres, etc., hacían del capitán el sostén y foco de la disciplina, el padre de su unidad. Era elocuente y significativo el sobrenombre de «viejo» con que éstos le distinguían de preferencia entre sí, con cariño y espontaneidad, a pesar que vieran diariamente en el desempeño de los empleos superiores a oficiales de más edad.

Esta particularidad en la vida del antiguo ejército alemán producía, además del concepto de la necesidad del fiel cumplimiento del deber, el sentimiento de la más completa comunidad. En esto residía su fuerza. En el trabajo intenso común nacía el sentimiento íntimo de solidaridad perfecta entre oficiales y soldados. Esta rindió, a su vez, en los campos de batalla de la Guerra Mundial, los más brillantes frutos. Se salvó luego a través de los tristes años de la revolución, a la Reichswehr, la que ha de preocuparse en conservar fielmente la cara tradición.

También en el ejército alemán de hoy todo soldado sabe por experiencia que su oficial no abandonará en circunstancia alguna la unidad en que él se encuentra. Él considera a todos los que constituyen su unidad como una sola familia, con intereses comunes. Él no duda que en los momentos difíciles y en el peligro estarán inquebrantablemente unidos. De esta convicción nace aquella confianza de que habla Darwin. En ella vió el gran conocedor de la naturaleza humana la superioridad de los ejércitos disciplinados. El soldado avanza sereno hacia los proyectiles enemigos, porque sabe que su vecino hace lo mismo, que sus jefes marchan adelante y que él no puede abandonarlos.

Esta potencia interna producida por el sentimiento de la comu-

nidad debe seguir obrando también cuando el orden mantenido por las leyes se pierde y cuando la excitación del combate hace imposible la vigilancia. El deber y el pundonor se reunen entonces en el corazón del soldado y le imponen la firme resolución de no ser menos que los demás. Por esta razón, del mismo modo que antes, también en la Guerra Mundial toda unidad del ejército alemán podía atacar sin más al enemigo, aunque fuese superior; cuando le parecía ventajoso para los intereses del conjunto o que se presentase una ocasión favorable. Todo general que se resolvía a dar el importante paso, tenía la seguridad de que los cuerpos vecinos iban a acudir tan pronto como oyesen el tronar de los cañones y de que en caso de apuros la obra felizmente comenzada iba a ser terminada por sus compañeros si a él le faltasen las fuerzas necesarias. Todos los jefes, hasta el más joven oficial que se hallaba a la cabeza de su sección de tiradores, podían pensar y proceder de esta manera. Se comprende fácilmente el aumento de fuerzas que esto significaba para el ejército alemán. Se comprenderá, también, que el comando en jefe del ejército, a pesar de su influencia limitada sobre el desarrollo de los combates y de las batallas, podía con la misma confianza emprender esas acciones tácticas. Bien sabía que, aunque los caminos fuesen diferentes, todas las fuerzas desencadenadas se lanzarían en un afán común a conseguir un mismo objeto: llegar al enemigo.

Podía estar convencido de que no había un solo jefe en el ejército que, pudiendo llegar hasta el adversario, permanecería lejos de la lucha sangrienta. La disciplina del ejército alemán se lo garantizaba.

Esta fué, así, realmente el medio a favor del cual nuestros ejércitos fueran móviles en la Guerra Mundial. Pero pudo manifestar todos su importancia únicamente por ser sinónima de completa identidad de ideales de todos los miembros del ejército, de escrupulosidad en el cumplimiento del deber y de amor a la patria.

Vemos, pues, que la base de una buena disciplina debe buscarse con preferencia en el *terreno moral*; pero para su conservación hay que atender también a algunas *circunstancias puramente exteriores*.

Hemos tenido que experimentar personalmente, como situaciones insopportables, fatigas que sobrepasan a la fuerza humana; poderosas

impresiones del combate, privación, necesidad, hambre e intrigas revolucionarias, minaron finalmente en algunas partes la tan bien fundada disciplina en el ejército alemán. No existe contra tales estados más que un solo medio: la oportuna y energica acción propia, por la que se evitan situaciones como la de Alemania en agosto de 1914. Si las condiciones generales en que se inicia la guerra son favorables, también el transcurso, siempre que no se cometan errores demasiado graves, será por lo menos pasablemente feliz y en tales circunstancias una falla de la disciplina quedará de hecho completamente descartada.

Jamás debe la tropa tener la impresión que los *esfuerzos* que se le imponen son *inútiles*, y que las bajas a que está expuesta se podrían haber evitado por medidas más acertadas y mayor cuidado. Tales hechos tienen que perjudicar extraordinariamente la disciplina. Así, la despreocupación con que el comando ruso disponía de sus inagotables existencias de hombres, cuando se trataba de tomar posiciones alemanas, contribuyó mucho a propagar el espíritu de la revolución en el ejército. Basta imaginarse la impresión que debía hacer sobre el hombre sencillo cuando se le mandaba desarmado al fuego con la orden de tomar el fusil y la munición de camaradas caídos.

Una influencia importante tiene, después, la organización.

Las *unidades constituidas en la paz* deben conservarse en lo posible también en la guerra. El fraccionamiento de ellas perjudica la disciplina en todos los casos y el inconveniente que de esto resulta rara vez es compensado por las ventajas que ese fraccionamiento puede originar. En el antiguo ejército alemán, la vida de familia de las unidades estaba muy desarrollada. Todo jefe estaba especialmente orgulloso de su regimiento, de su batallón, de su compañía, escuadrón o batería. Él tenía más confianza en esta unidad y tenía mayor influencia sobre ella que sobre una extraña. Por otra parte, el soldado obedece de mejor grado a jefes conocidos que a otros que no lo sean para él. Todo reservista quería partir a campaña con el regimiento en que había servido. Era, según su opinión, el mejor de todo el ejército. Allí se sentía lo más cómodo, pues encontraba antiguos conocidos, camaradas y superiores, con los cuales fácilmente se entendía, hábitos y costumbres que en otros tiempos le fueron

familiares y a los cuales pronto se adaptaba de nuevo. Tenía una parte en el prestigio de esa comunidad, a la que ya antes estaba orgulloso de pertenecer. Así se propagaba el espíritu de cuerpo que producía una noble emulación entre las diferentes unidades.

Desgraciadamente, las muchas formaciones nuevas que se organizaron en la movilización de 1914 requirieron un cambio tan grande de personal que aquellos deseos sólo en parte se pudieron contemplar. Sin embargo, se limitó a la menor medida posible, no separando inútilmente, en el momento más importante, a un jefe de su unidad. Cuando durante la guerra se presentó la necesidad de formar nuevas divisiones sacando personal de las antiguas ya existentes, se tenía cuidado de que compañías, batallones o regimientos enteros pasaran a las unidades nuevas. Así quedaban a lo menos existentes las unidades menores, que hablaban más al corazón del soldado que las grandes. Su hogar no era el ejército o el cuerpo de ejército, sino el regimiento y la compañía.

Un inconveniente fué que los heridos y enfermos que habían salido en el interior y que de nuevo estaban aptos para el servicio de campaña, frecuentemente no se podían enviar a su regimiento, sino a las unidades donde existía mayor necesidad de reemplazo. Pero resultó siempre una desventaja que en la misma unidad se mezclase personal de distintas regiones. Esto dificultaba la conducción, pues en el imperio alemán el personal de las distintas provincias requiere ser tratado en forma diferente, el de una con rigor y el de otra con consideración, el de una tercera con energía y el de una cuarta con bondad. Para unos es saludable la reprensión oportuna; para los otros la alabanza frecuente. Entre los berlineses o brandenburgueses y los hijos de Westfalia, de la Prusia Oriental o de la Renania existen grandes diferencias de carácter. El jefe que conduce tropas en la guerra debía haberlo conocido antes en la paz. Él debía saber cómo tenía que tomarla.

La tradición y el espíritu de cuerpo constituyan las más importantes fuerzas motrices del antiguo ejército y de la marina. Es natural que sólo se pueden desarrollar cuando los oficiales de la misma unidad no cambian con demasiada frecuencia. Esto rige especial-

mente para los comandantes de compañía, escuadrón o batería, en cuyas manos reside principalmente la instrucción de la tropa. Después, los efectivos de paz de las unidades no deben ser demasiado débiles. Si la tradición ha de vivir en un cuerpo es necesario que la comunidad constituida en él sea también considerable exteriormente. Además, necesita un efectivo relativamente grande para poder recibir una instrucción completa.

Fuera de la *disciplina moral* se necesita en el ejército también una disciplina *intelectual*. Cuando falta, la conducción se hace sumamente difícil. En los ejércitos organizados apresuradamente, en las milicias y cuerpos francos reclutados en horas supremas nunca faltan hombres instruidos y de excelentes dotes. Los de más superior ilustración de la nación, aunque en otros tiempos no se hubieren dedicado al servicio militar, acudirán en tales circunstancias al llamado a las banderas. Es indudable que de esta manera concurrirán muchas capacidades intelectuales; pero se podrán manifestar sólo en forma desordenada, pues falta la escuela regular y uniforme en asuntos militares.

Sólo cuando exista esa escuela se garantizará la uniformidad de la acción. Aunque con esto no queremos decir que sea necesario encuadrar la actividad de los conductores a reglas estrictas, debe reinar en el modo de resolver los problemas una cierta unidad de principios. Esta a su vez se obtiene únicamente por el estudio y la ejercitación práctica de los reglamentos de combate. Es necesario que los jefes se formen en una escuela segura.

Si existe en el ejército esa disciplina de la inteligencia, el jefe superior podrá confiar mucho a la iniciativa individual. Podrá tener la seguridad de que allí donde no alcanza a intervenir personal y directamente, si bien no sucederá tal como él lo hubiera hecho: siempre, lo que sea, responderá al fin que persigue.

Por lo demás, la uniformidad de la educación intelectual únicamente será posible cuando todos los oficiales ocupen un mismo lugar en la sociedad. No existirá en un ejército cuyos oficiales procedan ya en tiempos de paz de las clases de tropa. En ellos la completa unidad de acción será muy problemática.

### 3. Movilización y concentración

El primer acto de una acción bélica de los ejércitos consiste en el pasaje de pie de paz al de guerra. Los considerables trabajos para efectuar ese pasaje se llaman *movilización*. Su ejecución sin tropiezos y rápida es la primera condición importante para una feliz iniciación de la guerra. La Prusia es la creadora de la movilización moderna. Sus principios remontan hasta Federico el Grande. Su procedimiento se siguió perfeccionando, especialmente por Moltke. Dio brillantes resultados a principios de la guerra de 1866 y se extendió luego sobre toda Alemania. El transcurso tan feliz y tan fácil para Alemania de la guerra 1870-71, encuentra su explicación principal en el hecho de que la movilización francesa resultó una catástrofe, mientras que del lado alemán se había perfeccionado aún más, en base a las experiencias de la guerra contra Austria.

En el año 1914 las condiciones habían cambiado fundamentalmente, en el sentido de que ya no podía hablarse más de una ventaja de Alemania en la movilización. Sus vecinos habían aprendido de ella, pues movilizaron también de acuerdo con los principios alemanes. Así sucedió que frente al ejército alemán, cuando se concentró en las fronteras, se hallaban enemigos de igual apresto para la guerra.

Ninguna unidad de tropa está inmediatamente en condiciones de partir, lista para la guerra, desde su guarnición. Esto rige también para las unidades que parten ya pocas horas después de decretada la movilización para la protección de las fronteras o para llevar a cabo una empresa especial. Ellas parten con efectivos incompletos y concluyen el pasaje al pie de guerra frente al enemigo. Como es sabido, la fortaleza de Lieja fué tomada al principio de la Guerra Mundial por tales unidades. Después de realizar esa operación, algunas unidades regresaron a sus guarniciones a fin de terminar allí su movilización.

La movilización estaba a cargo, en primer término, del Ministerio de Guerra, que impartía las órdenes necesarias a comandos y unidades de tropa; estas órdenes se elaboraban de nuevo todos los años.

En el año 1914 precedió a la movilización general la declaración de peligro de guerra inminente. Duró dos días y fué una medida

puramente técnica, a fin de poder realizar algunos trabajos preliminares destinados a facilitar la propia movilización.

La declaración de ésta fué la señal que arrancó más de un millón de hombres hábiles de su ocupación civil, para acudir a las filas. Todo reservista y guardia nacional, ya en la paz, tenía en su poder su destino de movilización. El sabía precisamente a qué unidad, a qué día y a qué hora tenía que presentarse, qué tren tenía que tomar y en qué punto de su trayecto recibiría su alimentación. Se inició, entonces, inmediatamente un movimiento intenso en los ferrocarriles. Este fué preparado del modo más exacto por una división del Estado Mayor General del Ejército, en combinación con funcionarios de los ferrocarriles, reuniendo a los convocados en transportes y alistando los trenes necesarios. Simultáneamente corrieron otros trenes urgentes. Además del transporte de unidades de tropas enviadas rápidamente a las fronteras, y de los transportes de material de guerra de toda clase, de caballos y subsistencias, había que transportar ante todo carbón y trenes de vagones vacíos y locomotoras. El horario de paz fué reemplazado durante la movilización y la concentración por el horario militar. Éste consideraba, en primer término, las necesidades militares y no conocía sino trenes pesados, de velocidad uniforme y que se seguían a intervalos regulares. El tráfico de la población civil y los trenes que servían al aprovisionamiento de las ciudades se redujeron en lo posible. A fin de poder aplicar el horario militar, fué necesaria una nueva distribución del material vacío en la red de ferrocarriles. Ya no fueron las ciudades industriales y comerciales los puntos principales de concentración para éste, sino aquellas guarniciones y campamentos donde se formó la imponente masa de tropas que constituyan el ejército de campaña.

Del modo más fácil se efectuó el pasaje al pie de guerra en las unidades de tropas existentes. De éstas, fueron los regimientos de infantería donde existían las condiciones más sencillas, mientras las dificultades fueron notablemente mayores para las tropas montadas y de vehículos, ya por los muchos caballos, especialmente para las unidades del tren que tenían que formar un gran número de columnas. Los comandos ya existentes y los nuevos a formarse como también las nuevas unidades fueron distribuidos entre las unidades del

ejército permanente. Cada una de estas unidades tenía que movilizar un cierto número de ellas. Para cada unidad estaba consignado en una «guía de movilización» el orden de los trabajos a efectuarse. En los depósitos se hallaban el vestuario, equipo y armamento ya preparado y no había más que repartirlo, mientras que los vehículos de guerra y los arneses se sacaban listos de los galpones. Así se movilizaron, entonces, en los cuarteles y en los campamentos de instrucción los comandos y las unidades ya existentes y las unidades de reserva, de guardia nacional y territorial, los comandos de ejército, las inspecciones de etapas, las gobernaciones generales, etc., a formarse, con sus estados mayores compuestos de diferentes servicios, luego las intendencias, los órganos de subsistencias y de correos, las panaderías de campaña, los órganos para las cuestiones de tesorería, para el servicio de justicia, de sanidad y de culto, todo en pie de guerra.

Se instalaron numerosos depósitos y almacenes; se adquirieron y acumularon provisiones de toda clase. Caballos, automóviles y motocicletas fueron requisados en gran número y repartidos entre los comandos y unidades. Era preciso cargar y atalajar las columnas y adiestrar los animales de tiro. Para las columnas del parque había que adquirir los vehículos también por compra. El aprovisionamiento de los automóviles, aviadores y globos con combustible, exigía medidas especiales. Era necesario poner las fortalezas amenazadas en estado de defensa; había que proveerlas de guarniciones de guerra, con autoridades y comandos de toda clase, con víveres y animales en pie. Los asuntos de paz necesitaban ser terminados o pasados a los comandos de reemplazo; los archivos y registros exigían una custodia segura durante el tiempo de la guerra.

Todos estos trabajos y muchos otros más tenían que terminarse en el breve plazo de 5 a 7 días, a fin de poder realizar lo más pronto posible el transporte de las tropas movilizadas hacia las fronteras.

En el año 1870 la movilización fué decretada en la noche del 16 al 17 de julio y el 4 de agosto se pasó la frontera y se ganó la primera victoria. En 1914 todo se desarrolló con rapidez aun mayor, a pesar de las circunstancias enormemente más difíciles, originadas por el aumento considerable de los efectivos y la complejidad de todo el organismo. Las primeras medidas preparatorias empezaron el 31 de

julio a las 13 horas; el 2 de agosto fué el primer día de movilización y el 18 empezó el avance general contra el enemigo en el frente occidental. En el Este tuvo lugar, en suelo alemán, el primer combate el día anterior.

Como en ocasiones anteriores, así también en 1914 la movilización alemana se efectuó sin dificultades. En ninguna parte hubo rozamientos de importancia, ni consultas al Ministerio de Guerra y Estado Mayor General del Ejército. La máquina gubernativa del imperio respondió en todo sentido a la enorme tarea que le incumbía. Y la actividad febril de sus órganos halló el pleno apoyo de la nación, pletórica de fervor patriótico. Así llegó la movilización a ser la piedra de toque, no solamente de toda la organización estadal, sino también del espíritu de la población. Ambos cumplieron brillantemente las exigencias de la hora.

Sin embargo, restan algunos deseos para el porvenir. Hubiera sido mejor que el conocimiento de los trabajos relacionados con el pasaje del Ejército al pie de guerra, hubiera sido *divulgado* más de lo que realmente fué. Mientras nuestro modo de preparar la movilización hasta el más mínimo detalle fuera una ventaja exclusiva del ejército alemán, la conservación del secreto tenía razón de ser. Pero desde que desapareció esa ventaja, ya no había mucho que ocultar. Folletos fáciles de entender por la generalidad de la población, que instruían sobre la movilización, editados por autoridades oficiales, ya hacía muchos años habían sido difundidos en Francia.

La omisión de tal medida en Alemania sólo hizo que muchas personas que debían cooperar con responsabilidad en el pasaje del ejército al pie de guerra, quedasen a oscuras en lo que respecta a sus deberes, sin que eso fuese una ventaja para el conjunto. La ignorancia general tuvo después como consecuencia el que una especie de excitación histérica se apoderara de la masa de la población, que creía y propagaba los más insensatos rumores, que se reclamase violentamente las más necias medidas, que se extendiera un miedo ridículo al espionaje, que hasta condujo al homicidio de inocentes compatriotas y cosas semejantes. Tal disposición de espíritu y de sentimientos, indigno de un pueblo grande, no se debe dejar desarrollar de manera alguna, puesto que es apropiada para inducir a un gobierno dé-

bil a tomar medidas erróneas, a quitarle su serena tranquilidad y la claridad de ideas; en una época que necesita de ambas más que en cualquier otra.

Es evidente que a pesar de toda esa divulgación entre los habitantes de lo que respecta a la movilización, se debe conservar en secreto el resultado final de la movilización, o sea el *efectivo*, la *composición*, la *distribución* y el *empleo* de las fuerzas combatientes resultantes de ella, debiéndose conservar ese secreto de la manera más rigurosa.

Pero ambos puntos de vista se pueden armonizar sin dificultades.

A la movilización sigue la *concentración*, que es de exclusiva incumbencia del Estado Mayor General; es la reunión, en la frontera del país, de las fuerzas combatientes listas a operar.

La concentración forma una parte integrante indispensable de todo el plan de guerra, en el cual no sólo se contemplan puntos de vista militares, sino también políticos y económicos. Hablaremos de esto en el capítulo siguiente, considerando aquí únicamente más de cerca su lado técnico.

La primera exigencia que debe establecerse a una concentración es la *protección de las fronteras del país*. Las provincias fronterizas están amenazadas por la invasión enemiga, con todas las miserias y todas las pérdidas consiguientes para la población. Si el enemigo cruza la frontera, las primeras batallas se libraran en el suelo propio. Y quién no desearía evitar a la Patria semejante prueba? Que lo consiguiera en general el ejército alemán en el año 1914, a pesar de la superioridad de sus enemigos, no se lo podrá agradecer suficientemente el pueblo. El que ha visto los destrozos en la Prusia Oriental y más tarde de los campos de batalla de la guerra de posición en Francia y en Bélgica, estará convencido de la necesidad de encontrar rápidamente un ejército fuerte en las fronteras amenazadas de la Patria.

Así, pues, no se trata únicamente de movilizar rápida y ordenadamente el ejército en sus guarniciones, sino también de transportarlo a las zonas fronterizas determinadas por el plan de guerra. También en este sentido es indispensable la más prolífica preparación. Faltando ésta, el apuro, los errores y la omisión producirán una ca-

tástrofe, que ni aun cuando existiera el más alto entusiasmo por la guerra, dejará de impresionar a la población.

Pero hay que tener en cuenta aquí que no sólo hay peligros en la negligencia. Exigencias demasiado elevadas, como fácilmente resultan de la emulación de los vecinos en el apresuramiento de la movilización y en la concentración, los encierran también en alto grado. Las mejores fuerzas fallan cuando se les imponen tareas imposibles. El sentimiento de verse frente a una tarea imposible quita la claridad y la serenidad. De ahí se desarrolla entonces fácilmente la enfermedad de moda, la excitación nerviosa, que ya ha causado con frecuencia una influencia funesta en la guerra. Por esta razón no se debe comprar a costa del orden una ganancia de tiempo, por más valiosa que sea.

La necesidad de la protección de las fronteras tiene, además, hoy día, un significado distinto al de antes. Por los tiempos en que las guerras dependían únicamente de la voluntad soberana de monarcas absolutos, no era raro que se abandonaran pasajeramente provincias enteras. La teoría de la guerra ha sostenido también que tales sacrificios deben aceptarse sin vacilar cuando un interés superior lo exige. Mas hoy, en que entran en juego el valor, la fuerza y la confianza de un pueblo entero, como también su crédito nacional, desempeñando un papel demasiado importante, ya no puede admitirse. Imagínese solamente la impresión que hubiera causado que Alemania principiase la Guerra Mundial con el abandono de la margen izquierda del Rhin o con la desocupación de la Prusia hasta el Vístula. Del mismo modo en 1914 Rusia no hubiera estado en condiciones de hacer retirar su ejército inmediatamente al interior de su inmenso imperio para sustraerse a un ataque alemán.

Los motivos que justificasen acaso, a los ojos del militar, tales medidas quedarían ocultos para la masa general. Se hubiese tranquilizado vivamente al ver que vastas zonas se abandonan al enemigo sin necesidad. Esto hubiera tenido una influencia desfavorable sobre el espíritu guerrero de la nación. Cuando, a pesar de las medidas de defensa tomadas, se produjo en 1914 la invasión de los rusos en la Prusia Oriental, intervinieron fuertes influencias ante el Comando en Jefe del Ejército, pidiendo el refuerzo de las tropas que

combatían allí, lo que era posible únicamente a costa del Ejército del Oeste. La prensa y la opinión pública pidieron violentamente la liberación del suelo patrio y, efectivamente, se enviaron dos cuerpos de ejército al Este, antes de haberse obtenido la victoria sobre Francia. Esto fué un acto militarmente injustificado, y explicable únicamente por la política. Este acto demuestra la fuerte influencia que el punto de vista de que hablamos puede ejercer sobre las resoluciones del Comando en Jefe.

Con la evacuación voluntaria de una provincia se renuncia, a la vez, al aprovechamiento de sus fuerzas y recursos. Frecuentemente no se estará en condiciones de hacerlo. El abandono de la Prusia Oriental, cuya agricultura es indispensable para el pueblo alemán, hubiera puesto en peligro la alimentación pública; el abandono de la margen izquierda del Rhin hubiera comprometido la provisión de equipo y armamento para el Ejército. Hay que considerar, además, que antes de llegar a la paz, es preciso reconquistar todo pie cuadrado de suelo patrio abandonado al enemigo, a no ser que la victoria alcanzada en otro punto sea tan grande que el enemigo tenga que aceptar cualquier condición que se le imponga. Este punto de vista gana hoy aun más importancia, considerando la fuerza de resistencia hasta de líneas débilmente ocupadas, y los destrozos terribles causados por la artillería pesada.

Después de la desgraciada campaña de 1806, críticos doctos han sostenido que el ejército prusiano, al presentarse Napoleón, debió haberse retirado sin más detrás del Oder para unirse allí con los rusos. Aun cuando la Sajonia hubiese hecho defeción y muchos hombres habrían desertado en la larga retirada, la proporción de fuerzas hubiera resultado al final desfavorable para los franceses. Esto es muy cierto. Pero aunque el ataque de Napoleón en la línea del Oder fracasase, él se habría apoderado, mientras tanto, de las mejores provincias de Prusia, y el ejército prusiano hubiera tenido que reconquistar con victorias el propio territorio para llegar a donde estaba antes de la guerra. La tentativa de defenderlo desde un principio no merece por lo tanto, censura alguna. También en la guerra vale el refrán: «Beati possidentes» (1).

(1) Felices los que posean. (N. del T.)

Por esta razón, Federico el Grande en 1757 mantuvo ocupada la Prusia Oriental durante todo el tiempo que pudo. Se cuidó, durante sus diferentes campañas, en Lusacia, de la seguridad de la Alta Silesia. Lo mismo sucedió cuando, en 1805, el ejército prusiano se concentró en la Turingia y en la Franconia, dejando, empero, un cuerpo en Neisse. También en 1866 se concentró en esta última zona un ejército prusiano, aunque la invasión a Bohemia en dirección a Gitschin fuese una cosa resuelta. Al estallar la Guerra Mundial, Alemania, aunque dirigía el primer golpe decisivo contra Francia, dejó fuerzas de consideración en el Este.

Pero no es preciso buscar la protección de fronteras amenazadas en una ocupación directa de ellas. Con mucha frecuencia dicha protección resultará de la proximidad de un gran ejército que haría demasiado peligroso para el enemigo un avance dentro de una zona desocupada. Decidiéndose por la ofensiva, su efecto asegurará muy pronto la zona propia adyacente. A territorios distantes, el enemigo no puede mandar sino fuerzas reducidas. Se puede confiar, por consiguiente, la vigilancia de ellas a la guardia territorial o a las levadas en masa de la población. En 1795, cuando amenazaba una guerra con Rusia, quería el ministro v. Schnoetter proteger la Prusia Oriental, rica en lagos, montes y bosques, por medio de 50 a 60.000 habitantes apoyados en algunos puntos fortificados, una proposición que resulta de especial interés en vista de la situación actual de esa provincia separada del resto del Estado Alemán.

Las unidades del ejército de campaña cuya primera misión durante la concentración sea la protección de fronteras, no deben ser sustraídas sino por excepción de la intervención en las grandes operaciones. Si al mismo tiempo detienen una superioridad de fuerzas enemigas, como en la Guerra de Siete Años, el Cuerpo del Mariscal Lewald, y como el VIII Ejército alemán al principio de la Guerra Mundial a los rusos, o si finalmente alejan a un enemigo de mayor fuerza del punto decisivo, como Massena en 1805 en Italia, se pueden dejar separadas de la propia fuerza principal. Se pagan bien entonces. Esto se manifestó, por ejemplo, en el Cuerpo Turco, reforzado por tropas alemanas, que en 1916 avanzó contra el Canal de Suez. A pesar de su debilidad—contaba únicamente

10.000 hombres, en números redondos,—aferró considerables fuerzas inglesas para la protección del Egipto, que de otro modo hubiesen contribuido a hacer aplastadora la superioridad en el Somme.

Pero cuando un empleo provechoso de unidades de tropa destacadas no parece posible, es preciso colocarlas de un modo que su aproximación para las grandes operaciones quede asegurada.

Si bien es de considerable importancia la seguridad del territorio propio por medio de la concentración, es preciso atender al mismo tiempo a las condiciones de que las tropas sean establecidas de tal modo que *la cooperación de todas* en las grandes acciones resulte fácil. La zona en la cual debe realizarse la concentración tiene que elegirse de tal manera y las fuerzas que concurren allí deben ser tales que en un choque con el adversario se aprovechen todas las ventajas que se presentan. La audacia, unida a la sabia precaución, señala el camino adecuado. Sería un error adelantar tanto la zona de concentración que el enemigo la podría alcanzar con fuerzas numerosas antes de que uno mismo pudiera ocuparla con fuerzas superiores. La concentración propia sería deshecha antes de terminarse, lo que sería la peor iniciación imaginable de la campaña. Por otra parte, una concentración efectuada demasiado atrás abandonaría innecesariamente un terreno valioso, dando al enemigo un tiempo precioso para terminar sus preparativos. Siempre será la *mejor situación* aquella en que uno pueda iniciar las operaciones sin que esto le sea posible al enemigo.

El *transporte rápido del Ejército* de una gran potencia desde las guarniciones, distribuidas en todo el país, hacia la frontera, es posible únicamente con el auxilio de los ferrocarriles. Esto se ha reconocido en todas partes desde la memorable concentración por ferrocarril en el año 1866, la primera de su clase. Por esta razón, todas las grandes potencias europeas construyeron sus redes de ferrocarril no solamente contemplando necesidades económicas sino también militares.

Esto lo puede comprobar aún el que no es profesional por una rápida ojeada sobre el mapa de ferrocarriles del continente. Se buscaría, por ejemplo, inútilmente la razón por la cual los rusos construyeron entre las dos grandes vías de transporte, que condu-

cen de Petersburgo y Moscú a Varsovia, una tercera línea de doble vía en línea recta de Bologaje a Siedlce, si no existiese una explicación de que debe aliviar a las dos primeras líneas en una concentración. Del mismo modo no se hallará una explicación clara de por qué tuvo que construirse la línea Revigny-Vitry le François con cuatro vías.

De todas las grandes potencias, Francia poseía en 1914 la más completa *red de ferrocarriles* para fines militares. En sus esfuerzos por crearla, efectuados durante varias décadas, contó con la gran ventaja de que en las fronteras de su país sólo tenía que contar seriamente con *un enemigo*, contra quien estaba así en condiciones de reunir todos sus esfuerzos. Así, pues, convergieron desde el vasto arco formado por la costa del Mediterráneo, los Pirineos y la costa atlántica de Francia, tantos ferrocarriles principales de doble vía contra la angosta frontera de Alsacia-Lorena, que a cada cuadro de ejército del pie de paz se pudo asignar una línea propia e independiente de transporte para la concentración.

También la red de ferrocarriles de Alemania, para cuyas líneas existían condiciones mucho más difíciles que en Francia por razones topográficas y por la circunstancia de tener que atender tanto hacia el occidente como hacia el oriente, respondió por su brillante organización a las más elevadas exigencias militares.

Puesto que hay que evitar en todas las circunstancias las pérdidas de tiempo en la concentración del Ejército, se deben repartir las grandes unidades sobre *todas* las líneas de ferrocarril que conducen a la frontera. Las estaciones de ferrocarril que sean todavía seguras indican aproximadamente la zona de concentración. Será preciso examinar en qué condiciones se halla ésta con respecto a la zona de concentración del enemigo. Es verdad que ésta no se conoce; pero es posible adivinarla aproximadamente, pues ha de aplicar las mismas normas que rigen para la propia concentración. Examinando cuidadosamente el trazado de los ferrocarriles del país enemigo, la necesidad de proteger las provincias amenazadas y más tarde la capital, como también la ubicación de las fortalezas fronterizas, no será dudoso dónde se encuentra la zona en que tendrá lugar su concentración.

Como generalmente se conoce también la fuerza aproximada de los combatientes enemigos y el rendimiento de los ferrocarriles, de lo que se desprende el tiempo necesario para la concentración, al final el conjunto del cuadro se aproximará bastante a la realidad. No es extraño, por consiguiente, que en la literatura militar francesa se encontrasen, antes de la guerra, estudios sobre la probable concentración occidental alemana, que casi correspondían exactamente a la efectuada por nosotros. Se reconoció entonces acertadamente que el Ejército alemán no se podía desplegar en la frontera de Alsacia-Lorena, sino que tenía que extenderse con su ala derecha considerablemente más al norte. De ahí se sacó la conclusión de la necesidad del avance por Bélgica. Los esquicios agregados a esos estudios parecían a primera vista procedentes de fuentes alemanas por la exactitud con que permitían reconocer las medidas proyectadas por nosotros.

De la comparación de la propia concentración con la del enemigo se deducirá si uno está obligado a mantenerse por lo pronto a la defensa, o si, lo que es siempre deseable, puede pasar *al ataque*. En el primer caso, es preciso tener en cuenta que debe ser posible la reunión en un punto favorable para la batalla; en el segundo, que desde la zona de concentración conduzcan buenos caminos hacia el enemigo. De acuerdo con estos puntos de vista se disponen las tropas, después de su desembarque, por medio de cortas marchas. Se sobrentiende que entonces las divisiones de caballería se colocarán adelante y la artillería pesada y las columnas de parque y trenes atrás.

De la situación de las estaciones terminales de los ferrocarriles y de los caminos que desde ellas conducen al enemigo resulta por lo general el dispositivo de todas las fuerzas combatientes en cada uno de los diferentes ejércitos. Así se hizo en 1870; así también en 1914. En todo caso no se efectuarán desplazamientos innecesarios y que demanden tiempo sólo con el objeto de hacer más fuerte a un ejército y más débil a otro, o de agregar cuerpos determinados a éste o aquél grupo.

Del mismo modo que la concentración de una gran potencia sólo es posible en una zona a la cual conducen numerosos ferrocarriles

de mucho rendimiento, también la aglomeración de grandes masas de hombres y de animales puede realizarse únicamente donde pueda atenderse a su abastecimiento de agua y de alimentación y se disponga de alojamientos.

*La zona de concentración* no debe, así, carecer de recursos propios. Aunque las tropas lleven consigo desde las guarniciones víveres para 5 o 6 días, es en todos los casos una ventaja apreciable para la disposición física y para el ánimo de los soldados que en los últimos alojamientos en el suelo patrio se les ofrezca un buen recibimiento. Como los ferrocarriles tienen que quedar disponibles sobre todo para el transporte de tropas, es muy ventajoso que por lo menos una parte de las subsistencias para las unidades se pueda obtener de recursos de la zona de concentración. Debe existir, pues, en el mismo sitio la posibilidad de comprar subsistencias para llenar los almacenes. En todo caso, la concentración es más fácil en una zona rica, atravesada por ferrocarriles, caminos y vías navegables que en una zona de escasos recursos. En esta última, en ciertas circunstancias será necesario hacer grandes preparativos. Así, para el ya mencionado Cuerpo Expedicionario turco en el sur de la Palestina, tuvo que construirse previamente un ferrocarril y caminos, cavar pozos, tomar una serie de medidas higiénicas y adelantar todos los víveres, antes de poder concentrar allí el cuerpo.

La concentración de los ejércitos de la Guerra Mundial presentaba el cuadro de la más grandiosa migración. Fueron en total más de ocho millones de hombres y más o menos dos millones de caballos que repentinamente inundaron las zonas elegidas por ambas partes para la concentración. Resulta superfluo mencionar el gran trabajo y la previsión que fueron necesarios para mantener en orden los innumerables trenes de ferrocarril que iban y regresaban. Los trabajos preparatorios en ese sentido demandan en los ejércitos interesados la actividad de un número considerable de oficiales de estado mayor, de empleados y de técnicos.

Una concentración bien hecha es una operación difícil. Pero es también la única acción de guerra que el Comando en Jefe del Ejército tiene exclusivamente en sus manos. Las condiciones y consideraciones a tener presentes son múltiples; pero ellas se pueden

calcular con anticipación, con excepción del efecto de los aviadores y piezas de tiro lejano, de que hablaremos más adelante, siendo así diferentes a la mayor parte de los acontecimientos ulteriores en la guerra. Recién más tarde empiezan a intervenir los poderes absolu-los del destino, que substraen el transcurso de los acontecimientos a veces hasta a la más alta inteligencia humana. En todo caso, el más genial plan de guerra sin una preparación a fondo de la movilización y de la concentración, no será más que un castillo en el aire. El Estado que por cualquier motivo no puede realizar esos trabajos, está sin defensa. Aun si dispusiera de un Alejandro, Federico o Napoleón, no podría impedir que el territorio propio fuera inundado por las masas de tropas enemigas, antes de que fuese posible la formación de ejércitos propios de alguna consideración.

Los enemigos de Alemania sabían muy bien por qué en el tratado de Versalles le impusieron la obligación de no efectuar preparados de Versalles le impusieron la obligación de no efectuar preparativos de cualquier clase para la formación de un ejército en caso de guerra. Todo alemán debe hoy darse clara cuenta de que su patria se halla indefensa y abandonada a la arbitrariedad de sus vecinos mientras exista esa obligación y su cumplimiento pueda ser vigilado por autoridades enemigas residentes en el país.

En el año 1914 los *aviadores* no desempeñaron todavía un papel importante en el período en que los ejércitos se movilizaban e iniciaban su concentración. Esto será diferente en el porvenir. Hay que contar con que la lucha en el aire principia ya con la declaración de guerra o quizás aun antes.

Cada uno de los dos partidos tratará de llevar la intranquilidad y desorden al país enemigo y de retardar la concentración de sus fuerzas combatientes, por medio del empleo en masa de escuadrillas de bombardeo contra instalaciones de ferrocarriles, trenes en movimiento, tropas en embarque o desembarque, almacenes, depósitos de munición, fábricas de importancia militar, etc.

La defensa incumbe a los aviadores de combate propios. Estos se

emplearán de inmediato y en forma integral contra las escuadrillas de bombardeo enemigas, las que, a su vez, estarán protegidas por fuerzas análogas.

Es así probable que el primer acto de la guerra del porvenir será una lucha encarnizada por el dominio del aire y que esta lucha reemplazará la de las grandes masas de caballería que antes iniciaron la campaña. Al vencedor se le presentan grandes ventajas. Él podrá ejecutar sus movimientos sin ser perturbado, y solamente de noche tendrá que sufrir de vez en cuando por los ataques de bombas, mientras él mismo estará en condiciones de emplear sus escuadrillas de bombardeo también de día puesto que ya están poco expuestas a ataques aéreos. Al mismo tiempo podrá vigilar de un modo muy distinto las medidas del enemigo que éste, cuya arma de combate aéreo ha sucumbido en el primer gran choque y que ahora necesita un cierto tiempo para reconstruirla.

El efecto de los aviadores se puede completar todavía por el de las piezas de *tiro lejano*. Se emplearán especialmente contra aquellas instalaciones indispensables para la concentración del enemigo y que por tal causa se quiera destruir.

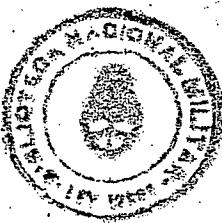
Pero se puede imaginar otro empleo más de las armas de tiro lejano que contra blancos militares con el solo objeto de perturbar o hasta dispersar la concentración enemiga. En la literatura militar internacional se estudia si, no sería conveniente emplear esas armas desde un principio contra las ciudades enemigas, llevando el pánico y la destrucción entre la población civil, terminando de este modo la guerra antes de que ésta hubiese principiado realmente.

La posibilidad de emplear en esta oportunidad *gases venenosos*, muy superiores en eficacia a los usados en la Guerra Mundial, hace aún más repugnante esta idea. A pesar de esto, todas las grandes potencias militares se preparan a convertirla en hecho. En la introducción del proyecto de reglamento francés «para el empleo de las grandes unidades», se dice: «Considerando las obligaciones internacionales que Francia firmó, el gobierno francés se empeñará en seguir al principio de una guerra, de acuerdo con sus aliados, de los gobiernos enemigos, la promesa de que el gas de guerra no se

» empleará como arma de guerra. Si no consigue esta promesa, se » reserva el derecho de proceder según las circunstancias.»

El punto de vista de las otras potencias es análogo. Se prepara el combate de gas, pero se desearía arrojar la responsabilidad de su empleo al adversario.

No son las conferencias y los discursos pacifistas, sino a lo sumo nuevos inventos que hicieran ineficaces a los aviadores y a los explosivos lo que podría salvar a la humanidad de semejante desarrollo.



## IV

### EL PLAN DE GUERRA

«Je n'ai jamais eu un plan d'opération», es una frase de Napoleón. A pesar de eso, se ha mantenido la creencia en el plan de guerra hasta nuestro tiempo.

Los grandes capitanes a los cuales elevan estatuas los pueblos agradecidos, son representados con la espada desenvainada en la mano cuando adquirieron gloria, como el viejo Blücher, como comandante de tropas; a los otros, que se estiman principalmente como pensadores profundos, como Moltke el viejo, se les pone en la mano un mapa enrollado. Representan el «plan de guerra», el símbolo de sus méritos. Se dice de estos últimos que sabían prever y calcular anticipadamente con exactitud el desarrollo de los acontecimientos y que predecían dónde y cómo vencerían al enemigo. De Federico el Grande ha contado la historia por espacio de un siglo el hecho erróneo de que pensó de antemano presentarse ante Praga el 4 de mayo y batir el 6 a los austriacos. ;Y cuánto se ha extendido la idea de que las batallas de Königgratz, Vionville, Saint Privat y Sedan, estaban todas en los planes de Moltke! También de la última guerra se oye contar con toda seguridad que el Ejército alemán pensaba estar el 5 de septiembre delante de París y el 7 dentro de ella. Del mariscal v. Hindenburg se relataba que había ocupado durante muchos años antes de la guerra sus licencias en reconocer la región de Tannenberg, porque precisamente en ese punto pensaba tomar prisionero un ejército ruso.

Pero la obra del Estado Mayor sobre la guerra de 1870 nos dice:  
«Solamente los profanos pueden creer percibir en el curso de una » campaña el desarrollo exacto y completo de un plan concebido y » calculado de antemano, detallado y minucioso, seguido hasta el fin. » Ciertamente el Comandante en Jefe no perderá de vista sus gran-

» des fines y no se dejará perturbar por las alternativas de los acontecimientos; pero los caminos precisos por los cuales ha de llegar a ellos, no pueden prefijarse con seguridad muy lejos.»

Esto se acerca a la frase de Napoleón. Podemos suponer que el Emperador quería decir en el fondo lo mismo que se dijo aquí. Mientras podían presumirse con alguna claridad las primeras operaciones, él también las encaraba con toda precisión, preparando minuciosamente su éxito. Con toda su audacia, fué un Comandante en Jefe muy reflexivo. Su juicio despectivo, mencionado al principio de este capítulo, sólo se dirige contra los planes de guerra de la vieja escuela de los sabios militares, que, a pesar de la apariencia de perspicacia, no eran otra cosa que elucubraciones inútiles de dilettanti.

Una prueba de ello es el plan que presentó Carlos Guillermo de Fernando de Brunswick el 3 de noviembre de 1805 en el consejo de monarcas de Postdam. Napoleón había hecho prisionero a Mack en Ulm y estaba a punto de avanzar hacia el corazón de la Austria indefensa. Pero el duque probó que el Emperador no podía pasar por delante del Tirol mientras los austriacos se mantuvieron allí y que, por consiguiente, era muy fácil detenerlo. Entonces los prusianos debían atacarlo desde el norte, los austriacos por la espalda desde el sur por Füssen y apenas comenzase precipitadamente la retirada, lo que con seguridad se suponía, sería acosado de cerca por los rusos. En el Necker quería el duque cortarle las comunicaciones con la patria, de modo que debía salvarse pasando rápidamente el Rhin o hasta buscar refugio en la Suiza. En el invierno, después de estos felices acontecimientos, los aliados debían establecerse en el Rhin, desde Wesel hasta el lago de Constanza, para aferrar a Napoleón del otro lado. Pero el generalísimo prusiano quería, además, que los aliados le atacaran por Holanda y por Italia. Así se debía extender una gran red desde el Mar del Norte hasta el Mediterráneo, envolviendo al león para aprisionarle adentro.

¿Pero qué sucedería si por una batalla se desembarazaba de ella?

El duque con gran facilidad contestó a esta objeción. Napoleón perderá la batalla; tiene que perderla.

Por cierto, si se pudiera calcular así, se podría fijar, con anticipación, un plan de guerra que sirviera hasta el final. Pero, en lugar de

la retirada de los franceses, se efectuó la marcha a Viena, en lugar de ser derrotados ganaron la victoria de Austerlitz y todo el plan demostró ser lo que era: una fantasía sin valor.

Con el comienzo de las operaciones después de la concentración, empieza el imperio de la incertidumbre, el elemento reinante en la guerra.

Siempre los hechos se han desarrollado en la realidad de la vida de campaña de distinta manera de lo que al principio se había creído. Nada más natural, pues «a la voluntad propia se opone pronto la voluntad independiente del adversario». El que pretendiera determinar con anticipación el curso de los acontecimientos, tendría que establecer un cálculo con una cantidad conocida y otra desconocida. El resultado no podría ser sino completamente inseguro. Los generales que entienden su profesión no aceptarán como exactos tales cálculos. Sus planes de guerra son de una sabia limitación. Únicamente los primeros pasos se determinan. Más allá no hay más que grandes ideas directrices, que hay que mantener siempre que de alguna manera las circunstancias lo permitan. No se puede, pues, hablar con propiedad de un «plan de guerra». El nombre «proyecto de operaciones» responde más a la naturaleza de la cuestión.

Echemos ahora, para mejor entendimiento, una ojeada breve sobre el proyecto de operaciones que sirvió de base en la última guerra favorable para Alemania. Él procede del gran maestro de la conducción de ejército alemán, el mariscal Moltke. Fué elaborado en el invierno de 1868-69 y nos enseña cómo se debe formular convenientemente tal proyecto. Por esta razón es aún hoy instructivo.

Después de consideraciones generales sobre la situación de Alemania y Francia, y de la comparación de sus fuerzas respectivas, se ocupa el proyecto de la concentración del ejército alemán. Llega a la conclusión que hay que formar tres ejércitos e indica sus zonas de concentración casi exactamente como después se verificó en realidad. Luego está expresado claramente que era preciso buscar y atacar la fuerza principal francesa; ésta podía suponerse, de todos modos, próxima al frente alemán. Las direcciones de avance, las mismas que se siguieron en los días memorables de agosto de 1870, se podían deducir fácilmente de todo lo anterior. Mas allá solo se estable-

ció, como pensamiento director, la necesidad de empujar la fuerza enemiga hacia el norte, cortándola de sus comunicaciones con París y de los ricos recursos del sur francés.

La realización de esta idea general era segura en cierto grado. Se la puede reconocer fácilmente en el avance alemán contra el Mosela por el sur de Metz, a donde Bazaine se había retirado, en el movimiento del III Ejército sobre Chalons y en la marcha sobre Sedan. Fué ese pensamiento director el que más allá de la primera batalla aunó los esfuerzos de los distintos ejércitos alemanes en una sola dirección uniforme.

La razón por la cual Moltke tuvo en vista medidas precisas hasta el momento de chocar con el enemigo, mientras que para lo ulterior no estableció más que un punto de vista general, fué que nadie podía conocer con seguridad el resultado de ese choque. Así sucederá siempre en situaciones semejantes. Todo depende de si uno vence o si es vencido. *Por esta razón ningún proyecto de operaciones debe determinar con precisión lo que se hará después del primer combate decisivo.*

La situación se aclara hasta cierto grado cuando se ha visto cuál de los dos adversarios es el más fuerte. Este último sabe ahora que en lo sucesivo podrá imponer su voluntad cuando el más débil trate de cruzarla.

Cada una de las partes combatientes procurará colocarse en tal favorable situación. De ahí resulta que si ambas entienden clara y simplemente la guerra, ambas tratarán de librarse una gran batalla decisiva. Por lo menos la buscará aquella de las dos que haya tomado la resolución terminante y que sienta mayor confianza en sí misma. El primer objetivo contra el cual se dirigen los movimientos de los ejércitos será así la *fuerza principal* y en condiciones muy grandes, como las de la Guerra Mundial, el más fuerte y más peligroso de los diferentes adversarios.

Cuando uno de los dos se aparta de esto, raras veces tardarán en llegar las consecuencias desfavorables.

En la batalla, el vencedor consigue subordinar la voluntad del enemigo a la suya; pero no la suprime del todo. Decisiones como la de Cannas, Sedan y Tannenberg, en que ejércitos completos desaparecen de batidos los ejércitos enemigos, si debe ocupar la capital enemiga.

recen de golpe del teatro de la guerra, son extremadamente raras. La voluntad del vencido ejercerá aún alguna influencia sobre el vencedor.

Ni aun una batalla victoriosa es suficiente para *asegurar por completo* la ejecución de los proyectos. Aun después de ella, éstos quedan dependientes de las influencias del momento y de las complicaciones resultantes del esfuerzo y de la resistencia, las que conducen a nuevos combates. Pero cada combate cambia el cuadro tan completamente como el más ligero movimiento las figuras de un caleidoscopio. El Comandante en Jefe está obligado, por lo tanto, a amoldar sus intenciones diariamente, a menudo en el plazo de pocas horas, a las circunstancias modificadas. La historia militar raras veces describe en forma completa todas estas incidencias. De la gran abundancia de acontecimientos, ella menciona generalmente sólo aquellos que más tarde merecerán la atención. Ella omite lo que fué pasajera importancia, para desaparecer luego como una ilusión. Despues de una guerra debiera escribirse no solamente la historia de los hechos, sino también la de las intenciones. Entonces la relación sería instructiva en alto grado, pues la complicación de las influencias es mucho mayor de lo que se cree. Un día al cual los libros consagran muy pocas líneas, tuvo tal vez en la realidad una rica historia.

Son muchas las cuestiones que es preciso tener en cuenta. En una parte es preciso prestar auxilio, en otras hay que contener a fin de que no se pierda el camino que conduce al objetivo, cuyos resplandores se ven a lo lejos. Cada nueva situación provoca un nuevo plan. De la perseverancia y de la perspicacia del Comandante en Jefe dependerá que en ellos se perciba *un gran pensamiento director*, como un hilo de Ariadna.

¿De dónde sacar este pensamiento?

Surge de la situación militar, política y económica. Si se analiza ésta a fondo; se ha de llegar generalmente a una conclusión determinada sobre lo que será preciso conseguir a fin de quitar al enemigo los deseos de continuar la lucha.

El más débil se dirá que, continuando la resistencia durante un cierto período, llegará a fatigar al más fuerte o podrá conseguir aliados. El más fuerte reflexiona hasta dónde podría avanzar después de batidos los ejércitos enemigos, si debe ocupar la capital enemiga.

miga, o únicamente las provincias de importancia económica o todo el país, a fin de llegar a una conclusión feliz de la paz, que es el objetivo final de toda guerra.

De este modo forma a grandes rasgos un cuadro del curso más conveniente de los acontecimientos, al cual hay que tratar constantemente de acercarse a través de las circunstancias que varían incansablemente. Podrá establecerse, por ejemplo, en principio, que se debe continuar la resistencia detrás de tal o cual sector, hasta que acudan refuerzos o los ejércitos de una potencia amiga. Se formará el propósito, cuando se posee la fuerza suficiente, de empujar al enemigo, después de haberlo batido, a una zona previamente elegida, en una dirección desfavorable para él. Pero fuera de estas consideraciones y de estos puntos de vista generales, ni el mejor estratega es capaz de decir algo más. En detalle no se deben determinar sino los pasos más inmediatos.

Todo lo que comprende el proyecto de operaciones es así muy limitado. No abarca en la actualidad, fuera de una proposición sobre el empleo inmediato de las fuerzas combatientes aéreas y de la artillería de largo alcance, mucho más allá que la primera concentración del ejército para el avance contra la fuerza principal enemiga. En esto existe, como ya lo hemos visto, a menudo una relación determinada entre la cantidad de fuerzas y el espacio disponible. Así no se podía hablar en 1914, en el teatro occidental de la guerra, de una amplia libertad de operaciones. Había, por ambos lados, apenas el espacio suficiente como para colocar en cada partido las unidades combatientes una al lado de la otra. Los franceses se concentraron, como es natural, en la línea de sus fortalezas fronterizas, que se prolongaba ventajosamente hacia el norte en la fortaleza de Lieja.

Ambos frentes se hallaban, desde un principio, tan cerca uno del otro, que no les quedó otra cosa que avanzar rectamente hacia el enemigo. Para los alemanes se estrechó este espacio aun más, puesto que tuvieron que romper primero la línea de las fortificaciones adversarias que se extendían desde la frontera holandesa hasta la suiza. En tal caso, se iniciaría, naturalmente, el ataque allí donde el defensor al principio no tiene disponibles grandes efectivos de su ejército de campaña. Esta consideración señaló a los alemanes como ob-

jetivo el ala izquierda enemiga. Allí, si se efectuaba la tentativa de apoderarse rápidamente de Lieja, no se encontrarían sino belgas. A éstos se esperaba vencerlos pronto, ganando así la deseada libertad de operaciones, aunque por lo pronto fuese solamente para el ala derecha del Ejército.

Lo demás tenía que efectuarse de acuerdo con las circunstancias que se presentarían. No se podían indicar las medidas ulteriores ya en el plan de operaciones. Para la continuación de los movimientos era decisiva la idea de atacar al ejército anglo-francés, envolviendo su ala izquierda y derrotarla decisivamente.

El peligro de *una guerra contra dos frentes* ha existido siempre para Alemania. Está fundado en su situación geográfica y se hizo crítico cuando Francia y Rusia se aliaron, mientras las antiguas relaciones cordiales que habían existido durante tanto tiempo entre Prusia-Alemania y el imperio del Zar, se convirtieron paulatinamente en lo contrario, por la influencia de las corrientes paneslavistas y por las insinuaciones de Francia y sus miles de millones de francos.

Al arte político de Bismarck había que agradecerle que el pueblo alemán tuviera que ver con *una sola* gran potencia en todas las guerras llevadas para la realización de sus anhelos nacionales. Que sus sucesores no lo consiguieran y que Alemania tuviera que ir finalmente a la guerra contra una enorme superioridad, es una de las primeras y más profundas causas de la derrota de 1918. Las raíces de esta gran desgracia se hallan, por lo tanto, en el matorral espinoso de la política.

Era de una importancia decisiva para Alemania, en una guerra de dos frentes, la cuestión de contra cuál de las potencias, Francia o Rusia, debía dirigir sus fuerzas principales. Intervenían puntos de vista militares, políticos y económicos. La cuestión fué contestada en forma diferente en el transcurso de los años, de acuerdo con las circunstancias.

El mariscal Moltke quería, al principio, atacar simultáneamente en ambas direcciones. Esto se justificaba, puesto que el ejército alemán era entonces superior a sus vecinos, tanto en el alistamiento para la guerra como en su capacidad, de modo que se esperaba poder batirlos mientras los adversarios, todavía, estaban concentrándose.

Cuando más tarde la fortificación de la frontera francesa hizo tales progresos que ya no se podía pensar en un rápido avance en esta dirección, resolvió Moltke, desde el año 1878, defenderse contra Francia y dar el golpe principal contra Rusia. Se sabía que ésta quería concentrar su ejército en la Polonia occidental. La mejor solución contra esto era un ataque concéntrico, de los alemanes desde la Prusia Oriental y de los austriacos desde la Galizia, ambos en dirección general a Varsovia. Este pensamiento continuó sirviendo de base al plan de guerra alemán bajo el sucesor de Moltke, Waldersee. Sólo en los años 1886 y 1887 se proyectaba dirigir la fuerza principal contra Francia, porque había razones para suponer que ésta intentaba pasar al ataque sin esperar la cooperación de su aliado.

Schlieffen se apartó después completamente de la solución oriental. Varias razones fueron decisivas para él en este sentido. Ante todo vió en los franceses, con razón, el enemigo más fuerte y más peligroso. Luego había indicios de que la concentración rusa se iba a efectuar más atrás, en la línea Kowno - Grodno - Bialystock - Brest-Litowsk. Hubiera faltado, entonces, en el Este, el objetivo de ataque de fácil alcance. Hubiese sido necesario efectuar movimientos difíciles y que demandarían mucho tiempo, a fin de poder batir al Ejército ruso detrás de la fuerte línea del Niemen - Bibr - Narew. Además, existía siempre el peligro de que éste se sustrajera a una decisión por las armas, retirándose a la inmensa profundidad del imperio del Zar. Tampoco ya no se podía llevar a cabo la defensa en la forma cómo era la intención de Moltke, a saber, con el aprovechamiento de la línea del Rhin y de las fortalezas situadas en este río. El siguiente abandono pasajero de la zona industrial de la margen izquierda del Rhin, de la zona carbonífera del Saar y de la zona de minas de hierro de la Lorena, se había hecho imposible, puesto que sin estos recursos corría peligro el aprovisionamiento en material bélico para el Ejército alemán. Una posición de defensa delante del Rhin hubiera tenido que ser o tan extensa que se apoyara en ambas alas en territorio neutral—en tal caso se necesitaba todo el Ejército y ya no se disponía de fuerzas para emplearlas contra Rusia—o no estaba apoyada; entonces podía ser fácilmente envuelta por Bélgica y Holanda, obligando al ejército allí formado a retirarse detrás del

Rhin. En todo caso, un ataque alemán en el Oeste encontraba un provechoso objetivo de ataque. Quizá los franceses le vinieran al encuentro, a deducir por el lenguaje agresivo de la prensa francesa desde la conclusión de la Entente Cordiale con Inglaterra, expresando haber pasado ya el tiempo en que se creía tener que limitarse exclusivamente a la defensiva. Tanto más pronto tenía que producirse entonces la decisión. Esto le convenía enteramente a Alemania.

Se formó así el plan de Schlieffen, que buscaba primero la derrota de Francia con las mayores fuerzas posibles, y después dirigirse contra Rusia para atacarla en unión con los austriacos. Mientras Alemania pudiera presentarse en el Oeste al principio de la guerra con una superioridad manifiesta y contar con que la movilización rusa duraría unas semanas más que la propia y si esta diferencia de tiempo se aprovechaba realmente en forma integral, el plan Schlieffen tenía perspectivas fundadas de éxito.

Por esta razón su sucesor, el general Moltke, lo mantuvo con la más profunda convicción, como él mismo relata. También lo aplicó efectivamente en 1914, por cierto con modificaciones poco felices. Se llevó a cabo aunque la situación político-militar de Alemania había cambiado notablemente por la entrada de Inglaterra en la alianza de sus enemigos. Es verdad que esta posibilidad ya había surgido en los últimos años de la jefatura del conde Schlieffen, pero no tenía entonces la misma importancia que tuvo después, porque Rusia en esa época estaba paralizada por la guerra en el Extremo Oriente y la revolución subsiguiente. Schlieffen no tuvo necesidad de contar seriamente con una guerra contra Rusia, Francia e Inglaterra. Pero si únicamente las dos últimas hacían la guerra contra Alemania, no había motivo para hacer cambio alguno en la concentración occidental del ejército alemán. Recién cuando el imperio del Zar dirigió de nuevo su vista al occidente, para compensar la derrota sufrida en otras regiones, cuando desarrolló en los Balcanes una intensa actividad, manifestando una inclinación visible hacia Inglaterra, se alzó delante de Alemania el inmenso peligro de una guerra contra las tres naciones más poderosas de Europa, después de ella.

Todavía había tiempo para evitarlo. Pero no existía para ello sino un solo medio: el de hacer pedazos con un golpe energético y de sorpresa el arco de hierro que debía ponerse alrededor de las fronteras alemanas. La guerra, de todos modos inevitable, debía haberse llevado a cabo antes de que los enemigos terminasen sus preparativos. Pero los dirigentes de los destinos de Alemania no se decidieron a tomar esta resolución varonil. ¡En ellos nada había del genio de Federico el Grande! La diplomacia se contentó con la esperanza incierta de poder conseguir la eliminación de Inglaterra de la lucha, y el jefe del Estado Mayor renunció a preocuparse de que la política no pusiera al ejército alemán frente a un problema insoluble. Pero el pueblo alemán estaba contento con esa actitud de sus dirigentes. Gozaba de su bienestar, que crecía rápidamente y no se preocupó de que todos esos halagos pudieran terminar el día menos pensado.

Hoy tiene que pagar por haber olvidado la enseñanza de la historia de que las grandes potencias se fundan por la espada y se conservan únicamente por ella.

De estas consideraciones surge una particularidad del plan de Schlieffen que no se debía descuidar en caso de su empleo. Era útil solamente en combinación con una política que contaba desde un principio con la guerra, como medio de conseguir sus fines y que, por su parte, determinaba el momento de asentar el golpe. Tal política habrá parecido sobrentendida a Schlieffen, que había vivido la época de Bismarck. Sobre este punto debió haber llamado la atención de su sucesor, obligándolo a desarrollar ideas propias, en caso de que esa condición preliminar fallase.

Tan pronto como Alemania permitiera a sus vecinos elegir el momento de desenvainar la espada, se perdía para ella la ventaja que se podía sacar de la lenta movilización de Rusia. Entonces los franceses y los rusos se arreglarían de manera—como sucedió realmente en 1914—para aparecer simultáneamente en las fronteras de Alemania.

También la segunda condición previa en que Schlieffen fundó su plan, la superioridad numérica en el frente occidental, se perdió

cada vez más durante los años en que Moltke estuvo al frente del Estado Mayor. Es sabido que Alemania ya había principiado a apartarse del servicio obligatorio universal, mientras Francia lo aplicaba en su forma más absoluta. El gran proyecto militar de marzo de 1913, con el cual Alemania pretendía recuperar, por un gran esfuerzo, lo que se había descuidado durante muchos años, aumentando su ejército permanente en 120.000 hombres, vino demasiado tarde para ejercer una influencia sobre la fuerza armada de la Nación. Así sucedió que su ejército de campaña superara al francés en el momento decisivo en una insignificancia, a pesar de la gran diferencia de población. Así se desvaneció la esperanza de conseguir un rápido éxito en el Oeste.

A esto se agregó todavía la enemistad de Inglaterra. Con ella la guerra terrestre europea se transformó en la Guerra Mundial. Al lado de los grandes problemas estratégicos, otro nuevo, de una gravedad aplastante, se presentó al Comandante en Jefe: *el bloqueo*. ¿Cómo podría seguir viviendo Alemania, cuyo comercio y alimentación del pueblo estaban unidos por mil lazos con el comercio mundial, cuando esas comunicaciones le quedasen cortadas?

El plan de Schlieffen no fué un remedio contra el fantasma del hambre.

Tal remedio se podía ver únicamente en la obtención de una fuente considerablemente más extensa para la alimentación de la población. De acuerdo con este punto de vista, el objetivo de la conducción de la guerra por parte de Alemania debió haber sido la conquista de amplias zonas agrícolas. No hay que descartar la idea de que si Alemania se hubiese apoderado en unión con Austria-Hungría, ya en el año 1915, de la Ucrania avanzando hasta el Mar Negro, hubiera quebrado la punta más aguda a la guerra de hambre.

Es posible que, a pesar de todo, el mantenimiento del plan de Schlieffen fuera lo mejor y más eficaz que se podía hacer en 1914. Pero esto probaría únicamente que Alemania se hallaba ya entonces en una situación en la cual ya no existía una salida victoriosa.

El plan de Schlieffen, aplicado en la situación del 1.<sup>o</sup> de agosto de 1914, fué una tentativa de resolver un problema mundial con los medios de la estrategia continental. Tuvo que fracasar.

En el período en que con la movilización y con la concentración se dan los primeros pasos para iniciar el plan de guerra, continúan por lo general las negociaciones diplomáticas. Así sucedió también en 1914. Los jefes de Estado y los jefes de gabinete desplegaron una actividad febril casi hasta el momento en que los cañones empezaron a tronar. En este sentido los unos deseaban conservar la paz, mientras los otros no deseaban sino ganar tiempo u ocultar sus intenciones.

En tales días críticos, todo depende de que la conducción de la guerra y la política cooperen estrechamente. Si la guerra es realmente la continuación de la política con otros medios, el Estado pasará sin roce y sin sacudimientos del pie de paz al pie de guerra. La calma, la seguridad y el orden son entonces más necesarios que en cualquier otro período.

A este respecto fué magistral la preparación de Inglaterra para una guerra con el Imperio Alemán. No se omitió ni en el terreno político ni en el militar o económico, medida alguna apropiada para asegurar el éxito.

Ya en el año 1903 principió Eduardo VII su política de cerco. Su objeto fué conseguir aliados para Inglaterra e influir la opinión mundial en contra de Alemania. La conclusión de la Entente Cordiale con Francia, la alianza con el Japón, las tentativas—fáciles—de separar a Italia de la Triple Alianza, la entrada de Rusia en la Entente, la presión sobre Bélgica para la reorganización de su fuerza armada y para la conclusión de ciertos acuerdos militares dirigidos contra Alemania, el aumento del Cuerpo Expedicionario hasta llegar al efectivo de siete divisiones, el aumento y la nueva distribución de la escuadra que trasladó su centro de gravedad al Mar del Norte y, finalmente, los minuciosos acuerdos entre los estados mayores y almirantazgos de los países aliados sobre las medidas a tomarse en caso de una guerra, todo se sucedía, eslabón por eslabón, en la cadena de una política que tenía en vista, como objetivo grande e incombustible, el aniquilamiento de Alemania como competidor en el comercio y en la importancia mundial.

No menos brillantemente estaba preparada la campaña de propaganda, dirigida en todas partes contra el honor del nombre ale-

mán, del mismo modo que la estrangulación económica de Alemania. En ambos terrenos se iniciaron las medidas junto con la declaración de guerra y se ejecutaron de acuerdo con un plan bien meditado y con el empleo de considerables medios pecuniarios.

Y, con todo, la política inglesa supo conservar hasta el último momento su completa libertad de acción. En último análisis también saldría bien su cuenta si permanecía neutral. Si Inglaterra miraba con tranquilidad cómo Alemania y Rusia se despedazaban y si se reservaba únicamente el papel de árbitro en la conclusión de la paz, apoyada en sus poderosos recursos completamente intactos, la ganancia tendría que ser grande en cualquier caso. Pero cuando luego las cosas se desarrollaron de manera que la participación en la guerra parecía aún más ventajosa y cuando la entrada de Alemania en Bélgica suministró el pretexto tan oportuno para entusiasmar las grandes masas a la guerra de protección de la «poor little Belgium», ya no se necesitaban esfuerzos especiales para producir en la Nación y en el Estado la disposición de ánimo necesaria para la empresa guerrera.

Del lado de Alemania, por el contrario, los acontecimientos de aquellos tiempos demuestran una falta lamentable de unidad en la conducción política y militar.

La política deseaba conservar la paz. El canciller Bethmann-Hollweg había reconocido acertadamente que para eso era necesario, en primer lugar, la existencia de buenas relaciones con Inglaterra. A la obtención de este fin dedicó sus principales esfuerzos. Pero al mismo tiempo permitió que el Jefe del Estado Mayor General guardase en su caja secreta un plan de operaciones que en el caso de guerra con Francia establecía una iniciación de la campaña cuyo primer paso tenía que provocar indefectiblemente la declaración de guerra de Inglaterra.

Además, de un modo general, resultaba difícil para el mundo exterior armonizar el ataque contra Francia con la precedente política de Alemania. La guerra tenía su foco en los problemas orientales. La amenaza de Rusia contra Austria fué la causa por la que Alemania tomó las armas. Por la lealtad sin miramientos con que quería cumplir con su deber de aliada podría contar con las simpatías del mun-

do. Pero la opinión mundial no comprendería por qué en esa situación declaraba la guerra a Francia e invadía la Bélgica, al parecer completamente neutral.

Por más evidentes que fueran los motivos militares; por más reconocida que fuese en todas partes la íntima y profunda justicia del proceder alemán ante la conspiración, en que intervino también Bélgica, con el fin de lograr su aniquilamiento—y toda persona que examine esto sin prevenciones tiene que reconocerlo,—queda siempre subsistente que el militar y el estadista seguían *distintos caminos*. Pero la política y la conducción de la guerra deben completarse y ayudarse mutuamente.

Si la campaña debía iniciarse como deseaba Schlieffen, y como Moltke el joven la realizó, era preciso que este proceder también se preparase política y diplomáticamente. Esto naturalmente hubiera llevado a la conclusión de que Alemania misma debía determinar el momento de asentar el golpe. Si el conductor militar no conseguía imponer tal política, no le quedaba otro recurso que cambiar sus planes.

Existía, por cierto, otro modo de iniciar la campaña que el proyectado. Si Alemania conseguía obtener de todos lados el respeto a la inviolabilidad de Bélgica y entrar con Inglaterra en relaciones que asegurasen su neutralidad en caso de una guerra de dos frentes, también la solución oriental hubiera sido factible.

A fin de conseguir esto hubiera sido necesario, como es natural, un trabajo diplomático sabio y tenaz, preparado desde mucho tiempo antes. En tal caso, indudablemente, era inevitable tener que ceder tanto en el terreno económico-comercial como en las cuestiones de la escuadra, haciendo concesiones para satisfacer a los deseos de Inglaterra. Estas hubieran perjudicado el prestigio exterior de Alemania ante Francia, su posición en el mar y su libre desarrollo como potencia comercial; pero era necesario cargar con todo esto. Por encima de todas las consideraciones estaba la certidumbre de que una guerra contra la doble alianza e Inglaterra superaba las fuerzas de Alemania y, por lo tanto, debía evitarse en forma absoluta. Si esta posibilidad existía todavía o no en la época del asesinato de Serajevo es, por cierto, dudoso. En todo caso, no se debió omitir una tentativa.

Con este objeto, Alemania debió, en esas semanas fatales, desplegar la más intensa actividad diplomática. Si pedía a Inglaterra que garantizase, junto con ella, una vez más solemnemente la neutralidad de Bélgica, obligándose al mismo tiempo a no pisar suelo francés ni emplear su escuadra en el Mar del Norte, hubiera sido difícil al gobierno inglés hacer comprender a su propio pueblo la necesidad de una guerra contra Alemania. Le hubiera faltado el santo y seña que esperaba para poder desplegar la bandera de guerra. Hubiera permanecido neutral, a lo menos al principio de la guerra. Francia, por su parte, se hallaba ante el dilema de violar la neutralidad de Bélgica, poniéndose así frente a Inglaterra y a toda la opinión mundial, o llevar el ataque puramente frontal contra la frontera de Alsacia-Lorena.

La situación de Alemania hubiera sido en ambos casos mucho más favorable que aquella a la que finalmente se dejó arrastrar por sus enemigos. El ataque decisivo contra Rusia, efectuado con Austria, habría logrado muy posiblemente un éxito rápido. Pero con esto se hubiera creado una situación completamente nueva, en la cual Alemania tenía la mayor parte de los triunfos en su mano. La objeción frecuentemente oída de que Rusia se substraería a una decisión por las armas, retirando desde un principio su ejército al interior del país, no resiste un análisis. Tal actitud sería, en primer lugar, contraria al motivo político de la intervención bélica de Rusia, la que quería proteger a Serbia para que no fuera aniquilada por Austria-Hungría. Esto lo podía conseguir únicamente por el ataque, pero no por una repetición de la estrategia del mariscal Kutusoff. Además, se hubiera rebelado contra esta última el amor propio enormemente desarrollado del inmenso ejército ruso, el que habría impuesto un empleo ofensivo.

Es natural que, en caso de llevar la acción principal contra Rusia, hubiera sido necesario destinar considerables fuerzas para la defensa de la frontera occidental. Estas fuerzas, apoyadas en las fortalezas y en el Rhin, no tan fácil de cruzar, hubieran estado en buenas condiciones para cumplir su misión.

Otra cuestión más debe ser considerada. Es sabido que inmediatamente después de decretada la movilización tropas alemanas cru-

zaron las fronteras del Bélgica y Luxemburgo. Esto significaba una terminación brusca de las negociaciones. Pero la política alemana deseaba evitar la guerra y, por lo tanto, no debía dejar pasar cualquier posibilidad de conservar la paz. Negociaciones con el arma al pie han evitado a menudo en el transcurso de la historia, a última hora, la iniciación de las hostilidades. El que esto desea, no debe en caso alguno dar pasos que anulen sus propias aspiraciones.

Reconocemos así la necesidad de que la armonía entre el comandante en jefe y el estadista, que falló del lado alemán en forma lamentable en el año 1914, esté asegurada ya en tiempo de paz por el más íntimo trabajo común. Debe existir una compenetración mutua espiritual de los problemas. El comandante en jefe debe sentir en sí algo del estadista, el estadista algo del conductor de ejército. Solamente entonces se realizará la transición de las medidas políticas a las militares sin quebrar la línea recta.

La concentración constituye, como ya dijimos, una parte del plan de guerra. Debe elaborarse junto con él y responder al gran pensamiento director. Esto es tanto más importante cuanto que, como expresa la obra del Estado Mayor sobre la guerra franco-alemana de 1870-71, los errores que se cometan en la concentración inicial de los ejércitos difícilmente pueden repararse en todo el transcurso de la campaña.

Ahora bien: la verdad de esta afirmación no es sin más evidente, pues en la historia de la guerra no faltan ejemplos en que campañas iniciadas bajo las condiciones más desfavorables experimentaron un cambio completamente ventajoso por una sola batalla victoriosa. Acordémonos de la suerte del Gran Federico en la primera guerra de Silesia. El mariscal Neipperg sorprendió en abril de 1741 completamente al joven Rey, quien se hallaba en la Alta Silesia. Por medio de su avance sobre Neisse le cortó todas sus comunicaciones y le amenazó sus almacenes y su parque de artillería, obligándole a aceptar una batalla con la espalda hacia el país enemigo. El Rey hubiera estado perdido si no hubiera salido victorioso. Una iniciación más

brillante para Austria, una peor para Prusia no se puede imaginar. Pero en Mollwitz triunfó la mejor instrucción de la infantería federiciana. Se produjo el cambio más repentino. Con este solo golpe Federico fué dueño de la situación. Es como si las condiciones estratégicas hubiesen quedado sin influencia. Análogas impresiones se recogen cuando se consideran las batallas de Czaslau, Hohenfriedeberg y Leuthen, en su relación con los acontecimientos precedentes.

Mientras esos ejemplos pertenecen a un tiempo más remoto, la batalla del Marne, en septiembre de 1914, nos ha enseñado que también hoy se puede compensar con un único gran éxito una campaña desfavorablemente iniciada, como la de los franceses e ingleses. Pero en esta ocasión influyó; además de las condiciones emanadas de ambas concentraciones, una larga serie de factores de una naturaleza especial, de los que hablaremos más tarde.

En general, en las guerras modernas estaban las cosas dispuestas de un modo tal que, ya por el fraccionamiento de los Ejércitos, por el gran ancho en que se extendían y por la independencia de las distintas partes, los movimientos preliminares conducían a rozamientos. Unicamente mediante combates victoriosos esos movimientos tomaban el curso deseado. Así, la invasión de nuestras tropas a Bohemia en 1866 fué acompañada de los éxitos de Nachod, Skalitz, Soor, Schweinschädel, Podol, Münchengrätz y Gitchin; a la Francia en 1870, de las victorias de Wissenburg, Wörth y Spicheran. Así también en 1914 el avance victorioso del ala derecha alemana por Bélgica y Francia septentrional se hizo posible recién por los combates de St. Trond, Landen, Neufchâteau y Mons. En la mejor situación estratégica se manifestaba en todas esas ocasiones también la superioridad táctica del vencedor. El adversario no tenía sus fuerzas donde las necesitaba para cruzar los planes del adversario y para mejorar la situación propia por éxitos tácticos. En esto se manifiesta la vasta influencia de los errores cometidos en la concentración. Ellos deciden ya la retirada de uno de los partidos y el avance del otro.

Un ejemplo especialmente característico en este sentido nos lo ofrece la campaña de 1805. Los austriacos enviaron entonces a su mejor general, el archiduque Carlos, con el ejército más fuerte, de 100.000 hombres, a Italia, porque esperaban allí, como en 1796, 1797,

1799 y 1800 la decisión más importante. Solamente 70.000 hombres bajo el mando del archiduque Fernando y Mack estaban en la Alemania Meridional cuando Napoleón apareció precisamente aquí avanzando desde Boulogne a marchas forzadas. La catástrofe de Ulm fué la consecuencia. No podía ser compensada por la victoria de los austriacos en Caldiero, en Italia. Aunque se reconociera el error y el archiduque Carlos fuera llamado a Alemania, ya esto no modificó el resultado de la guerra. La batalla de Austerlitz la terminó antes de que el Archiduque pudiera librarr alguna acción en favor de Austria.

La primera concentración de los ejércitos franceses en 1870, en dos agrupaciones separadas, delante de Metz y de Alsacia, estaba calculada para una ofensiva rápida al interior de Alemania, para la cual no se tenían los medios ni la firme voluntad. Cuando los primeros fracasos obligaron a reunir los dos ejércitos tan separados, fué necesario efectuar una larga marcha retrógrada. De ahí nació la retirada de Mac Mahon hasta Chalons y el pronto cerco de Bazaine en la fortaleza de Metz. Esto último, a su vez, provocó la marcha sobre Sedán y la catástrofe del 1.<sup>o</sup> de septiembre. Fácilmente se reconoce la relación que existe entre los grandes reveses que sufrió Francia en toda la primera parte de la guerra y la concentración inicial de sus fuerzas combatientes.

Por el contrario, la batalla del Marne, desgraciada para el Ejército alemán, no fué sin más una consecuencia de su concentración inicial. Podía haber sido ganada a pesar de ella, siempre que los movimientos siguientes hubieran tenido en cuenta sus particularidades. Una de ellas era que las fuerzas concentradas en toda la línea entre Aquisgrán y Estrasburgo habían sido distribuidas con igual densidad aproximadamente; la concentración *no* tenía en realidad un centro de gravedad. A pesar de eso, presentaba buenas condiciones para invadir por Bélgica con el ala derecha y detener un ataque francés en la Lorena, es decir, para iniciar la campaña en una forma que prometía éxito. Nació del deseo de obtener éxitos en las dos partes en los combates preliminares e impedir al adversario una invasión profunda al territorio alemán. Ambas cosas se consiguieron efectivamente. En el norte triunfaron las armas alemanas, después

de la caída de Lieja, en los combates de movimiento antes mencionados; en el sur fué rechazado el ataque de numerosas fuerzas francesas en Saarburg, las que tuvieron que regresar, presionadas, a su línea de fortificaciones. Pero con esto se había obtenido de la concentración inicial todas las perspectivas de éxito que ella ofrecía.

Para la continuación de los movimientos destinados a obtener una gran batalla decisiva en el interior de Francia, se requería ahora un nuevo dispositivo de las fuerzas. En caso de atenerse al plan de Schlieffen, había que iniciar ahora con rapidez la formación de una fuerte ala derecha. Pero esto era posible únicamente si se ordenaba a las columnas del ejército alemán detenerse en la frontera franco-belga, transportando por ferrocarril a la Bélgica occidental a los Ejércitos VI y VII, que podrían ser reemplazados en la Lorena por nuevas formaciones. Tendría que realizarse entonces una nueva concentración, es decir, la campaña debía efectuarse en dos actos. Pero la consiguiente detención del avance hubiera sido también una ventaja para el enemigo; le habría dado la oportunidad para tomar contramedidas y restablecer la cohesión de sus tropas, ya bastante quebrantadas. Por esta razón, el Comandante en Jefe del ejército alemán resolvió ejecutar la empresa de un solo envío. Apreciando en forma exagerada los éxitos obtenidos hasta entonces, creyó poder alcanzar un objetivo de operaciones más amplio que el de Schlieffen; en lugar del envolvimiento de un flanco del ejército franco-inglés, se encaró el doble envolvimiento. Con este objeto, el ala izquierda del Ejército debía avanzar para un ataque de ruptura entre Toul y Epinal.

De esta manera se inició una operación que llevaba en sí el germen del fracaso, pues para un doble envolvimiento no alcanzaban las fuerzas y para la ruptura de la zona fronteriza fortificada de Francia los Ejércitos VI y VII estaban armados insuficientemente. Pero influyó decisivamente en el resultado que ahora en la parte donde debía obtenerse el éxito de acuerdo con las condiciones estratégicas previstas con toda lógica y acierto por Schlieffen, el Ejército alemán era demasiado débil para conseguir la victoria. El pensamiento director original se había aguado. Cuando se quiso volver a él era ya demasiado tarde para subsanar el error. La batalla del Marne se li-

bró así sin intervención de los dos ejércitos de más al sur y de otros cuatro cuerpos de ejército, de los cuales dos se habían enviado al Este y dos se habían quedado en Amberes y Maubeuge. En Koeniggratz «todos estaban presentes y nadie faltó». En el Marne los alemanes podían haber estado con un tercio más de fuerzas. La diferencia entre una buena conducción y una deficiente aparece aquí claramente.

La concentración alemana fué, como dijimos, apropiada para la iniciación de la campaña, pero no para la realización del gran pensamiento estratégico. Moltke pretendía resolver desde ella demasiados problemas. Seguramente hubiera hecho mejor, ya que aceptaba el plan de Schlieffen, mantenerse realmente fiel a él, tanto en la concentración como en la ejecución. Para esto, aun a costa del abandono pasajero de una faja de territorio alemán, debió hacerse lo más débil posible el ala izquierda del Ejército, retirándolo a la línea Metz - Estrasburgo - fortificaciones del Rhin Superior y, en cambio, enviar todo hombre disponible al ala derecha. Entonces el Comando en Jefe del Ejército hubiera dispuesto allí de la superioridad local necesaria para la realización del pensamiento fundamental de Schlieffen.

Si de las exposiciones precedentes deducimos que puede ser fúnesto pretender realizar un propósito por medio de una concentración determinada que no ha sido elegida para responder desde un principio a las necesidades de aquél, con más razón aun no se deben buscar medidas, al elaborar un plan de guerra, que se presten para todos los casos; tendrán que ser siempre de una naturaleza tal que en ningún caso podrán tener una gran eficacia.

Otra referencia más a la desgraciada guerra de 1806 es especialmente instructiva. El 25 de septiembre de aquel año los ejércitos prusianos se hallaban en tres grupos, en Mühlhausen, Naumburg y Friburgo de Sajonia; los franceses se encontraban todavía en el sur de Alemania, diseminados en alojamientos extensos. El duque de Brunswick concibió el plan de atacarlos por sorpresa y vencérlos antes de que se reunieran. Pero los brillantes colores de esta resolu-

ción fueron muy pronto obscurecidos por las sombras del pensamiento. La diplomacia consideraba todavía posible un arreglo pacífico; las hostilidades no debían comenzar antes de pasados algunos días. Pero, entretanto, Napoleón podía anticiparse a las intenciones prusianas, envolviendo por la derecha o por la izquierda a las columnas prusianas en avance, echarlas a la Bohemia y cortarlas del Elba. Se consideró, entonces, conveniente colocarse en una situación que permitiese en caso necesario adoptar la defensiva. Y se trató aún de conseguirla de manera que resultase igualmente factible el dar frente a la derecha como a la izquierda, según que el enemigo se presentase de un lado u otro. Así sucedió que la resolución definitiva fué la de reunir las fuerzas recién al pie de la pendiente norte de la Selva de Turingia. Con esto se conseguía el retardo deseado antes de principiar las hostilidades; se podía hacer alto todavía antes de la montaña, si Napoleón ya se encontraba en avance; se podía retroceder fácilmente desde Erfurt y Gotha sobre Eisenach, si el Emperador tomaba la carretera de Hesse, o sobre Hof si tomaba el camino que une la Franconia con la Sajonia, y, por último, si él esperaba, cruzar la montaña por una ofensiva por sorpresa.

Efectivamente: el proyecto se adaptaba a todos los casos; pero esto precisamente constituía su debilidad. Para ningún caso estaban las medidas calculadas tan exclusiva y enérgicamente que prometieran un éxito decisivo. El único momento favorable se dejó pasar.

Después de haber considerado todas las posibilidades, es preciso atenerse por último a la más probable, fundando luego en ella la propia intención terminante y calculando bien todas las medidas para su enérgica ejecución. En el ejemplo citado, el gran pensamiento director era una ofensiva por sorpresa en Alemania del sur. Toda pérdida de tiempo la debilitaba y debía evitarse en todo caso. Así, pues, el proyecto de operaciones podía tender a esto únicamente, si determinaba la rápida reunión hacia adelante en dirección a Bamberg. La previsión debió manifestarse solamente en la rapidez, en la exploración suficiente y en la elección de la zona de reunión, de tal manera que las columnas aisladas no pudiesen chocar aisladamente durante la marcha con el grueso de las fuerzas enemigas, aunque sí con fracciones de las mismas.

Hay que tener presente, además, que cuando uno se halla frente a la tarea de tener que romper líneas fortificadas enemigas, ya en el proyecto de operaciones debe determinarse dónde se la efectuará. Aun en los casos en que se confía conseguir la rendición de determinadas obras por el mero bombardeo, no se debe esperar de la sola artillería de campaña el éxito con alguna seguridad. La artillería pesada tiene que intervenir en tales empresas, por lo que debe señalarse, ya en la concentración, dónde debe reunirse. Su desplazamiento posterior tropezará con dificultades a causa de estar ocupados todos los caminos precisamente en esa época. Por razones análogas es preciso expresar si se proyecta o no situar alguna fortaleza grande enemiga, y cuál. Ningún Estado puede situar simultáneamente varias plazas de primer orden con perspectivas seguras de éxito, pues son muy grandes las formaciones de sitio necesarias para ese fin. Una vez que éstas han sido transportadas a un lugar determinado del teatro de la guerra, no se pueden llevar a otro punto sino a costa de una gran pérdida de tiempo, lo que haría, en muchos casos, dudoso el éxito.

Es evidente que en un Estado el Comandante en Jefe del Ejército debe tener preparados los proyectos de operaciones para todas las hipótesis de guerra posibles, de acuerdo con la situación política general. Recién se ha sabido por los escritos dejados por el coronel general v. Moltke, que en 1914 no estaba preparada una concentración del Ejército alemán para el Este. Así tuvo que contestar al Emperador, cuando éste le expresó el 1.<sup>o</sup> de agosto el deseo de que el Ejército se enviase contra Rusia en vez de contra Francia, que en tal caso no existiría para la defensa de las fronteras otra cosa que «una masa informe de hombres armados, sin orden y sin provisiones». Moltke estaba, pues, convencido de que Alemania debía contar siempre con la enemistad de Francia en caso de una guerra, indiferente del motivo por la cual estallara, y que, por consiguiente, estaría obligada a dirigirse primero contra ella, por ser el enemigo más peligroso. Aunque era muy poco probable que Francia no interviniere en una guerra en que participara Alemania, no por eso debía negarse o eliminarse esta posibilidad desde un principio. Una cuestión es pretender resolver con una sola concentración todos los problemas es-

tratégicos que se ofrezcan, y otra cosa es preparar también para las diferentes situaciones imaginables las correspondientes concentraciones, necesariamente distintas.

La fuerza armada de una gran potencia no abarca solamente el ejército de tierra sino también la marina de guerra. También ella debe figurar en el proyecto de operaciones. Es una incongruencia que la escuadra permanezca en los puertos, mientras el ejército, juntando el todo a una carta, pase las fronteras para el ataque. También en 1914 debió hacerse un empleo distinto de la fuerte escuadra de alta mar, brillantemente instruida y equipada, del que realmente se hizo. No es de suponer que la orgullosa escuadra inglesa, dada su superioridad y el espíritu reinante en ella, hubiese evitado una batalla. Ésta hubiera terminado, quizás, aunque de ninguna manera se puede afirmar como seguro, con la pérdida de la escuadra de guerra alemana; pero muy probablemente una victoria le hubiera costado a Inglaterra su posición de primera potencia marítima del mundo. Esto podría ser de mucha importancia para el desarrollo ulterior de los acontecimientos. La confusa idea de que la conservación del poder marítimo intacto sería necesario para las negociaciones de la paz, ha impedido el aprovechamiento conveniente de la escuadra alemana al principio de la Guerra Mundial. Pero es necesario, al principio de las hostilidades, pensar sólo en la victoria y no dejar medio alguno sin aprovechar para ganar la guerra.

Más difíciles son los proyectos de operaciones cuando abarcan no sólo la propia fuerza armada sino también la de los aliados. Lo ideal sería que se empleasen como si todas las fuerzas combatientes fueran de una sola nación. La unidad de los objetivos de la guerra, y luego un Comando Supremo único, creado con plenos poderes precisos, son los factores principales de éxito.

Estas condiciones previas no existieron, desgraciadamente, en la Guerra Mundial del lado de la Cuádruple Alianza.

La tarea más importante corresponde, en tales casos, a la política. Ella indicó a nuestros enemigos, en la Guerra Mundial, como gran objetivo común, el aniquilamiento de Alemania y de la monarquía de los Habsburgos. Cada uno de sus miembros sabía que para esto todos debían efectuar los más grandes esfuerzos y sacrificios.

Así nació, por sí sola, la unidad de acción. En cambio, del lado de los imperios centrales, basta recordar los diferentes grados de desarrollo del problema polaco para darse cuenta de los rozamientos que existían entre Alemania y Austria-Hungría. La desconfianza justificada de parte de Alemania llegó hasta el punto de renunciar a la elaboración de un plan de guerra común, por el temor de una traición. Pero con acuerdos mantenidos en términos generales no se garantiza una segura cooperación.

Es evidente que todo proyecto de operaciones debe mantenerse absolutamente secreto mientras no sea inminentemente su aplicación. Hasta en los estados mayores, donde se los elabora, se ocupa de él únicamente un número limitado de oficiales escogidos. En el caso de una guerra, es evidente que deben ser enterados del proyecto de operaciones por lo menos los comandos de ejército. Conviene, por lo tanto, confeccionar un cierto número de ejemplares. A éstos se agregan los órdenes de batalla de los diferentes ejércitos, un escalafón de guerra, los cuadros de transporte y cuadros de marcha, de los cuales se desprende cuáles son las zonas de concentración de las distintas unidades. No debe faltar tampoco una información sobre el enemigo, es decir, un estudio sobre su actitud, efectivo y zona de concentración probables.

Fácil es comprender que un proyecto de operaciones no puede ser obra de un solo día, sino que se va formando poco a poco. En caso de haberse establecido de una sola vez, es preciso rectificarlo y completarlo paulatinamente. Por lo general, será necesario amoldar el proyecto de operaciones cada dos o tres años a la situación política, que habrá cambiado tanto y que nunca es estable por un período largo. Ahora, si tal proyecto de operaciones procede de un hombre sobresaliente, como lo fué el conde Schlieffen, surge fácilmente el peligro de que en adelante se lo considere como la piedra filosofal, como un talismán de victoria, creyéndose que el sólo modificarlo constituye una especie de pecado. Así puede suceder que las disposiciones en que se fundaba hayan desaparecido en el transcurso del tiempo una tras otra, sin que se hubiese tenido conciencia de ello. Si después llega la hora en que el plan debe convertirse en realidad,

ya no está amoldado a las circunstancias. Ya muchas veces el testamento de un gran hombre ha sido funesto para sus epígonos.

Un proyecto de operaciones exige de su autor un gran criterio militar y político y un conocimiento muy completo de la máquina del propio ejército como de la del enemigo y de la naturaleza del probable teatro de la guerra. No se deben pasar por alto los peligros, las dudas y las cuestiones secundarias; pero tampoco ser considerados en más de lo que realmente significan, a fin de que no originen un debilitamiento de las medidas necesarias para realizar las intenciones propias. Este es el sentido de la sentencia, tantas veces repetida, pero no siempre bien comprendida: *Primero pesar, después arriesgar*.

Como para todas las grandes cuestiones de la guerra, también en la elaboración del proyecto de operaciones es absolutamente necesaria una cierta *unilateralidad*. El que no la siente, no conseguirá fijar la vista en un solo gran objetivo, en medio del número considerable de puntos de vista que se le presentan. Podrá, tal vez, aparecer como un perspicaz cavilador, pero no como un gran conductor.

FIN DE LA PRIMERA PARTE